



Uno de los nuestros

Willa Cather

Traducción de Beatriz Bejarano del Palacio



Lectulandia

Uno de los nuestros narra la vida de Claude Wheeler, un joven americano del Medio Oeste que vive y trabaja en la granja familiar y al mismo tiempo estudia en una universidad cristiana. No se siente satisfecho con las expectativas de su vida, y la relación con una familia liberal de inmigrantes alemanes le abrirá la mente a nuevos pensamientos e ideas, pero pronto tendrá que abandonar sus estudios para dirigir la hacienda. Cuando los Estados Unidos anuncian su entrada en la Primera Guerra Mundial, Claude se alista huyendo de la deriva tradicional a la que se ve abocado. En Francia, en la batalla, encontrará la libertad que anhelaba.

A través de la vida de los Wheeler, Willa Cather retrata a la gente sencilla de Nebraska, donde pasó su infancia, trabajadores de la tierra, de vida tranquila, y muestra cómo la Gran Guerra, en el aparentemente tan lejano Viejo Continente, acabó involucrando a los habitantes de los lugares más remotos.

«Willa Cather es la más importante ciudadana de Nebraska porque a través de sus historias ha conseguido que el mundo conozca Nebraska como nadie más lo ha hecho.»

Sinclair Lewis

«Willa Cather no es solo una gran escritora, además es única fantástica[...] Ha sido admirada por los mejores escritores. Alice Munro aprendió de ella; Eudora Welty, Katherine Anne Porter y Wallace Stevens la elogiaron sin cesar.»

A. S. Byatt

Lectulandia

Willa Cather

Uno de los nuestros

ePub r1.0

orhi 02.07.14

Título original: *One of ours*
Willa Cather, 1922
Traducción: Beatriz Bejarano del Palacio

Editor digital: orhi
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Ordenar a las águilas del poniente que continúen volando^[1]

LIBRO I.

EN EL ARROYO DE LOVELY CREEK

I

Claude Wheeler abrió los ojos, antes de que el sol hubiera salido del todo, y sacudió enérgicamente a su hermano pequeño, que estaba tumbado al otro lado, en la misma cama.

—¡Ralph, Ralph, despierta! Baja y ayúdame a lavar el coche.

—¿Para qué?

—Bueno, ¿acaso no vamos al circo hoy?

—El coche está bien así, déjame en paz —el chico se dio la vuelta y subió la sábana hasta cubrirse la cara para atenuar la luz que comenzaba a entrar por las ventanas sin cortinas.

Claude se levantó y se vistió, una sencilla operación que le llevó muy poco tiempo. Con el pelo rojizo de punta como la cresta de un gallo, bajó sigilosamente dos tramos de escaleras tanteando el camino en la penumbra del amanecer. Atravesó la cocina hasta el lavabo que había junto a ella, que tenía dos pies de porcelana con agua corriente. Por lo visto, todo el mundo se había lavado antes de irse a dormir, así que las palanganas estaban rodeadas de un oscuro sedimento que la dura agua alcalina no había disuelto. Cerró la puerta para dejar atrás este desorden y volvió a la cocina, cogió la palangana de hojalata de Mahailey, se empapó la cara y la cabeza con agua fría y comenzó a aplastarse el pelo mojado.

La propia Mahailey entró del jardín con el delantal lleno de mazorcas de maíz para encender el fuego de la cocina. Le sonrió de la misma manera cariñosa y algo tonta que a menudo le salía cuando estaban a solas.

—¿Se puede saber *pa* qué *s'a levanta*o, muchacho? ¿Va al circo antes de desayunar? No haga tanto ruido o los tendrá aquí a *tos* antes de que haya *encendío* el fuego.

—Vale, Mahailey —Claude cogió su gorra, salió fuera y bajó corriendo la colina hacia el granero. El sol apareció por encima de la pradera como si fuera una cara con una amplia sonrisa; la luz se esparcía sobre los pastos de agosto recién segados y las montañosas curvas ribeteadas de árboles del arroyo de Lovely Creek, una pequeña corriente de agua clara con el fondo de arena que giraba y se enroscaba de forma juguetona a través del sector sur del gran rancho de los Wheeler. Hacía un día estupendo para ir al circo en Frankfort, un día estupendo para hacer cualquier cosa, el tipo de día en el que, de alguna manera, todo tiene que salir bien.

Claude sacó marcha atrás del cobertizo el pequeño Ford, lo llevó hasta el abrevadero de los caballos y comenzó a echar agua sobre el parabrisas y las ruedas cubiertas de costras de barro. Mientras él estaba trabajando, los dos empleados, Dan y Jerry, bajaban arrastrando los pies por la colina para recoger provisiones. Jerry iba

gruñendo y perjurando por algo, pero Claude escurrió los trapos húmedos y, más allá de un gesto con la cabeza, no les prestó atención alguna. De alguna manera, su padre siempre se las apañaba para tener a los hombres más rudos y más sucios de la región trabajando para él. Claude ya tenía motivos para quejarse de Jerry por el modo en que trató a uno de sus caballos.

Molly era una yegua fiel, madre de muchos de los potros; Claude y su hermano pequeño habían aprendido a montar con ella. Y este hombre, Jerry, al sacarla para trabajar una mañana, permitió que pisara sobre una tabla de la que sobresalía un clavo de punta, se lo sacó de la pata, no dijo nada a nadie y la tuvo en el cultivador todo el día. Después de aquello, la yegua pasó semanas de pie en su establo, sufriendo pacientemente, con el cuerpo tremendamente flaco y la pata tan hinchada que parecía la de un elefante. El veterinario dijo que tendría que quedarse allí hasta que se le cayera la pezuña y le creciera una nueva, aunque ya siempre tendría molestias. A Jerry no lo despidieron y siempre exhibía a la pobre yegua como si fuera un trofeo para él.

Mahailey subió hasta lo alto de la colina e hizo sonar la campanilla del desayuno. Después de que los empleados subieran hasta la casa, Claude se coló en el establo para ver si le habían dado a Molly su ración de avena. Estaba comiendo tranquilamente, con la cabeza colgando y su escamosa y maltrecha pata un poco levantada del suelo. Cuando le acariciaba el cuello y le hablaba, ella dejaba de masticar y le miraba con profunda tristeza. Le reconocía, arrugaba la nariz y enroscaba el labio superior sobre sus gastados dientes para mostrar que le gustaban las caricias. Incluso le dejaba que le tocará la pezuña para examinar su pata.

Cuando Claude llegó a la cocina, su madre estaba sentada a uno de los extremos de la mesa, sirviendo un café poco cargado; su hermano y Dan y Jerry estaban en sus sitios y Mahailey estaba ante los fogones haciendo tortitas. Un rato después, el señor Wheeler bajó la escalera tras la puerta y caminó todo lo larga que era la mesa hasta llegar a su sitio. Era un hombre muy robusto, más alto y más corpulento que cualquiera de sus vecinos. Rara vez llevaba chaqueta en verano y su arrugada camisa sobresalía de forma descuidada sobre el cinturón de sus pantalones. Su cara rojiza estaba afeitada y limpia, salvo probablemente por una insignificante mancha de tabaco alrededor de la boca. Llamaba la atención tanto por su buen carácter y su tosco sentido del humor como por su imperturbable compostura. Nadie en todo el condado había visto a Nat Wheeler ponerse nervioso por algo y nadie le había escuchado nunca hablar completamente en serio. Mantenía la calma y su jocosa afabilidad incluso con su propia familia.

Tan pronto como estuvo sentado, el señor Wheeler alargó la mano hasta el bol del azúcar y comenzó a echarse en el café. Ralph le preguntó si iba a ir al circo. El señor Wheeler le guiñó un ojo.

—No sería de extrañar que aparezca en el pueblo antes de que los elefantes salgan corriendo —habló muy pausadamente, alargando las vocales al estilo del estado de Maine, con una voz suave y agradable—. Vosotros sin embargo mejor que os pongáis en marcha temprano, muchachos. Podéis coger el carro y las mulas y cargar en él las pieles: el carnicero está de acuerdo en quedárselas.

Claude dejó el cuchillo en el plato.

—¿No podemos coger el coche? Lo he lavado a propósito.

—¿Y qué pasa con Dan y Jerry? Ellos quieren ver el circo tanto como tú y yo quiero que las pieles se entreguen, ahora están ofreciendo buenos precios por ellas. No me importa que hayas lavado el coche, el barro preserva la pintura, según dicen, pero está bien por esta vez, Claude.

Los empleados se rieron a carcajadas y hasta Ralph no pudo contener una risita. La cara pecosa de Claude se puso muy roja. La tortita que masticaba se volvió rígida y pesada dentro de su boca y era difícil de tragar. Su padre sabía que detestaba conducir las mulas hasta el pueblo y sabía cuánto odiaba ir a ningún sitio con Dan y Jerry. Y con respecto a las pieles, eran las de cuatro novillos que habían muerto durante una ventisca el pasado invierno gracias al descuido gratuito de estos mismos empleados; el dinero que les darían por ellas no sería suficiente para pagar el tiempo que su padre había empleado en arrancarlas y curtirlas. Habían estado tendidas en el altillo de una cabaña todo el verano. El carro ya había hecho una docena de viajes al pueblo, pero, justo hoy, cuando él quería ir a Frankfort limpio y despreocupado, tenía que coger estas pieles apestosas y a estos dos hombres de habla ordinaria y conducir un par de mulas que siempre rebuznaban, estorbaban y se comportaban de forma ridícula cuando estaban en medio de una multitud. Probablemente su padre había mirado por la ventana, le había visto lavando el coche y había tramado esto mientras se vestía. Era la idea que su padre tenía de una broma.

La señora Wheeler lo miró con comprensión, sabiendo que se sentía decepcionado. Quizás ella también suponía que se trataba de una broma: había aprendido que el humor podía venir disfrazado de casi cualquier cosa.

Cuando Claude salió hacia el granero después del desayuno, ella corrió por el camino detrás de él, llamándolo débilmente, puesto que ir deprisa siempre la dejaba sin respiración. Cuando le alcanzó, alzó la vista con preocupación y se protegió los ojos de la luz con su delicada mano.

—Si quieres podría ponerte los botones en el abrigo, Claude; puedo plancharlo mientras amarras las mulas al carro —dijo con nostalgia.

Claude se detuvo para dar golpecitos a un bulto de plumas moteadas que había sido un polluelo. Su madre vio que tenía los hombros fuertes y que su constitución sugería energía y un decidido autocontrol.

—No tiene que molestarse, madre —dijo rápidamente, entre dientes—. Es mejor

que lleve mi ropa vieja si tengo que llevar las pieles. Están grasientas y al sol huelen peor que el fertilizante.

—Los hombres se pueden ocupar de las pieles, creo yo. ¿No te sentirías mejor si fueras bien vestido al pueblo? —todavía entrecerraba los ojos al mirarlo.

—No se preocupe. Sáqueme una camisa limpia de color, si quiere. Con eso es suficiente.

Se dio la vuelta hacia el granero y su madre subió lentamente por el camino para regresar a la casa. Era tan valiente y estaba tan encorvada, ¡su querida madre! Supuso que si ella era capaz de soportar tener a estos hombres alrededor, si podía cocinarles y lavarles la ropa, ¡él sería capaz de llevarlos al pueblo!

Media hora después de que el carro se hubiera ido, Nat Wheeler se puso un abrigo de alpaca y se marchó con el traqueteo de su carro que, a pesar de tener dos automóviles, seguía conduciendo por toda la región. No le dijo nada a su esposa, era obligación de su mujer adivinar si estaría o no en casa a la hora de la cena. Ella y Mahailey podrían entretenerse todo el día fregando y barriendo, sin ningún hombre alrededor que las molestara.

Eran contados los días del año en los que Wheeler no conducía a ningún sitio: cuando iba a una subasta o a una convención política o a una reunión de los directivos de la Farmer's Telephone... para ver qué tal llevaban sus vecinos el trabajo, por si había algo más de lo que ocuparse. Prefería su carro a un coche porque era ligero, recorría con facilidad los caminos más difíciles o abruptos y estaba tan desvencijado que así nunca tenía que sugerirle a su mujer que lo acompañara. Además, podía observar mejor los campos cuando no tenía que concentrarse en el camino. Había llegado a esta parte de Nebraska cuando todavía había indios y búfalos, se acordaba del año de los saltamontes y del gran ciclón; había visto surgir las demás granjas una a una sobre la gran página ondulada donde antes solo el viento escribía su historia. Había animado a los nuevos vecinos a que levantaran sus casas, a que se buscaran una novia, les prestaba a sus amigos más jóvenes el dinero para que se casaran y veía cómo las familias aumentaban y prosperaban, hasta el punto de sentirse un poco como si todo esto fuera su propia empresa. Todos los cambios, no solo los que traían consigo los años, sino también los que provocaban las distintas estaciones, le resultaban interesantes.

La gente reconocía a Nat Wheeler y a su carro a una milla de distancia. Se sentaba cómoda y pesadamente, cargando todo el peso sobre uno de los extremos del inclinado asiento, y apoyaba la mano con la que conducía sobre la rodilla. Incluso sus vecinos alemanes, los Yoeders, que no soportaban dejar de trabajar durante un simple cuarto de hora, por el motivo que fuera, se alegraban cuando le veían venir. Los comerciantes de los pequeños pueblos de la región le echaban en falta si no se pasaba al menos una vez a la semana. Tenía una participación activa en la política: él no se

había presentado a ningún cargo, pero a menudo se encargaba de la causa de un amigo y dirigía su campaña por él.

El dicho de origen francés: «La alegría en la calle, el dolor en casa» lo personificaba el señor Wheeler, aunque en absoluto al estilo francés: sus propios asuntos tenían una importancia secundaria para él. Al principio, se había encargado de la casa y había comprado y arrendado suficientes terrenos como para hacerse rico. Ahora solo tenía que alquilarlos a buenos granjeros a los que les gustara trabajar; a él no le gustaba y eso es algo que no ocultaba. Cuando estaba en casa, solía sentarse en el salón de arriba a leer periódicos. Se suscribió a una docena de ellos o más —la lista incluía un semanal dedicado a los escándalos— y estaba bien informado de lo que ocurría en el mundo. Tenía una salud estupenda y la enfermedad, ya fuera propia o ajena, le parecía algo gracioso. Sin duda, nunca sufrió nada más desconcertante que un dolor de muelas o forúnculos o un cólico ocasional.

Wheeler hacía generosas donaciones a las iglesias y a las organizaciones benéficas, siempre estaba dispuesto a prestar dinero o maquinaria a un vecino que no tuviera medios suficientes. Le gustaba tomar el pelo y escandalizar a las personas tímidas y tenía un inagotable repertorio de historias divertidas. Todo el mundo se maravillaba de lo bien que se llevaba con su hijo mayor, Bayliss Wheeler. No es que Bayliss fuera precisamente tímido, pero era un tipo estrecho de miras, la clase de joven cauteloso que nadie esperaría que le gustase a Nat Wheeler.

Bayliss tenía un negocio de maquinaria agrícola en Frankfort y, aunque no había llegado a los treinta todavía, había conseguido un más que considerable éxito financiero. Quizá Wheeler estaba orgulloso de la visión para los negocios de su hijo. Es más, conducía hasta el pueblo para ver a Bayliss varias veces a la semana, iba a las subastas y a las ferias de muestras con él y pasaba horas sentado junto a la puerta de su tienda bromeando con los granjeros que entraban. Wheeler había sido un gran bebedor en su día y era todavía de buen comer. Bayliss era delgado y dispéptico y un ardiente prohibicionista: le hubiera gustado regular la dieta de todo el mundo de acuerdo con su débil constitución. Incluso la señora Wheeler, que aceptaba los hombres que Dios le había adjudicado, se preguntaba cómo ambos, Bayliss y su padre, podían asistir juntos a reuniones y pasarlo bien, cuando tenían ideas tan distintas sobre cómo divertirse.

Una vez cada pocos años, el señor Wheeler se compraba un traje nuevo y una docena de almidonadas camisas y volvía a Maine a visitar a sus hermanos y hermanas, que eran gente muy tranquila y convencional. Pero siempre estaba encantado de volver a casa con su vieja ropa, su enorme granja, su carro y Bayliss.

La señora Wheeler había salido de Vermont para ser la directora del instituto cuando Frankfort era un pueblo fronterizo y Nat Wheeler era un soltero próspero. Debió de sentirse atraído por ella por la misma razón por la que le caía bien su hijo

Bayliss: era distinta. Había una cosa que se decía de Nat Wheeler: que le gustaban todos los seres humanos, le gustaban las personas buenas y honestas, y le gustaban los granujas hipócritas casi hasta el punto de encariñarse con ellos. Si se enteraba de que un vecino había hecho alguna broma pesada o algo particularmente mezquino, se aseguraba de ir a ver a ese hombre de inmediato, como si hasta ese momento no lo hubiera valorado debidamente.

Se podía encontrar una cierta dignidad algo vaga en el padre de Claude: le gustaba provocar en los demás una risa zafia, pero él nunca se reía desaforadamente. Al contar historias sobre él, la gente a menudo trataba de imitar su suave y senatorial voz, fuerte pero nunca elevada. Ni siquiera era escandaloso cuando algo le parecía realmente hilarante (como cuando la pobre Mahailey, desvistiéndose en la oscuridad de una noche de verano, se sentó sobre el pegajoso papel matamoscas). Era, de hecho, un padre amable y complaciente para el niño poco sensible que era su hijo.

II

Claude y sus mulas entraron traqueteando en Frankfort justo cuando el Calíope que abría la cabalgata del circo bajaba silbando hacia Main Street. Tras deshacerse de su desagradable carga y sus antipáticos compañeros, se abrió paso a codazos a través de la abarrotada acera en busca de alguno de sus vecinos. El señor Wheeler estaba de pie en la esquina del Farmer's Bank, su cabeza sobresalía por encima de la muchedumbre, y bromeaba con un hombre de estatura baja y joroba que estaba preparando un juego de triles con unas conchas. Para evitar a su padre, Claude se dio la vuelta y entró en la tienda de su hermano. Los dos grandes escaparates estaban tapados por una barrera formada por niños de toda la región y de sus madres, de pie detrás de ellos, para ver el desfile. Bayliss estaba sentado en la pequeña jaula de cristal donde escribía y llevaba la contabilidad. Saludó a Claude desde su escritorio con un movimiento de cabeza.

—Hola —dijo Claude al entrar abruptamente, como si tuviera mucha prisa—. ¿Has visto a Ernest Havel? Pensé que lo encontraría aquí.

Bayliss se giró en su silla para volver a colocar un ajado catálogo en su balda.

—¿Para qué iba él a entrar aquí? Mejor búscalo en el bar —nadie, a excepción de Bayliss, era capaz de incluir una insinuación tan maliciosa en un comentario tan pausado y escueto.

Las mejillas de Claude ardieron de ira. Al darse la vuelta, se percató de que había algo inusual en la cara de su hermano, pero no le iba a dar la satisfacción de preguntarle por qué tenía un ojo morado. Ernest Havel era bohemio y solía beber una cerveza cuando venía al pueblo, pero era serio y más considerado de lo habitual en un hombre joven. Por el tono de Bayliss cualquiera hubiera supuesto que el chico era un holgazán borracho.

Justo en ese momento Claude vio a su amigo al otro lado de la calle, siguiendo una carreta de perros amaestrados que apareció al final de la cabalgata. Cruzó corriendo a través de los gritos de una multitud de chavales y cogió a Ernest por el brazo.

—Hola, ¿adónde vas?

—Voy a comer antes de que empiece el espectáculo. Deje mi carro fuera, junto al surtidor, en el arroyo. ¿Y tú?

—No tengo planes. ¿Puedo ir contigo?

Ernest sonrió.

—Eso esperaba. Tengo suficiente comida para dos.

—Sí, lo sé. Siempre la tienes. Nos vemos luego.

A Claude le hubiera gustado llevar a Ernest a cenar al hotel. Tenía dinero más que

de sobra en el bolsillo y su padre era un rico granjero. En la familia Wheeler se encargaba una nueva trilladora o un coche nuevo sin hacer preguntas, pero ir a un hotel a cenar se consideraba un derroche. Si su padre o Bayliss llegaran a saber que había estado allí (y Bayliss se enteraba de todo), dirían que se estaba dando aires de gran señor y se desquitarían con él. Trató de justificar su cobardía diciéndose a sí mismo que estaba sucio y olía mal por las pieles, pero en su corazón sabía que no había preguntado a Ernest si quería ir al hotel con él porque había sido educado de tal manera que le habría resultado muy difícil hacer una cosa tan simple como esta. Hizo algunas compras en el puesto de la fruta y el mostrador de tabaco y luego corrió a lo largo de la polvorienta calle hacia el surtidor. El carro de Ernest estaba a la sombra de unos sauces, en un pequeño hueco arenoso medio cercado por una de las curvas con forma de herradura del arroyo. Claude se echó sobre la arena junto a la corriente de agua y se limpió el polvo de su acalorado rostro. Sintió que por fin había terminado con esa desagradable mañana.

Ernest sacó su cesta de comida.

—Tengo un par de botellas de cerveza enfriándose en el arroyo —dijo—. Sabía que no querías ir a un bar.

—¡Ah, déjalo ya! —masculló Claude mientras quitaba el precinto a un bote de pepinillos. Tenía diecinueve años y le daba miedo entrar en un bar, y su amigo lo sabía.

Después de comer, Claude sacó un puñado de puros de los buenos que había comprado en la tienda. Ernest, que no podía permitírselos, estaba encantado. Encendió uno y, mientras fumaba, se quedó mirándolo con aire orgulloso, girándolo entre los dedos.

Los caballos estaban de pie con las cabezas erguidas por encima del carro, masticando su avena. La corriente fluía bajo las raíces de los sauces con un fresco y persuasivo sonido. Claude y Ernest estaban tumbados en la sombra, con los abrigos bajo sus cabezas, hablando apenas. De vez en cuando, algún motor recorría a toda prisa la calle hacia el pueblo, y una nube de polvo y olor a gasolina aparecían en el hueco del arroyo; pero durante la mayor parte del tiempo nada interrumpía ese cálido y perezoso mediodía de verano. Claude normalmente era capaz de olvidarse de sus enfados y disgustos cuando estaba con Ernest. El chico bohemio nunca vacilaba, nunca avanzaba en direcciones contradictorias. Era simple y directo. Tenía una serie de preocupaciones impersonales; estaba interesado en política y en la historia y los nuevos inventos. Claude tenía la sensación de que su amigo vivía en una atmósfera de libertad de pensamiento que él no podría ni soñar alcanzar. Después de haber conversado con Ernest durante un rato, todas las cosas que no iban bien en la granja parecían menos importantes. La madre de Claude le tenía casi tanto cariño a Ernest como él. Cuando los dos chicos iban al instituto, Ernest a menudo iba a pasar la tarde

con Claude para estudiar y, mientras trabajaban sentados a la larga mesa de la cocina, la señora Wheeler cogía su labor y se sentaba junto a ellos para ayudarles con el latín y el álgebra. Incluso ilustraban a la vieja Mahailey con sabias palabras.

La señora Wheeler dijo que nunca olvidaría la noche que Ernest llegó desde Old Country. Su hermano, Joe Havel, había ido a Frankfort a por él y se detuvo en casa de los Wheeler para dejar algunos alimentos. El tren que venía del este iba con retraso, eran las diez de la noche cuando la señora Wheeler, que esperaba en la cocina, oyó el carro de Havel retumbar cruzando el pequeño puente sobre el arroyo de Lovely Creek. Abrió la puerta principal y en ese momento entró Joe con un cubo de pescado salado en la mano y un saco de harina en el hombro. Mientras le bajaba el pescado al sótano, apareció otra figura en la puerta: un joven bajito, encorvado, con una boina en la cabeza y una bolsa de viaje de hule como las que llevan los vendedores ambulantes colgada a la espalda. Se había quedado dormido en el carro y, al despertarse y ver que su hermano se había ido, había supuesto que ya estaban en casa y, aturdido, había cogido su bolsa. Estaba de pie bajo el umbral, parpadeando por la luz, algo asombrado, pero ansioso por hacer cualquier cosa que le fuera requerida. La señora Wheeler pensó que si fuera alguno de sus chicos... Se acercó a él y le rodeó con el brazo, con una leve sonrisa le dijo con su suave voz, como si él no pudiera entenderla: «Vaya, pues si después de todo eres solo un niño, ¿verdad?».

Ernest dijo un tiempo después que esa había sido su primera bienvenida a este país, a pesar del largo trayecto recorrido y de haber sido empujado, arrastrado y voceado durante tantos días que había perdido la cuenta de cuántos. Esa noche él y Claude solo se estrecharon las manos y se miraron con desconfianza, pero han sido buenos amigos desde entonces.

Después del picnic, los dos jóvenes fueron al circo con buen ánimo. En la carpa de los animales se encontraron con el gran Leonard Dawson, el hijo mayor de uno de los vecinos más cercanos de los Wheeler, y los tres se sentaron juntos para ver la actuación. Leonard dijo que había venido al pueblo solo en su coche, ¿no querría Claude volver con él? Claude estaba encantado con cederle las mulas a Ralph, a quien no le disgustaba ir con los empleados tanto como a él.

Leonard era un tipo fornido de piel oscura de veinticinco años, con manos grandes y grandes pies, los dientes blancos y unos brillantes ojos llenos de energía. Tanto él como su padre y sus dos hermanos trabajaban no solo su propia granja, de la que eran propietarios, sino que habían alquilado una cuarta parte de las tierras de Nat Wheeler. Eran granjeros expertos. Si había sido un verano muy seco y con grandes pérdidas, Leonard simplemente se reía, estiraba los brazos y plantaba una cosecha más grande al siguiente año. Claude siempre era un poco reservado con Leonard, tenía la sensación de que el joven era bastante desdeñoso acerca de la caótica manera en que se hacían las cosas en casa de los Wheeler y pensaba que el que fuera a la

universidad era malgastar el dinero. Leonard ni siquiera había terminado sus estudios en el Frankfort High School y ya era un hombre más exitoso de lo que Claude probablemente nunca sería. Leonard realmente pensaba así, pero le tenía cariño a Claude de todas maneras.

Al atardecer, el coche recorría a gran velocidad un buen tramo de la suave carretera a través del llano condado que se encuentra entre Frankfort y la áspera tierra a lo largo de Lovely Creek. Leonard había centrado toda su atención en admirar el impecable funcionamiento del motor. En ese momento se rio para sí mismo y se giró hacia Claude.

—Me pregunto si te tomarás bien una broma sobre Bayliss.

—Espero que sí —el tono de Claude no era nada entusiasta.

—¿Viste a Bayliss hoy? ¿Notaste algo extraño, como un ojo un poco coloreado? ¿Te dijo cómo se le puso así?

—No, no le pregunté.

—Mejor. Un montón de gente le preguntó, sin embargo, y dijo que estaba buscando algo por su casa en medio de la oscuridad y se chocó contra una cosechadora. Bueno, ¡pues yo soy la cosechadora!

Claude parecía interesado:

—¿Quieres decir que Bayliss se metió en una pelea?

Leonard se echó a reír:

—¡Oh, no, Señor! ¿No conoces a Bayliss? Ayer fui allí a pagar una factura y entonces llegaron Susie Gray y otra chica para vender entradas para la cena de los bomberos. El hombre de avanzada del circo estaba merodeando por allí y empezó a hablar haciéndose el listo, sin pasarse, a la manera en que hablan estos tipos. Las chicas le contestaron y le vendieron tres entradas, le cerraron el pico. No logré entender cómo le dio tiempo a Susie a pensar una respuesta tan rápido. En el momento en que las chicas salían, Bayliss empezó a criticarlas, dijo que todas las chicas de campo se estaban volviendo demasiado descaradas y que sabían más de lo que deberían sobre cómo manejar a hombres hechos y derechos, y justo ahí levanté el puño y se lo planté en la cara. Le di más fuerte de lo que pensaba: pretendía darle una bofetada, no ponerle el ojo morado, pero no siempre puedes controlar las cosas, y yo estaba absolutamente fuera de mis casillas. Esperé a que me la devolviera, soy más grande que él y quería darle esa satisfacción. Pues no señor, ¡no movió un músculo! Se quedó allí de pie poniéndose cada vez más rojo y con los ojos llenos de lágrimas. No digo que llorara, pero se le llenaron los ojos de lágrimas. «De acuerdo, Bayliss», dije yo, «controla tus puños si esa es tu intención; controla también tu lengua, especialmente cuando los criticados no están presentes».

—Bayliss nunca superará eso —fue el único comentario de Claude.

—¡Pero no tiene que hacerlo! —Leonard levantó la cabeza—. ¡Soy un buen

cliente, o le gusta o que se aguante, por lo menos hasta que el precio del hilo bramante baje!

Durante unos pocos minutos, el conductor se mantuvo ocupado tratando de subir una larga y pronunciada cuesta a toda velocidad. Había ratos en los que lo lograba y otros en los que no, y no era capaz de explicar cuál era la diferencia. Después de poner el coche en segunda con cierto disgusto y dejar que avanzara tranquilamente a su ritmo, se dio cuenta de que su acompañante estaba desconcertado.

—Te diré algo, Leonard —Claude habló con voz forzada—, creo que lo justo sería que bajáramos aquí mismo, junto a la carretera, y me dieras una oportunidad.

Leonard giró el volante de forma brusca para adelantar un carro en la parte baja de la colina.

—¿De qué demonios estás hablando, chico?

—Crees que nos tienes la medida cogida, pero debes darme una oportunidad primero.

Leonard bajó asombrado la mirada hasta sus enormes manos bronceadas apoyadas en el volante.

—Estúpido muchacho, ¿para qué te iba a contar todo esto si hubiera creído que eras uno más de la misma especie? Nunca pensé que te llevaras tan bien con Bayliss.

—Y no me llevo bien, pero no quiero que pienses que puedes darle una bofetada a los hombres de mi familia siempre que te apetezca —Claude sabía que su explicación sonaba ridícula y su voz, a pesar de todo lo que lo intentó, delataba su debilidad y su enfado.

El joven Leonard Dawson vio que había herido los sentimientos del chico:

—Dios, Claude, sé que tú eres un luchador. Bayliss nunca lo fue, fui al colegio con él.

El trayecto terminó de forma cordial, pero Claude no permitió que Leonard le llevara hasta casa. Salió de un salto del coche con un cortante «buenas noches» y corrió a través de los campos polvorientos hacia la luz que brillaba desde la casa en la colina. Junto al pequeño puente sobre el arroyo, se detuvo a recuperar el aliento para asegurarse de que parecía tranquilo antes de entrar a ver a su madre.

—¡Toparse con una cosechadora en la oscuridad! —masculló en voz alta apretando el puño.

Al escuchar el profundo canto de las ranas y los ladridos lejanos de los perros arriba en la casa, comenzó a tranquilizarse. Sin embargo, se preguntaba por qué uno a veces tiene que sentirse responsable del comportamiento de las personas cuyo carácter le resulta totalmente antipático.

III

El circo fue el sábado. A la mañana siguiente, Claude estaba de pie junto al aparador, afeitándose. El pelo de su barba ya era bastante fuerte, una sombra más oscura que su cabello y no tan roja como su piel. Sus cejas y sus largas pestañas eran de un pálido dorado maíz que hacía que sus ojos azules parecieran más claros de lo que realmente eran y que, según creía él, le daban cierto aire de timidez y debilidad a la parte superior de su cara. Tenía exactamente la apariencia que no quería tener. Odiaba especialmente su cabeza, tan grande que tenía problemas para comprarse un sombrero y de forma inflexiblemente cuadrada: una cabeza-ladrillo perfecta. Su nombre era otro motivo de humillación: Claude era un nombre tontorrón, como Elmer y Roy, un nombre provinciano intentando ser elegante. En los colegios rurales, siempre había un chico pelirrojo con las manos llenas de verrugas al que le goteaba la nariz con el nombre de Claude. Daba por hecho que tenía un buen físico: los firmes y musculados brazos y piernas y los hombros que se supone que tiene un chico de granja. Desgraciadamente, no poseía ni rastro de la apariencia sosegada de su padre y, a menudo, su fuerza se expresaba de forma poco armoniosa. Las tormentas que se producían en su cabeza a veces le hacían ponerse de pie o sentarse o levantar algo de forma violenta, más de lo que era aparentemente necesario.

La casa dormía hasta tarde las mañanas de los domingos, ni siquiera Mahailey se levantaba antes de las siete. La señal habitual para el desayuno era el olor de los donuts al freírse. Esa mañana, Ralph salió de la cama en el último minuto y sin miramientos se puso la ropa interior limpia sin darse un baño antes. Esto no le supuso el más mínimo remordimiento, aunque sí dedicó tiempo a sacarle brillo, delicadamente, con un pañuelo, a sus nuevos zapatos de color marrón rojizo. Llegó a la mesa cuando los demás ya tenían el desayuno a medias, pero aplacó los ánimos preguntándole cordialmente a su madre si no quería que la llevara a la iglesia en coche.

—Me gustaría ir, si puedo terminar el trabajo a tiempo —dijo ella, mirando sin convicción el reloj.

—¿No puede Mahailey ocuparse de las cosas por usted esta mañana?

La señora Wheeler dudó un instante.

—De todo menos del separador: No puede colocar todas las piezas. Es mucho trabajo, ya lo sabes.

—Bueno, madre —dijo Ralph con buen humor mientras vaciaba la jarra de sirope sobre sus tortitas—, tiene prejuicios. Nadie piensa ya en descremar la leche hoy. Todos los granjeros que están al día usan un separador.

Los ojos claros de la señora Wheeler brillaron.

—Mahailey y yo nunca estaremos lo bastante al día, Ralph. Estamos anticuadas y, no sé, pero será mejor que nos dejes seguir así. Comprendo las ventajas de un separador si ordeñamos media docena de vacas, es una máquina muy ingeniosa. Pero lleva mucho más trabajo esterilizarlo y montarlo todo que ocuparse de la leche como antiguamente.

—No te llevará mucho cuando te acostumbres a ello —le aseguró Ralph. Era el mecánico jefe de la granja de los Wheeler y, cuando ni la maquinaria ni los automóviles le daban suficiente trabajo, bajaba al pueblo y compraba aparatos para la casa. Tan pronto como Mahailey se acostumbraba a la lavadora o a la mantequera, Ralph, para estar al día con el escalofriante avance de los inventos, traía a casa algún aparato aún más moderno. El lavavajillas nunca había sido capaz de usarlo, y las planchas de hierro o el horno de queroseno la ponían de los nervios.

Claude le dijo a su madre que subiera a cambiarse, él esterilizaría el separador mientras Ralph preparaba el coche. Aún estaba ocupado en ello cuando su hermano entró desde el garaje para lavarse las manos.

—Realmente no deberías cargar a mamá con cosas como estas, Ralph —exclamó de mala gana—. ¿Alguna vez has probado a limpiar este maldito cacharro tú mismo?

—Claro que lo he hecho. Si la señora Dawson puede utilizarlo, creo que mamá también podría.

—La señora Dawson es una mujer más joven. De todos modos, no se trata de convertir a Mahailey y a mamá en operarias de máquinas.

Ralph levantó las cejas como respuesta a la brusquedad de Claude.

—Mira —dijo con voz persuasiva—, no vayas a animarla a pensar que no es capaz de cambiar la forma en que hace las cosas. Madre tiene derecho a tener todas las máquinas que podamos conseguirle para ahorrarle trabajo.

Claude hacía ruido con los treinta y tantos embudos metálicos escalonados que trataba de ensamblar adecuadamente.

—Bueno, si esto es ahorrar trabajo...

El hermano más pequeño soltó una risilla tonta y corrió escaleras arriba a por su sombrero de jipijapa. Él nunca discutía. La señora Wheeler a veces decía que era maravilloso todo lo que Ralph aprendía de su hermano Claude.

Después de que Ralph y su madre se fueran en el coche, el señor Wheeler condujo hasta la casa de su vecino alemán, Gus Yoeder, que acababa de comprar un toro pura sangre. Dan y Jerry estaban poniendo herraduras más abajo, junto al granero. Claude le dijo a Mahailey que iba al sótano a poner la balda colgando del techo como ella quería para que las ratas no llegaran hasta sus hortalizas.

—Gracias, señorito Claude. No sé lo que hace que haya tantas ratas. Los gatos cazan una casi *ca'día*, además.

—Supongo que suben desde el granero. Tengo una hermosa y enorme tabla abajo

en el garaje para tu estante —el sótano tenía suelo de cemento, frío y seco, con armarios profundos para la fruta enlatada, la harina y las provisiones, cubos con carbón y mazorcas de maíz, y un cuarto oscuro lleno de utensilios de fotografía. Claude se colocó en el banco de carpintero, bajo una de las ventanas cuadradas. Había, bajo la grisácea luz del crepúsculo, objetos misteriosos alrededor de él: baterías eléctricas, máquinas de escribir y viejas bicicletas, una máquina para hacer postes de cemento, un vulcanizador, un estereopticón con una lente rota. Los juguetes mecánicos que Ralph no supo utilizar con éxito así como aquellos de los que se acabó cansando estaban bien guardados aquí. Si se dejaban en el granero, el señor Wheeler los veía demasiado a menudo y, a veces, cuando se acaban interponiendo en su camino, hacía sarcásticos comentarios. Claude le había rogado a su madre que le dejara apilar todos los trastos en un carro para tirarlos dentro de alguno de los agujeros hechos por el agua que había a lo largo del arroyo. Pero la señora Wheeler dijo que no debía pensar en tal cosa, que podría herir los sentimientos de Ralph. Casi cada vez que Claude bajaba al sótano, tomaba la firme determinación de vaciar ese sitio algún día, con el amargo pensamiento de que el dinero que todos estos cacharros habían costado podría haber servido para mandar a un muchacho a una universidad decente.

Mientras Claude estaba preparando la tabla que tenía pensado colgar de las vigas, Mahailey dejó sus tareas para bajar a observarlo. Hizo como que andaba buscando las cebollas en vinagre, después se sentó sobre una caja de galletas; a poca distancia había una lujosa mecedora a la que le faltaba un brazo, pero sentarse allí no hubiera encajado con su idea de las buenas formas. Sus ojos mostraban una especie de satisfacción somnolienta al seguir los movimientos de Claude. Le observaba, como si fuera un bebé jugando, con las manos descansando cómodamente sobre su regazo.

—El señorito Ernest no ha estado por aquí desde hace tiempo. No está enfadado por nada, ¿no?

—Oh, no. Está tremendamente ocupado este verano. Le vi ayer en el pueblo, fuimos al circo juntos.

Mahailey sonrió y asintió con la cabeza.

—Eso está bien. Me alegro que ustedes, muchachos, se diviertan. El señorito Ernest es un buen muchacho, me cayó bien desde el *primerísimo* momento. No es un tipo muy alto, sin embargo. No es grande como usted, ¿a qué no? Me pregunto si llegará a la altura del señorito Ralph, siquiera.

—No, no tanto —dijo Claude entre golpe y golpe—. Es fuerte, sin embargo, y es capaz de sacar adelante un montón de trabajo.

—¡Oh, lo sé! Sé que sí. Sé que trabaja duro. Todos ellos, los extranjeros, trabajan duro, ¿o no le parece, señorito Claude? Imagino que le gusta el circo. Quizá no *tien* circos como *os' nuestros* allí *de'onde* vienen.

Claude empezó a contarle lo del elefante payaso y los perros amaestrados mientras ella permanecía sentada escuchándole con una sonrisa de satisfacción algo tonta; había, aun así, algo de inteligencia y clarividencia en la misma.

Mahailey llevaba con ellos mucho tiempo, llegó cuando Claude solo tenía unos meses. La había traído al oeste una ineficiente familia de Virginia que se deshizo y se dispersó ante los rigores de la vida de pioneros en una granja. Cuando la madre de la familia murió, Mahailey no tenía otro sitio adonde ir y la señora Wheeler la acogió. Mahailey no tenía a nadie más que se ocupara de ella y la señora Wheeler no tenía a nadie que la ayudara con el trabajo, así que todo terminó muy bien.

Mahailey tuvo una vida muy difícil cuando era joven; se casó con un violento alpinista que a menudo abusaba de ella y no la mantenía. Se acordaba de algunos momentos en los que se sentaba en la cabaña junto a un barril de comida vacío y una olla de hierro fría, esperando a que «él» trajera a casa una ardilla a la que hubiese disparado o una gallina que hubiera robado. Con demasiada frecuencia no traía más que una jarra de whisky de montaña y un par de puños brutales. Pensaba que ahora estaba mucho mejor sin volver a tener jamás que suplicar por comida o sin tener que adentrarse en el bosque a por leña para el fuego, sin preocuparse por no tener una cama cálida o ropa y calzado decentes. Mahailey tenía dieciocho hermanos, la mayoría de ellos criada sin ningún tipo de normas o con poco talento y dos de ellos, al igual que su marido, acabaron muriendo en la cárcel. Ella nunca fue a la escuela y no sabía leer ni escribir. Claude, cuando era pequeño, intentó enseñarle a leer, pero lo que aprendía una noche lo olvidaba a la siguiente. Podía contar y leer la hora en el reloj, y se sentía muy orgullosa de saberse el alfabeto y de ser capaz de deletrear las letras de los sacos de harina y los paquetes de café. «Eso es una A mayúscula» murmuraba, «y ahí hay una a minúscula».

Mahailey era muy perspicaz valorando a las personas y Claude creía que su opinión hacía que las cosas sonaran mejor. Él sabía que ella percibía todos los matices de los sentimientos de las personas, los acuerdos y antipatías en la casa, tan profundamente como él lo hacía, y hubiera odiado perder la buena opinión que ella tenía de él. Mahailey le consultaba sobre cualquier pequeño problema: si la pata de la mesa de la cocina se aflojaba, ella sabía que él pondría nuevas tuercas para ella; cuando se partía uno de los mangos de su rodillo, él ponía otro; y cambiaba la empuñadura de su cuchillo de cocina favorito después de que todos dijeran que había que tirarlo. Todos estos objetos, tras haber sido arreglados, adquirirían un nuevo valor para ella, y le gustaba trabajar con ellos. Cuando Claude la ayudaba a levantar o llevar algo, nunca evitaba tocarla, algo que ella apreciaba profundamente. Sospechaba que Ralph, en cambio, se sentía un poco avergonzado de ella y que hubiera preferido tener a una mujer más joven y enérgica rondando por la cocina.

En días como estos, cuando no había nadie por allí, a Mahailey le gustaba hablar

con Claude sobre las cosas que hacían juntos cuando era pequeño: los domingos cuando solían ir a dar una vuelta por el arroyo, recogiendo uvas silvestres y observando a las ardillas rojas; o siguiendo el camino a través de los altos pastos, hasta los matorrales de ciruelas salvajes en el extremo norte de la granja de los Wheeler. Claude recordaba los cálidos días de primavera, cuando los ciruelos estaban todos en flor y Mahailey solía tumbarse debajo cantando en voz baja como si la dulzura de la miel la adormilara; eran canciones sin letra, en su mayoría, aunque recordaba un canto fúnebre de montaña que entonaba una y otra vez: «Y metieron a Jesse James en su tumba».

IV

Se acercaba el momento en que Claude tendría que volver a la competitiva universidad confesional a las afueras de la capital, donde ya había pasado dos deprimentes y poco provechosos inviernos.

—Madre —dijo una mañana en que tuvo la oportunidad de hablar con ella a solas —, me gustaría que me diera permiso para dejar la Universidad de Temple e ir a la estatal.

Ella levantó la mirada de la masa que estaba mezclando.

—Pero ¿por qué, Claude?

—Bueno, podría aprender más, para empezar. Los profesores de la Temple no son muy buenos, la mayoría de ellos son simplemente predicadores que no pueden vivir de las oraciones.

La mirada de sufrimiento que siempre desarmaba a Claude apareció inmediatamente en el rostro de su madre.

—Hijo, no digas esas cosas. No puedo sino creer que los profesores se interesan más por sus alumnos cuando se preocupan por su desarrollo espiritual tanto como por el mental. El hermano Weldon dijo que muchos de los profesores de la Universidad Estatal no son buenos cristianos y algunos incluso se jactan de ello.

—Bueno, supongo que la mayoría de ellos es buena persona, eso sí; por lo menos, conocen las materias que enseñan. Estos predicadores medio bobos como Weldon hacen mucho daño, recorriendo el país con su palabrería. A él lo envían para atraer a los estudiantes hasta su propio colegio. Si no los consigue, pierde su trabajo. Ojalá no me hubiera convencido a mí. La mayoría de los tipos que expulsan de la Universidad Estatal se acerca a nosotros.

—¿Pero cómo se pueden ofrecer estudios serios en un lugar donde se le da tanta importancia al atletismo y las frivolidades? Le pagan al entrenador de fútbol un sueldo mayor que al Presidente. Y esas hermandades son lugares donde los chicos aprenden todo tipo de maldades. He oído que a veces se hacen cosas espantosas ahí dentro. Además, supondría más dinero y no podrías vivir tan económicamente como en casa de la familia Chapin.

Claude no respondió, permaneció de pie delante de ella, con el ceño fruncido y tirándose de un callo en la palma de su mano. La señora Wheeler le miró con melancolía.

—Estoy segura de que estudiarás mejor en un entorno serio y tranquilo —dijo.

Él suspiró y se marchó. Si su madre hubiera sido mínimamente empalagosa, como el hermano Weldon, podría haberle contado muchos hechos esclarecedores. Pero ella era tan confiada e infantil, tan fiel por naturaleza y tan ignorante de la vida

tal y como él la conocía, que no merecía la pena discutir con ella. Él podría haberla impresionado, haberla hecho temer el mundo incluso más de lo que ya lo hacía, pero nunca conseguiría que le comprendiera.

Su madre estaba chapada a la antigua. Creía que bailar y jugar a las cartas eran formas peligrosas de pasar el tiempo —solo la gente más ruda hacía tales cosas cuando ella era joven en Vermont— y que la palabra «sofisticación» era otra forma de decir «maldad». Según su concepto de la educación, uno debía aprender, no pensar; y sobre todo, no debía preguntar. La historia de la raza humana, tal y como había sucedido, estaba ya explicada, como lo estaba su destino, aún por delante. La mente debía permanecer de forma obediente dentro del concepto teológico de la historia.

A Nat Wheeler no le importaba si su hijo iba a la universidad o no, pero él también había dado por hecho que la institución religiosa era más barata que la Universidad Estatal y además que, dado que los alumnos allí parecían más desharrapados, tendrían menos probabilidades de ser tan listos como para que su inteligencia resultara algo ofensivo en casa. Sin embargo, le comentó este tema a Bayliss un día que estaba por el pueblo.

—A Claude se le ha metido en la cabeza ir a la Universidad Estatal este invierno.

Bayliss adoptó inmediatamente esa sabia expresión de mejor-estar-preparado-para-lo-peor que le había hecho parecer inteligente y experimentado desde la infancia.

—No veo ningún motivo para cambiarse a no ser que pueda dar una buena razón para ello.

—Bueno, cree que ese grupo de clérigos de Temple no son precisamente profesores de primera categoría.

—Supongo que aún pueden enseñarle bastantes cosas. Si se deja arrastrar por esa fiebre del fútbol de la Estatal, no habrá manera de enderezarlo —por alguna razón, Bayliss detestaba el fútbol—. Todo esto del atletismo es algo bastante exagerado; si Claude quiere hacer ejercicio, podría plantar el trigo del otoño.

Esa noche, el señor Wheeler sacó el tema durante la cena, le preguntó a Claude y trató de averiguar el motivo de su descontento. Sus formas eran jocosas, como siempre, y Claude odiaba cualquier tipo de discusión pública acerca de sus asuntos personales. Temía el sentido del humor de su padre cuando se centraba demasiado en él.

Claude habría disfrutado de las numerosas y algo burdas tiras cómicas con las que el señor Wheeler animaba la vida diaria, si hubieran sido escritas por otro. Pero quería de forma poco razonable que su padre fuera el hombre más digno de la comunidad, como ya era el más guapo y el más inteligente. Además, Claude no soportaba que le dejaran en ridículo. Se avergonzaba antes de que tuviera algo que

ver con él; lo veía venir y, en cierta manera, lo provocaba. El señor Wheeler se había percatado de este rasgo de su personalidad cuando él era solo un chaval, lo creía falso orgullo, y a menudo ofendía sus sentimientos a propósito para hacerle más fuerte, como había hecho con la madre de Claude, que cuando se casó con ella tenía miedo de todo excepto de los libros del colegio y las reuniones para rezar. Todavía estaba más o menos desconcertada, pero hacía tiempo que había superado cualquier miedo hacia él o el temor de vivir con él. Ella aceptó todo lo relacionado con su marido como parte de su tosca masculinidad, algo de lo que se sentía orgullosa a su silenciosa manera.

Claude no había llegado a perdonar a su padre por algunas de sus bromas. Un día templado de primavera, cuando era solo un revoltoso niño de cinco años, jugando dentro y fuera de la casa, escuchó a su madre suplicando al señor Wheeler que bajara al huerto a recoger las cerezas del árbol que se doblaba por el peso. Claude recordaba que ella insistía, casi se quejaba, de que las cerezas estaban demasiado altas para que ella las alcanzara y que incluso aunque tuviera una escalera podría hacerse daño en la espalda. El señor Wheeler siempre se enfadaba si su mujer mencionaba algún tipo de debilidad física, especialmente si se quejaba sobre su espalda. Se levantó y salió. Después de un rato regresó.

—De acuerdo, Evangeline —gritó con alegría al atravesar la cocina—, las cerezas no te darán más problemas. Tú y Claude podéis bajar y recogerlas, tan sencillo como eso.

La señora Wheeler, confiada, se puso el sombrero, le dio a Claude un pequeño cubo, cogió uno más grande para ella y bajaron el pastizal hasta el huerto, cercado en la parte de abajo, junto al arroyo. La tierra había sido arada esa primavera para que retuviera la humedad y Claude estaba corriendo alegremente a lo largo de uno de los surcos, cuando levantó la vista y vio una imagen que no pudo olvidar jamás: el hermoso cerezo de copa redondeada, lleno de hojas verdes y frutos rojos... ¡su padre lo había talado! Yacía en la tierra junto a su sangrante tocón. Claude, con un grito, se convirtió en un pequeño demonio. Tiró su cubo de hojalata, se puso a dar saltos gritando y soltando patadas a la tierra con sus zapatos de punta de cobre hasta que su madre comenzó a preocuparse más por él que por el árbol talado.

—Hijo, hijo —gritó—, es el árbol de tu padre. Tiene todo el derecho a talarlo si eso es lo que quiere. En varias ocasiones ha dicho que los árboles son demasiado gruesos aquí. Quizá sea mejor para los demás.

—¡No, no tiene derecho! ¡Es un maldito idiota! ¡Un maldito idiota! —gritó Claude todavía saltando y dando patadas, casi asfixiado por la rabia y el odio.

Su madre se arrodilló a su lado:

—¡Claude, para! Preferiría que talaran el huerto entero a escucharte decir esas cosas.

Después de conseguir que se calmara, recogieron las cerezas y volvieron a la casa. Claude le había prometido que no diría nada, pero su padre debió de notar los ojos furiosos del chico fijos en él durante toda la cena y su expresión de desprecio. Ya entonces sus flexibles labios colaboraban demasiado bien en expresar ese sentimiento. Durante varios días después de aquello, Claude bajaba al huerto y observaba cómo el árbol enfermaba, languidecía y se marchitaba. Dios seguro que castigaría a un hombre que era capaz de hacer eso, pensó.

Lo que más llamaba la atención de Claude cuando era niño eran su mal genio y que no era capaz de estarse quieto. Ralph era dócil y tenía una precoz sagacidad para mantenerse alejado de los problemas. Tranquilo en apariencia, tenía gran habilidad para inventarse travesuras y persuadía con facilidad a su hermano mayor, que siempre estaba buscando algo que hacer, para llevar a cabo sus planes. Normalmente era Claude al que pillaban con las manos en la masa. Sentado sobre su edredón en el suelo, con aspecto dulce y pensativo, Ralph le susurraba al oído a Claude que sería divertido trepar hasta coger el reloj de la estantería o poner en marcha la máquina de coser. Cuando se hicieron más mayores y salían a jugar fuera, solo tenía que insinuar que Claude era un cobarde para conseguir que este probara un hacha congelada con la lengua o para que saltara desde el tejado del cobertizo.

Las dificultades habituales de vivir la niñez en el campo no eran suficientes para Claude: se imponía a sí mismo pruebas físicas y castigos. Cada vez que se quemaba un dedo, seguía el consejo de Mahailey y ponía la mano cerca de la cocina para «domar el fuego». Un año, fue al colegio durante todo el invierno con solo una chaqueta para hacerse más duro. Su madre le abrochaba el abrigo y le ponía la tartera con su almuerzo en la mano para que se pusiera en camino. Tan pronto como perdía de vista la casa, se quitaba el abrigo, lo enrollaba bajo el brazo y corría veloz bordeando los campos helados, de forma que llegaba a la valla de la escuela jadeando y tiritando, pero completamente satisfecho consigo mismo.

V

Claude esperaba que sus padres cambiaran de opinión respecto a qué universidad debía ir, pero ninguno parecía muy preocupado al respecto, ni siquiera su madre.

Hace dos años, el joven al que la señora Wheeler llamaba «hermano Weldon» había salido de Lincoln para predicar en pueblos pequeños e iglesias rurales y reclutar estudiantes para la institución en la que daba clases en el invierno. Había convencido a la señora Wheeler de que su universidad era el lugar más seguro posible para un chico que iba a vivir por primera vez fuera de casa.

La madre de Claude no entendía mucho de predicadores, creía que eran todos unos elegidos y que estaban bendecidos, y nunca se sentía más feliz que cuando tenía a uno en casa al que cocinar y servir. Hizo que el joven Weldon se sintiera tan cómodo que permaneció bajo su techo durante varias semanas, ocupando la habitación que tenían libre, donde pasaba las mañanas estudiando y meditando. Aparecía sin falta a la hora de la comida para pedir que se bendijeran los alimentos y sentarse con devoción, bajando la vista mientras se trinchaba el pollo. Su cabeza alargada se inclinaba un poco hacia un lado, su fino pelo se dividía justamente sobre su amplia frente y la rozaba en forma de pequeños rizos. Hablaba con voz suave, como si siempre pidiera disculpas, y ocupaba el menor espacio posible. Su docilidad divertía al señor Wheeler, que no hacía más que servirle comida, y nunca se olvidaba de preguntarle muy serio qué parte del pollo preferiría, solo para oírle murmurar: «Un poco de la carne blanca, si es tan amable», mientras mantenía sus codos pegados al cuerpo, como si se estuviera deslizando hábilmente por un lugar peligroso. Por la tarde, el hermano Weldon se ponía una corbata limpia y un sombrero de paja rígido y brillante que le dejaba una marca roja a lo largo de la frente, se metía la Biblia bajo el brazo y salía a hacer visitas. Si tenía que ir lejos, Ralph le llevaba en el coche.

A Claude no le gustó desde el primer momento en que lo vio, y apenas podía responderle de forma educada. La señora Wheeler, siempre distraída, y ahora absorta en sus afectuosas atenciones a su invitado, no se dio cuenta de los desdeñosos silencios de Claude hasta que Mahailey, a la que ese tipo de cosas no se le escapaban, le susurró un día junto al fuego de la cocina:

—El señorito Claude, a él no le gusta el predicador. Simplemente no termina de acostumbrarse a él, pero no se lo vaya a contar.

Como resultado de la estancia del hermano Weldon en la granja, Claude fue enviado a la Universidad de Temple. Claude había llegado a creer que las cosas y las personas que menos le gustaban iban a ser las que iban a conformar su destino.

Al llegar la segunda semana de septiembre, metió algo de ropa y unos libros dentro de su baúl y se despidió de su madre y de Mahailey. Ralph le llevó a Frankfort

para coger el tren a Lincoln. Después de acomodarse en el sucio vagón, Claude se puso a meditar sobre sus posibilidades. Había un coche cama en el tren, pero coger este tipo de vagón para un viaje durante el día era una de las cosas que un Wheeler no hacía.

Claude sabía que estaba regresando a la universidad equivocada, que estaba perdiendo tanto el tiempo como el dinero. Se rio desdeñosamente de sí mismo por su falta de ánimo. Si se tratara de unos extraños, se dijo, se mantendría firme y defendería su punto de vista. No podía imponerse contra su padre o su madre, pero sí podía ser lo suficientemente atrevido con el resto del mundo. Sin embargo, si esto era así, ¿por qué seguía viviendo con la tediosa familia Chapin?, una familia que consistía en un hermano y una hermana: Edward Chapin era un hombre de veintiséis años con la cara envejecida y demacrada (y todavía iba a la facultad a estudiar para hacerse clérigo); su hermana Annabelle llevaba la casa por él, es decir, hacía todo tipo de tareas domésticas. El hermano se mantenía a sí mismo y a su hermana gracias a extraños trabajos en iglesias y sociedades religiosas: «ocupaba» el púlpito cuando algún pastor estaba enfermo, hacía trabajos de oficina para la facultad y la YMCA^[2]. Los pagos semanales de Claude por el alojamiento y las comidas, aunque era una pequeña cantidad, eran muy necesarios para vivir con cierta holgura.

Chapin había estado yendo a la Universidad de Temple durante cuatro años, y probablemente le llevaría otros dos años más completar su formación. Estudiaba su libro sobre tranvías, mientras esperaba junto al camino en las ventosas esquinas, y su estudio se alargaba hasta bien entrada la noche. Su estupidez natural debía de ser algo bastante fuera de lo común: después de años de reverencial estudio, no podía leer el texto en griego de los libros del *Nuevo Testamento* sin un diccionario y una gramática al alcance de la mano. Le dedicaba mucho tiempo a la práctica de la elocución y la oratoria. A determinadas horas resonaba el eco de su voz ronca y forzada en exceso, declamando sus propias oraciones o las de Wendell Phillips, en su frágil domicilio —había sido construido para el pobre académico y se asentaba sobre bloques de hormigón en lugar de unos cimientos.

Annabelle Chapin era una de las compañeras de clase de Claude. No era tan torpe como su hermano; podía aprenderse la conjugación de un verbo y reconocer las terminaciones cuando se las volvía a encontrar. Pero era una chica estúpida y demasiado efusiva, que consideraba casi cada aspecto de su mugrienta vida demasiado bueno para ser verdad y, desgraciadamente, sentía algo por Claude. Annabelle recitaba para sí misma sus lecciones una y otra vez mientras cocinaba y fregaba. Era una de esas personas que convierten las cosas más grandiosas en insulsas y simples solo con referirse a ellas. El invierno pasado había recitado las odas de Horacio por toda la casa —era exactamente su concepto de algo propio de un estudiante— hasta que Claude se temió que asociaría para siempre a ese poeta con la

pesadez de las comidas preparadas apresuradamente.

A la señora Wheeler le gustaba sentir que Claude estaba ayudando a esta valiosa pareja en su lucha por la educación, pero él había resuelto tiempo atrás que ya que ninguno de los Chapin conseguía nada por mucho que se esforzaran, salvo una especie de desordenada ineficiencia, mejor deberían haber renunciado a la lucha desde el principio. Él se hacía cargo de su propia habitación, la mantenía despejada y habitable, libre de las atenciones y los adornos de Annabelle. Pero esos inconsistentes fingimientos por desempeñar unas superficiales tareas domésticas le resultaban muy desagradables a Claude. Él había nacido con el amor por el orden de la misma forma que había nacido con el pelo rojo: era un atributo personal.

El chico sentía amargura por el modo en que había sido criado y por su pelo y sus pecas y su torpeza. Cuando fue al teatro en Lincoln, escogió un sitio en el gallinero porque sabía que tenía el aspecto de un chico de campo. Su ropa nunca era la adecuada. Compraba cuellos de camisa demasiado altos y los pañuelos eran demasiado chillones, así que los escondía en su baúl. La única experiencia que tuvo con un sastre fue un fracaso: el hombre notó enseguida por el tartamudeo de su cliente que no sabía lo que quería, así que le convenció de que, como era primavera, necesitaba unos pantalones de tela fina con cuadros, un abrigo y un chaleco de sarga azul. Cuando Claude fue con su ropa nueva a la Iglesia de St. Paul el domingo por la mañana, cada persona con la que se cruzaba seguía con la mirada sus elegantes piernas mientras bajaba la calle. Durante la siguiente semana, observó las piernas de los ancianos y los hombres jóvenes y llegó a la conclusión de que no había otro par de pantalones de cuadros en Lincoln. Colgó los pantalones en el armario y nunca se los volvió a poner, a pesar de que Annabelle esperaba con nostalgia que los llevara de nuevo. No obstante, Claude creía que era capaz de reconocer a un hombre elegante cuando veía uno. Pensaba incluso que podía reconocer a una mujer elegante. Si una mujer atractiva se subía al tranvía cuando él estaba de camino o volviendo de Temple, se debatía entre el deseo de mirarla y el querer parecer indiferente al mismo tiempo.

Claude está regresando a Lincoln con una asignación bastante generosa que no contribuye demasiado a que se sienta más cómodo o a gusto. No tiene amigos ni profesores que le despierten admiración, a pesar de que la necesidad de admirar justamente ocupa ahora un lugar preferente en su carácter. Está convencido de que las personas que significan algo para él siempre le prejuzgarán y le dejarán atrás. No teme la soledad como teme aceptar sustitutos baratos, buscarse pretextos cuando un profesor lo halaga, o como cuando se levanta una mañana y se descubre admirando a una chica simplemente porque es accesible. Le asustan los compromisos fáciles y le aterra que puedan engañarle.

VI

Tres meses después, en un día gris de diciembre, Claude estaba sentado en el vagón de pasajeros de un tren de carga, volviendo a casa por vacaciones. Tenía una pila de libros en el asiento de al lado y estaba leyendo cuando el tren se paró tan bruscamente que los libros fueron a dar al suelo. Los recogió y miró su reloj. Era mediodía. El mercancías se quedaría ahí durante una hora o más, hasta que pasara el tren de pasajeros que iba hacia el sur. Claude se bajó del vagón y subió lentamente el andén hasta la estación. Unos cuantos abetos habían sido arrancados de la tierra cerca de la estación y un aroma a Navidad flotaba en el aire frío. Algunos carros esperaban, con sus caballos cubiertos con mantas. El vapor de la locomotora se extendía formando una mancha de color violeta oscuro a medida que se enroscaba hacia el cielo gris.

Claude entró en un restaurante al otro lado de la calle y pidió un guiso de ostras. La propietaria, una alemana regordeta y bajita con el flequillo encrespado, siempre se acordaba de él de cada viaje. Mientras comía sus ostras, ella le contó que acababa de terminar de asar un pollo con patatas dulces y que, si le apetecía, podría tomar el primer filete de pechuga antes de que los trabajadores de la estación entraran a comer. Tras pedirle que se lo trajera, esperó, sentado en un taburete con las botas apoyadas en la tubería de plomo que hacía de reposapiés, sus codos sobre el brillante mostrador marrón, con la mirada fija en una pirámide de panecillos rellenos que parecían duros bajo la tapa de cristal.

—*Cada día, esperrrar verrrte* —dijo la señora Voight cuando le trajo su plato—. He *puegsto bagstante* bien de salsa sobre *lags patagtas* dulces, *ja*.

—Gracias. Debe de ser popular entre sus huéspedes.

Ella soltó una risita:

—*Ja*, todos *logs trrabajadorres* de la estación *serr* amigos míos. Algunas veces me *trraen* un poco de *Schweizerkase*^[3] de alguno de esos enormes bares en Omaha, que los jefes visitan con *frrecuencia*. No tengo chicos míos *prropios*, así que tengo que *apañarles* las cosas a esos muchachos, ¿eh?

Permaneció de pie con sus rechonchas manos bajo el delantal, observando cada bocado que él daba con tanta avidez que ella debía de estar saboreándolo también. El personal de la estación entró en tropel preguntándole a la mujer a gritos qué había para comer y ella daba vueltas alrededor de todos ellos como una pequeña gallina excitada, cacareando y soltando risotadas. Claude se preguntó si todos los trabajadores del mundo serían tan agradables como esos con las mujeres mayores. Él no lo creía, le gustaba pensar que tal genialidad era común solo en lo que él llamaba en general «el Oeste». Compró un puro grande y paseó de arriba abajo por el andén, disfrutando del aire fresco, hasta que el silbato pidió a los pasajeros que subieran.

Después de que el tren de carga se pusiera en marcha, él no abrió sus libros de nuevo, sino que permaneció sentado mirando hacia fuera a las casas grisáceas a medida que iban apareciendo ante él, con sus campos de maíz desnudos y secos y los grandes surcos de arado donde el trigo de invierno dormía. La nieve espolvoreada como pequeñas estrellas yacía como escarcha a lo largo de los desmoronados caballones entre surco y surco.

Claude creía que conocía casi todas las granjas entre Frankfort y Lincoln, había hecho el recorrido con tanta frecuencia, en trenes rápidos y en lentos. Volvía a casa todas las vacaciones y le habían llamado para que volviera una y otra vez con distintos pretextos: cuando su madre estaba enferma, cuando Ralph volcó el coche y se rompió el hombro, cuando a su padre le dio una patada un semental salvaje. No era costumbre de los Wheeler contratar a una enfermera: si alguien en la casa estaba enfermo, se daba por sentado que algún otro miembro de la familia desempeñaría esa tarea.

Claude estaba reflexionando sobre el hecho de que nunca antes hubiera ido a casa de tan buen humor. Dos cosas buenas le habían sucedido desde que hiciera este recorrido hacía tres meses.

En septiembre, nada más llegar a Lincoln, se había matriculado en la Universidad Estatal para hacer un curso especial sobre historia de Europa. El año anterior había escuchado al director del departamento en una conferencia con fines benéficos y había decidido que, aunque no le permitieran cambiar de universidad, se las arreglaría para estudiar con ese hombre. Al curso que Claude había escogido, el alumno podía dedicarle todo el tiempo que quisiera. Se basaba en la lectura de textos históricos, y el profesor estaba claramente ávido por recibir cuadernos repletos de apuntes. El de Claude fue de los más completos. Trabajaba a primera y a última hora del día en la biblioteca de la universidad, a menudo almorzaba en el pueblo y volvía a leer hasta la hora de cierre. Por primera vez estaba estudiando una asignatura que le parecía vital, que tenía que ver con hechos e ideas, en lugar de con diccionarios y gramáticas. ¡Cómo se había acordado de Ernest durante las conferencias! Podía imaginarle empapándose de ellas, estando de acuerdo o disintiendo a su siempre independiente manera. Las clases eran bastante largas y el profesor hablaba sin notas —hablaba rápidamente, como si se estuviera dirigiendo a sus iguales, sin un ápice de la convincente persuasión a la que los estudiantes de Temple estaban acostumbrados—. Sus conferencias eran breves, como un escrito legal, pero había una especie de fervor seco en su voz y, cuando ocasionalmente interrumpía su exposición con un comentario puramente personal, este parecía valioso e importante.

Claude normalmente salía de estas clases con la sensación de que el mundo estaba lleno de cosas estimulantes y de que uno tenía suerte de estar vivo para averiguar esas cosas. Las lecturas durante ese otoño hicieron que de verdad viera el futuro más claro

para él, parecía prometer depararle algo. Una de sus principales dificultades había sido siempre que no podía convencerse a sí mismo de creer en la importancia de ganar dinero o de gastarlo. Si eso era todo, entonces la vida no valía la pena.

La segunda cosa buena que le había ocurrido es que había conocido a algunas personas que le gustaban. Había sucedido por casualidad, tras un partido de fútbol americano entre los once de Temple y el equipo de la Universidad Estatal (simplemente a modo de práctica para estos últimos). Claude estaba jugando como *halfback* con Temple. Hacia el final del primer cuarto, siguió su interferencia sin peligro alrededor del extremo derecho, esquivó un placaje que amenazaba con poner fin al partido y corrió solo durante noventa yardas hasta hacer un *touchdown*. Logró terminar el partido con una buena actuación del equipo entero. Los chicos de la Estatal le dieron la enhorabuena de forma sincera y el entrenador llegó a insinuar que si algún día quería cambiar de aires, habría un sitio para él en el equipo de la universidad.

Claude vivió un momento para estar orgulloso, pero incluso mientras el entrenador Ballinger le estaba hablando, los estudiantes de Temple bajaron corriendo a la tribuna dando gritos de alegría y Annabelle Chapin, ridícula con la ropa deportiva que ella misma había confeccionado y adornado con los colores de Temple y haciendo sonar un silbato infantil, se echó sin dudarlo a su cuello. Él se soltó, de forma no demasiado suave, y con determinación echó a andar con paso airado hacia los vestuarios... ¿De qué servía si siempre estaba en el equipo equivocado?

Julius Erlich, que jugaba de *quarter* en el equipo de la Estatal, se lo llevó a un lado y le dijo afablemente:

—Ven a casa a cenar conmigo esta noche, Wheeler, y conoce a mi madre. Vente con nosotros y te vistes en la armería. Tienes la ropa en tu maleta, ¿verdad?

—No se puede decir que sea ropa adecuada para hacer una visita —le contestó Claude con indecisión.

—¡Ah, eso no importa! Somos todos chicos en casa. A madre no le importará si vienes con la ropa de entrenar.

Claude aceptó la propuesta antes de que tuviera tiempo de arrepentirse imaginando las posibles dificultades. Erlich se sentaba a su lado a menudo en la clase de Historia y habían hablado varias veces. Hasta ahora, Claude había tenido la sensación de que no «podía descifrar a Erlich», pero esa tarde, mientras se vestían después de la ducha, se hicieron buenos amigos, todo en unos pocos minutos. Claude estaba quizá con el cuerpo y la mente menos paralizados que de costumbre. Estaba tan sorprendido de encontrarse hablando con Erlich con facilidad y confidencialidad que apenas reparó en la camisa de hace dos días y el cuello con un borde roto —muestras de una economía miserable a las que estaba acostumbrado.

No habían caminado más de dos manzanas desde la armería cuando Julius giró

hacia una vieja casona de madera con terraza y jardín. Condujo a Claude hasta un extremo y, a través de una puerta de cristal, hasta una gran sala donde las ventanas ocupaban tres de las paredes por encima del friso de madera. La habitación estaba llena de niños y jóvenes, sentados en grandes divanes o en los brazos de los sillones, y todos hablaban a la vez. En uno de los sillones estaba tumbado un hombre joven con un batín, leyendo tan tranquilo como si estuviera solo.

—Cinco de estos son mis hermanos —dijo su anfitrión— y el resto son amigos.

El grupo reconoció a Claude y le incluyeron en su conversación sobre el partido. Cuando los amigos se marcharon, Julius le presentó a sus hermanos. Eran todos buenos chicos, pensó Claude, y agradables y hospitalarios en las formas. Los tres mayores ya estaban trabajando, pero también habían asistido al partido esa tarde. Claude nunca antes había visto hermanos que fueran tan francos y sinceros los unos con los otros. Con él eran muy cordiales; el que estaba tumbado se acercó para darle la mano, marcando con el dedo la página del libro por la que iba.

Sobre una mesa en medio de la habitación había pipas y cajas con tabaco, puros en un bote de cristal y un enorme bol chino lleno de cigarrillos. A Claude este aprovisionamiento le parecía de lo más llamativo, porque en casa él tenía que fumar en el establo de las vacas. La cantidad de libros le asombró casi de la misma forma: todos los frisos de las paredes estaban tapados con estanterías abiertas repletas de ejemplares, gruesos y finos, y todos parecían interesantes y bastante usados. Uno de los hermanos había estado en una fiesta la noche anterior y, al volver a casa, había puesto su corbata de vestir alrededor del cuello de un busto de yeso de Byron que había en la repisa sobre la chimenea. Esta cabeza, con la corbata ladeada, llamó la atención de Claude más que cualquier otra cosa de la habitación, y por algún motivo al instante le hizo desear vivir allí.

Julius hizo entrar a su madre y cuando iban a cenar Claude se encontró sentado a su lado en uno de los extremos de la larga mesa. La señora Erlich le pareció muy joven para ser la cabeza de una familia tan numerosa. Su pelo se conservaba aún castaño y lo llevaba recogido por detrás de las orejas en dos pequeños moños, como las damas de los viejos daguerrotipos. Su cara también recordaba a un daguerrotipo, había algo antiguo y pintoresco en ella. Su piel tenía la blancura suave de las flores blancas que han sido empapadas por la lluvia. Hablaba haciendo gestos rápidos y su manera breve pero decidida de asentir era peculiar y muy personal. Sus ojos de color avellana atisbaban con curiosidad por encima de los quevedos, siempre mirando para ver cómo las cosas se resolvían maravillosamente bien, siempre buscando una buena hada alemana en la alacena o en el armario de las tartas o en el vapor humeante del día de lavar la ropa.

Los chicos estaban hablando sobre un compromiso que acaba de anunciarse y la señora Erlich empezó a contarle a Claude una larga historia sobre cómo este brillante

joven había llegado a Lincoln y había conocido a esta hermosa señorita, quien ya estaba comprometida con un frío académico y cómo, tras varios ardores de estómago, la hermosa joven había roto con el hombre equivocado y se había prometido al correcto, y ahora ellos estaban todos muy felices, le pidió a Claude que la creyera: ¡todo el mundo estaba igual de feliz! A la mitad de su narración, Julius le recordó con una sonrisa que ya que Claude no conocía a estas personas, no estaría muy interesado en su romance, pero ella simplemente le miró por encima de sus gafas y dijo:

—¡Con que sí, *Herr* Julius!

Cualquiera podía ver que ella estaba a la altura de ellos.

La conversación saltaba de una cosa a otra. Los hermanos comenzaron a discutir acaloradamente sobre una chica nueva que estaba de visita en el pueblo, si era guapa, cuán guapa era, si era ingenua. Para Claude esto era como una conversación en una obra de teatro: nunca antes había oído discutir y analizar de esta manera a una persona. Nunca había visto a una familia hablar tanto, o con algo tan parecido al entusiasmo. Aquí no había nada de la perniciosa reticencia que siempre había asociado con las reuniones familiares, ni la incomodidad de la gente sentada con las manos en el regazo, mirándose los unos a los otros, guardándose para sí cada uno sus secretos o sospechas, mientras él trataba de encontrar un tema seguro sobre el que hablar. Su capacidad para crear frases también le asombraba: ¿cómo podía la gente encontrar tanto que decir sobre una sola chica? Con seguridad, una gran parte le parecía exagerada, pero admitió con tristeza que en estos temas no era el juez adecuado. Cuando volvieron al salón, Julius empezó a tocar de oído algunas melodías en su guitarra y el hermano de la barba se sentó a leer. Otto, el más joven, al ver a un grupo de estudiantes pasar por delante de la casa, salió corriendo hacia el césped y les llamó, a dos niños y una niña con las mejillas rojas y una estola de piel. Claude se acomodó en un rincón y estaba encantado de ser un espectador, pero la señora Erlich pronto se acercó y se sentó junto a él. Cuando las puertas que daban a la sala de estar estaban abiertas, ella se dio cuenta de que la mirada de él se perdía en un grabado de Napoleón que colgaba encima del piano y le invitó a ir a examinarlo. Le contó que era un grabado poco común y le enseñó un retrato de su bisabuelo, que era oficial en el ejército de Napoleón. Explicar cómo había llegado a serlo era una larga historia.

Mientras hablaba con Claude, la señora Erlich descubrió que sus ojos no eran en realidad tan claros, pero que simplemente lo parecían debido al color de sus pestañas. Eran muy expresivos cuando miraban directamente a los suyos y le gustaba lo que decían. Pronto se enteró de que estaba descontento, de lo mucho que odiaba la Universidad de Temple y por qué su madre deseaba que fuera allí.

Cuando los tres niños que habían llegado más tarde se despidieron, Claude también se levantó. Ellos obviamente eran conocidos de la casa y su descuidada salida con un alegre «¡Buenas noches a todos!» no le dio ninguna sugerencia práctica

acerca de lo que debía decir o de cómo iba a salir. Julius complicó las cosas aún más al decirle que se sentara y que todavía no era hora de irse. Pero la señora Erlich dijo que sí lo era, ya que le esperaba un largo viaje de vuelta hasta la Temple.

Todo resultó muy sencillo: ella le acompañó a la puerta y le dio su sombrero y unas suaves palmaditas en el brazo a modo de despedida.

—Ven a menudo a visitarnos, vamos a ser amigos.

Su frente, oculta tras los cuidados mechones castaños del flequillo, quedaba un poco por debajo de la barbilla de Claude; ella miró detenidamente hacia arriba, hacia él, con esa extraña expresión esperanzada, como si... ¡como si incluso a él las cosas le fueran a salir maravillosamente bien! Desde luego, nadie le había mirado así nunca.

—Ha sido muy agradable —murmuró él sin apenas sentir vergüenza, y con una feliz inconsciencia giró el pomo y cruzó la puerta de cristal para salir.

Mientras el tren de carga soplaba lentamente a través del campo de invierno, dejando un rastro negro suspenso en el aire en calma, Claude regresaba minuciosamente a esa experiencia en su mente, como si temiera perder algo de ello al ir acercándose a casa. Podía recordar con exactitud la impresión que la señora Erlich y los chicos le habían causado en esa primera noche, podía repetir casi palabra por palabra la conversación que había sido tan novedosa para él. Entonces había dado por supuesto que los Erlich eran ricos, pero más tarde averiguó que eran pobres. El padre había muerto y todos los chicos tenían que trabajar, incluso aquellos que todavía iban a la escuela. Simplemente, descubrió, sabían cómo vivir y cómo gastar su dinero en ellos mismos en lugar de en máquinas para hacer el trabajo y en máquinas para entretener a la gente. Las máquinas, decidió Claude, no podían proporcionar placer, sea lo que sea lo que pudieran hacer. Ni tampoco podían fabricar personas agradables. Tal y como él lo veía, estas últimas se hacían a base de una sensata complacencia de casi todo lo que a él le habían enseñado a evitar.

Desde aquella primera visita, había ido a casa de la familia Erlich no con tanta frecuencia como le hubiera gustado, desde luego, pero tan a menudo como se atrevió. Algunos de los chicos de la universidad parecían pasar por allí siempre que les apetecía, eran casi miembros de la familia, pero tenían mejor aspecto que él y eran mejor compañía. Con seguridad, el gran Baumgartner era un íntimo de ellos; era un chaval desgarbado con las manos rojas y los zapatos llenos de remiendos, pero al menos hablaba alemán con la madre y tocaba el piano y parecía saber mucho de música.

Claude no quería ser un pesado. A veces por la tarde, cuando salía de la biblioteca para fumar un puro, pasaba lentamente de largo por delante de la casa de los Erlich, mirando hacia las ventanas iluminadas del salón y preguntándose qué estaría sucediendo dentro. Antes de llamar a su puerta, se devanaba los sesos en busca de

cosas sobre las que hablar. Si había habido un partido de fútbol o una buena obra en el teatro, eso ayudaba, por supuesto.

Casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, intentaba meditar y justificar sus opiniones ante sí mismo, de forma que tuviera algo que decir cuando los chicos Erlich le preguntaran. Había crecido con la convicción de que dar explicaciones estaba más allá de su dignidad, como lo estaba vestirse cuidadosamente o que le cogieran poniendo demasiado esmero en hacer algo. Ernest era la única persona que él conocía que simplemente intentaba exponer con claridad por qué creía esto o aquello, y en casa la gente le consideraba engreído y advenedizo: no era muy americano dar explicaciones, ¿no tenías por qué! En la granja decías que lo harías o que no lo harías, que Roosevelt estaba bien o que estaba loco. Se suponía que no tenías que decir nada más a no ser que fueras un político dando un discurso —si tratabas de decir algo más, era porque te gustaba escucharte hablar—. Y como no decías nunca nada, no desarrollabas el hábito de pensar. Si te aburrías demasiado, ibas al pueblo y comprabas algo nuevo.

Pero toda la gente que conoció en casa de los Erlich hablaba. Si le preguntaban sobre una obra o un libro y él decía que «no era bueno», todos a la vez le preguntaban por qué. Los Erlich pensaban que era muy callado, pero Claude a veces creía que era asombroso: ¿era verdaderamente posible que fuera él el que estaba aireando sus opiniones de esta forma tan poco delicada? Se encontró usando palabras que nunca antes habían salido de sus labios, que en su mente estaban asociadas solo con la página impresa. Cuando de repente se daba cuenta de que estaba empleando una palabra por primera vez (y probablemente pronunciándola de forma incorrecta) se sentía tan confundido como si tratara de pagar con un dólar de plomo: se ruborizaba y tartamudeaba y dejaba que alguien terminara la frase por él.

Claude no podía resistirse a pasar por la casa de los Erlich por las tardes; en ese momento los chicos no estaban y podía tener a la señora Erlich para él solo durante media hora. Cuando ella le hablaba, le enseñaba mucho sobre la vida. Le encantaba escucharla cantar canciones sentimentales alemanas mientras trabajaba: «*Spinn, spinn, du Tochter mein*»^[4]. No sabía por qué, pero ¡simplemente la adoraba! Cada vez que se iba después de haber estado con ella, se sentía feliz y lleno de amabilidad, y pensaba en bosques de hayas y ciudades amuralladas, o en Carl Schurz y la revolución romántica.

Había ido a ver a la señora Erlich justo antes de volver a casa por vacaciones y la había encontrado preparando pasteles de Navidad alemanes. Ella le llevó a la cocina y le explicó las casi sagradas tradiciones que gobernaban esta complicada receta. Su entusiasmo y seriedad mientras batía y removía eran algo muy bonito, pensaba Claude. Enumeraba con los dedos los muchos ingredientes, pero él pensaba que había cosas que no nombraba: la fragancia de las viejas amistades, el resplandor de los

primeros recuerdos, la creencia en las rimas y canciones capaces de hacer milagros. Con seguridad, ¡estas eran cosas estupendas para poner en pequeños pasteles! Después de dejarla, Claude hizo algo que un Wheeler jamás haría: bajó a O Street y le envió una caja de las rosas más rojas que pudo encontrar. En su bolsillo estaba la pequeña nota que ella le había escrito para agradecersele.

VII

Estaba empezando a oscurecer cuando Claude llegó a la granja. Mientras Ralph paraba y guardaba el coche, él caminaba solo hacia la casa. Nunca volvía sin emoción, aunque tratara de quitar importancia a estas idas y venidas que formaban parte del día a día. Cuando subía así la cuesta, hacia la casa en lo alto con sus ventanas iluminadas, siempre se le encogía el corazón. Le encantaba volver a casa tanto como lo odiaba. Siempre le decepcionaba y, sin embargo, siempre notaba que era adecuado volver a su propio hogar. Incluso cuando quebrantaba su espíritu y humillaba su orgullo, sentía que estaba bien tal humillación. No se cuestionaba si el bajo estado de ánimo era el más sincero; ni si cuanto peor opinión tuviera un hombre de sí mismo, más probabilidades tendría de estar en lo cierto en su estimación.

Al acercarse a la puerta, Claude se detuvo un momento y miró a través de la ventana de la cocina. Estaba preparada la mesa para la cena y Mahailey estaba ante los fuegos, removiendo algo en una gran olla de hierro, masa de harina de maíz probablemente —a menudo la preparaba para ella ahora que sus dientes empezaban a darle problemas—. Estaba de pie, inclinada sobre la olla que abrazaba con un brazo, y con el otro batía el rígido contenido, asintiendo con la cabeza al ritmo de este movimiento rotatorio. Emociones confusas se despertaron en Claude. Entró rápidamente y le dio un abrazo de oso.

El rostro de ella se arrugó con la sonrisa tonta que Claude conocía tan bien.

—¡Señor, cómo me ha *asustao*, señorito Claude! Un poco *má y'abría* tirado la masa por el suelo. ¡Tiene buen aspecto, mi chico guapo, sí!

Él sabía que Mahailey se alegraba de verlo volver a casa más que nadie, excepto su madre. Al escuchar el andar de la señora Wheeler, los pasos inciertos en la escalera, abrió la puerta y subió corriendo hasta la mitad del camino para encontrarse con ella, rodeándola con sus brazos con la casi dolorosa ternura que él siempre sentía, pero que rara vez tenía libertad de mostrar. Ella extendió ambas manos y le acarició el pelo durante un momento, riendo como alguien le sonríe a un niño pequeño y diciéndole que creía que lo tenía más rojo cada vez que volvía.

—¿Hemos recogido todo el maíz, madre?

—No, Claude, no lo hemos recogido todo. Sabes que siempre vamos retrasados. Todo va bien, el tiempo está despejado para descascarar el maíz, también. Pero al menos nos hemos librado del miserable de Jerry, así que hay algo por lo que estar agradecidos. Un día tuvo un ataque de ira de esos de los suyos en el pueblo, cuando estaba haciendo autostop para volver a casa, y Leonard Dawson le vio golpear a uno de nuestros caballos con el yugo. Leonard se lo contó a tu padre, y le habló con franqueza, y tu padre despidió a Jerry. Si tú o Ralph se lo hubierais contado, con toda

probabilidad no hubiera hecho nada al respecto. Pero supongo que todos los padres son iguales —soltó una risita en confianza agarrada del brazo de Claude mientras bajaban las escaleras.

—Supongo. ¿Le hizo mucho daño al caballo? ¿A cuál golpeó?

—Al pequeño negro, Pompey. Creo que es un caballo bastante malo. Los muchachos dijeron que le rompió uno de los huesos de encima del ojo, pero probablemente se recuperará pronto.

—Pompey no es malo, es nervioso. Todos los caballos odiaban a Jerry, y tenían buenas razones para ello —Claude sacudió los hombros para deshacerse de los desagradables recuerdos de este hombre mestizo que volvían a su mente. Había visto algunas cosas que pasaban en el granero que con toda seguridad no podía contar a su padre. El señor Wheeler entró en la cocina y se detuvo de camino a las escaleras el tiempo suficiente para decir:

—Hola, Claude. Tienes muy buen aspecto.

—Sí, señor. Estoy muy bien, gracias.

—Bayliss me ha contado que has estado jugando bastante al fútbol americano.

—No más de lo normal. He jugado media docena de partidos, generalmente nos dan una paliza. La Estatal tiene un buen equipo.

—Esooo esperooo —dijo el señor Wheeler arrastrando las palabras mientras subía a zancadas las escaleras.

La cena fue como siempre. Dan no paraba de sonreírle y guiñarle el ojo a Claude, tratando de descubrir si ya había sido informado del destino de Jerry. Ralph le contó los cotilleos del vecindario: Gus Yoeder, su vecino alemán, había demandado a un granjero por haber disparado a su perro. Leonard Dawson se iba a casar con Susie Grey, la chica por la que había pegado a Bayliss, recordó Claude.

Después de la cena, Ralph y el señor Wheeler se fueron en el coche a una representación de Navidad en la escuela del condado. Claude y su madre se sentaron a conversar tranquilamente junto al quemador de carbón del salón de arriba. A Claude le gustaba esta habitación, especialmente cuando su padre no estaba allí. La vieja alfombra, las sillas desteñidas, la librería del buró, el grabado lleno de manchas con todas las escenas de *El progreso del peregrino* que estaba sobre el sofá... todas estas cosas le hacían sentirse en casa. Ralph siempre estaba proponiendo redecorar la habitación con muebles de roble estilo misión, pero hasta ahora Claude y su madre lo habían evitado.

Claude acercó su silla favorita y empezó a hablarle a la señora Wheeler de los chicos Erlich y de su madre. Ella escuchaba, pero él podía notar que estaba mucho más interesada en oír hablar de los Chapin, de si la garganta de Edward había mejorado y de dónde había estado predicando este otoño. Esa era una de las cosas decepcionantes de volver a casa: nunca podía despertar el interés de su madre en

cosas o personas nuevas, a no ser que de alguna manera tuvieran que ver con la Iglesia. Sabía también que siempre estaba esperando oírle decir que por fin sentía la necesidad de acercarse más a la religión. Ella nunca le incordiaba sobre estas cosas, pero le había dicho una vez o dos que nada en el mundo podría complacerla más que verle consagrado a Cristo. Claude se dio cuenta mientras le hablaba de los Erlich de que ella se estaba preguntando si no serían personas «de mucho mundo» y estaba preocupada por la influencia que podían ejercer sobre él. La tarde fue casi un fracaso y se fue temprano a la cama.

Claude había pasado por unos dolorosos momentos de duda y miedo cuando pensó en profundidad sobre la religión. Durante varios años, de los catorce a los dieciocho, creyó que estaría perdido si no se arrepentía y se sometía a ese misterioso cambio llamado conversión. Pero había cierta cabezonería en él que no le permitía aprovecharse del perdón que ello le ofrecía. Se sentía condenado, pero no quería renunciar a un mundo del que hasta ahora no sabía nada. Quería sumergirse en la vida con toda su energía, con todas sus facultades. Él no quería ser como los hombres jóvenes que en la reunión de oración decían que confiaban en su Salvador. Odiaba la manera en que aceptaban dócilmente los placeres permitidos.

En aquellos días, Claude sintió un intenso miedo físico a la muerte. El ver a un vecino yaciendo rígido en su ataúd negro durante un funeral, le aterrorizaba. Solía permanecer despierto en la oscuridad, conspirando contra la muerte, tratando de trazar algún plan para escapar de ella, deseando con amargura no haber nacido jamás. ¿No había otra forma de salir del mundo salvo esta? Cuando pensaba en los millones de criaturas solitarias pudriéndose bajo tierra, la vida no parecía otra cosa que una trampa que atrapaba a la gente para un horrible final. Nunca había habido un hombre tan fuerte o tan bueno como para haber podido escapar. Y sin embargo, a veces tenía la seguridad de que él, Claude Wheeler, escaparía, que de verdad inventaría alguna manera ingeniosa para salvarse de la desintegración. Cuando la encontrara, no se lo diría a nadie, sería astuto y guardaría el secreto. Putrefacción, descomposición... ¡él no entregaría su agradable y templado cuerpo a esa inmundicia! ¿Qué significado tenía aquel versículo de la Biblia: «No permitas que tu Santo sufra la corrupción»^[5]?

Si algo podía curar a un chico inteligente de los malsanos miedos religiosos, eso era una universidad confesional como a la que Claude había sido enviado. Ahora rechazaba la teología cristiana como algo demasiado lleno de evasivas y sofisterías como para razonar sobre ello. Los hombres que la crearon, estaba seguro, eran como los hombres que la enseñaban. El más noble podía ser condenado, según su teoría, mientras que casi cualquier parásito de mal corazón podía salvarse gracias a la fe. La «Fe», como él lo veía ejemplificado en los profesores de la Temple, era un sustituto para la mayoría de las cualidades masculinas que él admiraba. Los hombres jóvenes entraban en la clerecía porque eran tímidos o perezosos y querían que la sociedad se

encargara de ellos, porque querían ser mimados por mujeres amables y confiadas, como su madre.

Aunque él tenía poco que ver con la teología y los teólogos, Claude hubiera dicho que era cristiano, creía en Dios y en el espíritu de los cuatro *Evangelios* y en el «Sermón de la montaña». Solía detenerse y atascarse en «Bienaventurados los mansos»^[6], hasta que un día se le ocurrió que este verso se refería exactamente a gente como Mahailey y ¡desde luego ella estaba bendecida!

VIII

El domingo después de Navidad, Claude y Ernest caminaban por la orilla del arroyo de Lovely Creek. Habían llegado hasta la zona de los árboles madereros del señor Wheeler y volvieron. Era como una tarde de otoño, tan templada que dejaron sus abrigos en la rama de un olmo torcido junto a la valla de los pastos. Los campos y las copas desnudas de los árboles parecían nadar en la luz. Unas pocas hojas marrones todavía colgaban de los poblados arbustos a lo largo del arroyo. En los pastos de arriba, a más de una milla de la casa, los chicos encontraron una vid agri dulce que se enroscaba alrededor de un pequeño cornejo y lo cubría con bayas rojo escarlata. Era como encontrar un árbol de Navidad creciendo salvaje en el campo. Habían estado hablando sobre algunos de los libros que Claude había traído a casa y sobre su clase de Historia. No era capaz de transmitirle a Ernest las clases como hubiera querido y sentía que era culpa de su amigo más que suya: Ernest era un tipo con tan poca imaginación... Cuando llegaron hasta la vid, olvidaron su discusión y descendieron apoyando las manos en el talud para admirar los racimos rojos de la leñosa vid del color del humo y sus hojas de un dorado pálido, listas para caer con solo tocarlas. La vid y el pequeño árbol al que honraba, ocultos en la hendidura de un barranco, habían escapado del viento arrasador y de los ojos de los escolares que a veces cogían un atajo para volver a casa a través de los pastos. Por las raíces corría un delgado hilito de agua del arroyo, negra entre dos capas irregulares de hielo derretido.

Cuando dejaron el lugar y subieron de vuelta, Claude volvió a sentir la necesidad de animar a Ernest a salir de ese estado de ánimo afable y razonable.

—¿Qué vas a hacer dentro de un tiempo, Ernest? ¿Tienes intención de trabajar la tierra toda tu vida?

—Naturalmente. Si hubiera aprendido un oficio, me dedicaría a ello a estas alturas. ¿Por qué preguntas algo así?

—¡Ah, no lo sé! Supongo que la gente debe pensar en el futuro alguna vez y tú eres una persona muy práctica.

—El futuro, ¿eh? —Ernest cerró un ojo y sonrió—. Eso son palabras mayores. Después de tener mi propio hogar y de haber sentado la cabeza, iré a casa a ver a mis viejos algún invierno. Quizá me case con alguna chica agradable y la traiga aquí.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente si todo sale bien, ¿no?

—Quizá. Pero no bastaría para mí. Creo que nunca podría adaptarme a nada. ¿No tienes la sensación de que llegados a este punto no hay mucho que merezca la pena en ello?

—¿En qué?

—En la vida en general, en continuar como estamos. ¿Qué sacamos de todo ello? Coge un día como este: te levantas por la mañana y te alegras de estar vivo; es un día lo suficientemente bueno para hacer cualquier cosa y estás seguro de que algo va a pasar. Bueno, ya sea día de trabajo o festivo, es lo mismo al final: por la noche te vas a la cama y nada ha pasado.

—¿Pero qué es lo que esperas? ¿Qué puede pasarte, excepto en tu propia mente? Si termino el trabajo y consigo una tarde libre para ver a mis amigos como esta, para mí es suficiente.

—¿Lo es? Bueno, si solo tenemos una oportunidad, me parece que debería pasar algo..., no sé, algo espléndido en la vida alguna vez.

Ernest lo comprendía ahora. Se acercó a Claude mientras caminaban y le miró de reojo con preocupación.

—Vosotros los americanos siempre estáis buscando algo fuera de vosotros mismos para animaros, y no hay forma de hacerlo. En los países más antiguos, donde no nos pueden pasar muchas cosas, lo sabemos y aprendemos a sacar el máximo de las cosas pequeñas.

—Los mártires debieron encontrar algo fuera de sí mismos, de otra forma podrían haberse conformado con las pequeñas cosas.

—Bueno, ¡yo diría que ellos no tenían nada excepto sus ideas! Sería ridículo morir quemado en la hoguera solo por la sensación. A veces pienso que los mártires tenían una vanidad enorme que les ayudaba a sufrir también.

Claude pensó que Ernest nunca había sido tan molesto. Entrecerró los ojos para ver un objeto brillante al otro lado de los campos y dijo de forma cortante:

—El hecho es, Ernest, que tú piensas que un hombre debe sentirse satisfecho con sus alimentos y sus ropas y los domingos libres, ¿no?

Ernest se rio con bastante tristeza.

—No importa mucho lo que yo piense, las cosas son como son. No va a bajar nada desde el cielo para escoger a un hombre, supongo.

Claude murmuró algo para sí mismo y torció la barbilla por encima del cuello de la camisa como si llevara una brida en la boca.

El sol ya había bajado y los dos muchachos, como observaba la señora Wheeler desde la ventana de la cocina, parecían estar caminando junto a una pradera en llamas. Sonrió al ver sus siluetas oscuras moviéndose a lo largo de la cresta de la colina frente al cielo dorado, incluso desde esa distancia uno parecía tan capaz de adaptarse y el otro, tan inflexible... Estaban discutiendo, probablemente, y probablemente Claude estaba equivocado.

IX

Después de las vacaciones, Claude se concentró en sus lecturas en la biblioteca de la universidad. Trabajaba sentado a una mesa junto a la sala donde se guardaban los libros sobre pintura y escultura. Los estudiantes de arte, que eran todas chicas, leían y susurraban juntas en este recinto y podía disfrutar de su compañía sin tener que hablar con ellas. Eran alegres y simpáticas y a menudo le pedían que bajara algún libro o carpeta muy pesados de las estanterías, y le saludaban con entusiasmo cuando se lo encontraban por la calle o por el campus, le hablaban con la cordialidad fácil habitual entre chicos y chicas de una facultad mixta. Una de estas chicas, la señorita Peachy Millmore, era distinta a las demás, era diferente a cualquier otra chica que Claude hubiese conocido jamás. Era de Georgia y estaba pasando el invierno con su tía en B Street.

Aunque era bajita y rellenita, los movimientos de la señorita Millmore se caracterizaban por lo que podría llamarse «porte» y tenía en general mejores maneras y más discreción que las chicas del oeste. Su pelo era dorado y rizado, los pequeños tirabuzones sobre sus orejas eran del mismo color que unos polluelos recién nacidos. Sus vívidos ojos azules eran quizá un poco saltones y un generoso rubor cubría sus mejillas. Parecía que palpitaban: uno tenía el deseo de tocar sus mejillas para ver si realmente ardían. Los hermanos Erlich y sus amigos la llamaban «el melocotón de Georgia»^[7]. La consideraban muy guapa y los chicos de la universidad la habían cortejado nada más llegar al pueblo. Desde entonces su popularidad había decaído en cierta manera.

La señorita Millmore a menudo se entretenía por el campus para bajar hasta el pueblo con Claude. Aunque él intentaba adaptar su larga zancada al modo ligero de caminar de ella, siempre acababa sofocándose. Siempre estaba dejando caer sus guantes, o su cuaderno de dibujo o su monedero, y a él le gustaba recogerlos por ella, y ponerle sus chanclos, que se le salían constantemente del talón. Era muy amable por parte de ella haberle distinguido con su gentileza, pensaba. Incluso le persuadió para que posara con la ropa de entrenar en la clase de Arte del sábado por la mañana, diciéndole que tenía «un físico magnífico», un cumplido que le llenó de confusión. Pero posó, por supuesto.

Claude estaba deseando ver a Peachy Millmore, la extrañaba si no estaba en la sala, encontraba bastante natural que ella le explicara por qué se ausentaba, que le contara con qué frecuencia se lavaba el pelo y cómo era de largo cuando se lo soltaba.

Un viernes de febrero Julius Erlich alcanzó a Claude en el campus y le propuso ir a patinar al día siguiente.

—Sí, voy a salir —contestó Claude—. Le he prometido a la señorita Millmore

que le enseñaría a patinar. ¿Quieres venir con nosotros y ayudarme?

Julius se rio con indulgencia.

—¡Oh, no! En otro momento, no quiero interrumpir.

—¡Tonterías! Tú puedes enseñarle mejor que yo.

—Ah, no tengo el valor.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir.

—No, no lo sé. ¿Por qué siempre te ríes de esa chica, de todos modos?

Julius simplemente hizo una pequeña mueca.

—Escribió algunas cartas terriblemente sensibleras a Phil Bowen y él las leyó en alto en el colegio mayor una noche.

—¿No le abofeteaste? —preguntó Claude poniéndose rojo.

—Bueno, pensé en hacerlo —dijo Julius sonriendo—, pero no lo hice. Eran demasiado estúpidos como para montar un alboroto por ello. Desde entonces, he estado siendo cauteloso con el melocotón de Georgia. Si alguna vez tocas ese tipo de melocotón con demasiada suavidad, se te puede quedar pegado en la mano.

—No lo creo —respondió Claude con altanería—. Simplemente tiene buen corazón.

—Puede que tengas razón. Pero me dan mucho miedo las chicas que tienen demasiado buen corazón —confesó Julius. Llevaba tiempo queriendo dejar caer a Claude estas palabras de aviso.

Claude mantuvo su cita con la señorita Millmore. De hecho, la llevó a patinar a la laguna varias veces, aunque al principio le dijo que temía que sus tobillos fueran demasiado débiles. Su última excursión fue a la luz de la luna y, después de aquella noche, Claude evitó a la señorita Millmore siempre que pudo sin resultar grosero. Ya no le parecía atractiva. Su manera de atraer a un hombre era echarse en sus brazos. Apenas se podía llamar plan, era un grado más sutil que eso. Ella ya había seducido así a un primo suyo no muy listo en Atlanta, y había sido por este asunto por lo que la habían enviado al norte. Ella no era, admitió amargamente Claude, nada discreta, aunque, cuando uno la veía por primera vez, parecía serlo. Su ávida sensibilidad no suponía ni la menor tentación para Claude. Era un chico con fuertes impulsos y detestaba la idea de que jugaran con ellos. La conversación acerca de los hombres de dudosa reputación, que su padre mantenía frente a la chimenea en casa, en lugar de corromperle, le había proporcionado un intenso sentimiento de repugnancia por la sensualidad. Tenía un sincero orgullo, casi digno de Hipólito^[8].

X

A la familia Erlich le encantaban los aniversarios, los cumpleaños, las ocasiones especiales. Esa primavera, la prima de la señora Erlich, Wilhelmina Schroeder-Schatz, que cantaba en la Chicago Opera Company, vino a Lincoln como solista para el May Festival^[9]. A medida que se acercaba el día de su actuación, sus familiares empezaron a planear cómo entretenerla. El *Matinée Musical* iba a dar una recepción a la cantante, así que los Erlich optaron por una cena. Cada miembro de la familia iba a traer a un invitado, y tuvieron serias dificultades para decidir cuál de sus amigos se merecía más dicho honor. Tenía que haber más hombres que mujeres, porque la señora Erlich recordó que su prima Wilhelmina nunca había sentido debilidad por los miembros de la sociedad de su mismo sexo.

Una noche, cuando sus hijos estaban revisando su lista, la señora Erlich les recordó que ella todavía no había nombrado a su invitado.

—Por mí —dijo con decisión—, podéis apuntar a Claude Wheeler.

Este anuncio fue recibido con gemidos y risas.

—No lo dice en serio, madre —protestó el hermano mayor—. El pobre Claude no sabría de qué va todo esto y solo una persona es suficiente para echar a perder una cena.

La señora Erlich movió el dedo ante él con convicción.

—Ya lo verás. ¡Tu prima Wilhelmina estará más interesada en ese chico que en ninguno de los otros!

Julius pensó que si no le llevaban la contraria de forma tan tajante, aún podría cambiar de parecer.

—Para empezar, madre, Claude no tiene la ropa adecuada —murmuró.

Ella asintió con un gesto.

—Eso ya ha sido resuelto, *Herr* Julius. Se la va a hacer a medida; cuando le tanteé me dijo que se lo podía permitir sin problemas.

Los chicos dijeron que si las cosas habían llegado a ese punto, suponían que tendrían que sacar el máximo provecho de ello; el hermano mayor apuntó «Claude Wheeler» con una floritura.

Si los chicos Erlich estaban inquietos, su ansiedad no era nada comparada con la de Claude; él iba a llevar a la señora Erlich al recital de Madame Schroeder-Schatz y, en la noche del concierto, cuando apareció en la puerta, los chicos le metieron dentro para examinarlo con detenimiento. Otto encendió todas las luces y la señora Erlich, con su nuevo vestido de satén blanco y encaje negro, revoloteó a su alrededor para ver qué aspecto tenía su acompañante.

Claude se quitó el abrigo cuando se lo pidieron y apareció ante ellos con su traje

de puro velarte negro como el hollín. La señora Erlich repasó con detalle sus largas piernas negras, sus suaves hombros y finalmente su cabeza cuadrada y rojiza, inclinada cariñosamente hacia ella. Se rio y dio una palmada.

—¡Ahora todas las chicas se girarán en sus asientos para mirar y se preguntarán de dónde lo he sacado!

Claude comenzó a guardar las pertenencias de ella en los bolsillos de su abrigo: las gafas para la ópera en uno, el abanico en el otro. Ella metió en su pequeña cartera unos anteojos con manija junto con su polvera, un pañuelo y las sales aromáticas, había incluso una pequeña cajita de plata con pastillas de menta, por si empezaba a toser. Se ajustó sus largos guantes, se colocó un pañuelo de encaje en el pelo y por fin estaba preparada para la capa que Claude sostenía para envolverla en ella. Cuando se puso casi de puntillas y se cogió de su brazo, haciendo una reverencia a sus hijos, ellos se rieron y Claude empezó a gustarles un poco más. Su aire de protección y firmeza era el marco adecuado para la pequeña figura alegre de ella.

La cena tuvo lugar la noche siguiente. La invitada de honor, Madame Wilhelmina Schroeder-Schatz, era algunos años más joven que su prima, Augusta Erlich. Era bajita, robusta, con un pecho enorme y una cabeza pequeña, y una presencia imponente. Su voz de contralto, que usaba sin demasiada discreción, era un órgano realmente soberbio y concedía a las personas un placer tan sustancioso como la comida o la bebida. En la cena se sentó a la derecha del hijo más mayor. Claude, al lado de la señora Erlich, al otro lado de la mesa, observaba atentamente a la dama vestida con terciopelo verde y resplandecientes imitaciones de diamantes.

Después de la cena, mientras Madame Schroeder-Schatz salía con dramatismo del comedor, soltó el brazo de su prima y se detuvo ante Claude, quien permanecía firme tras su silla.

—Si la prima Augusta puede prescindir de ti, deberíamos tener una pequeña conversación, nos hemos sentado muy lejos —dijo.

Guio a Claude hasta uno de los asientos de ventana del salón, quejándose de inmediato por la corriente, y le envió en busca de su fular verde. Él lo trajo y se lo colocó cuidadosamente sobre los hombros, pero unos instantes después, ella se lo quitó con un aire ligeramente molesto, como si nunca lo hubiera querido. Claude le recordó con preocupación lo de la corriente.

—¿Corriente? —dijo levantando la barbilla—, no hay corriente aquí.

Le preguntó a Claude dónde vivía, de qué extensión era la tierra que poseía su padre, qué cultivaban, por el ganado y las gallinas. De niña, había vivido en una granja en Baviera y parecía saber bastante sobre cultivos y ganado. Mostró su desaprobación cuando Claude le contó que arrendaban la mitad de su tierra a otros granjeros.

—Si yo fuera un hombre joven, empezaría a adquirir tierras y no pararía hasta

tener un condado entero —declaró. Le contó que cuando conocía a gente nueva, le gustaba averiguar el modo en que se ganaban la vida, porque la suya era bastante dura.

Más tarde, esa noche, Madame Schroeder-Schatz tuvo la gentileza de acceder a cantar para sus primos. Cuando se sentó al piano, le hizo señas a Claude y le pidió que pasara las páginas por ella. Él sacudió la cabeza, sonriendo con pesar.

—Siento ser tan tonto pero no distingo una nota de otra.

Ella dio unos golpecitos sobre su brazo.

—Bueno, no importa. Sin embargo, desearía mover el piano, ¿podrías hacer eso por mí, eh?

Cuando Madame Schroeder-Schatz estaba en el dormitorio de la señora Erlich, empolvándose la nariz antes de ponerse su chal, comentó:

—Qué lástima, Augusta, que no tengas una hija para casarla con Claude Melnotte^[10]. Sería el yerno perfecto.

—¡Ay, si la tuviera! —suspiró la señora Erlich.

—O —continuó Madame Schroeder-Schatz, mientras se ponía enérgicamente sus enormes zapatos de viaje— si tú fueras unos pocos años más joven, aún no sería demasiado tarde. ¡Oh, no seas tonta, Augusta! Tales cosas han pasado y volverán a pasar. Sin embargo, mejor ser viuda que estar atada a un hombre enfermo: ¡yo tengo una losa alrededor de mi cuello! ¡Vaya un marido me espera cuando llego a casa!, yo, una mujer llena de energía. *Jas ist ein Kreuz ich trage*^[11]! —se golpeó el pecho sobre el lado izquierdo.

Después de haberse puesto primero un abrigo de terciopelo y luego un manto de piel, Madame Schroeder-Schatz salió hacia el salón moviéndose como un galeón para dar a sus primos, y a Claude Wheeler, un beso de buenas noches.

XI

Una tarde templada de mayo, Claude se sentó en su cuarto del piso de arriba de la casa de los Chapin, a copiar su tesis, que sustituiría al examen de la clase de Historia. Era una crítica al testimonio de Juana de Arco en sus nueve interrogatorios privados y el juicio público. El profesor le había asignado el tema con una pizca de humor. Aunque estas pruebas habían ido pasando de unas manos a otras muchas veces desde el siglo xv, de impasibles y fogosos, de rapsodas y cínicos, estaba seguro de que Wheeler no descartaría el caso a la ligera.

De hecho, Claude invirtió muchas horas y le dio bastantes vueltas, y por ahora parecía sin duda lo más importante de su vida. Usó una traducción al inglés del proceso, pero conservó a mano el texto en francés, y algunas de las respuestas de ella se le quedaron grabadas en el idioma en que habían sido dichas. Le pareció que eran como el discurso de los santos que se dirigían a ella, de los que Juana dijo: «La voz es bella, suave y baja, y habla en la lengua francesa». Claude consideraba que había dejado todos los sentimientos personales fuera del papel; que se trataba de una estimación objetiva de los motivos y la personalidad de la chica como indicaban la consistencia e inconsistencia de sus respuestas; y del cambio producido en ella debido a su encarcelamiento y al «miedo al fuego».

Cuando hubo copiado la última página de su manuscrito y se sentó a contemplar la pila de hojas escritas, sintió que después de todo su concienzudo estudio, realmente sabía muy poco más sobre la Doncella de Orleáns que cuando escuchó a su madre hablar de ella por primera vez, cuando era solo un niño. Había estado encerrado en casa por un resfriado, recordó, y encontró una foto de ella con armadura en un viejo libro, y lo bajó a la cocina donde su madre estaba preparando pasteles de manzana. Ella le echó un vistazo a la foto, y mientras continuaba extendiendo la masa para ajustarla a los moldes, le contó la historia. Había olvidado lo que le había dicho — debía de haber sido muy fragmentario— pero desde ese momento en adelante supo lo esencial sobre Juana de Arco y era una figura viva en su mente. Le parecía entonces tan clara como ahora, y ahora, tan milagrosa como entonces.

Era algo curioso, reflexionó, que un personaje pudiera perpetuarse así, por una imagen, una palabra, una frase; podría renovarse en cada generación y volver a nacer una y otra vez en las mentes de los niños. En aquella época, jamás había visto un mapa de Francia y tenía una muy mala opinión de cualquier lugar que estuviera más allá de Chicago. Sin embargo, estaba perfectamente preparado para la leyenda de Juana de Arco y a menudo pensaba en ella mientras recogía las mazorcas a última hora de la tarde, o cuando le mandaban al molino a por agua y permanecía de pie temblando de frío mientras la bomba helada la hacía subir lentamente. Entonces se la

imaginaba de forma muy parecida a como lo hacía ahora, sobre su figura se posaba una nube luminosa, como polvo, con soldados en ella... el estandarte con los lirios... una gran iglesia... ciudades con muros.

En esta templada y agradable tarde de primavera, Claude se sentía tranquilo y reconciliado con el mundo. Como Gibbon, lamentaba haber terminado su trabajo y no era capaz de ver nada igual de interesante ante él. Pronto tendría que volver a casa. Le quedaban unos cuantos exámenes que soportar en Temple, unas cuantas noches más con los Erlich, viajes hasta la biblioteca para llevar de vuelta los libros que había estado usando y entonces se encontraría de repente con ninguna otra cosa que hacer más que tomar el tren de vuelta a Frankfort.

Se levantó con un suspiro y comenzó a colocar sus apuntes de Historia para sujetarlos entre dos cubiertas. Mirando hacia la ventana, decidió que caminaría por el pueblo y llevaría su tesis, que debía entregar ese día; el tiempo era demasiado agradable para coger el tranvía. La verdad era que quería alargar los vínculos con su manuscrito tanto como fuera posible.

Se puso en marcha por el camino, apenas se le podía llamar calle, ya que atravesaba tierras de pradera salvaje donde las arvejas estaban en flor. Claude caminaba más despacio de lo que solía, su sombrero de paja en la parte de atrás de su cabeza y el fuego del sol dando de lleno en su rostro. Sentía su cuerpo ligero en el aire perfumado y escuchaba adormilado a las alondras cantar sobre los hierbajos y los tallos de los girasoles secos. En esta estación, escuchar su canto es casi doloroso, de tan dulce. Volvería a recordar este paseo mucho tiempo después, era inolvidable para él aunque no podía decir por qué.

Al llegar a la universidad, fue directamente al Departamento de Historia Europea, donde tenía que dejar su tesis sobre una larga mesa con la pila de las de los demás. Casi lo temía y se alegró cuando, justo al entrar, el profesor salió de su despacho privado y cogió él mismo el manuscrito encuadernado, asintiendo cordialmente.

—¿Tu tesis? Ah, sí, Juana de Arco. El proceso. Lo había olvidado. Material interesante, ¿verdad? —abrió la cubierta y repasó las páginas—. ¿Supongo que la habrá absuelto basándose en las pruebas?

Claude se sonrojó.

—Sí, señor.

—Bueno, ahora debería leer lo que Michelet tiene que decir sobre ella. Hay una antigua traducción en la biblioteca. ¿Ha disfrutado trabajando en ello?

—Sí, mucho —Claude rogó al cielo para poder dar con las palabras adecuadas.

—En general, ha sacado bastante provecho de su curso, ¿no es así? Tengo interés en ver a qué se dedica el año que viene. Su trabajo me ha complacido mucho —el profesor regresó a su estudio y Claude se puso muy contento al ver que se había llevado su manuscrito con él, en lugar de dejarlo sobre la mesa junto con los demás.

XII

Entre la recogida del heno y la cosecha, aquel verano Ralph y el señor Wheeler condujeron hasta Denver en el coche grande, dejando a Claude y a Dan para cultivar el maíz. Cuando regresaron, el señor Wheeler anunció que tenía un secreto. Después de varios días de reticencia, durante los cuales se encerró en la sala de estar para escribir cartas, y de intercambiar palabras misteriosas y guiños con Ralph en la mesa, reveló un proyecto que acabó con todos los planes y propósitos de Claude.

En el viaje de vuelta de Denver, el señor Wheeler había dado un rodeo por abajo, hacia el condado de Yucca, Colorado, para visitar a un viejo amigo que estaba en apuros. Tom Wested era un hombre de Maine, del mismo vecindario que Wheeler. Varios años antes había perdido a su esposa. Ahora su salud no era muy buena y los doctores de Denver dijeron que debía dejar de trabajar y retirarse a zonas más bajas. Quería regresar a Maine y vivir entre su gente, pero su estado de salud lo desanimó y asustó de tal manera que no pudo ni llevar a cabo la venta de la granja ni del ganado. El señor Wheeler había ayudado a su amigo y, al mismo tiempo, había hecho un buen negocio para sí mismo. Era dueño de una granja en Maine, la parte que le correspondía de la granja de su padre que durante años había arrendado por poco más de lo que costaba mantenerla. Con el traspaso de esta propiedad y asumiendo ciertas hipotecas, había conseguido a cambio el magnífico y bien regado rancho de Wested. Le pagó un buen precio por sus rebaños y prometió al hombre enfermo llevarlo de vuelta a Maine para dejarlo cómodamente instalado. Todo esto explicó el señor Wheeler a su familia cuando les llamó al salón después de la cena en una calurosa noche en la que no corría nada de aire. La señora Wheeler, que rara vez se preocupaba por los asuntos relacionados con los negocios de su marido, preguntó distraídamente por qué habían comprado más tierra cuando ya tenían tanta que no podían cultivar ni la mitad.

—¡Típico de una mujer, Evangeline, típico de una mujer! —contestó el señor Wheeler con indulgencia. Estaba sentado dándole de lleno el resplandor de la lámpara de acetileno, con la tirilla abierta, el cuello de la camisa y la corbata estaban sobre la mesa junto a él, dándose aire con un abanico de hoja de palmera—. También querrás preguntarme por qué quiero ganar más dinero cuando no he gastado todo el que tengo.

Tenía la intención, dijo, de confiar a Ralph el rancho de Colorado y «darle al chico ciertas responsabilidades». Ralph tendría la ayuda del capataz de Wested, una mano experimentada en el negocio del ganado que había accedido a continuar con la nueva administración. El señor Wheeler aseguró a su mujer que no se estaba aprovechando del pobre Wested; la madera de la granja de Maine realmente valía una

gran cantidad de dinero, pero como su padre siempre estuvo tan orgulloso de sus bosques de pinos, a él simplemente nunca le había apetecido, dijo, que una aserradora se liara a talarlos. Ahora estaba negociando una agradable y vieja granja que no aportaba nada siendo un rancho de maleza y que debía proporcionar unos beneficios de diez o doce mil dólares en los años buenos para el ganado y no muchas pérdidas en los años malos. Esperaba emplear la mitad de su tiempo allí con Ralph.

—Cuando esté fuera —comentó afablemente—, tú y Mahailey no tendréis demasiado que hacer. Podréis dedicaros al bordado, por así decir.

—Si Ralph va a vivir en Colorado y tú vas a estar fuera de casa la mitad del tiempo, no sé qué será de este lugar —murmuró la señora Wheeler, aún sin comprender.

—No tienes que saber nada, Evangeline —contestó el marido estirando su gran figura hasta que la mecedora crujió bajo su cuerpo—, será asunto de Claude cuidar de él.

—¿Claude? —la señora Wheeler apartó un mechón de su húmeda frente con una vaga inquietud.

—Por supuesto —él miraba con los ojos centelleantes hacia la figura erguida y silenciosa de su hijo en la esquina—. Has tenido suficiente teología, supongo. ¿No ambicionas ser un predicador? Este invierno pretendo dejarte a cargo de la granja y darte una oportunidad para resolver las cosas. Llevas tiempo sintiéndote insatisfecho con la forma en que se ha dirigido este sitio, ¿verdad? Vamos, pon sangre nueva, nuevas ideas, si quieres, no tengo objeción. Son caras, pero adelante. Puedes despedir a Dan si quieres y conseguir la ayuda que puedas necesitar.

Claude se sentía como si le hubieran tendido una trampa. Se cubrió un poco los ojos con la mano.

—No creo que sea capaz de dirigir este sitio de forma adecuada —dijo inseguro.

—Bueno, no crees que yo lo sea tampoco, Claude, así que nos enfrentaremos a ello. Siempre he sabido que la tierra fue hecha para el hombre así como el viejo Dawson cree que el hombre fue creado para trabajar la tierra. No me importa de qué lado te pongas con respecto a los Dawson y esta diferencia de opinión si eres capaz de conseguir sus resultados.

La señora Wheeler se levantó y se escabulló rápidamente de la habitación, intuyendo los escalones para bajar la oscura escalera hacia la cocina. Se estaba más tranquilo a oscuras allí. Mahailey estaba sentada en una esquina, cosiendo el dobladillo a los paños de cocina bajo la luz humeante de una vieja lámpara de latón, que era su propia y más apreciada lumbrera. La señora Wheeler recorría la habitación arriba y abajo en silenciosa agitación, ambas manos con fuerza contra su pecho, donde sentía un dolor físico, fruto de su compasión hacia Claude.

Ella recordaba al amable Tom Wested. Se había quedado a pasar la noche allí en

varias ocasiones y había acudido a ellos en busca de consuelo tras la muerte de su mujer. Le parecía que el deterioro de su salud y su pérdida de coraje, el fortuito viaje del señor Wheeler a Denver, la vieja granja de pinos en Maine eran todo cosas que encajaban entre sí formando un nido que envolvía a su desafortunado hijo. Ella sabía que el joven había estado esperando impacientemente que llegara el otoño y que por primera vez estaba deseando con avidez regresar a las clases. Echaba de menos a sus amigos, la familia Erlich, y su mente estaba todo el tiempo en el curso de historia que pretendía hacer.

Sin embargo, esto no tendría mucho peso en las reuniones familiares, probablemente ni él lo mencionaría, y no podía presentar ni una objeción sustancial contra los deseos de su padre. Su decepción debía de ser aún más amarga.

—Vaya, esto casi le romperá el corazón —murmuró en alto.

Mahailey estaba un poco sorda y no escuchó nada, permaneció sentada levantando su labor hacia la luz, guiando su aguja con un dedal de latón, asintiendo con somnolencia entre punto y punto. Aunque la señora Wheeler apenas era consciente de ello, la presencia de la vieja criada la reconfortaba mientras caminaba de un lado al otro con su incierto y cambiante paso.

Había salido del salón porque temía que Claude pudiera enfadarse y decir algo fuerte a su padre, y porque no podría soportar verle intimidado por sus palabras. A Claude la vida siempre le había parecido difícil, sufría mucho por cosas pequeñas y ella sufría con él. Nunca se sentía decepcionada por cosas que tuviesen que ver con ella, las decisiones poco cuidadosas de su marido no la desconcertaban. Si él anunciaba que no plantaría ningún huerto ese año, ella no protestaba. Era Mahailey la que se quejaba. Si a él le apetecía comer rosbif y salía a matar un novillo, ella hacía lo posible para conservar el resto de la carne y si se estropeaba algún trozo, procuraba no preocuparse. Cuando no se encontraba perdida en la meditación religiosa, probablemente estaba pensando en alguno de los viejos libros que leía una y otra vez. Su vida íntima había desaparecido de tal modo del panorama de sus actividades cotidianas que ningún hombre imprudente y violento podía irrumpir en ella. Pero en lo que se refería a Claude, vivía en otro plano, se dejaba caer hasta la capa de aire más baja, contaminada por el aliento humano y palpitante de los sentimientos apasionados del ser humano.

Había sido siempre así. Y ahora, a medida que se hacía mayor y su carne había dejado de preocuparse por el dolor o el placer, como las figuras de cera desgastadas de las viejas iglesias, todavía se estremecía con los sentimientos de Claude y revivía por él. Las desilusiones del chico la marchitaban: cuando a él le hacían daño y sufría en silencio, ella sentía su dolor. Por otro lado, cuando estaba feliz, una ola de alegría física recorría el cuerpo de ella. Si se despertaba por la noche y le daba por pensar que él había sido feliz últimamente, se volvía a tumbar suavemente y con gratitud en

el mismo hueco templado. «Descansa, descansa, espíritu perturbado», le susurraba a veces ella en su mente cuando se despertaba de esta manera y pensaba en él.

Había una luz extraña en los ojos de Claude cuando sonreía a su madre en uno de sus días buenos, como si tratara de decirle que todo iba bien en su reino interior. Ella había visto esa misma mirada una y otra vez, y siempre podía recordarla en la oscuridad, una breve y rápida mirada de color azul, tierna y un poco salvaje, como si hubiera tenido una visión o como si hubiera atisbado incertidumbres prometedoras.

XIII

Las semanas siguientes fueron de mucho trabajo en la granja. Antes de que acabara la recolección del trigo, Nat Wheeler guardó la ropa en su baúl de piel, se puso su «ropa de reserva» y emprendió el camino para llevar a Tom Wested de vuelta a Maine. Durante su ausencia, Ralph empezó a equiparse para su vida en el condado de Yucca. Le gustaba darse importancia ante los comerciantes de Frankfort y nunca antes había tenido una oportunidad como esta. Compró una escopeta nueva, monturas, bridas, botas, un abrigo largo y otro corto, un conjunto de muebles para su propia habitación, una olla a presión, otro aparato de música, y lo habían enviado todo a Colorado. Su madre, a la que no le gustaba la música del gramófono y detestaba los monólogos, le suplicó que se lo llevara de casa, pero él le aseguró que se aburriría sin él en las tardes de invierno. Ralph quería el modelo más reciente que existiera, uno que llevara el nombre de un gran inventor americano.

Algunos de los ranchos próximos al de Wested pertenecían a hombres de Nueva York que llevaban a sus familias allí a pasar el verano. Ralph había oído lo de los bailes que daban y contaba con llegar a ser uno de los invitados. Le pidió a Claude que le diera su traje, ya que él no lo iba a necesitar más.

—Puedes cogerlo si lo quieres —dijo Claude indiferente—, pero no te quedará bien.

—Lo llevaré a Fritz y haré que me recorten un poco los pantalones y que metan los hombros —contestó su hermano alegremente.

Claude estaba impasible.

—Adelante, pero si ese viejo holandés le da un mal corte, tendrá un aspecto horrible.

—Creo que dejaré que pruebe. Padre no dirá nada sobre lo que he pedido para la casa, pero no le va mucho la ropa de fiesta, ya sabes —sin más, lanzó la ropa negra de Claude en el asiento trasero del Ford y corrió al pueblo para contratar los servicios del sastre germano.

El señor Wheeler, cuando regresó, pensó que Ralph se había tomado bastantes libertades en cuanto a gastos, pero el chico le aseguró que no sería adecuado poner en marcha la granja de forma demasiado modesta.

—Los granjeros de allí son todos peces gordos. Si nos presentamos escatimando cada centavo, no creerán que queremos hacer negocios.

Los vecinos del condado, que siempre se entretenían con las actividades de los Wheeler, disfrutaron de la ostentación de Ralph casi tanto como él mismo. Uno dijo que Ralph había enviado un piano nuevo al condado de Yucca, otro escuchó que había encargado una mesa de billar. August Yoeder, su próspero vecino alemán,

preguntó con gravedad si podía, quizá, conseguir un puesto como empleado de Ralph. Leonard Dawson, que se iba a casar en octubre, le hizo señas a Claude un día en el pueblo y le gritó:

—¡Dios mío, Claude, no queda nada en la tienda de muebles para Susie y para mí! Ralph compró todo menos los ataúdes. Parece que va a vivir como un príncipe allí.

—No sé nada de eso —contestó Claude con serenidad—. No es asunto mío.

—No, tú tienes que quedarte en la vieja granja y hacer que cubra los gastos, lo entiendo —Leonard subió de un salto en su coche para que Claude no tuviera la oportunidad de responder.

Cuando la señora Wheeler observó la magnitud de aquellos preparativos, también empezó a sentir que la nueva situación no era justa para Claude, ya que él era el mayor y el más formal. Claude siempre había trabajado duro cuando estaba en casa y echaba una mano en el campo, mientras que Ralph nunca había hecho mucho aparte de pequeños arreglos a la maquinaria y recados en su coche. No podía entender por qué había sido elegido para manejar una empresa en la que tanto dinero se había invertido.

—Desde luego, Claude —dijo ella en tono soñador un día—, si tu padre fuera un hombre más viejo, casi pensaría que su juicio ha empezado a fallar. ¿No nos endeudaremos espantosamente a este ritmo?

—No digas nada, madre. Es el dinero de padre. No quiero que piense que yo lo codicio.

—Ojalá pudiera hablar con Bayliss, ¿ha dicho él algo?

—No a mí, no.

Ralph y el señor Wheeler hicieron otro viaje relámpago a Colorado y, cuando regresaron, Ralph trató de convencer a su madre para que le diera ropa de cama y una mantelería. Dijo que no iba a vivir como un salvaje, incluso entre las montañas de arena. Mahailey se indignó al ver la mantelería que había lavado y planchado y cuidado durante tantos años guardada en cajas. Ahora estaba de mal humor la mayor parte del tiempo y refunfuñaba sin cesar.

Las únicas posesiones que Mahailey trajo consigo cuando se fue a vivir con los Wheeler eran un colchón de plumas y tres colchas hechas con retales unidos con lana de las ovejas de Virginia, lavada y cardada a mano. Las colchas las había hecho su anciana madre y se las había dado como regalo de bodas. Los retales de cada colcha se habían cosido creando un diseño diferente: una era el popular dibujo de «cabaña de troncos», otra el de «hoja de laurel» y la tercera, la «estrella resplandeciente». Mahailey creía que esta colcha era demasiado buena para usarse y le había dicho a la señora Wheeler que la estaba guardando para «dársela al señorito Claude cuando se casara».

Dormía en su colchón de plumas en invierno, y en verano, la guardaba en el desván. A este se accedía a través de una escalera por la que, debido a su débil espalda, la señora Wheeler apenas subía. Ahí arriba, Mahailey guardaba las cosas a su manera, y era donde se retiraba a menudo para airear las sábanas que se guardaban allí o para mirar las fotos de las pilas de viejas revistas. Ralph lo llamaba con tono de burla «la biblioteca de Mahailey».

Un día en que se estaban empaquetando las cosas para el rancho del oeste, la señora Wheeler, al ir hasta los pies de la escalera para llamar a Mahailey, escapó por poco de ser aplastada por una enorme cama de plumas que se deslizó por la trampilla. Un instante después, la propia Mahailey bajaba de espaldas agarrándose a los peldaños con una mano y sujetando con la otra sus colchas.

—A ver, Mahailey —dijo entrecortadamente la señora Wheeler—, todavía no es invierno, ¿para qué estas sacando tu cama?

—Solo voy a tumbarme en mi cama de *prumas* —soltó— o *directamente* no tendré ninguna. No voy a ir a dejar que el señorito Ralph se lleve mis colchas que mi madre cosió para mí.

La señora Wheeler trató de razonar con ella, pero la anciana cogió su cama en brazos y la bajó tambaleándose hasta la entrada, murmurando y sacudiendo la cabeza como un caballo que trata de librarse de las moscas.

Esa tarde, Ralph metió un barril y un fardo de paja en la cocina y le dijo a Mahailey que metiera conservas y fruta envasada y que él lo empaquetaría. Ella fue obedientemente al sótano y Ralph se quitó el abrigo y empezó a forrar el barril con la paja. Llevaba un rato haciendo esto pero Mahailey no había regresado todavía. Fue al borde de las escaleras y silbó.

—¡*Yastoy* yendo, señorito Ralph, *yastoy* yendo! No me meta prisa, no quiero romper *ná*.

Ralph esperó unos cuantos minutos.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo, Mahailey? —estaba que echaba humo—, yo podría haber vaciado el sótano entero a estas alturas. Supongo que tendré que hacerlo yo mismo.

—*Yastoy* yendo. Se pondrá *tó* lleno de polvo aquí abajo —subía sin respiración las escaleras con una cesta llena de botes, sus manos y su cara manchadas de negro.

—¡Vaya, diría que está lleno de polvo! —dijo Ralph con una risotada—. Deberías limpiar tu despensa de la fruta de vez en cuando, sabes, Mahailey. Si vieras cómo tiene la suya la señora Dawson... Ahora, veamos —clasificó los botes sobre la mesa—. Vuelve a bajar la gelatina de uva. Si hay algo que odie, eso es la gelatina de uva. Sé que tienes un montón, pero no conseguirás endosármela. Y cuando subas, no olvides los melocotones en conserva. ¡Te pedí concretamente melocotones en conserva!

—No tenemos ningún melocotón en conserva —Mahailey permanecía de pie junto a la puerta del sótano, sujetando una esquina de su delantal sobre su barbilla, con una expresión de testarudez extraña, casi animal.

—¿Que no hay melocotones en conserva? ¡Qué estupidez, Mahailey! Te vi prepararlos aquí hace tan solo unas pocas semanas.

—Sé que me vio, señorito Ralph, pero ahora no *quea* ninguno. No tuve suerte ninguna con mis melocotones este año. Debí *dejá que'es* diera un poco el aire. Me dieron mucho trabajo, pero tuve que tirarlos.

Ralph estaba profundamente enfadado.

—¡Nunca había escuchado tal cosa, Mahailey! Eres más descuidada cada año. ¡Cuando pienso en toda esa fruta y azúcar desperdiciados! ¿Lo sabe madre?

La expresión de Mahailey se nubló.

—Creo que sí. Yo no *desgasto* el azúcar de su madre. Nunca he *desgastado ná* —murmuró. Su forma de hablar se volvía más extraña que nunca cuando estaba enfadada.

Ralph salió corriendo escaleras abajo hacia el sótano, encendió una lámpara y buscó en la despensa de la fruta. Y en efecto, no había melocotones en conserva. Cuando volvió y empezó a empaquetar su fruta, Mahailey permaneció de pie observándolo con una expresión furtiva, muy parecida a la que tiene un coyote encadenado cuando un chico se lo enseña a los visitantes y les dice que no huiría si pudiera.

—¡Continúa con tu trabajo! —dijo Ralph con brusquedad—. ¡No te quedes ahí mirándome!

Esa tarde, Claude estaba sentado en la plataforma del molino, abajo, junto al granero, después de un duro día de trabajo preparando la tierra para el trigo de invierno. Se consolaba a sí mismo con su pipa. No importaba cuánto lo quisiera ni cuánta pena le diera: su madre no se sentía con el valor suficiente para decirle que no podía fumar en casa. Las luces brillaban en las habitaciones del piso de arriba, en lo alto de la colina, y a través de las ventanas abiertas se oía el gruñido sonoro de un fonógrafo. Una figura bajaba sigilosa por el camino. Reconocía el débil y suave paso de Mahailey, con el delantal sobre la cabeza. Se acercó hasta él y le tocó el hombro de una forma que indicaba que lo que iba a decir era confidencial.

—Señorito Claude, el señorito Ralph *tá* empaquetando un barril de la gelatina de su madre y conservas para llevarlas *pallá*.

—Está bien, Mahailey. El señor Wested era viudo y supongo que no había nada de ese tipo almacenado en su casa.

Ella dudó por un momento y se agachó aún más.

—Me preguntó *po'los* melocotones en conserva que hice *pa'usted*, pero no le di ninguno. Los escondí *tos* en mi vieja cocina que habíamos *ponido* abajo en el sótano

cuando el señorito Ralph trajo la nueva. No le di las nuevas conservas de su madre, *ná* de eso. Le di las cosas viejas del último año que habíamos dejado y ahora usted y su madre tienen bastantes —Claude se rio.

—¡Ay, no me importa si Ralph se lleva toda la fruta de la casa, Mahailey!

Ella se echó un poco para atrás mientras decía confusamente:

—No, ya sé que no, señorito Claude, ya sé que no.

Desde luego no debería pagarlo con ella, pensó Claude cuando vio su decepción. Se levantó y le dio unos suaves golpecitos en la espalda.

—Está bien, Mahailey. Gracias por salvar los melocotones, en cualquier caso.

Ella sacudió el dedo frente a él.

—¡No se lo vaya a contar a nadie!

Él prometió que no lo haría y la observó mientras regresaba por el zigzagueante camino colina arriba.

XIV

Ralph y su padre se mudaron al nuevo rancho a finales de agosto y el señor Wheeler escribió que, más tarde, durante el otoño enviaría un vagón de novillos a la granja principal para engordarlos durante el invierno. Esto, según lo veía Claude, implicaba que iban a necesitar más forraje. Había un maizal de cincuenta acres al oeste del arroyo, justo en la línea del horizonte cuando se miraba desde las ventanas del lado oeste de la casa. Claude decidió plantar aquí el trigo de invierno y a principios de septiembre empezó a cortar y atar el maíz que crecía allí para forraje. Tan pronto como el maíz se terminó de recoger, aró la tierra e hizo los surcos para echar las semillas cuando plantara los demás campos de trigo.

Esta fue la primera innovación de Claude, y no encontró aprobación. Cuando Bayliss vino a pasar el domingo con su madre, le preguntó qué demonios pensaba Claude que estaba haciendo. Si quería cambiar el cultivo de ese campo ¿por qué no plantó avena en primavera para después cambiar al trigo el siguiente otoño? Cortar el forraje y preparar la tierra ahora solo le retrasaría en su trabajo. Cuando el señor Wheeler volvió a casa para una breve visita, se refirió jocosamente a esa porción como el «campo del trigo de Claude».

Claude siguió adelante con lo que había emprendido, pero, durante todo septiembre, estuvo nervioso y preocupado por el clima. Las fuertes lluvias, si venían, le retrasarían con la siembra de trigo y entonces seguro que le criticarían. En realidad, a nadie le preocupaba mucho si la siembra se retrasaba o no, pero Claude pensaba que sí y a veces, por la mañana, se levantaba en un estado de auténtico pánico porque no estaba avanzando más rápido. Tenía a Dan y a uno de los cuatro hijos de August Yoeder para ayudarlo y él trabajaba de sol a sol en el nuevo campo que había arado y preparado él mismo. Había empleado en él una gran cantidad de energía y había enterrado en sus oscuros surcos una cantidad similar de su descontento. Día tras día, se arrojaba sobre la tierra y la plantaba con lo que estaba fermentando en él, feliz de estar tan cansado por las noches que no era capaz de pensar.

Ralph volvió a casa para la boda de Leonard Dawson, a primeros de octubre. Todos los Wheeler asistieron, incluso Mahailey, y hubo una gran reunión de la gente del campo y del pueblo.

Después de que Ralph se marchara, Claude tenía la casa para él otra vez y el trabajo continuó como siempre. El ganado iba bien y no había interrupciones molestas. El clima templado se mantuvo y cada mañana, cuando Claude se levantaba, otro día dorado se desplegaba ante él como una brillante alfombra que le conducía a... Cuando la pregunta de a dónde le guiaban los días le golpeaba al borde de su cama, se apresuraba a vestirse y bajar las escaleras a tiempo para ir a buscar leña y

carbón para Mahailey. A menudo llegaban a la cocina al mismo tiempo y ella sacudía el dedo ante él y le decía:

—¡Ha bajado a ayudarme, mi lindo muchacho!

Al menos podía ayudar en algo a Mahailey. Su padre podía contratar a uno de los Yoeder para cuidar de la casa, pero Mahailey nunca dejaría a nadie más cuidar de su vieja espalda.

La señora Wheeler, como Mahailey, disfrutó ese otoño. Dormía hasta tarde por las mañanas y leía y descansaba por las tardes. Se hizo algunos vestidos nuevos para estar en casa de una tela gris que Claude escogió.

—Es casi como ser una recién casada, llevando la casa solo para ti, Claude — decía a veces.

Pronto Claude tuvo la satisfacción de ver un rubor verdososo creciendo en sus marrones campos de trigo, visible primero en las depresiones y pequeños huecos, después parpadeando sobre los montículos y pequeñas alturas como una sonrisa fugaz. Observaba las verdes briznas crecer cada día, cuando él y Dan se metían en el campo con sus carros para recoger el maíz. Claude enviaba a Dan a recolectar la parte norte y él trabajaba en la sur. Siempre traía una carga más al día que Dan, eso era de esperar. Dan explicó esto de forma muy razonable, pensó Claude, una tarde, cuando estaban juntando lo que habían recogido:

—Para ti es fácil saltar sobre ese maíz como si *estu'ieras* golpeando una alfombra, Claude, es tu maíz o en cualquier caso el de tu padre. Esos campos *siempr'estarán* entre los problemas y tú. Pero un empleado no tiene más propiedad que su espalda, y tiene que cuidarla. Me imagino que me quedan solo unos pocos saltos más y no los voy a despilfarrar saltando muy fuerte sobre el maíz de nadie.

—¿Cuál es el problema? No he tratado de insinuar que tengas que saltar más fuerte ¿o sí?

—No, no lo has dicho, pero solo quiero que sepas que todas las cosas tienen su explicación —con esto, Dan se subió a su carro y se marchó. Seguramente llevaba tiempo meditando esta declaración.

Esa tarde Claude, de repente, dejó de lanzar las espigas de maíz en el carro que estaba a su lado. Eran más o menos las cinco, el momento más amarillo del día otoñal. Permaneció de pie perdido en un bosque de brillantes, secas y crujientes hojas de maíz, completamente oculto del mundo. Al quitarse los guantes de descascarar, se secó el sudor de la frente, se subió a la parte de atrás del carro y se tumbó sobre el maíz de color marfil. Los caballos avanzaron cautelosamente un paso o dos y masticaron con alegría las espigas que arrancaban de los tallos con los dientes.

Claude permanecía tumbado sin moverse, con los brazos bajo la cabeza, mirando hacia el cielo de un azul oscuro y brillante, observando las bandadas de cuervos sobrevolar los campos donde se alimentaban del grano esparcido por el suelo hasta

sus nidos en los árboles, a lo largo del arroyo de Lovely Creek. Estaba pensando en lo que Dan había dicho mientras enganchaban el tiro. Había gran parte de verdad en ello, desde luego. Sin embargo, en cuanto a él, a menudo sentía que preferiría salir al mundo a ganarse el pan entre extraños que sudar ante esta medio responsabilidad de acres y cosechas que no eran suyos. Sabía que a su padre a veces lo llamaban «acaparador de tierras», la gente de la zona, y él mismo había empezado a sentir que no estaba bien que tuvieran tantas, ya fuera para trabajarlas, para alquilarlas o para dejarlas descansar. Era extraño que, durante todos los siglos que el mundo había estado dando vueltas, la cuestión de la propiedad no se hubiera regulado mejor. Las personas que tenían tierras eran esclavas de ellas y las que no tenían eran esclavos de esas personas.

Bajó de un salto hacia la luz dorada para terminar de cargar el carro. Un silencio templado se acurrucó sobre los campos de maíz. A veces una ligera brisa se levantaba durante un instante y hacía bailar las hojas secas y rígidas y el propio Claude hacía que las espigas crujieran mientras las descascarillaba.

Los avariciosos cuervos estaban todavía graznando antes de echar a volar de vuelta a sus nidos. Cuando se dirigía hacia la carretera, el sol comenzaba a ponerse y desde su asiento junto a la carga dominaba todo el paisaje. A lo lejos estaba el carro de Dan, entrando desde la zona norte; por allí estaban el tejado de la nueva casa de Leonard Dawson y su molino, oscuro frente a la luz en decadencia del día. Ante él estaban los peñascos de los pastos y los pequeños árboles, casi desnudos, apretados en la sombra violeta a lo largo del arroyo, y la granja de los Wheeler sobre la colina, todas sus ventanas en llamas con el último fuego rojizo del sol.

XV

Claude temía la inactividad del invierno que el granjero normalmente anhelaba con placer. Hizo del partido de fútbol de Acción de Gracias un pretexto para subir a Lincoln —se fue con la intención de estar tres días y se quedó diez—. La primera noche, cuando llamó a la puerta de cristal de la sala de estar de los Erlich y les cogió por sorpresa, pensó que nunca volvería a la granja. Al acercarse a la casa aquella noche de otoño clara y con escarcha, cruzando el césped cubierto de crujientes hojas secas, se dijo a sí mismo que no debía esperar encontrar las cosas igual que siempre, pero estaban igual que siempre. Los chicos estaban holgazaneando y fumando alrededor de la mesa cuadrada con la lámpara, y la señora Erlich estaba en el piano, tocando una de las *Canciones sin palabras* de Mendelsson. Cuando él llamó, Otto abrió la puerta y gritó:

—¡Una sorpresa para ti, madre! Adivina quién está aquí.

Menuda bienvenida le dio y ¡cuánto tenía que contarle! Mientras estaban todos hablando al mismo tiempo, Henry, el hijo mayor, bajó las escaleras vestido para un baile colonial, con pantalones bombachos y calcetines de seda y una espada. Sus hermanos empezaron a señalar las inexactitudes de su traje, diciéndole que no podría considerarse a sí mismo un *émigré* francés a no ser que llevara una peluca empolvada. Henry cogió un libro de memorias del estante para probarles que, en aquella época, cuando los *émigrés* franceses estaban llegando a Filadelfia, empolvarse ya no estaba tan de moda.

Durante esta discusión, la señora Erlich se llevó a Claude a un lado y le contó susurrando emocionada que su prima Wilhelmina, la cantante, había sido al fin liberada de la carga del marido inválido, al que había estado soportando durante tantos años, y ahora se iba a casar con su acompañante, un hombre mucho más joven que ella.

Después de que el *émigré* francés hubiese salido hacia la fiesta, se pasaron por allí dos jóvenes profesores de la universidad, y la señora Erlich presentó a Claude como su «propietario de tierras» que dirigía un gran rancho allá por uno de los condados del oeste. Los profesores se marcharon temprano, pero Claude se quedó un poco más. ¿Qué era lo que hacía que la vida aquí pareciese mucho más interesante y atractiva que en ningún otro lugar? No había nada maravilloso en esta habitación, un montón de libros, una lámpara, muebles cómodos y muy usados, algunas personas cuyas vidas no eran de ninguna manera extraordinarias y, aun así, tenía la sensación de encontrarse en una atmósfera cálida y refinada, cargada de entusiasmos generosos y ennoblecida por afectuosas amistades. Le alegraba ver los mismos cuadros en las paredes; encontrar el mismo leñador suizo sobre la repisa de la chimenea, todavía

inclinado sobre su montón de haces de leña; manejar de nuevo el pesado abrecartas de latón que en su momento había cortado tantas hojas interesantes. Lo cogió de encima de un libro rojo que estaba allí, uno de los volúmenes de Trevelyan sobre Garibaldi, el que Julius le había dicho que tenía que leer antes de que fuera una semana más viejo.

La tarde siguiente, Claude llevó a la señora Erlich al partido de fútbol y volvió a casa de la familia para cenar con ellos. Día tras día, iba retrasando su marcha, pero, después de las primeras noches, notaba un peso creciente en su corazón. Los Erlich tenían tantos intereses nuevos que él no podía mantenerse al día: ellos habían seguido avanzando y él había permanecido inmóvil. No era lo suficientemente vanidoso como para que esto le importara. Lo que le dolía era el sentimiento de haberse quedado fuera de todo eso, de haberse perdido en otro tipo de vida en el que las ideas juegan un papel muy poco importante. Era un extraño que entraba y se sentaba allí, pero pertenecía al gran campo solitario donde las personas trabajaban duro dejándose la espalda y terminaban agotadas como los caballos, demasiado cansadas al final del día como para pensar en algo de lo que hablar. Si la señora Erlich y su criada húngara hacían sopa de lentejas y puré de patatas y un *Wiener-Schnitzel*^[12] para él, solo conseguían que la simple dieta de la granja pareciese más pesada.

Cuando llegó el segundo viernes, fue a despedirse de sus amigos y a explicarles que debía volver a casa al día siguiente. Al dejar la casa aquella noche, volvió la mirada hacia las rojizas ventanas y se dijo a sí mismo que era de hecho un adiós y no, como la señora Erlich cariñosamente había dicho, un *auf wiedersehen*. Venir aquí solo le hacía sentirse más descontento con su suerte; el débil reclamo de un tipo de vida como esta ya no existía. Debía conformarse con lo suyo, aferrarse a ello con ambas manos, sin importar lo desalentador que fuera. Al día siguiente, durante su viaje a través de los desolados campos de invierno, sintió que se adentraba cada vez más en la realidad.

Claude no había escrito diciendo cuándo regresaría a casa, pero los sábados siempre había algún vecino en el pueblo. Se volvió con uno de los chicos de los Yoeder y, desde la casa de estos, caminó hasta llegar a la suya. Le dijo a su madre que estaba contento por haber vuelto. A veces sentía como si fuera desleal hacia ella ser tan feliz con la señora Erlich. Su madre había estado apartada del mundo en una granja durante tantos años, e incluso antes de eso, Vermont no era un lugar muy estimulante en el que crecer, suponía. No había tenido oportunidad alguna, no más que las que él tuvo, de acercarse a esas cosas que hacen la mente más ágil y mantienen el sentir joven.

A la mañana siguiente estaba nevando fuera y tuvieron un largo y placentero desayuno dominical. La señora Wheeler dijo que no intentarían ir a la iglesia, ya que Claude debía de estar cansado. Él estuvo haciendo cosas por la casa hasta el

mediodía, colocó las provisiones y se encargó de aquello que Dan había descuidado en su ausencia. Después de la comida, se sentó al buró a redactar una larga carta a sus amigos de Lincoln. Cada vez que levantaba la vista un momento, veía los peñascos de los pastos y la nieve cayendo suavemente. Había algo hermoso en la forma sumisa en que los campos recibían el invierno. Hacía que uno estuviera contento, y triste también. Cerró su carta y se tumbó en el sofá a leer el periódico, pero pronto se quedó dormido.

Cuando se despertó, la tarde ya se había ido hacía mucho. El tictac del reloj de la repisa sonaba alto en la habitación en calma, la cocina de carbón enviaba un cálido resplandor. Las hermosas plantas en el mirador del sur parecían más brillantes y frescas de lo habitual bajo la suave luz blanca que procedía de la nieve de fuera. La señora Wheeler estaba leyendo junto a la ventana más occidental, levantando la vista de su libro de vez en cuando para mirar hacia el cielo gris y el manto que cubría los campos. El arroyo formaba una sinuosa sima de color violeta que bajaba a través de los pastos y los árboles lo seguían como un bosquecillo negro, con un curioso copete de nieve. Claude permaneció tumbado sin hablar durante un rato, observando el perfil de su madre frente al cristal y pensando lo buena que iba a ser esta suave y persistente nevada para sus campos de trigo.

—¿Qué está leyendo, madre? —preguntó en ese momento.

Ella se giró hacia él.

—Nada demasiado nuevo. Estaba empezando a releer *El Paraíso perdido*. Hace mucho que no lo hacía.

—Lea en alto, ¿quiere? Por donde se haya quedado, me gusta escucharlo.

La señora Wheeler siempre leía pausadamente, otorgando a cada sílaba todo su valor. Su voz, naturalmente suave y bastante melancólica, se arrastraba por las largas cadencias y los amenazadores nombres bíblicos, todos familiares para ella y llenos de significado.

Un antro horrible, por todos los lados
acosado por un gran horno en llamas,
llamas que luz no dan, sino visibles
tinieblas que solo servían para
descubrir escenas de infortunio.

Su voz andaba a tientas como si tratara de comprender algo. La habitación se estaba volviendo cada vez más oscura a medida que recorría el pomposo catálogo de dioses paganos, tan llenos de historias e imágenes, tan inexplicablemente gloriosos. Finalmente, la luz se desvaneció del todo y la señora Wheeler cerró el libro.

—Ya está bien —comentó Claude desde el sofá—. Milton no se las habría

arreglado sin los malvados, ¿verdad?

La señora Wheeler levantó la vista.

—¿Es una broma? —preguntó con picardía.

—¡Oh, no, en absoluto! Solo me sorprende que esta parte sea mucho más interesante que los libros sobre la perfecta inocencia del Edén.

—Y sin embargo, supongo que no debería ser así —dijo la señora Wheeler lentamente, como dudando.

Su hijo se rio y se incorporó, alisando su pelo despeinado.

—Sigue siendo un hecho que así es, querida madre. Y si sacara a todos los grandes pecadores de la Biblia, quitaría a todos los personajes interesantes, ¿no es así?

—Excepto Cristo —murmuró ella.

—Sí, excepto Cristo. Pero supongo que los judíos eran honestos cuando pensaron que era del tipo de criminal más peligroso.

—¿Estás tratando de enredarme? —inquirió su madre con una mezcla de reproche y diversión en el tono de voz.

Claude fue a la ventana donde ella estaba sentada y miró hacia los campos nevados, ahora poniéndose azules y desolados a medida que avanzaban las sombras.

—Lo único que digo es que incluso en la Biblia las personas que estaban simplemente libres de culpa no llegaban a nada.

—¡Ah, ya veo! —la señora Wheeler soltó una suave risita—. Estás tratando de que vuelva al tema de la fe y las buenas obras, eso es contra lo que te rebelabas cuando eras pequeño. Bueno, Claude, no sé tanto sobre ello como antes. A medida que me hago mayor, se lo dejo cada vez más a Dios. Creo que quiere salvar todo lo que es noble en este mundo y que Él conoce más maneras de hacer eso que yo —se levantó como una suave sombra y se frotó la mejilla contra la manga de la camisa de franela de él, mientras murmuraba—: Creo que Él a veces está donde menos esperaríamos encontrarlo, incluso en los corazones orgullosos y rebeldes.

Durante un instante, no se separaron el uno del otro bajo el pálido y claro rectángulo de la ventana que daba al oeste, como dos naturalezas se encuentran a veces en una misma persona y se aferran en el momento predestinado.

XVI

Ralph y su padre volvieron para pasar las vacaciones y, el día de Navidad, Bayliss vino en coche desde el pueblo para la cena. Llegó temprano y, después de saludar a su madre en la cocina, subió a la sala de estar, que brillaba con la pulcritud digna de un día festivo y por una vez, era lo suficientemente cálida para Bayliss, que tenía mala circulación y era muy sensible al frío. Recorrió la habitación de arriba abajo, las llaves tintineando en su bolsillo, y admiró los crisantemos de invierno de su madre, que aún estaban en flor. Se detuvo varias veces ante el buró pasado de moda a mirar, a través de las puertas de cristal, los libros que había dentro. Solo el ver algunos de ellos le traía recuerdos desagradables. Cuando tenía catorce o quince años, solía ponerle amargamente celoso escuchar a su madre convenciendo a Claude para que leyera en alto para ella. A Bayliss nunca le habían gustado mucho los libros, incluso antes de que pudiera leer, cuando su madre le contaba historias, él, inmediatamente, empezaba a demostrarle por qué no era posible que fueran ciertas. Más tarde, encontró la aritmética y la geografía mucho más interesantes que *Robinson Crusoe*. Si se sentaba con un libro, quería sentir que estaba aprendiendo algo. Su madre y Claude siempre estaban hablando delante de él sobre los personajes de los libros y los relatos que él no conocía.

Aunque a Bayliss le gustaba volver a casa, pensaba que había tenido una infancia solitaria. En la escuela rural no había sido feliz, él era el niño que siempre tenía las respuestas para los problemas cuando los demás no las sabían, y guardaba sus ejercicios de aritmética a buen recaudo en el bolsillo interior de su pequeña chaqueta, hasta que los entregaba modestamente al maestro, sin permitirle jamás a ningún vecino beneficiarse de su habilidad. Leonard Dawson y otros robustos muchachos de su misma edad hacían que su vida fuera tan espantosa como les era posible. En invierno, solían lanzarlo dentro de un montón de nieve y, entonces, salían corriendo y le dejaban allí. En verano, le hacían comer saltamontes vivos detrás de la escuela, y ponían serpientes de Gopher en su fiambarrera para sorprenderle. Incluso entonces, a Bayliss le gustaba ver a uno de esos tipos meterse en algún problema del que sus enormes puños no pudieran sacarle.

Fue debido a que Bayliss era rápido con los números y demasiado pequeño para ser granjero que su padre lo envió al pueblo a aprender el negocio de las herramientas. Desde el día en que se fue a trabajar, se las apañó para vivir de su pequeño salario. Guardaba en el bolsillo de su chaleco un pequeño libro diario donde anotaba todos sus gastos —como aquel millonario sobre el que los predicadores baptistas no se cansaban nunca de hablar—, y su contribución a la caja de donativos destacaba de forma llamativa en su cuenta semanal.

En la voz de Bayliss, incluso cuando empleaba esa forma insinuante de hablar arrastrando las palabras y decía cosas desagradables, había una parte algo lastimera, la expresión de una sensación de dolor profundamente asentada. Sentía que siempre había sido incomprendido e infravalorado. Después de haberse establecido en los negocios por sí mismo, los jóvenes de Frankfort nunca le habían animado a participar en sus divertimientos: no le habían pedido que se uniera al club de tenis o al de *whist*. Envidiaba el magnífico físico de Claude, su incalculable e impulsiva vitalidad, como si le hubieran dado a su hermano de forma injusta lo que debería haber sido para él.

Bayliss y su padre estaban conversando antes de la cena cuando entró Claude y fue tan poco considerado como para abrir una ventana, aunque sabía que su hermano odiaba las corrientes. Al instante, Bayliss se dirigió a él sin mirarlo:

—Veo que tus amigos, los Erlich, han comprado la compañía Jenkinson, en Lincoln. Al menos ya han entregado los pagarés.

Claude le había prometido a su madre contener su mal genio hoy.

—Sí, lo vi en el periódico, espero que tengan éxito.

—Lo dudo —Bayliss sacudió la cabeza con aire sabihondo—. Tengo entendido que han hipotecado su casa. Esa señora se va a encontrar sin techo uno de estos días.

—No lo creo. Los chicos llevaban mucho tiempo queriendo montar un negocio juntos. Son todas personas inteligentes y trabajadoras, ¿por qué no les iba a ir bien? —Claude se enorgulleció de haber hablado de forma tranquila y confiada.

Bayliss entrecerró los ojos.

—Creo que les gusta demasiado la buena vida. Pagarán sus intereses y gastarán lo que les sobre en entretener a sus amigos. No vi el nombre del tipo más joven, Julius, en el aviso de constitución de sociedad, ¿le han incluido?

—Julius se va al extranjero a estudiar en otoño, quiere ser profesor de universidad.

—¿Qué problema tiene? ¿Acaso está mal de salud?

En ese momento, la campana de la cena sonó, Ralph bajó corriendo desde su habitación, donde se había estado vistiendo, y todos bajaron a la cocina para recibir al pavo. La cena continuó de forma agradable. Bayliss y su padre hablaron de política y Ralph contó historias sobre sus vecinos en el condado de Yucca. Bayliss se alegraba de que su madre hubiera recordado que a él le gustaba el relleno de ostras y la felicitó por sus pasteles de carne. Cuando vio que servía una segunda taza de café para ella y para Claude al final de la cena, dijo en tono amable y entristecido:

—Me disgusta verte tomar una segunda taza, madre.

La señora Wheeler le miró por encima de la cafetera con una sonrisa divertida y culpable.

—No creo que el café me haga el más mínimo daño, Bayliss.

—Por supuesto que sí, es un estimulante —su tono quería decir: «¡Qué puede ser

peor!». Cuando decías que algo era «estimulante», no hacía falta añadir más, no había una palabra más nociva.

Claude estaba en el pasillo de arriba, poniéndose el abrigo para bajar al granero y fumar un puro cuando Bayliss salió del cuarto de estar y le detuvo para hacerle un impreciso comentario.

—Creo que hay un espectáculo musical en Hastings el sábado por la noche.

Claude le dijo que había oído algo sobre ello.

—Estaba pensando —Bayliss utilizó un tono despreocupado, como si pensara en tales cosas cada día—, que deberíamos ir en grupo e invitar a Gladys y a Enid. Las carreteras están bastante bien.

—Es un viaje muy pesado para volver tan tarde por la noche —objetó Claude. Lo que Bayliss pretendía, por supuesto, es que Claude los subiera y después los trajera de vuelta en el enorme coche del señor Wheeler. Bayliss nunca usaba su reluciente Cadillac por largas y abruptas carreteras.

—Supongo que mamá nos dejará pasar la noche a todos aquí y no tendremos que llevar a las chicas a casa hasta el domingo por la mañana. Compraré las entradas.

—Será mejor que lo hables con las chicas, entonces. Yo os llevaré, por supuesto, si queréis ir.

Claude se escabulló y salió fuera, deseando que Bayliss se las arreglara para cortejar a quien quisiera sin mezclarle a él en ello. Bayliss, que no distinguía una melodía de otra, con certeza no quería ir a este concierto y no estaba claro que a Enid Royce le interesara mucho ir. Gladys Farmer era la mejor músico de Frankfort así que probablemente le encantaría escucharlo.

Claude y Gladys eran viejos amigos, de la época del instituto, aunque no se habían visto mucho mientras él estaba en la universidad. En varias ocasiones, durante el otoño, Bayliss le había pedido a Claude que fuera a algún sitio con él un domingo para luego parar a «recoger a Gladys», como él decía. A Claude no le gustaba la idea, le asqueaba, de cualquier modo, ver que Bayliss había decidido casarse con Gladys. Ella y su madre eran tan pobres que probablemente al final lo lograría aunque, hasta ahora, Gladys no parecía animarlo mucho. Casarse con Bayliss, pensaba, sería una muy buena opción para cualquier mujer, pero Gladys era justamente la única del pueblo con la que no debía hacerlo: era tan derrochadora como pobre, aunque daba clases en el Frankfort High School por solo doce mil al año, su ropa era más bonita que la de cualquiera de las otras chicas, excepto Enid Royce, cuyo padre era un hombre rico. Sus sombreros nuevos y sus zapatos de ante eran motivo de discusión y crítica año tras año. La gente decía que si se casaba con Bayliss Wheeler, pronto le haría volver a la dura realidad. Algunos esperaban que aceptara y otros que no. En cuanto a Claude, se había mantenido alejado de la alegre salita de la señora Farmer desde el mismo momento en que Bayliss empezó a aparecer por allí. Se sentía

decepcionado con Gladys. Y cuando le ofendían, rara vez se paraba a razonar sobre sus sentimientos: evitaba a la persona y el simple hecho de pensar en ella, como si fuera un punto doloroso en su mente.

XVII

La intención del señor Wheeler había sido quedarse en casa hasta la primavera, pero Ralph escribió diciendo que estaba teniendo problemas con su capataz, así que su padre salió hacia el rancho en febrero. Pocos días después de su partida, hubo una tormenta que dio a la gente tema de conversación para todo el año siguiente.

La nieve empezó a caer alrededor del mediodía el día de San Valentín; una suave, espesa y húmeda nieve que caía a rachas y se adhería a cualquier cosa. Después, por la tarde, se levantó el viento y en todos los lugares donde hubiera una cabaña, un árbol, un seto o incluso una mata de hierbajos, se empezaron a acumular montones de nieve. La señora Wheeler, que miraba con preocupación hacia los campos desde las ventanas de la sala de estar, no veía otra cosa que no fueran ventiscas de un blanco suave, que aislaban la gran casa del resto del mundo.

Claude y Dan, abajo en el corral, donde estaban preparando al rebaño con todo lo necesario para el mal tiempo, se encontraron con un aire tan espeso que apenas podían respirar. Sus oídos, sus bocas y sus orificios nasales estaban llenos de nieve, la misma nieve que les cubría las caras. Se derretía constantemente sobre sus ropas y, aun así, estaban blancos desde las botas hasta las gorras mientras trabajaban, no había manera de quitársela de encima. El aire no era simplemente frío, rozaba la congelación. Cuando entraron a cenar, las ventiscas habían amontonado tanta nieve contra la casa que llegaban a cubrir la parte de abajo de los marcos de las ventanas de la cocina y, cuando abrieron la puerta, una endeble pared de nieve se desplomó tras de ellos. Mahailey se acercó corriendo con la escoba y el cubo para barrerla.

—¿No es una tormenta *horrible*, señorito Claude? Creo que el pobre señorito Ernest no *vendría* esta noche ¿no es así? Usted no se preocupe, cariño, yo limpiaré esa agua. Corra a *poerse* ropa seca y *tómese* un baño o agarrará un resfriado. *Tié to'el depósito* lleno de agua caliente, para usted —Mahailey siempre disfrutaba de un clima excepcional, del tipo que fuera. La señora Wheeler se encontró con Claude en lo alto de la escalera.

—No hay riesgo de que la nieve sepulte a los novillos a lo largo del arroyo, ¿verdad? —preguntó con preocupación.

—No, he pensado en eso. Los hemos llevado hasta el pequeño corral que está sobre el mismo nivel y hemos cerrado las puertas. La nieve llega ya por encima de mi cabeza en la parte de abajo del arroyo. No tengo ni un centímetro seco. Creo que voy a seguir el consejo de Mahailey y me voy a meter en la bañera, si puede esperarme para la cena.

—Deja la ropa fuera de la puerta del cuarto de baño y veré cómo secártela.

—Sí, por favor. La necesitaré mañana. No quiero estropear mis nuevos pantalones

de pana. Y, madre, mire a ver si puede hacer que Dan se cambie. Está demasiado húmedo y empapado en sudor para sentarse así a la mesa. Dígale que, si alguien tiene que salir fuera después de la cena, iré yo.

La señora Wheeler se apresuró escaleras abajo. Ella sabía que Dan prefería pasarse toda la noche con la ropa húmeda antes que tomarse la molestia de ponerse algo seco. Intentó pasar de largo sin que ella se diera cuenta hasta su propio cuarto detrás del lavadero y pareció ofendido cuando escuchó el mensaje de boca de ella.

—No tengo ninguna otra ropa de calle, excepto mi ropa de domingo —objetó él.

—Bueno, Claude dice que saldrá él si alguien tiene que hacerlo. Creo que por esta vez tendrás que cambiarte, Dan, o irte a la cama sin cenar —ella se rio sin hacer ruido de su expresión abatida mientras él se marchaba avergonzado.

—Señora Wheeler —susurró Mahailey—, ¿no podría bajar corriendo al sótano y cogé un poco de esas estupendas conservas de fresa? El señorito Claude las adora sobre las galletas calientes. Él ya no come miel nunca más, se ha cansado de ella.

—Muy bien. Haré un buen café muy fuerte; eso le gustará más que nada.

Claude bajó sintiéndose limpio y con hambre después de haber entrado en calor. Al abrir la puerta de la escalera, olió el café y el jamón frito y, cuando Mahailey se inclinó junto al horno, el cálido aroma a galletas de chocolate subió rápidamente con el calor. Esta combinación de olores, de alguna manera, alejó la tristeza de Dan cuando volvió con el crujido de sus zapatos de domingo y un incómodo chaqué. Esto último no se le había exigido, pero se lo puso como venganza.

Durante la cena, la señora Wheeler les volvió a contar una vez más cómo, hace mucho, cuando estaba recién casada, no había carreteras ni vallas al oeste de Frankfort. Una noche de invierno se sentó en el tejado de su primera cabaña, casi durante toda la noche, atada a un poste y sujetando un farol para guiar al señor Wheeler hasta casa a través de una tormenta de nieve parecida a esta.

Mahailey atendía al grupo de la mesa mientras se movía por la cocina. Le gustaba ver a los hombres comer hasta saciarse, aunque no contaba a Dan como un hombre, ni mucho menos, y cuidaba de que la señora Wheeler no se olvidara completamente de comer, como le daba por hacer cuando se ponía a recordar cosas que habían pasado hacía tiempo. Mahailey estaba de buen humor porque sus predicciones acerca del tiempo se habían hecho realidad: ayer mismo le había dicho a la señora Wheeler que nevaría porque había visto algunos pájaros típicos del invierno. Consideraba la cena mucho más importante de lo habitual cuando Claude se ponía sus «ropajes de terciopelo», como ella llamaba a sus pantalones marrones de pana.

Después de la cena, Claude se tumbó en el sofá de la sala de estar mientras su madre leía en voz alta para él *La casa desolada*, una de las pocas novelas que ella adoraba. El pobre Jo se acercaba a su final cuando Claude, de repente, se incorporó.

—Madre, creo que tengo demasiado sueño, voy a tener que acostarme. ¿Cree que

seguirá nevando?

Se levantó y fue a mirar fuera, pero las ventanas del oeste estaban tan tapadas por la nieve que eran opacas. Incluso desde la de la zona sur no pudo ver nada durante un rato. Entonces Mahailey debió de colocar su lámpara en la ventana de la cocina, justo debajo, porque de golpe un gran haz de luz amarilla brilló en el espeso aire, convirtiéndolo en un millón de copos de nieve que se apresuraban como un ejército, una incesante progresión moviéndose tan cerca como les era posible sin llegar a formar una masa sólida. Claude golpeó el marco congelado de la ventana con el puño, levantó la parte inferior y, sacando la cabeza, trató de mirar fuera hacia la cubierta noche. Había cierta solemnidad en una tormenta de tal magnitud, le daba a uno la sensación de infinito. La miríada de partículas blancas que cruzaban los rayos de luz de la lámpara parecía tener un silencioso propósito, parecían apresurarse para cumplir dicho propósito. Espiraban una pureza apenas perceptible, como una fragancia casi demasiado suave para los sentidos del ser humano, mientras se agrupaban sobre su cabeza y hombros. Su madre, mirando a través del brazo levantado de Claude, forzó la vista para ver a través de ese saturado movimiento y murmuró suavemente con voz trémula:

Grueso, grueso, cada vez más grueso
se heló el hielo sobre el lago y el río;
profunda, profunda, cada vez más profunda
cayó la nieve sobre todo el paisaje^[13].

XVIII

El dormitorio de Claude daba al este. A la mañana siguiente, cuando miró por la ventana, lo único que se veía eran las copas de los cedros del jardín delantero. Rápidamente se vistió y corrió hacia la ventana del oeste, al final del pasillo. Lovely Creek y el profundo barranco por el que fluía habían desaparecido, como si nunca hubiesen existido. Los pastos desiguales eran como un campo liso, excepto por unos montículos como conos de heno donde la nieve se había acumulado en torno a un poste o un arbusto.

Mahailey, rebosante de alegría, se encontró con él en las escaleras de la cocina.

—Que el Señor *tiene* misericordia, señorito Claude, no he *podido* abrir la contrapuerta, nos ha *nevao* rápido —parecía una vagabunda, con una chaqueta de parches de tantos colores, su pelo recogido con un antiguo «tocado» negro, del que salían hilos enredados que colgaban sobre su rostro como mechones revueltos de pelo. Reservaba esta indumentaria para los momentos de desastre; aparecía con ella cuando las tuberías se congelaban y reventaban o cuando las tormentas de primavera inundaban los gallineros y ahogaban a sus polluelos.

La contrapuerta se abría hacia afuera. Claude puso el hombro contra ella y la empujó un poco. Entonces, con el cogedor de Mahailey, quitó suficiente nieve para permitirle forzar la puerta hacia atrás. Dan atravesó pesadamente la cocina en calcetines hasta sus botas, que estaban todavía secándose detrás de la cocina.

—De seguro es una de las malas, Claude —comentó guiñando un ojo.

—Sí, supongo que no debemos intentar salir hasta después del desayuno. Tendremos que abrirnos paso apartando la nieve hasta el granero; no se me ocurrió traer las palas anoche.

—*To'as* las palas de nieve están en el sótano, iré a por ellas.

—Ahora no, Mahailey. Danos el desayuno antes de ponerte a hacer otra cosa.

La señora Wheeler bajó prendiendo un alfiler para sujetar el chal que llevaba sobre los hombros, unos hombros que parecían más encorvados de lo habitual.

—Claude —dijo con temor—, los cedros de la parte delantera están casi cubiertos. ¿Crees que nuestro ganado habrá quedado sepultado?

Él rio.

—No, madre. El ganado habrá estado moviéndose de un lado a otro toda la noche, espero.

Cuando los dos hombres se pusieron en camino con las palas de madera para la nieve, la señora Wheeler y Mahailey permanecieron de pie en la entrada, observándolos. Durante un breve tramo desde la casa, el camino que ellos cavaban era como un túnel y las paredes blancas a cada lado sobresalían por encima de sus

cabezas. En lo alto de la colina, la nieve no era tan espesa, y pudieron avanzar mejor. Tuvieron que luchar contra un segundo compacto montón antes de llegar al granero, donde se metieron para entrar en calor entre los caballos y las vacas. Dan se estaba acercando a una cálida vaca para empezar a ordeñar.

—Todavía no —dijo Claude—. Quiero echar un vistazo a los cerdos antes de hacer nada aquí.

La pocilga había sido construida en un desnivel detrás del granero. Cuando Claude llegó al final de la hondonada, luchando contra el viento que lo arrastraba, pudo examinar la situación. La hondonada estaba cubierta de nieve, lisa... excepto en el medio, donde había un hueco arrugado que parecía una gran pila de ropa de cama revuelta.

Dan soltó un grito ahogado.

—¡Diosbendito, Claude, el tejado se vino abajo! Los cerdos se habrán asfixiado.

—Lo harán si no llegamos hasta ellos enseguida. Corre a casa y díselo a madre. Mahailey tendrá que ordeñar esta mañana; y vuelve tan rápido como puedas.

El tejado era un techo de paja plano y no había podido resistir el peso de la nieve. Claude había estado dando vueltas a la idea de poner un tejado nuevo durante el otoño, pero el viejo no estaba agujereado y parecía suficientemente resistente.

Cuando regresó Dan, se turnaron, uno iba delante sacando tanta nieve como pudiera y el otro apartaba la nieve que iba cayendo por detrás. Después de una hora más o menos haciendo este trabajo, Dan se apoyó sobre su pala.

—Nunca lo lograremos, Claude. Dos hombres no podrían quitar toda esa nieve ni en una semana. Estoy casi agotado.

—Bueno, puedes volver a la casa y sentarte junto al fuego —gritó Claude duramente. Se había quitado el abrigo y estaba trabajando vestido solo con una camisa y un jersey. El sudor le caía por la cara, le dolían la espalda y los brazos, y las manos, que no podía mantener secas, estaban llenas de ampollas. Había treinta y siete cerdos en la pocilga.

Dan se sentó en la hondonada.

—Quizá si pudiera echar un trago de agua, podría aguantar *hasta'el final* —dijo con desánimo.

Había pasado el mediodía cuando llegaron a la porqueriza; una nube de vapor se elevó y oyeron gruñidos. Encontraron a los cerdos todos amontonados en un extremo, y sacaron a los de arriba vivos y chillando. Doce cerdos, en el fondo de la pila, se habían asfixiado. Yacían allí, húmedos y negros sobre la nieve, sus cuerpos tibios y humeantes, pero estaban muertos, no cabía duda de ello.

La señora Wheeler, con las botas de goma de su marido y un viejo abrigo, bajaba con Mahailey para ver el desastre.

—Tienen que trincar esos gorrinos y *despeciarlos* hoy —gritó Mahailey hacia los

hombres. Estaba de pie al borde de la hondonada, con su chaqueta de parches y la capucha arrebujada. Claude, dentro del agujero, se pasaba la manga del jersey por la cara empapada.

—¿Despiezarlos? —gritó indignado—. No los despiezaría aunque no volviera a ver carne nunca jamás.

—No iré a dejar que toda esa carne de gorrino se *desperdecie*, ¿no, señorito Claude? —alegó Mahailey—. No tienen alguna enfermedad ni *ná*. Solo tiene que cazarlos o la carne se estropeará.

—No estará en buen estado para mí en cualquier caso. No sé lo que voy a hacer con ellos, pero estoy muy seguro de que no los voy a despiezar.

—No le molestes, Mahailey —le aconsejó la señora Wheeler—. Está cansado y tiene que instalar en algún lugar a los cerdos que han sobrevivido.

—Ya sé, *señoa*, pero yo misma podría cortar con facilidad uno de esos cerdos. Yo maté mi propio cerdo *en una vez*, en Virginia. Podría guardar los jamones, de *toas* formas, y los costillares. No tenemos costillares desde hace *casi tanto*.

Entre el dolor de espalda y el disgusto de haber perdido a los cerdos, Claude se sentía desesperado.

—¡Madre —gritó—, si no se lleva a Mahailey dentro de casa me voy a volver loco!

Esa noche, la señora Wheeler le preguntó cuánto hubieran valido los doce cerdos en dinero. Él se mostró sorprendido.

—Oh, no lo sé exactamente, al menos trescientos dólares.

—¿De verdad sería tanto? No veo cómo lo podríamos haber evitado, ¿y tú? —su cara mostraba preocupación.

Claude se fue a la cama inmediatamente después de cenar, pero no había ni estirado su cuerpo dolorido entre las sábanas cuando se dio cuenta de que se había desvelado. Había sido humillado al perder los cerdos, porque los habían dejado a su cargo; pero de la pérdida de dinero, por la que incluso su madre estaba angustiada, no parecía preocuparse. Se preguntaba si durante todo ese invierno no había estado manteniendo una actitud pueril de desprecio hacia el valor del dinero.

Cuando Ralph vino a casa por Navidad, llevaba en su dedo meñique un pesado anillo de oro con un diamante tan grande como un guisante rodeado de llamativos surcos en el metal. Admitió ante Claude haberlo ganado en una partida de póquer. Las manos de Ralph no se libraban de la grasa de motor, eran de esas manos rojas y rechonchas que no podían mantenerse limpias. Claude le recordaba ordeñando en el granero a la luz del farol: la joya soltaba brillantes destellos de color y sus dedos se parecían mucho a las ubres de la vaca. Esa imagen surgió ante él ahora, como un símbolo de a lo que conduce un próspero trabajo de granja.

El granjero cultivaba y se llevaban al mercado cosas con un valor intrínseco: trigo

y maíz tan buenos como los que pudieran crecer en cualquier parte del mundo; cerdos y ganado de lo mejor. A cambio, recibía artículos de poca calidad: muebles llamativos que se rompían en pedazos, alfombras y paños que perdían el color, ropa que hacía que un hombre atractivo pareciese un payaso. La mayoría de su dinero se le iba en maquinaria, la cual también se caía a pedazos: una trilladora a vapor para el trigo no duraba mucho, un caballo duraba más que tres automóviles.

Claude estaba seguro de que cuando era un niño y todos los vecinos eran pobres, tanto ellos como sus casas y granjas tenían más personalidad. Los granjeros entonces se tomaban su tiempo para plantar magníficas arboledas de álamos negros en sus terrenos y arbustos de moreras a lo largo de los límites de sus campos. Ahora estos árboles estaban todos siendo talados o arrancados. El porqué, simplemente nadie lo sabía, empobrecían la tierra, hacían que la nieve se amontonara... ya nadie los tenía. La prosperidad trajo consigo cierta insensibilidad: todo el mundo quería destruir las cosas antiguas de las que solían enorgullecerse. Ahora, los huertos que habían sido cuidados y atendidos con tanto esmero veinte años atrás morían abandonados. Les costaba menos coger el coche para ir al pueblo en busca de la fruta que necesitaban que cultivarla ellos mismos.

La propia gente había cambiado. Podía recordar cuando todos los granjeros de la comunidad eran cordiales los unos con los otros; ahora estaban continuamente poniéndose demandas. Sus hijos eran igual de tacaños y avariciosos, o derrochadores y perezosos, y siempre estaban causando problemas. Evidentemente, hacía falta más inteligencia para gastar dinero que para ganarlo.

Mientras le daba vueltas a esta conclusión, Claude se puso a pensar en los Erlich. Julius podía ir al extranjero y estudiar su doctorado y vivir con menos de lo que Ralph gastaba cada año. Ralph nunca tendría una profesión u oficio, nunca haría ni fabricaría nada que el mundo necesitase.

No es que Claude considerara que sus perspectivas eran mejores. Tenía veintiún años y no tenía ninguna habilidad o formación, nada que jamás pudiera llevarle a estar entre el tipo de gente que admiraba. Era un torpe y patoso joven granjero e incluso la señora Erlich parecía pensar que la granja era el mejor lugar para él. Probablemente lo fuera, pero aun así él no consideraba que este tipo de vida mereciese el esfuerzo de levantarse cada mañana. No podía ver la utilidad de trabajar por dinero cuando el dinero no traía consigo nada que uno quería. La señora Erlich decía que daba seguridad; él a veces pensaba que esta seguridad era precisamente el problema de todo el mundo: una seguridad perfecta era suficiente para acabar con las mejores cualidades de las personas y desarrollar las más mezquinas.

Ernest también decía: «Es la mejor vida del mundo, Claude».

Pero si uno se iba a la cama derrotado cada noche y no quería ni pensar en levantarse a la mañana siguiente, entonces claramente se trataba de una vida

demasiado buena. A su edad, asegurarse de tener tres comidas al día y bastantes horas de sueño era como asegurarse un entierro decente. Seguridad, protección; según ese razonamiento, los bebés que no habían nacido, esos que nunca nacerían, eran los que más seguridad tenían de todos, nada les podía pasar.

Claude lo sabía, y todos los demás lo sabían, aparentemente, que algo no marchaba bien en él. Había sido incapaz de ocultar su descontento. La señora Wheeler temía que fuera uno de esos visionarios que se complica la vida a sí mismo y a los demás de forma innecesaria. La señora Wheeler pensaba que el problema de su hijo era que no había encontrado todavía su Salvador. Bayliss estaba convencido de que su hermano era un rebelde moral que tras su reticencia y sus formas reservadas ocultaba las opiniones más peligrosas. A los vecinos les gustaba Claude pero se reían de él y decían que era bueno que su padre estuviera bien acomodado. Claude era consciente de que su energía, en lugar de emplearla para lograr algo, se consumía tratando de resistir circunstancias irremediables y en sus inútiles esfuerzos por someter su propia naturaleza. Cuando pensaba que por fin lo tenía todo, solo un instante era necesario para deshacer el trabajo de días. En un segundo pasaba de ser un poste de madera a ser un joven lleno de vida. Se levantaba de un salto, se daba la vuelta rápidamente en la cama o se detenía de golpe mientras caminaba, porque la vieja creencia le asaltaba con una especie de intensa esperanza, de intenso dolor: la convicción de que había algo maravilloso en la vida, ¡si tan solo pudiese encontrarlo!

XIX

El tiempo, después de la gran tormenta, se comportó de forma caprichosa. Hubo un deshielo parcial que amenazaba con inundarlo todo y, después, una tremenda helada. El condado entero brillaba cubierto de hielo y la gente continuaba con sus vidas sobre una plataforma de nieve helada, bastante por encima del nivel de vida habitual. Claude sacó el viejo trineo doble del señor Wheeler de entre los montones de objetos heterogéneos que durante años habían sido colocados encima y subió los cascabeles a la casa para que Mahailey los restregara con polvo de ladrillo. Ahora que tenían automóviles, la mayoría de los granjeros había dejado que sus viejos trineos se fueran estropeando. Pero los Wheeler siempre lo conservaban todo.

Claude le dijo a su madre que pretendía llevar a Enid Royce a dar una vuelta en trineo. Enid era la hija de Jason Royce, el comerciante de grano, uno de los primeros que se asentaron y quien durante muchos años había dirigido el único lugar para moler grano del condado de Frankfort. Ella y Claude eran viejos amigos. Hacía una llamada formal a la casa del molino, como se la llamaba, cada verano durante sus vacaciones, y a menudo se pasaba para ver al señor Royce por su oficina en el pueblo.

Inmediatamente después de la cena, Claude enganchó los dos caballos negros pequeños y enjutos, Pompey y Satan, al trineo. La luna había salido mucho antes de que el sol se pusiera, había estado suspendida, pálida, en el cielo la mayor parte de la tarde y ahora inundaba de plata la tierra cubierta de nieve. Era una de esas centelleantes noches de invierno en las que un muchacho siente que, aunque el mundo es muy grande, él es incluso más grande; que bajo todo el cristalino cielo azul, no hay nadie tan sensible y cariñoso, y que toda esta grandiosidad es por él. Los cascabeles sonaron con una especie de despreocupación musical, como si se alegraran de volver a cantar de nuevo, después de tantos inviernos de estar abandonados, oxidados y atascados por el polvo en el granero.

El camino al molino, que salía de la carretera principal y bajaba hacia el río, suscitaba agradables recuerdos en Claude. Cuando era un jovencito, cada vez que su padre iba al molino, él le suplicaba que lo dejara acompañarlo. Le gustaba el molino, el molinero y la hija pequeña de este; nunca le había gustado la casa del molinero, sin embargo, y temía a la madre de Enid. Incluso ahora, mientras ataba los caballos a la larga barra de enganche, junto al cuarto de máquinas, decidió que no le convencerían para entrar en esa sala de estar tan formal, repleta de nuevos y caros muebles, donde siempre le abandonaban las energías y nunca era capaz de pensar en un tema de conversación. Si se movía, sus zapatos chirriaban en medio del silencio, y la señora Royce permanecía sentada clavando sus ojillos agudos en él; y cuanto más tiempo se

quedaba, más difícil era marcharse.

La misma Enid vino a la puerta.

—¡Vaya, es Claude! —exclamó—, ¿no quieres pasar?

—No, me gustaría que vinieras a dar un paseo: he sacado el viejo trineo. Vamos, hace una noche estupenda.

—Me había parecido escuchar cascabeles. ¿Por qué no pasas y saludas a madre mientras me preparo?

Claude dijo que debía volver con sus caballos y corrió de vuelta hacia la barra donde estaban enganchados. Enid no le hizo esperar mucho, no era de ese tipo de chicas. Bajó rápidamente el camino y atravesó la puerta principal con el abrigo de piel de foca que se ponía cuando conducía su cupé en invierno.

—Vale, ¿hacia dónde? —preguntó Claude cuando los caballos echaron a andar y los cascabeles comenzaron a tintinear.

—Pues a cualquier sitio. ¡Qué noche más hermosa! Y me encantan los cascabeles, Claude, no había vuelto a oír este sonido desde que solías llevarnos a Gladys y a mí a casa desde el colegio los días de tormenta. ¿Por qué no paramos a recogerla esta noche? ¡Ahora lleva abrigos de piel, ya sabes! —Enid rio con esto último—. Todas las señoras mayores se sienten terriblemente desconcertadas con las pieles: no han logrado averiguar si tu hermano realmente se las regaló por Navidad o no. Si estuviesen seguras de que se lo compró ella misma, creo que organizarían una manifestación.

Claude hizo restallar el látigo sobre sus pequeños e impacientes caballos negros.

—¿No te cansa el modo en que están siempre fastidiando a Gladys?

—Me cansaría si a ella le importase. ¡Pero ella está tan tranquila! Tienen que tener algo con lo que entretenerse y, por supuesto, las cuentas pendientes de la pobre señora Farmer se están acumulando. Yo, desde luego, creo que Bayliss ha tenido algo que ver con el abrigo de pieles.

Claude no estaba tan entusiasmado por pasar a buscar a Gladys como hacía unos instantes. Se estaban acercando al pueblo ya y las ventanas iluminadas brillaban suavemente a través de la blancura azulada de la nieve. Incluso en un lugar tan progresista como Frankfort, las farolas de las calles se apagaban en una noche tan espléndida como esta. La señora Farmer y su hija tenían una pequeña casita blanca en la parte sur del pueblo, donde solo vivía la gente modesta.

—Deberíamos pasar a ver a la madre de Gladys, aunque sea un minuto —dijo Enid mientras paraban frente a la valla—. Disfruta tanto de la compañía...

Claude ató los caballos con el trineo a un árbol y se acercaron hasta el estrecho e inclinado porche donde las enredaderas estaban cubiertas de nieve congelada.

La señora Farmer les recibió: una mujer grande y sonrosada, cincuentona, con un agradable acento de Kentucky. Cogió con cariño a Enid del brazo, y Claude las siguió

hasta la larga y humilde sala de estar, que tenía el suelo desnivelado, una lámpara en cada extremo y una escasa decoración consistente en muebles de madera de caoba desvencijados. Allí, sentado justo al lado del quemador de carbón, estaba Bayliss Wheeler. No se levantó cuando entraron, pero dijo:

—Hola, ¿qué tal? —con un tono casi avergonzado.

Sobre una mesita, junto a la cesta de costura de la señora Farmer, estaba la caja de caramelos que hasta hace poco había llevado en el bolsillo de su abrigo, todavía atada con el cordón dorado. Había una lámpara de pie junto al piano, donde Gladys evidentemente había estado practicando. ¡Claude se preguntó si Bayliss realmente fingiría tener interés en la música! En ese momento, Gladys estaba en la cocina, según explicó la señora Farmer, buscando las gafas de su madre, que las había perdido mientras copiaba la receta de un suflé de queso.

—¿Todavía consigue nuevas recetas, señora Farmer? —le preguntó Enid—. Pensé que ya podría preparar cualquier plato del mundo.

—¡Oh, ni mucho menos! —se rio la señora Farmer modestamente, mostrando que le gustaban los cumplidos—. Por favor, siéntate, Claude —le rogó a la rígida figura junto a la puerta—. Mi hija estará aquí enseguida.

En ese momento, apareció Gladys Farmer.

—Vaya, no sabía que tenía visita, madre —dijo al acercarse a saludarlos.

Esto significaba, supuso Claude, que Bayliss no se consideraba una visita. Apenas miró a Gladys cuando estrechó la mano que ella le tendió.

Uno de los abuelos de Gladys provenía de Antwerp y ella había heredado la tranquila serenidad, los carnosos labios rojos, los ojos castaños y las manos blancas y llenas de hoyuelos tan frecuentes en los retratos de las jóvenes flamencas. Algunas personas la consideraban un pelín tosca, demasiado madura y firme para llamarla guapa, a pesar de que admiraban su fino cutis con textura de tulipán. Gladys no parecía ser consciente de que su aspecto, lo pobre que era y lo que derrochaba eran tema de discusión permanente; ella iba y volvía del instituto cada día con la actitud de aquellos que disfrutaban de una posición estable. Sus dotes musicales le daban una especie de autoridad en Frankfort.

Enid explicó el propósito de su visita.

—Claude ha sacado su viejo trineo y veníamos a buscarte para dar un paseo. A lo mejor Bayliss quiere venir también.

Bayliss dijo que le gustaría, aunque Claude sabía que no había nada que Bayliss odiara más que pasar frío. Gladys corrió escaleras arriba para ponerse un vestido más abrigado y Enid la acompañó, dejando que la señora Farmer conversara amablemente con sus dos incompatibles invitados.

—Bayliss nos estaba contando justamente cómo perdiste los cerdos en la tormenta, Claude. ¡Qué lástima! —dijo compasivamente.

Sí, pensó Claude, ¡Bayliss no era nada discreto con ese incidente!

—Supongo que realmente no había ninguna forma de salvarlos —la señora Farmer continuó educadamente. Su voz era suave y sonora, como la de su hija, diferente del tono alto y fuerte del oeste—. Así que espero que no dejes que eso te preocupe.

—No, no me preocupo por nada tan muerto como lo estaban esos cerdos. ¿De qué sirve? —preguntó Claude descaradamente.

—Eso es —murmuró la señora Farmer, balanceándose un poco en su silla—. Esas cosas pasan a veces y no debemos tomárnoslas muy a pecho. No es como si una persona hubiera resultado herida, ¿verdad?

Claude se movió en la silla y trató de responder a su amabilidad y a la desgastada comodidad de su larga sala de estar, que intentaba por todos los medios que resultara atractiva para sus amistades. Ninguno de los sillones o de mesas plegables que se había traído del sur se mantenía estable sobre sus cuatro patas y la pesada moldura de oro del retrato al óleo de su padre, el juez, estaba medio desprendida. Pero no llevaba muy mal su pobreza, como toda la gente del sur después de la Guerra Civil, y no se preocupaba por los pagos atrasados tanto como lo hacían sus vecinos. Claude intentó hablarle de forma agradable, pero se distraía con el sonido de las risillas sofocadas del piso de arriba. Probablemente, Gladys y Enid estaban bromeando sobre el hecho de que Bayliss estuviera allí. ¡Qué descaradas eran las chicas, de todos modos!

La gente se acercaba a las ventanas delanteras para ver pasar el trineo recorriendo tintineante de arriba abajo las calles. Cuando dejaron el pueblo, Bayliss sugirió que siguieran hasta pasar por delante de la casa de Trevor. Las chicas comenzaron a hablar de los dos jóvenes de Nueva Inglaterra, Trevor y Brewster, quienes ya vivían allí cuando Frankfort era todavía un pequeño y duro asentamiento fronterizo. Ahora todo el mundo hablaba de ellos porque, hacía unos días, había llegado una carta diciendo que uno de ellos, Amos Brewster, había muerto de forma fulminante en su bufete en Hartford. Habían pasado treinta años desde que él y su amigo, Bruce Trevor, habían intentado convertirse en grandes ganaderos en el condado de Frankfort y habían construido la casa en la colina este del pueblo, donde se dedicaban a derrochar grandes sumas de dinero alegremente. El padre de Claude siempre decía que lo que despilfarraban en irse de juerga era insignificante comparado con las pérdidas en su encomiable esfuerzo como empresarios. El campo, decía el señor Wheeler, no había vuelto a ser el mismo desde que esos chicos se fueron. Le encantaba contar el día en que Trevor y Brewster se dedicaron a las ovejas. Importaron un carnero para criar desde Escocia que les supuso un gran gasto y, cuando llegó, estaban tan impacientes por aprovecharlo al máximo que lo juntaron con las ovejas tan pronto como salió del cajón de embalaje. Consecuentemente, todos los corderos nacieron en la estación equivocada: vinieron a principios de marzo,

durante una cegadora tormenta de nieve, y las madres murieron por congelación. El valiente Trevor cogió el caballo y lo espoleó por todo el condado, de un pequeño asentamiento a otro, comprando biberones y tetinas para alimentar a los corderos huérfanos.

El rico terreno alrededor de la casa de Trevor había sido arrendado a un horticultor desde hacía años ya; la cómoda casa con sala de billar anexa —algo sorprendente en esa parte del estado en su día— permanecía cerrada, con las ventanas tapadas con tablones. Estaba situada en lo alto de una loma redonda con un estupendo bosque de álamos detrás. Esa noche, mientras Claude se dirigía hacia allí, la colina, con sus árboles largos y rectos, parecía como un gorro de piel puesto bocabajo en la nieve.

—¿Por qué nadie habrá comprado y arreglado esa casa en tanto tiempo? —comentó Enid—. No se puede comparar con ninguna de las casas de por aquí. Parece la residencia adecuada para el ciudadano más distinguido del pueblo.

—Me alegro de que te guste, Enid —dijo Bayliss con voz cautelosa—. Yo mismo he sentido siempre una atracción secreta hacia este sitio. Esos tipos nunca quisieron venderla pero ahora tenían que liquidar. La compré ayer. Las escrituras van camino a Hartford para ser firmadas.

Enid se giró en su asiento.

—Vaya, Bayliss, ¿lo dices en serio? ¡Comprar la propiedad de Trevor así, de improviso, como si fuera un pedazo de tierra cualquiera! ¿Vas a reformar la casa y vivir en ella algún día?

—Lo de vivir allí, no lo sé. Está muy lejos para ir caminando hasta mi negocio y la carretera a través de este pantano se embarra demasiado como para pasar con el coche en primavera.

—Pero no está tan lejos, a menos de una milla. Si yo alguna vez fuera dueña de ese sitio, seguro que nunca dejaría que nadie más viviera allí. Incluso Carrie lo recuerda, a menudo pregunta en sus cartas si alguien ha comprado ya la casa de Trevor.

Carrie Royce, la hermana mayor de Enid, era misionera en China.

—Bueno —admitió Bayliss—, no lo compré como inversión exactamente. Pagué todo su valor.

Enid se volvió hacia Gladys, que aparentemente no estaba escuchándoles.

—Tú podrías ser la que diseñara una mansión para Trevor Hill, Gladys, siempre has tenido las ideas más originales para las casas.

—Sí, la gente que no tiene casas de su propiedad a menudo parece tener ideas sobre arquitectura —dijo Gladys en voz baja—. Pero me gusta la casa de Trevor como está. Odio pensar en que uno de ellos está muerto. La gente dice que realmente se lo pasaron muy bien allí arriba.

Bayliss resopló.

—Lámalo pasarlo bien si quieres. Los chavales aún sacaban botellas de whisky del sótano cuando yo llegué al pueblo. Por supuesto, si decido vivir allí, echaré abajo ese viejo caserón para levantar algo moderno —a menudo empleaba ese áspero tono de voz con Gladys cuando estaban en público.

Enid trató de incluir al conductor en la conversación.

—Parece que por aquí hay una división de opiniones, Claude.

—Oh —dijo Gladys despreocupadamente—, es la propiedad de Bayliss o pronto lo será. Construirá lo que quiera. Siempre he sabido que alguien me apartaría de ese lugar, así que estaba preparada.

—¿Apartarte de él? —dijo Bayliss, entre dientes, con sorpresa.

—Sí, mientras nadie lo comprara y lo estropeará, era tan mío como de cualquiera.

—Claude —dijo Enid en tono de broma—, ahora tus dos hermanos tienen su propia casa, ¿dónde estará la tuya?

—No sé si alguna vez tendré alguna. Creo que voy a recorrer un poco de mundo antes de hacer planes —contestó sarcásticamente.

—¡Llévame contigo, Claude! —dijo Gladys con un tono de hastío repentino. Ese murmullo apagado hizo sospechar a Enid que Bayliss había cogido la mano de Gladys debajo de la manta de piel de búfalo.

Un aire sombrío se instaló sobre el trineo. Incluso Enid, que no era especialmente sensible a los sentimientos latentes, se dio cuenta de la incómoda tensión. Se levantó un viento gélido, Bayliss ya había sugerido que regresaran en dos ocasiones, pero su hermano había respondido: «Pronto» y había continuado. Pretendía que Bayliss se hartara del paseo. No fue hasta que Enid susurró con reproche: «En serio, creo que deberías volver, todos nos estamos congelando», que se dio cuenta de que ¡había convertido su paseo en trineo en un castigo! Desde luego no había motivos para castigar a Enid: había hecho todo lo posible para evitar que las malas maneras de Claude llamasen la atención. Él se disculpó con torpeza en voz baja mientras la ayudaba a bajar del trineo ante la casa del molino. En el largo camino de vuelta a casa, le acompañaban los sentimientos más amargos.

Estaba tan enfadado con Gladys que no había sido capaz de decirle buenas noches. Todo lo que ella había dicho durante el camino le molestó. Si pretendía casarse con Bayliss, entonces debía deshacerse de su fingida actitud de libertad e independencia. Si no lo pretendía, ¿por qué aceptaba sus atenciones y le permitía que se acostumbrara a entrar en su casa y poner su caja de caramelos sobre la mesa como hacían todos los jóvenes de Frankfort cuando cortejaban a una chica? ¡Desde luego no lograba convencer a nadie de que le gustaba la compañía de Bayliss, ni siquiera a ella misma!

Cuando eran compañeros de clase en el Frankfort High School, Gladys era la

representante de estética de Claude. No era propio de un chico ir demasiado limpio o ser demasiado cuidadoso con su forma de vestir o con sus modales. Pero si se elegía a una chica que fuera irreprochable en este sentido, hacía los deberes de Latín y el trabajo de laboratorio con ella, entonces todos los atractivos personales de ella aumentaban su prestigio. Gladys parecía apreciar el honor que Claude le concedía y no pensaba solo en sí misma cuando se ponía esos vestidos de gasa tan hermosamente planchados en las excursiones de botánica.

Al volver a casa después de ese deprimente paseo en trineo, Claude se dijo a sí mismo que en lo que a Gladys se refería, tenía que aceptar que había «picado» todo el tiempo. Él había creído en los excelentes sentimientos de ella, lo había creído sin reservas. Ahora sabía que ninguno de esos sentimientos era tan bueno como para que ella no pudiera guardárselos si al hacerlo obtenía algún provecho. Pero mientras se repetía esto una y otra vez, su antiguo concepto de Gladys, en lo más profundo de su mente, permanecía persistentemente inalterado. Y eso solo hacía que sus sentimientos resultaran aún más dolorosos. Estaba profundamente herido y por alguna razón, a la juventud, cuando resulta herida, le gusta sentirse traicionada.

LIBRO II.

ENID

I

Una tarde de aquella primavera, Claude estaba sentado en el tramo de escalera de granito que llevaba al State House en Denver. Había estado viendo en Colorado la colección de objetos de las tribus indias prehistóricas que vivían en cuevas construidas en acantilados y, cuando salió a la luz del sol, el ligero olor a hierba recién cortada inundó sus fosas nasales y le persuadió a quedarse un poco más. Los jardineros estaban dando al césped su primer corte. Todos los jardines de la colina brillaban con narcisos y jacintos. Una agradable y cálida brisa soplaba sobre la hierba secando las gotas de agua. Habían caído breves chubascos durante la tarde y el cielo, cuando las veloces masas de nubes permitían verlo, era de un suave y lluvioso color azul.

Claude llevaba fuera de casa cerca de un mes. Su padre le había enviado a ver a Ralph y el nuevo rancho y de ahí fue a Colorado Springs y a Trinidad. Había disfrutado de los viajes pero, ahora que estaba de vuelta en Denver, tenía ese sentimiento de soledad que a menudo sobrecoge a los chicos de campo en una ciudad, la sensación de no pertenecer a nada, de no importarle a nadie. Había deambulado por Colorado Springs deseando haber conocido a alguna de las personas que entraban o salían de las casas, deseando haber podido hablar con alguna de esas preciosas chicas que vio conduciendo sus propios coches por las calles, aunque solo pudiera cruzar con ellas unas pocas palabras. Una mañana, cuando estaba dando un paseo por las colinas, una chica en coche pasó a su lado, entonces redujo la velocidad y le preguntó si le podía llevar a algún sitio. Claude hubiera dicho que era justamente el tipo de chica que nunca se hubiera parado a recogerlo y, sin embargo, lo había hecho y había conversado amablemente durante todo el trayecto de vuelta a la ciudad. Fueron solo unos veinte minutos más o menos, pero mereció más la pena que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido durante su viaje. Cuando le preguntó dónde le dejaba, él dijo que en el Antlers y se sonrojó tan violentamente que ella debió de saber en ese mismo instante que no se alojaba allí.

Esa tarde se había estado preguntando cuántos jóvenes desanimados se habrían sentado aquí en los escalones del State House y habrían observado el sol ponerse tras las montañas. Todo el mundo estaba siempre diciendo lo estupendo que es ser joven, pero también era doloroso. No creía que la gente mayor se sintiera alguna vez tan desgraciada. Por allí, en la luz dorada, la masa de montañas se estaban dividiendo en cuatro grupos distintos y, a medida que el sol se ponía, los picos emergían en perspectiva, uno detrás del otro. Era un esplendor solitario que solo hacía que el dolor de su pecho fuese más fuerte. ¿Qué le ocurría?, se preguntó a sí mismo lastimeramente. Debía responderse a esa pregunta antes de regresar a su casa.

La estatua de Kit Carson a caballo, en la plaza, señalaba hacia el Oeste, solo que ya no había Oeste, no en el mismo sentido. Todavía quedaba Sudamérica, a lo mejor encontraba algo por debajo del istmo. Aquí el cielo era como una tapa que cerraba el mundo; su madre podía ver santos y mártires bajo ella.

Bueno, con el tiempo superaría todo esto, suponía. Incluso su padre había sido inquieto de joven y había llegado a huir a otro país. Fue una tormenta que por fin amainó pero ¡qué lástima no haberla aprovechado para nada! Una pérdida de energía, ya que era un tipo de energía. Se puso en pie de un salto y permaneció con el ceño fruncido por la luz rojiza, tan sumido en sus pensamientos atormentados que no se percató de un hombre que subía desde los tramos inferiores y que se detuvo a mirarlo.

El extraño examinó a Claude con interés. Vio a un joven con la cabeza descubierta sobre la escalinata, con los puños apretados en una actitud contenida, el pelo rojizo, la cara morena, su figura tensa teñida de cobre bajo los rayos oblicuos. Claude se hubiera sorprendido si hubiera podido saber la imagen que percibía este extraño de él.

II

A la mañana siguiente, Claude bajaba del tren en Frankfort y tomaba el desayuno en la estación antes de que el pueblo amaneciera. Su familia no le esperaba, así que pensó que podría ir caminando a casa y pasar por el molino para ver a Enid Royce. Después de todo, los viejos amigos son los mejores.

Salió del pueblo por el camino que bajaba a lo largo del arroyo. Los sauces mostraban ya sus hojas amarillas y los pegajosos brotes de los álamos estaban a punto de florecer. Los pájaros cantaban por todos sitios y, de vez en cuando, a través de las tachonadas ramas de los álamos, brillaban las deslumbrantes alas de un cardenal.

Por todos los polvorientos campos de trigo de color habano había una delicada neblina verdosa, millones de pequeños dedos extendiéndose para saludar suavemente al sol. Al norte y al sur, Claude podía ver las sembradoras de maíz, moviéndose en línea recta sobre los acres marrones donde la tierra había sido rastrillada tan fina que se levantaba en nubes de polvo por el lado de la carretera. Con cada ráfaga de viento, pequeños y alegres remolinos atravesaban los campos abiertos, tirabuzones de polvo que daban vueltas en el aire y de repente caían de nuevo. Parecía que hubiera una alondra en cada poste de las vallas, cantando por todo lo que estaba mudo, por las grandes tierras aradas y por los pesados caballos en las hileras y los hombres que los guiaban.

A ambos lados de la carretera, de debajo de las semillas muertas y las briznas de hierba seca, los dientes de león se abrían paso con fuerza para mostrar sus limpias y brillantes caras. Si Claude pisaba uno sin darse cuenta, el olor acre le hacía pensar en Mahailey, quien probablemente habría salido esa misma mañana a escarbar la tierra con su cuchillo de cocina roto para llenar su delantal con las hojas verdes del diente de león. Siempre iba en busca de hierbas con un aire de secretismo, muy temprano, y miraba a lo largo de los bordes de la carretera agachada, muy cerca del suelo, como fueran a descubrirla y alejarla se allí, o como si los dientes de león fueran algo salvaje y tuvieran que ser cazados mientras dormían.

Claude estaba pensando, mientras caminaba, en lo mucho que le gustaba ir al molino con su padre. Todo el proceso de la molienda era algo misterioso para él entonces y el molino y la mujer del molinero eran también misteriosos, incluso Enid lo era, un poco, hasta que consiguió conocerla entre las espadañas bajo un sol brillante. Solían jugar en los cubos de trigo limpio, observaban cómo salía la harina de la tolva y se llenaban de polvo blanco.

Por encima de todo, le gustaba meterse donde la rueda colgaba goteando en su oscura cueva y los temblorosos rayos de sol entraban a través de las rendijas para jugar sobre el verdoso limo y las moteadas algas creciendo en la pizarra. El molino

era un lugar de marcados contrastes: el sol brillante y la profunda sombra, ruido estruendoso y un intenso y empapado silencio. Recordó lo asombrado que se quedó un día cuando encontró al señor Royce con guantes y gafas protectoras limpiando las ruedas de molino y descubrió lo inofensivas que parecían. El molinero las picaba con un afilado martillo hasta que saltaban chispas y Claude todavía tenía en la mano una mancha azul donde había ido a parar una esquirla de pedernal bajo la piel al acercarse demasiado.

Jason Royce debía de haber mantenido su molino funcionando por motivos sentimentales, puesto que no daba mucho dinero ya. Moler había sido su primer negocio y no había encontrado muchas cosas en la vida por las que sentirse sentimental. A veces, uno se lo podía encontrar aún con la ropa de molinero, en lugar de su empleado, a quien le daba el día libre. Hacía mucho que había dejado de depender de las crecidas y descensos del Lovely Creek para obtener energía: había instalado un motor de gasolina. La vieja represa se encontraba ahora «como un diente hueco», como dijo uno de sus hombres, lleno de hierbajos y ramas de sauce.

Los asuntos familiares del señor Royce nunca habían ido tan bien como sus negocios. No había sido bendecido con un hijo y, de cinco hijas, solo había conseguido criar a dos. La gente pensaba que el molino era húmedo y poco sano. Hasta que no construyó una casa aparte y contrató a un hombre casado para que se hiciera cargo del molino, el señor Royce no había sido capaz de conservar a sus molineros durante mucho tiempo. Se quejaban de la oscuridad de la casa y decían que no obtenían lo suficiente para comer. La señora Royce iba cada verano a un sanatorio vegetariano en Michigan, donde aprendió a sobrevivir a base de nueces y cereales tostados. Alimentaba a su familia, desde luego, pero nunca había durante el día una comida que un hombre pudiera esperar anhelante o a la que sentarse con satisfacción. El señor Royce a menudo cenaba en el hotel del pueblo. Sin embargo, su mujer destacaba por ciertos logros culinarios brillantes: su pan era perfecto. Cuando había una cena prevista en la iglesia, siempre la llamaban por su estupenda mayonesa o por su pastel de cabello de ángel, con certeza el más ligero y esponjoso de cualquier reunión de tartas.

Una profunda preocupación por su salud hacía que la señora Royce pareciese una mujer con un dolor oculto o que estuviera angustiada por un remordimiento arrollador: la envolvía en una especie de insensibilidad. Vivía de forma diferente a otras personas y eso la hacía desconfiada y reservada. Solo cuando estaba en el sanatorio, bajo los cuidados de sus idolatrados doctores, se sentía realmente comprendida y rodeada de compasión.

Su desconfianza se había transmitido a sus hijas y de incontables sutiles maneras había coloreado sus sentimientos sobre la vida. Crecieron bajo la sombra de ser «diferentes» y no establecieron amistades cercanas. Gladys Farmer era la única joven

de Frankfort que había frecuentado la casa del molino. Nadie se sorprendió cuando Caroline Royce, la hija mayor, se fue a China para ser misionera ni de que su madre la dejara ir sin protestar. Las mujeres Royce eran extrañas, de alguna forma, según decía la gente. Con Carrie fuera, esperaban que Enid madurara de forma más parecida a cualquier otra chica. Vestía bien, iba al pueblo a menudo en su coche y siempre estaba dispuesta a trabajar para la iglesia o la biblioteca pública.

Además, en Frankfort, a Enid se la consideraba muy guapa, un atributo que ya de por sí la humanizaba. Era delgada, con una cabeza pequeña y bien formada, una piel pálida y suave y unos grandes, oscuros y opacos ojos con largas pestañas. La larga línea que iba desde el lóbulo de su oreja hasta la punta de su barbilla otorgaba a su rostro cierta rigidez, pero para las señoras mayores, que son las mejores críticas en tales asuntos, esto significaba firmeza y dignidad. Se movía con rapidez y con gracia, rozando las cosas más que tocándolas, su figura esbelta parecía que fuera a echar a volar, como si se alejara planeando de lo que la rodeaba. Cuando la Escuela Dominical preparaba los *tableaux vivants*, escogían a Enid para Nydia, la chica ciega de Pompeya y para la mártir en «Cristo o Diana»^[14]. La palidez de su piel, la sumisa inclinación de su frente y sus oscuros e inalterables ojos hacían a uno pensar en los «primeros cristianos». Aquella mañana de mayo, cuando Claude Wheeler subía a zancadas el camino hacia el molino, Enid estaba en el jardín, de pie junto a un enrejado para las vides construido junto a la valla, fuera de la gran sombra de los árboles. Estaba rastrillando la tierra que había sido sacada con una pala el día anterior y haciendo surcos en los que echar semillas. Desde la curva del camino, junto a los nudosos y viejos sauces, Claude vio su vestido rosa de almidón y su pequeño sombrero blanco para el sol. Se apresuró a acercarse.

—Hola, ¿estás labrando? —gritó mientras se acercaba a la valla.

Enid, que en ese momento estaba agachada, se incorporó rápidamente pero sin sobresalto alguno.

—¡Vaya, Claude! Pensé que estabas por ahí, en algún lugar del Oeste. ¡Qué sorpresa! —sacudió la tierra de sus manos y le extendió sus blancos y endebles dedos. Sus brazos, desnudos desde los codos, eran delgados y parecían fríos, como si se hubiera puesto un vestido de verano demasiado pronto.

—Acabo de llegar esta mañana. Iba caminando hasta casa. ¿Qué vas a plantar?

—Guisantes de olor.

—Tú siempre tienes los mejores de la región. Cuando veo un ramo de los tuyos en la iglesia o cualquier otro sitio, los reconozco a la legua.

—Sí, tengo bastante éxito con mis guisantes de olor —admitió ella—. La tierra es rica aquí abajo y tienen sol en abundancia.

—No son solo tus guisantes de olor: nadie más tiene unas lilas o rosas trepadoras como las tuyas y creo que eres la única que tiene una glicinia en el condado de

Frankfort.

—Madre la plantó hace mucho, cuando se mudaron aquí. Tiene debilidad por la glicinia. Temo perderla en uno de estos inviernos tan duros.

—¡Oh, eso sería una pena! Cuida bien de ella. Debes de dedicar mucho tiempo a cuidar de estas cosas, de todas formas —habló con admiración.

Enid se apoyó en la valla y echó hacia atrás su pequeño sombrero.

—Quizá me intereso más por las flores que por las personas. A menudo te envidio, Claude, te interesan tantas cosas...

Él se puso colorado.

—¿Yo? Dios santo, ¡no tantas! Soy un tipo terriblemente insatisfecho. No me interesó mucho la universidad hasta que tuve que dejar de ir y luego estaba enfadado porque no podía volver; creo que llevo enfadado por ello todo el invierno.

Ella le miró con un asombro silencioso.

—No veo por qué deberías sentirte insatisfecho, eres tan libre...

—Bueno, ¿acaso tú no eres libre también?

—No de hacer lo que quiera. Lo único que realmente quiero hacer es ir a China y ayudar a Carrie en su trabajo. Madre piensa que no soy suficientemente fuerte, pero Carrie no era muy fuerte mientras estuvo aquí. Ella está mejor en China y creo que yo también lo estaría.

Claude se preocupó. No había visto a Enid desde el paseo en trineo, durante el cual había estado más alegre de lo habitual. Ahora parecía hundida en el abatimiento.

—Tienes que olvidar esas ideas, Enid, no deberías querer deambular por ahí sola de esa forma; hace que las personas se vuelvan raras. ¿Acaso no hay mucho trabajo de misionera por hacer aquí mismo?

Ella suspiró.

—Eso es lo que todo el mundo dice, pero todos nosotros tenemos una oportunidad si la aprovechamos. Ahí fuera no la tienen. Es terrible pensar en todos esos millones de personas que viven y mueren en la oscuridad.

Claude levantó la vista hacia la sombría casa del molino, oculta tras los cedros, y luego hacia los brillantes campos llenos de polvo. Sintió como si él tuviera un poco la culpa de la melancolía de Enid: no había sido muy cordial durante el último año.

—La gente puede vivir en la oscuridad aquí también a no ser que luche contra ella. Mírame a mí: te he dicho que he estado abatido todo el invierno. Todos nos mostramos cordiales pero cada uno sigue su propio camino y nunca nos encontramos. Tú y yo somos viejos amigos y, sin embargo, apenas nos hemos visto. Madre dice que le llevas prometiendo dos años subir a visitarla. ¿Por qué no vienes? Le agradecería mucho.

—Entonces lo haré. Siempre le he tenido cariño a tu madre —hizo una breve pausa, retorciendo de forma ausente los lazos de su sombrero; de repente, se lo quitó

de un tirón con un movimiento rápido y le miró fijamente bajo la brillante luz—. Claude, realmente no te has convertido en un librepensador, ¿verdad?

Él soltó una carcajada.

—Vaya, ¿qué te hace pensar eso?

—Todo el mundo sabe que Ernest Havel lo es y la gente dice que tú y él leéis ese tipo de libros juntos.

—¿Tiene algo que ver con que seamos amigos?

—Sí, lo tiene: no podría sentir la misma confianza en ti. He estado muy preocupada por ello.

—Bueno, pues puedes dejar de estarlo. En primer lugar, no lo merezco —dijo rápidamente.

—¡Oh, claro que sí! Si preocuparse sirviera para algo... —sacudió la cabeza con reproche.

Claude se agarró a la valla que había entre ellos con ambas manos.

—¡Servirá de algo! ¿Acaso no te he dicho que había trabajo de misionera que hacer aquí mismo? ¿Eso es por lo que has estado tan reservada conmigo durante estos últimos años, porque pensabas que era un ateo?

—Sabes que nunca me ha gustado Ernest Havel —murmuró.

Cuando Claude dejó el molino y emprendió el camino a su casa, sintió que había encontrado algo que le ayudaría a pasar el verano. Qué afortunado había sido al encontrarse a Enid sola y haber hablado con ella sin interrupciones, sin ver la cara de la señora Royce ni una sola vez, siempre oculta bajo los polvos, mirándole de reojo desde detrás de una persiana bajada. La señora Royce siempre pareció vieja, incluso mucho antes, cuando solía entrar en la iglesia con sus hijas pequeñas, una mujer diminuta con diminutos zapatos de tacón y un gran sombrero con plumas colgando, su vestido negro cubierto de abalorios de cristal y azabache que brillaban y repiqueteaban y hacían parecer que llevara un caparazón, como un insecto.

Sí, tenía que encargarse de que Enid saliera más y se relacionase con otras personas. Pasaba demasiado tiempo con su madre y con sus propios pensamientos. Flores y misiones en el extranjero, su jardín y el gran reino de China, había algo inusual y conmovedor en sus preocupaciones. Algo bastante encantador, también. Las mujeres debían ser religiosas: la fe era la fragancia natural de sus mentes. Cuanto más increíbles fueran las cosas en que creyeran, más hermoso era el acto de creer. Para él, la historia de *El Paraíso perdido* era tan mítica como la *Odisea*; sin embargo cuando su madre se lo leía en alto, no solo era bello sino verdadero. Una mujer que no tuviera pensamientos sagrados sobre misteriosas cosas lejanas sería prosaica y vulgar, como un hombre.

III

Durante las siguientes semanas, Claude bajaba en coche hasta la casa del molino en las tardes templadas y convencía a Enid para que fuera a Frankfort con él a ver una película o para ir a algún pueblo vecino. La ventaja de este tipo de relación era que no le hacía sentirse demasiado presionado para iniciar una conversación: Enid podía permanecer admirablemente silenciosa y nunca se sentía incómoda, ni por el silencio ni por las palabras. Era una persona tranquila y segura de sí misma en cualquier circunstancia y esa era una de las razones por las que conducía tan bien, mucho mejor que Claude, de hecho.

Un domingo, cuando se encontraron después de misa, ella le dijo a Claude que quería ir a Hastings a hacer algunas compras y acordaron que él la llevaría el martes en el coche grande de su padre. El pueblo estaba a unas setenta millas al noreste y desde Frankfort el viaje resultaba demasiado incómodo para ir en tren.

La mañana del martes, Claude llegó a la casa del molino justo cuando el sol estaba saliendo por encima de los húmedos campos. Enid estaba en el porche delantero esperándolo, con un abrigo de invierno sobre su vestido de primavera; bajó corriendo hacia la puerta y se deslizó en el asiento junto a él.

—Buenos días, Claude. Nadie más está levantado. Va a ser un día maravilloso, ¿verdad que sí?

—Espléndido. Algo caluroso para esta época del año. Pronto te sobrará el abrigo.

Durante la primera hora encontraron las carreteras vacías. Todos los campos estaban grises por el rocío y la temprana luz del sol calentaba todo con el resplandor transparente de un fuego que acabara de ser prendido. A medida que el coche iba silenciosamente tragando millas, el cielo se hacía más profundo y más azul y las flores a lo largo de la carretera se abrían sobre la hierba húmeda. Se encontraron con hombres y caballos más adelante, en cada colina. Pronto comenzaron a pasar niños de camino al colegio, que se paraban y saludaban a los dos viajeros agitando sus brillantes fiambreras. Hacia las diez, estaban en Hastings.

Mientras Enid hacía sus compras, Claude se hizo con unos zapatos y unos pantalones de algodón blancos. Mostraba más interés que nunca por su ropa de verano.

Se encontraron en el hotel para comer, ambos muy hambrientos y ambos satisfechos con sus tareas de la mañana. Sentado en el comedor, con Enid frente a él, Claude pensó que no parecían en absoluto un chico y una chica de campo que hubieran venido a la ciudad, sino gente experimentada de viaje en su coche.

—¿Vendrás conmigo a hacer una visita después de comer? —preguntó ella mientras esperaban el postre.

—¿Es a alguien que yo conozco?

—Así es, el hermano Weldon está en la ciudad. Sus reuniones han terminado y temí que se hubiera marchado, pero va a estar algunos días con la señora Gleason. He traído algunas de las cartas de Carrie conmigo para que las lea.

Claude puso mala cara.

—No se alegrará de verme. Nunca nos llevamos bien en la universidad; no es precisamente un buen profesor, si quieres saberlo —añadió con resolución.

Enid le estudió con desaprobación.

—Me sorprende escuchar eso, es tan buen predicador... Será mejor que vengas conmigo. Es una tontería tener una actitud tan fría hacia tus antiguos profesores.

Una hora después, el reverendo Arthur Weldon recibió a los dos jóvenes en el salón casi en penumbra de la señora Gleason, donde parecía sentirse tan en casa como la propia señora. La anfitriona, después de charlar cordialmente con la visita durante unos instantes, se excusó diciendo que tenía una reunión de la P. E. O^[15]. Todos se pusieron en pie cuando se marchó y el señor Weldon se acercó a Enid, cogió su mano y se quedó mirándola con la cabeza inclinada y su sonrisa oblicua:

—Es un placer inesperado verte de nuevo, señorita Enid. Y a ti también, Claude —girándose un poco hacia él—. ¿Habéis venido desde Frankfort juntos en este maravilloso día? —su tono parecía decir «¡Qué encantador!».

Dirigía casi todos sus comentarios hacia Enid y, como siempre, evitaba mirar a Claude excepto cuando se dirigía a él expresamente.

—¿Estás trabajando en la granja este año, Claude? Supongo que es una gran satisfacción para tu padre. ¿Y la señora Wheeler, está bien?

El señor Weldon, verdaderamente, no tenía malicia pero siempre pronunciaba el nombre de Claude exactamente igual que la palabra «clod»^[16], lo que le molestaba. Ciertamente Enid lo pronunciaba de la misma manera, pero o bien Claude no se daba cuenta o de ella no le importaba. Se hundió en un hondo y oscuro sofá, sentado con su gorra de conducir en la rodilla mientras el hermano Weldon acercaba una silla a la única ventana abierta de la polvorienta habitación y empezaba a leer las cartas de Carrie Royce. Sin que se le pidiera, las leyó en voz alta, y se detenía a comentarlas de vez en cuando. Claude observaba decepcionado que Enid se bebía todos los trillados comentarios de él, como lo hacía la señora Wheeler. Él nunca había mirado a Weldon durante tanto rato. La luz caía de lleno sobre su cabeza en forma de pera y sobre su fino y rizado pelo. ¿Qué podían encontrar las mujeres sensatas como su madre o Enid Royce en este tipo de corbata blanca y voz ronroneante que fuera digno de admiración? Los oscuros ojos de Enid se posaban en él con una expresión de profundo respeto. Le hablaba y le miraba con más sentimiento del que jamás le había mostrado a Claude.

—Verá, hermano Weldon —dijo ella con seriedad—, por mi carácter no me siento

demasiado atraída hacia otras personas, encuentro difícil interesarme adecuadamente en el trabajo de la iglesia aquí. Parece como si siempre me hubiera estado reservando para el extranjero, al no establecer vínculos personales, quiero decir. Si Gladys Farmer se fuera a China, todo el mundo la echaría de menos, nunca podrían sustituirla en el instituto. Tiene la clase de magnetismo que atrae a las personas hacia ella. Pero yo siempre me he mantenido libre para hacer lo que Carrie está haciendo. Allí sé que sería de utilidad.

Claude vio que para Enid no era fácil hablar de esa manera. Su cara mostraba preocupación y sus oscuras cejas se juntaban en un ángulo afilado a medida que trataba de contarle al joven predicador exactamente lo que le pasaba por la cabeza. Él escuchaba con su habitual y sonriente atención, alisando el papel de las páginas dobladas de las cartas y murmurando:

—Sí, lo comprendo. ¿De veras, señorita Enid?

Cuando le presionó para que la aconsejara, él dijo que no siempre era fácil saber en qué campo podía ser uno más útil, quizá esta misma restricción le estaba proporcionando cierta disciplina espiritual que ella necesitaba particularmente. Tuvo cuidado de no comprometerse, de no aconsejar nada categórico, excepto rezar.

—Creo que se nos muestra el camino a través de la oración, señorita Enid.

Enid juntó sus manos, su perplejidad hacía que sus rasgos parecieran más marcados.

—Pero es cuando rezo cuando siento que esta llamada es más fuerte. Es como si un dedo me señalara hacia allí. A veces, cuando pido consejo para las pequeñas cosas, no obtengo ninguno y solo percibo la sensación de que mi labor se encuentra lejos y que, para ello, se me concederá fuerza. Hasta que no tome ese camino, Cristo no se revelará ante mí.

El señor Weldon le respondió con tono de alivio, como si algo oscuro se hubiera aclarado.

—Si ese es el caso, señorita Enid, creo que no debemos mostrarnos ansiosos. Si la llamada vuelve a aparecer en tus oraciones y es la voluntad de tu Salvador, entonces podemos estar seguros de que la manera y los medios serán revelados. Un pasaje de uno de los Profetas me viene a la mente en estos momentos: «Y observa el camino que se abrirá a tus pies, recórrelo». ¡Podríamos decir que esta promesa estaba originalmente dirigida a Enid Royce! Creo que a Dios le gusta que nosotros nos apropiemos de los pasajes de su Palabra personalmente —hizo este último comentario como si fuera una especie de broma de la *Christian Endeavour*^[17]. Se levantó y le devolvió las cartas a Enid. Claramente, la entrevista había terminado.

Mientras Enid se ponía sus guantes, le dijo que había sido de gran ayuda hablar con él y que siempre parecía darle lo que necesitaba. Claude se preguntó qué sería. No había visto que Weldon hiciera nada salvo zafarse ante las vehementes preguntas.

Él, un «ateo», podría haberle dado un apoyo más fuerte.

El coche de Claude estaba bajo los arcos, enfrente de la casa de la señora Gleason. Antes de subirse, dirigió la atención de Enid hacia una masa de nubes al oeste.

—Me parece que eso de ahí es una tormenta. Sería una buena idea quedarnos en el hotel esta noche.

—¡Oh, no! Yo no quiero quedarme. No he venido preparada.

Él le recordó que no sería imposible comprar cualquier cosa que pudiera necesitar para pasar la noche.

—No me gusta quedarme en un lugar extraño sin mis propias cosas —dijo con decisión.

—Temo que nos metamos de lleno en ella. Podríamos vernos en una situación bastante peligrosa, pero lo que tú digas —todavía dudaba, con la mano en la puerta.

—Creo que es mejor que lo intentemos —dijo ella con determinación. Claude no había aprendido todavía que Enid siempre combatía lo imprevisto y no podía soportar ver sus planes modificados ni por las personas ni por las circunstancias.

Durante una hora condujo a toda velocidad, observando las nubes con preocupación. La meseta brillaba, desde un lado del horizonte al otro, con la luz del sol y el mismo cielo parecía aún más resplandeciente entre la masa de vapores purpúreos que se arremolinaba en el oeste con afilados bordes, como el plomo recién cortado. Había recorrido unas cincuenta millas cuando el aire se volvió frío de repente y, en diez minutos, todo el cielo brillante quedó cubierto. Saltó al suelo y comenzó a levantar el coche con el gato. Tan pronto como una rueda dejaba de pisar el suelo, Enid ajustaba las cadenas. Claude le dijo que nunca antes había puesto las cadenas tan rápido. Cubrió los paquetes en el asiento trasero con un hule y condujo hacia la tormenta.

La lluvia les barría por oleadas; parecía salir del suelo además de caer desde las nubes. Hicieron otras cinco millas, abriéndose paso a través de los charcos y deslizándose por las carreteras enfangadas. De repente, el pesado coche, con cadenas y todo, saltó un montículo de tierra de algo más de cincuenta centímetros, salió disparado unos diez metros antes de que Claude pudiese frenarlo; entonces giró sobre sí mismo dibujando media circunferencia y se detuvo. Enid permanecía sentada en calma e inmóvil.

Claude soltó un largo suspiro.

—Si eso hubiese pasado en un canal, estaríamos en la cuneta con el coche encima de nosotros. Sencillamente no puedo controlarlo. El suelo está resbaladizo y no hay donde agarrarse. Esa de ahí es la casa de Tommy Rice. Será mejor que vayamos a pedirle que nos deje pasar allí la noche.

—Pero eso será peor que el hotel —objetó Enid—. No son gente muy limpia y hay muchos niños.

—Mejor hacinados que muertos —murmuró—. Desde aquí, llegar a casa sería cuestión de suerte, podríamos aterrizar en cualquier sitio.

—Estamos solo a unas diez millas de tu casa. Puedo quedarme con tu madre esta noche.

—Es demasiado peligroso, Enid. No quiero asumir esa responsabilidad. Tu padre me echaría la culpa a mí por haberte puesto en peligro de esa forma.

—Lo sé, es por mí por lo que estás nervioso —Enid habló de forma suficientemente razonable—. ¿Te importaría dejarme conducir un rato? Solo quedan tres colinas malas y creo que puedo bajarlas resbalando de lado. Lo he probado muchas veces.

Claude salió y dejó que ella se deslizara hasta su asiento, pero después de que se pusiera al volante, él apoyó la mano sobre el brazo de ella.

—No hagas algo tan estúpido —suplicó.

Enid sonrió y sacudió la cabeza. Era amable pero inflexible.

Claude se cruzó de brazos.

—Adelante.

Le irritaba su cabezonería, pero tenía que admirar sus recursos a la hora de manejar el coche. A los pies de una de las peores colinas, había una alcantarilla de cemento nueva, recubierta de barro líquido en la que no había nada a lo que las cadenas pudieran agarrarse. El coche se deslizó hasta el final de la alcantarilla y se detuvo en el mismo borde. Mientras alcanzaban a duras penas el otro lado de la colina, Enid comentó:

—Es bueno que el estárter funcione bien, un leve golpe nos hubiera dejado tirados.

Llegaron a la granja de los Wheeler justo antes de que oscureciera, y la señora Wheeler salió corriendo hacia ellos con un impermeable sobre la cabeza.

—¡Mis pobres niños empapados! —gritó rodeando a Enid con los brazos—. ¿Cómo habéis logrado llegar a casa? Tenía la esperanza de que os hubierais quedado en Hastings.

—Ha sido Enid la que nos ha traído a casa —le dijo Claude—. Es una chica espantosamente imprudente y alguien debería sacudirla, pero es una buena conductora.

Enid se rio mientras se apartaba un mechón húmedo de pelo de la frente.

—Tenías razón, por supuesto. Lo sensato hubiera sido quedarnos en casa de Rice, solo que yo no quería.

Más tarde, esa noche, Claude se alegró de que no lo hubieran hecho. Era agradable estar en casa y ver a Enid sentada a la mesa durante la cena, en el asiento a la derecha de su padre y con uno de los vestidos grises para casa de su madre. Habrían pasado un mal rato en casa de los Rice, sin camas donde dormir, excepto las

que ya estaban ocupadas por los niños de la familia. Enid nunca antes había dormido en el cuarto de invitados de su madre y le agradaba pensar lo cómoda que se sentiría allí.

Era todavía temprano cuando la señora Wheeler cogió una vela para acompañar a su invitada a la cama. Enid pasó cerca de la silla de Claude mientras salía de la habitación.

—¿Me has perdonado? —dijo en tono burlón.

—¿Por qué eres tan cabezota? ¿Querías asustarme? ¿O enseñarme lo bien que puedes conducir?

—Ninguna de las dos cosas. Quería volver a casa. Buenas noches.

Claude se echó hacia atrás en su silla y se tapó los ojos con la mano. Ella realmente sentía que esta era su casa, entonces. No se había sentido intimidada por las bromas de su padre o desconcertada por la sonrisa de complicidad de Mahailey. Lo bien que se manejaba en su casa le producía un incomprensible placer. Cogió un libro, pero no leyó. Permanecía abierto sobre sus rodillas cuando su madre volvió media hora después.

—No hagas ruido al subir las escaleras, Claude. Estaba tan cansada que ya debe de estar dormida.

Él se quitó los zapatos y subió con sumo cuidado.

IV

Ernest Havel estaba cultivando su resplandeciente y brillante nuevo maizal una mañana de verano, silbando para sí una vieja canción alemana que de alguna manera estaba relacionada con una imagen que aparecía en su mente: era la imagen de la primera labranza que podía recordar.

Vio verdes colinas en forma de medio círculo con nieve aún en las grietas de las cumbres más altas. Tras las colinas emergía una pared de montañas afiladas, cubiertas con profundos bosques de pinos. En los campos, a los pies de esa cadena de colinas, había un serpenteante arroyo con sauces desnudos con sus primeras hojas amarillo verdosas en los campos marrones. Él mismo era un niño, jugando junto al arroyo y observando a su padre y a su madre arando con dos grandes bueyes con cuerdas atadas a sus cabezas y sus largos cuernos. Su madre caminaba con los pies desnudos al lado de los bueyes para guiarlos; su padre caminaba detrás, guiando el arado. Su padre siempre miraba hacia abajo. El rostro de su madre tenía casi el mismo color y los mismos surcos que los campos, y sus ojos eran de un azul pálido, como los cielos de la primavera temprana. Los dos podían estar subiendo y bajando así toda la mañana, sin hablar, excepto al buey. Ernest era el último de una numerosa familia y, mientras jugaba junto al arroyo, solía preguntarse por qué sus padres parecían tan viejos.

Leonard Dawson subió en su coche hasta la valla y gritó, despertando a Ernest de su ensoñación. Le dijo a los animales que se pararan y corrió hasta el borde del campo.

—Hola, Ernest —gritó Leonard—. ¿Te has enterado de que Claude Wheeler tuvo un accidente antes de ayer?

—¡No me digas! No pudo ser nada grave o me hubieran avisado.

—Oh, no es nada grave, supongo, pero se hizo unos cuantos arañazos en la cara con la alambrada. Es lo más extraño que he visto nunca. Estaba con la yunta de las mulas y un pesado arado, trabajando en el camino que separa su campo del mío. El camión de la gasolina se acercó, haciendo quizá más ruido del habitual. Pero esas mulas conocen el motor de un camión y lo que le hicieron fue sencillamente una trastada. Empezaron a encabritarse y cayeron en un profundo hueco. Yo estaba labrando el maíz en el campo y le grité al hombre de la gasolina para que parara, pero no me oyó. Claude saltó a las cabezas de las bestias y los agarró por los bocados pero para entonces ya estaba enredado en las correas. Esas malditas mulas le levantaron del suelo y empezaron a correr. Bajaron el valle, subieron por la orilla y fueron a través de los campos, con ese gran arado de discos y cada uno de sus enganches saltando un metro o metro y medio por el aire. Estaba seguro de que abriría a una de

las mulas en canal o de que atravesaría limpiamente a Claude: le habría pillado si no se hubiera mantenido agarrado a los bocados. Arrastraron a Claude con ellas, balanceándolo en el aire, y finalmente lo estrellaron contra la alambrada de espinos y se llenó de cortes la cara y el cuello.

—¡Dios mío! ¿se hizo muchos cortes?

—No, no muchos, pero ayer por la mañana estaba en los campos cultivando el maíz, todo envuelto en una venda adhesiva. Sabía que eso era una estupidez: un corte por una alambrada se pone asqueroso si te da mucho calor fuera, en medio del polvo. Pero a un Wheeler no se le puede decir nada. Ahora cuentan que se le ha hinchado la cara y que le duele terriblemente, y ha ido al pueblo a ver a un médico. Será mejor que pases por allí esta noche a ver si logras convencerlo para que se cuide un poco.

Leonard continuó su camino y Ernest volvió con sus animales. «Es extraño ese chico», estaba pensando, «es grande y fuerte y tiene estudios y toda esa estupenda tierra, pero no parece encajar.» Algunas veces, Ernest pensaba que su amigo no tenía suerte. Cuando le venía esa idea a la mente, suspiraba y sacudía la cabeza para quitársela de encima, ya que Ernest creía que no había solución para eso, había cosas que el racionalismo no podía explicar.

La tarde siguiente, el cupé de Enid Royce se acercó hasta el corral de los Wheeler. La señora Wheeler vio a Enid salir del coche y bajó la colina para ir a su encuentro, sin aliento y angustiada.

—¡Oh, Enid! ¿Has oído lo del accidente de Claude? No se ha cuidado lo suficiente y ahora tiene erisipelas. ¡Tiene muchos dolores, pobre chico!

Enid la cogió del brazo y comenzaron a subir la colina hacia la casa.

—¿Puedo ver a Claude, señora Wheeler? Quiero darle estas flores.

La señora Wheeler dudó un instante.

—No sé si te dejará entrar, querida. Anoche, me costó convencerlo para que viera a Ernest durante un rato. Parece tan desanimado, y está muy susceptible por el modo en que le han vendado. Iré a su habitación y le preguntaré.

—No, simplemente deje que suba con usted, por favor. Si entro con usted, no tendrá tiempo de ponerse nervioso. No me quedará si él no quiere, pero deseo verlo.

La señora Wheeler se asustó ante esta sugerencia pero Enid ignoró sus dudas. Subieron hasta el tercer piso juntas y la propia Enid llamó a la puerta.

—Soy yo, Claude. ¿Puedo entrar un momento?

Una voz reticente y apagada contestó:

—No. Dicen que esto es contagioso, Enid. Y, en cualquier caso, preferiría que no me vieras así.

Sin esperar, empujó la puerta para abrirla. Las oscuras persianas estaban bajadas y la habitación estaba inundada de un fuerte y agrio olor. Claude estaba tumbado en la cama, su cabeza y su cara tan tapadas por las vendas que solo los ojos y la punta de la

nariz eran visibles. La pasta marrón con la que habían untado sus facciones rezumaba en los bordes de la gasa y hacía que sus vendas pareciesen descuidadas. Enid se dio cuenta de estos detalles con solo un vistazo.

—¿Te molesta la luz en los ojos? Déjame subir una de las persianas un momento: porque quiero que veas estas flores. Te he traído mis primeros guisantes de olor.

Claude parpadeó ante el ramo de brillantes colores que ella sostenía ante él. Las acercó a su cara y le preguntó si podía olerlos a pesar de las medicinas. Enseguida dejó de sentirse avergonzado. Su madre trajo un jarrón de cristal y Enid colocó las flores sobre la pequeña mesa al lado de Claude.

—Ahora, ¿quieres que vuelva a bajar la persiana?

—Todavía no. Siéntate un minuto y háblame. No puedo decir mucho porque mi cara está rígida.

—¡No me extraña que lo esté! Me encontré con Leonard Dawson en la carretera ayer y me contó que estuviste trabajando en el campo después de que te cortaras. Me gustaría echarte una buena regañina, Claude.

—Hazlo. Me hará sentir mejor —cogió su mano y la retuvo junto a él un instante—. ¿Son esos los guisantes de olor que estabas plantando aquel día, cuando volví del oeste?

—Sí, ¿no han hecho bien en florecer tan pronto?

—Menos de dos meses. Eso es raro —suspiró.

—¿Raro? ¿El qué?

—Oh, que un puñado de semillas pueda hacer algo tan hermoso en unas pocas semanas cuando a un hombre le lleva tanto hacer cualquier cosa que luego no tiene importancia.

—Esa no es manera de ver las cosas —dijo ella con tono reprobatorio.

Enid se sentó recta y formal en una silla a los pies de su cama. Su vestido de flores de organdí se parecía mucho al ramo que había traído, y su blando sombrero de paja tenía un gran lazo lila. Empezó a hablarle a Claude de los muchos ataques de erisipela de su padre. Él escuchaba distraídamente. Nunca hubiera creído que Enid, con sus fuertes ideas del decoro, fuera capaz de entrar en su habitación y de sentarse con él de esa forma. Se dio cuenta de que su madre estaba tan asombrada como él. Revoloteó en torno a la visita durante un rato y entonces, viendo que Enid se sentía bastante a gusto, bajó las escaleras para volver con su trabajo. Claude deseó que Enid no dijera una palabra sino que se sentara ahí y le dejara mirarla. La luz de sol que ella había dejado entrar en la habitación y su tranquila y fragante presencia le calmaban. Al rato se dio cuenta de que le estaba preguntando algo.

—¿Qué decías, Enid? Las medicinas que me dan me tienen atontado. No me entero de las cosas.

—Te estaba preguntando si juegas al ajedrez.

—Bastante mal.

—Padre dice que juego de forma bastante pasable. Cuando estés mejor tienes que dejar que traiga el ajedrez de marfil que Carrie me envió desde China. Está hermosamente labrado. Y ahora es mejor que me vaya.

Se levantó y le dio suaves golpecitos en la mano mientras le decía que no debía ser tan estúpido con respecto a lo de ver a la gente.

—No sabía que fueras tan vanidoso. Las vendas no te quedan peor que a cualquier otro. ¿Bajo la persiana de nuevo?

—Sí, por favor. Ahora no va a haber nada que mirar.

—Pero bueno, Claude, ¿te estás convirtiendo en todo un donjuán!

Algo en el modo en que Enid dijo esto le hizo estremecerse un poco. Notó cómo su cara ardiente se calentaba un grado más. Incluso después de que bajara las escaleras seguía deseando que no le hubiera dicho tal cosa.

Su madre entró para darle su medicina. Permaneció de pie junto a él mientras se la tomaba.

—Enid Royce es una joven realmente sensata —dijo mientras cogía el vaso. Su entonación ascendente no expresaba convicción, sino perplejidad.

Enid venía cada tarde y Claude anhelaba nervioso sus visitas, eran lo único agradable que le ocurría y le hacían olvidar la humillación de su cara infectada y desfigurada. Se encontraba repugnante. Cuando se tocaba los verdugones de la frente y bajo el pelo, se sentía sucio y miserable. Por la noche, cuando le subía la fiebre y el dolor tensaba su cabeza y su cuello, llegaba a un angustioso nivel de agitación. Luchaba contra ello como un bulldog lucha contra otro. Por su mente rondaban oscuras leyendas de torturas, todo lo que había leído sobre la Inquisición, el potro y la rueda.

Cuando Enid entraba en su habitación, preciosa con la frescura de sus vestidos de verano, su mente acudía de golpe para recibirla. No podía hablar mucho, pero permanecía tumbado mirándola y respirando una dulce satisfacción. Después de un rato, se encontraba lo suficientemente bien como para incorporarse medio vestido en una tumbona y jugar al ajedrez con ella.

Una tarde que estaban junto a la ventana del oeste, en la sala de estar, con el tablero de ajedrez entre ellos, Claude tuvo que admitir que le estaba ganando otra vez.

—Debe de ser aburrido para ti jugar conmigo —murmuró mientras secaba las gotas de sudor de su frente. Su cara estaba limpia ya, tan blanca que incluso sus pecas habían desaparecido y sus manos eran las suaves y lánguidas manos de un enfermo.

—Jugarás mejor cuando estés más fuerte y puedas concentrarte en ello —le aseguró Enid. Estaba confundida porque Claude, que tenía buena cabeza para bastantes cosas, no tenía ni un poco para el ajedrez y estaba claro que nunca jugaría

bien.

—Sí —suspiró echándose hacia atrás en su silla—, mi capacidad mental va y viene. Mira mi campo de trigo, por allí, en el horizonte. ¿No está precioso? Y ahora no podré cosecharlo. A veces me pregunto si algún día terminaré algo de lo que empiezo.

Enid puso el juego de ajedrez de nuevo en la caja.

—Ahora que estás mejor, debes dejar de sentirte triste. Padre dice que la gente, después de pasar tu enfermedad, siempre se deprime.

Claude sacudió lentamente la cabeza mientras la apoyaba en el respaldo de la silla.

—No, no es eso. Es tener mucho tiempo para pensar lo que me pone triste. Mira, Enid, aún no he hecho nada por lo que sentirme satisfecho. Debo de ser bueno en algo. Cuando estoy tumbado sin moverme, pensando, me pregunto si mi vida me ha estado pasando a mí o a otra persona. No parece tener mucho que ver conmigo. Apenas si he empezado.

—Pero aún no has cumplido los veintidós. Tienes mucho tiempo para empezar cosas. ¡Y eso es en lo que piensas todo el tiempo! —le apuntó con el dedo.

—Pienso en dos cosas todo el tiempo; esa es una de ellas —la señora Wheeler entró con la leche que Claude tomaba a las cuatro de la tarde. Era su primer día en la planta de abajo.

Cuando eran niños, jugando en la presa del molino, Claude había visto el futuro como una vaguedad luminosa en la que él y Enid siempre harían todo juntos. Luego vino una época en la que quería hacer todo con Ernest, cuando las chicas eran inquietantes y una molestia, y había alejado todo eso, sabiendo que algún día debería volver a enfrentarse a ello.

Ahora se decía a sí mismo que siempre había sabido que Enid volvería; había vuelto esa tarde y había entrado en su habitación con olor a medicamentos para dejar que penetrara la luz del sol. No hubiera hecho eso por nadie que no fuera él. No era una chica que se alejara a la ligera de las convenciones que ella consideraba de autoridad. Recordaba cómo solía recorrer el estrado en el Día del Niño, junto a otras niñas de su clase infantil, con su tieso vestido blanco, ni un rizo mal puesto, ni una arruga en sus medias, manteniendo a sus pequeños compañeros en orden mediante la aquiescente gravedad de su cara, que parecía decir: «¡Qué agradable es hacer esto y hacerlo bien!».

El viejo señor Smith era el pastor en aquellos días, un buen hombre que había sido muy incordiado por una esposa tempestuosa y temperamental, y sus ojos solían posarse con añoranza sobre la pequeña Enid Royce, viendo en ella la promesa de «una mujer cristiana virtuosa y bonita», usando una de sus propias frases. Claude, en la clase de los niños al otro lado del pasillo, solía tomarle el pelo y tratar de distraerla,

pero respetaba su seriedad.

Cuando jugaban juntos ella no tenía prejuicios, nunca lloriqueaba si se hacía daño y nunca reclamaba que la eximieran de algo desagradable por ser niña. Era tranquila, incluso el día que se cayó en la presa del molino y él tuvo que sacarla. Tan pronto como dejó de atragantarse y toser agua llena de barro, se secó la cara con sus pequeñas enaguas empapadas y se sentó, temblando, repitiendo una y otra vez: «¡Oh, Claude, Claude!». Incidentes como ese a él ahora le parecían significativos y proféticos.

Cuando Claude comenzó a recuperar las fuerzas, lo hizo de forma abrumadora. Su sangre parecía hacerse más fuerte mientras su cuerpo estaba aún débil, así que un torrente de vitalidad le sacudía. El deseo de vivir de nuevo cantaba en sus venas mientras que su cuerpo aún estaba débil. Oleadas de juventud recorrían su cuerpo y lo dejaban exhausto. Cuando Enid estaba con él, estos sentimientos no eran nunca tan fuertes, su simple presencia restablecía su equilibrio... casi. Esto no le sorprendía, lo atribuía cariñosamente a algo hermoso en la naturaleza de la joven, una cualidad tan encantadora y sutil que no tenía ni nombre.

Durante los primeros días de su recuperación, no hizo otra cosa que disfrutar de la progresiva actividad de la vida. Respirar era un sencillo placer físico. Por las noches, tan largas porque no podía dormir, era muy agradable tumbarse sobre una nube que flotaba perezosamente en el cielo. En lo más profundo de esta lasitud, el recuerdo de Enid se ponía en marcha como un dulce y ardiente dolor y él vagaba hacia la oscuridad a través de unas sensaciones que no podía prevenir ni controlar. Mientras pudo arar, recoger el heno o romperse la espalda en el campo de trigo, había dominado la situación, pero ahora se sentía sobrepasado. Enid era para él y había venido por él; nunca la dejaría escapar. Ella no debía saber nunca lo mucho que él la añoraba. Tardaría en sentir tan solo un poco de lo que él estaba sintiendo, era consciente de ello. Llevaría bastante tiempo. Pero iba a ser infinitamente paciente, infinitamente tierno con ella. Debía ser él quien sufriera, no ella. Incluso en sus sueños, nunca la despertaba, sino que la amaba mientras estaba quieta e inconsciente como una estatua. Derramaría amor sobre ella hasta ganarse su cariño y cambiara de parecer sin saber por qué.

Algunas veces, cuando Enid se sentaba confiada junto a él, un fugaz sonrojo recorría el rostro de Claude y se sentía culpable para con ella, sumiso y humilde, como si debiera suplicar que le perdonase por algo. A menudo se alegraba cuando ella se iba y le dejaba solo para pensar en ella. Su presencia le proporcionaba cordura y, por ello, debía estar agradecido. Cuando estaba con ella, pensaba en que ella iba a ser la persona que le reconciliaría con el mundo y le haría encajar en su propia vida. Él había preocupado a su madre y decepcionado a su padre; su matrimonio sería el primer acto de deber filial normal en el que cumpliría con lo que se esperaba de él.

Empezaría a ser de utilidad, a estar alegre. Como decía el salmo que su madre tanto repetía: le haría recuperar su alma. Difícilmente podría poner en duda la buena disposición de Enid para escucharlo. Los amigos de Enid probablemente consideraban que la devoción que había mostrado hacía él durante su enfermedad era algo equivalente a un compromiso.

V

El primer viaje de Claude a Frankfort fue para ir a cortarse el pelo. Después de salir de la barbería, se presentó, reluciente con aceite de malagueta, en la oficina de Jason Royce, que en aquel momento cerraba su caja fuerte, se giró y cogió la mano del joven.

—¡Hola, Claude, me alegro de verte por aquí de nuevo! La enfermedad no tiene mucho que hacer con un joven y fornido granjero como tú. Con los viejos, es otra historia. Estaba a punto de salir para echarle un vistazo a mi alfalfa, al sur del río. Sube y ven conmigo.

Se dirigieron hacia el coche descapotable que estaba junto a la acera y, cuando estaban recorriendo a gran velocidad los campos de grano maduro, Claude rompió el silencio:

—Espero que sepa por qué quería verlo, señor Royce.

El hombre sacudió la cabeza. Se había mostrado preocupado y serio desde que salieron.

—Bueno —continuó Claude modestamente—, no debería sorprenderle oír que Enid ha ocupado mi corazón. No le he dicho nada a ella todavía, pero si no está en contra, voy a tratar de convencerla para que se case conmigo.

—El matrimonio es algo definitivo, Claude —dijo el señor Royce. Iba hundido en el asiento, observando la carretera delante de él con un profundo ensimismamiento, parecía más melancólico y entrecano de lo habitual—. Enid es vegetariana, ¿sabes? —comentó de forma inesperada.

Claude sonrió.

—Eso difícilmente podría cambiar algo, señor Royce.

El otro asintió ligeramente.

—Lo sé. A tu edad piensas que no. Sin embargo, tales cosas sí tienen importancia —sus labios se cerraron alrededor de su casi apagado puro y, durante un rato, no volvió a abrirlos—. Enid es una buena chica —dijo por fin—. Estrictamente hablando, tiene más cerebro de lo que una joven necesita. Si la señora Royce tuviera otra hija en casa, yo me llevaría a Enid a mi oficina. Tiene buen juicio; no sé, pero creo que dirigiría mejor un negocio que una casa —al soltar esto, el señor Royce relajó la arruga de su frente, cogió el puro de su boca, lo miró y lo puso de nuevo entre sus dientes sin volver a encenderlo.

Claude lo observaba sorprendido.

—No tengo ni la menor duda sobre Enid, señor Royce. No he venido a preguntarle sobre ella —exclamó—. He venido a preguntarle si estaría dispuesto a aceptarme como yerno. Yo sé y usted sabe que Enid podría hacer muchas cosas

mejores que casarse conmigo. Hasta ahora poco he hecho de lo que me sienta orgulloso.

—Ya hemos llegado —anunció el señor Royce—. Dejaré el coche bajo este olmo y subiremos hasta el extremo norte del campo para echar un vistazo.

Se agacharon para pasar bajo la alambrada y empezaron a cruzar el terreno agreste a través de un campo de flores púrpuras. Nubes de mariposas amarillas revoloteaban rápidamente delante de ellos. Caminaban con dificultad, quebrando la costra de tierra seca por el sol hasta hundirse en la tierra blanda de debajo. El señor Royce encendió un puro nuevo y, mientras tiraba la cerilla, dejó caer la mano sobre el hombro del joven.

—Siempre envidié a tu padre. Ya te cogí cariño cuando eras solo un jovencito y solía dejarte entrar a ver la noria del molino. Cuando dejé el agua e instalé un motor, me dije a mí mismo: «Solo hay un tipo en el condado que lamentará que la rueda se pare y ese es Claude Wheeler».

—Espero que no piense que soy demasiado joven para casarme —dijo Claude mientras caminaban.

—No, está bien, y es apropiado que un hombre joven se case. No digo nada en contra del matrimonio —protestó obstinadamente el señor Royce—. Puede que encuentres cierto obstáculo en las intenciones de Enid de ser misionera. No sé qué piensa respecto a eso ahora, no pregunto. Me gustaría verla desechar tales pensamientos, no le hacen ningún bien a una mujer.

—Quiero ayudarla a sacárselos de la cabeza, si usted está de acuerdo. Espero poder convencer a Enid para que se case conmigo este otoño.

Jason Royce volvió rápidamente la cabeza hacia su acompañante, estudió durante un instante su cara esperanzada y sin malicia, y después apartó la mirada con el ceño fruncido.

El campo de alfalfa se extendía hacia arriba en una esquina, como un pañuelo de brillantes verdes y púrpuras que ocupara la ladera. En el ángulo más alto crecía un esbelto y joven álamo, con hojas tan livianas e inquietas como un enjambre de pequeñas mariposas revoloteando sobre un trébol. El señor Royce se dirigió hacia este árbol, se quitó su abrigo negro, lo enrolló y se sentó sobre él en la intermitente sombra. Su camisa mostraba grandes manchas de humedad y gotas transparentes de sudor rodaban a lo largo de las arrugas de su bronceado cuello. Se sentó con las manos sobre las rodillas, los talones clavados en la tierra blanda, y miraba inexpresivamente hacia el campo. Se sentía completamente incapaz de mencionar el vasto cúmulo de experiencias que le quería transmitir a Claude. Bullían en su pecho como un dolor físico donde pugnaba el deseo de hablar. Pero no encontraba palabras, ninguna forma de hacerse entender: no tenía objeciones que presentar. Lo que él quería era retratarle a su joven amigo la vida como él la había visto, como un cuadro;

advertirle, sin dar muchos detalles de ciertas decepciones desgarradoras. Vio que no era posible: la comunicación entre un viejo y un joven era tan difícil como que los muertos hablasen a los vivos. La única manera de que Claude pudiera alguna vez llegar a compartir su secreto era vivir. Apretó más y más sus fuertes dientes amarillos en torno al puro, que se había apagado como el primero. No miraba a Claude pero, mientras observaba el viento abriendo suavemente floridos caminos en el campo, la cara del chico aparecía con claridad ante él, con su expresión de orgullo reticente que desaparecía ante el deseo de agradar y la ligera rigidez de sus hombros en una postura como de lealtad testadura. Claude estaba tumbado sobre el suelo a su lado, bastante cansado después del paseo bajo el sol y un poco melancólico, aunque no supiera por qué.

Después de un buen rato, las grandes manos de gruesos dedos de molinero del señor Royce soltaron sus rodillas y durante un instante se quitó el macerado puro de la boca.

—Bueno, Claude —dijo con una resuelta alegría—, siempre seremos mejores amigos de lo que suelen ser un suegro y su yerno. Descubrirás que casi todo lo que crees acerca de la vida, y del matrimonio especialmente, es mentira. No sé por qué la gente prefiere vivir en un mundo así, pero lo hacen.

VI

Después de su entrevista con el señor Royce, Claude condujo directamente hasta la casa del molino. Mientras subía la sombreada carretera, vio con decepción el destello de dos vestidos blancos, en vez de uno, moviéndose por el soleado jardín. La visita era Gladys Farmer, estaba de vacaciones. Había caminado hasta el molino con el frescor de la mañana para pasar el día con Enid. Ahora empezaban a recoger berros y se habían detenido en el jardín a oler los heliotropos. En esta tarde abrasadora, los ramilletes púrpura desprendían una fragancia que flotaba sobre el parterre y acariciaba sus mejillas como un aliento cálido. Las chicas levantaron la mirada al mismo tiempo y reconocieron a Claude. Le saludaron con la mano y se apresuraron a bajar hasta la puerta para felicitarle por su recuperación. Él les cogió sus pequeños cubos de hojalata y las siguió por la vieja presa. Subieron por el arenoso desfiladero, a lo largo de un claro hilo de agua que se deslizaba hasta Lovely Creek justo por encima del molino. Llegaron a la pedregosa colina donde nacía el riachuelo de un manantial formado en un hueco bajo las raíces expuestas de los olmos. Por todo el manantial y en la arenosa cama del poco profundo riachuelo, los berros nacían verdes y frescos.

Gladys sabía apreciar los paisajes. Miró a su alrededor con satisfacción.

—De todos los lugares donde solíamos jugar, Enid, este era mi favorito — declaró.

—Vosotras sentaros allí, sobre las raíces del olmo —sugirió Claude—. En esta gravilla tan blanda, pongáis donde pongáis los pies, se llenará de agua. Os estropearéis vuestros zapatos blancos. Dejadme.

—Llena mi cubo tanto como puedas, entonces —le gritó Gladys mientras se sentaban—. Me pregunto por qué las aceitillas crecen tan densas en esta colina, Enid. Estas plantas ya eran viejas y resistentes cuando nosotras éramos pequeñas. Me encanta estar aquí.

Se recostó sobre la caliente y deslumbrante ladera. El sol caía con rayos rojizos a través de las copas de los olmos y las piedras, y trozos de cuarzo despedían destellos brillantes. Abajo, en la cama del riachuelo, el agua, donde le daba la luz, centelleaba como oro viejo. La cabeza rojiza de Claude y sus hombros encorvados estaban moteados con la luz del sol mientras se movían sobre las pequeñas zonas verdes y sus pantalones blancos de algodón parecían más blancos de lo que eran en realidad. Gladys era demasiado pobre para viajar, pero tuvo la suerte de haber podido conocer bastantes sitios cercanos en los alrededores de Frankfort, y su ferviente imaginación la ayudaba a encontrar la vida interesante. Quería con todas sus fuerzas, como le había confiado a Enid, ir a Colorado: se avergonzaba de no haber visto nunca una

montaña.

En ese momento, Claude subió el banco con dos brillantes cubos empapados.

—¿Puedo ahora sentarme con vosotras durante unos minutos?

Al moverse para hacerle sitio junto a ella, Enid se dio cuenta de que su delgada cara estaba intensamente salpicada de gotas de sudor. El pañuelo de su bolsillo estaba húmedo y lleno de arena así que ella le dio el suyo con aire de exclusividad.

—¡Vaya, Claude, pareces muy cansado! ¿Has hecho demasiados esfuerzos? ¿Dónde estuviste antes de venir aquí?

—Estuve en el campo, con tu padre, viendo su alfalfa.

—Y supongo que te hizo recorrer todo el campo bajo el caluroso sol, ¿verdad?

Claude rio.

—Eso hizo.

—Bien, le echaré una buena regañina esta noche. Tú quédate aquí y descansa, voy a llevar a Gladys a casa.

Gladys protestó, pero al final accedió a que ambos la llevaran a casa en el coche de Claude. Se quedaron un rato más, sin embargo, escuchando el suave y agradable gorgoteo del manantial. Una voz sabia y discreta murmurando noche y día, contando constantemente la verdad a quienes no podían comprenderla.

Cuando volvían a la casa, Enid se detuvo el tiempo necesario para recoger un ramo de heliotropos para la señora Farmer, aunque a la caída del sol su rico perfume ya se había evaporado. Dejaron a Gladys con las flores y los berros en la puerta de la casita blanca, ahora medio oculta por las llamativas vides de bignonia roja.

Claude dio la vuelta al coche y regresó con Enid por la poco iluminada carretera al anochecer.

—Normalmente me gusta ver a Gladys pero, cuando la encontré contigo esta tarde, durante un minuto me sentí tremendamente decepcionado. Acababa de estar hablando con tu padre y quería verte inmediatamente. ¿Crees que podrías casarte conmigo, Enid?

—No creo que fuera lo mejor, Claude —contestó con tristeza.

Él cogió su mano inerte.

—¿Por qué no?

—Otros planes ocupan mi mente. El matrimonio está hecho para la mayoría de las chicas, pero no para todas.

Enid se había quitado el sombrero. Con la tenue luz de la noche, Claude estudió su pálido rostro bajo su cabello castaño. Había algo grácil y encantador en la forma en que levantaba la cabeza, algo que sugería tanto sumisión como una gran firmeza.

—Yo también he albergado esos sueños lejanos, Enid, pero ahora mis pensamientos no van más allá de ti. Si te gustara al menos un poco para empezar, estaría dispuesto a arriesgarme con el resto.

Ella suspiró.

—Sabes que me gustas, nunca lo he ocultado. Pero estamos bien como estamos, ¿no es cierto?

—No, yo no. Yo quiero tener mi propia vida o me vendré abajo. Si tú no me aceptas, probaré suerte en Sudamérica y no volveré hasta que sea un anciano y tú una anciana.

Enid le miró y ambos sonrieron.

La casa del molino estaba a oscuras, excepto por una luz en la ventana del piso de arriba. Claude salió del coche de un salto y bajó cuidadosamente a Enid hasta el suelo. Ella le permitió que besara su fría y suave boca y sus largas pestañas. En el pálido y brumoso anochecer, iluminado solamente por unas pocas estrellas blancas y con el frío del arroyo ya en el aire, a Claude ella le parecía como un pequeño fantasma tembloroso surgido de los juncos donde solía estar la vieja presa del molino. Una terrible melancolía se agarró al corazón del muchacho; no había pensado que fuera a ser de esta manera. Condujo a casa sintiéndose débil y destrozado. ¿No había nada en el mundo exterior que respondiera a sus propios sentimientos y cada ocasión se iba a convertir en una nueva decepción? ¿Por qué la vida era tan misteriosamente difícil? Este lugar era triste en sí, pensó al mirar a su alrededor y uno ya no puede cambiar eso, al igual que no puede cambiar la historia que se intuye en un rostro infeliz. Le pidió a Dios volver a estar enfermo, el mundo era un lugar demasiado duro.

Había una persona en el mundo que sentía lástima por Claude aquella noche. Gladys Farmer se sentó junto a la ventana de su dormitorio durante largo rato, observando las estrellas y pensando en lo que había percibido con suficiente claridad esa tarde. Enid le caía bien desde que eran niñas y sabía todo lo que había que saber de ella. Claude se convertiría en una de esas personas muertas que recorren las calles de Frankfort. Todo lo que Claude era moriría y el caparazón que quedaría iría y volvería y comería y dormiría durante cincuenta años. Gladys había dado clase a los niños de muchos de esos hombres muertos. Había desarrollado una difusa filosofía para ella misma, llena de fuertes convicciones y figuras confusas: creía que todas las cosas que debían hacer el mundo hermoso, el amor y la amabilidad, el ocio y el arte, estaban encerradas en una prisión y que los tipos exitosos como Bayliss Wheeler tenían las llaves. Los generosos, que serían los que dejarían salir estas cosas para que la gente fuera feliz, eran de alguna manera débiles y no podían romper los barrotes. Incluso su propia vida insignificante se había moldeado a la fuerza a través de la dominación de gente como Bayliss. No se había atrevido, por ejemplo, a ir a Omaha esa primavera a las tres representaciones de la Chicago Opera Company. Tal despilfarro hubiera despertado un espíritu correctivo en todos sus amigos y también en la junta del colegio: probablemente habrían decidido no concederle la pequeña

subida de sueldo que ella contaba con tener al año siguiente.

Había gente, incluso en Frankfort, que tenía imaginación e impulsos generosos, pero todos ellos eran, tenía que admitirlo, incompetentes, unos fracasados. Estaba la señorita Livingstone, la exaltada y emocional vieja dama que no podía decir la verdad; el viejo señor Smith, un abogado sin clientes que leía a Shakespeare y a Dryden durante todo el día en su polvorienta oficina; Bobbie Jones, el afeminado dependiente de la farmacia que escribía verso libre y guiones de películas y que se ocupaba de la fuente de soda.

Claude era su única esperanza. Desde que se graduaron en el instituto, durante los cuatro años que había estado enseñando, había esperado verle surgir y demostrar su valía. Quería que tuviera más éxito que Bayliss y *siguiera siendo Claude*. Habría hecho cualquier sacrificio para ayudarlo en ello. Si un chico fuerte como Claude, tan bien dotado y audaz, debía fracasar simplemente porque tenía esa vena sensible en su naturaleza, entonces la vida no merecía el desazón de un corazón apasionado como el de ella.

Al final, Gladys se dejó caer sobre la cama. Si él se casaba con Enid, eso sería el final. Iría por ahí, fuerte y duro, como el señor Royce, una gran máquina con las piezas rotas por dentro.

VII

Claude se sentía lo bastante bien como para salir al campo antes de que terminase la cosecha. A mediados de julio los granjeros todavía estaban recogiendo el grano. La cosecha de trigo y avena era tan abundante que no había máquinas suficientes para trillarla en el tiempo habitual. Los hombres tenían que esperar su turno dejando su grano apilado en gavillas hasta que un motor, escupiendo humo negro, entraba pesadamente en los campos. La lluvia hubiera sido desastrosa, pero este era uno de esos «buenos años» de los que hablaban los granjeros: cuando todo iba bien. Cuando necesitaron lluvia, hubo mucha agua y ahora los días eran un milagro de calor seco y brillante.

Cada mañana el sol salía como una bola roja, se bebía rápidamente el rocío y despertaba una trémula emoción en todos los seres vivos. En grandes cosechas, como esa, el calor, la intensa luz y el importante trabajo por hacer acercaban a las personas y las hacían más amables. Los vecinos se ayudaban los unos a los otros a ingeniárselas con la onerosa abundancia del grano que alimentaría al hombre. Mujeres, niños y ancianos se ponían a hacer lo que podían para acumularlo y almacenarlo. Incluso los caballos llevaban una vida más variada y sociable de lo usual, yendo de una granja a otra para ayudar a los caballos de los vecinos a tirar de los carros de las segadoras y las agavilladoras. Olían a los potros de los viejos amigos, comían de los comederos ajenos y bebían, o se negaban a beber, de abrevaderos desconocidos. A los caballos decrepitos que vivían ya retirados, como Molly, la yegua de los Wheeler, y su entumecida pata; o Billy, de Leonard Dawson, que tenía huélfago y su tos asmática se podía oír desde un cuarto de milla de distancia, se les ponía a trabajar en esa época. Era maravilloso también lo bien que estos animales inválidos se las arreglaban para seguir el ritmo de las fuertes yeguas y los caballos castrados: inclinaban su servicial cabeza y tiraban, como si el roce de la collera en sus cuellos les resultara algo agradable.

El sol era como una gran presencia visitante que estimulaba y tomaba la parte que le correspondía de la energía vital de todos los animales. Cuando extendía su manto y se retiraba por detrás del borde de los campos al anochecer, dejaba tras de sí un mundo completamente exhausto. Los caballos, los hombres y las mujeres adelgazaban, empapados todo el día en su propio sudor. Después de la cena, caían rendidos y se dormían en cualquier lugar, hasta que el rojizo amanecer se volvía a ver claro en el este de nuevo, como una fanfarria de trompetas, y los nervios y músculos comenzaban a agitarse con el calor solar.

Durante varias semanas, Claude no tuvo tiempo de leer los periódicos, estaban tirados por la casa en paquetes, sin abrir, ya que Nat Wheeler estaba en el campo,

trabajando como el que más. Casi cada noche, Claude bajaba corriendo hasta la casa del molino para ver a Enid durante unos minutos. Él no salía de su coche, y ella permanecía sentada en los viejos escalones que se usaban para saltar la cerca en los tiempos en que se montaba a caballo, mientras charlaba con él. Dijo con franqueza que no le gustaban los hombres que acababan de volver de la cosecha y Claude no la culpó. Él no se gustaba mucho a sí mismo cuando sus ropas empezaban a secarse sobre su cuerpo sudoroso. Pero la hora o par de horas entre la cena y la cama eran el único momento que tenía para ver a alguien. Dormía como los héroes de antaño: hundido en su cama como la cosa que más deseaba del mundo y durante un maravilloso instante sentía la dulzura del sueño antes de que le dominara. Por la mañana, le parecía escuchar el zumbido de la alarma de su reloj durante horas, antes de que pudiera regresar de los oscuros lugares en los que se había sumergido. Todo tipo de aventuras incongruentes le ocurrían entre el primer zumbido de la alarma y el momento en el que estaba suficientemente despierto como para sacar la mano y apagarla. Soñaba, por ejemplo, que era de noche y había ido a ver a Enid como siempre. Mientras ella bajaba el camino desde la casa, él se daba cuenta de que ¡no llevaba nada puesto! Entonces, con una asombrosa agilidad, saltaba la valla sobre un arbusto de ricino y permanecía de pie al anochecer tratando de cubrirse con las hojas como Adán en el jardín del Edén, contándole a Enid cosas banales a través del castañeteo de sus dientes, temiendo que en cualquier momento ella pudiera descubrir su difícil situación.

La señora Wheeler y Mahailey siempre perdían peso en la época de la cosecha, al igual que los caballos. Este año, Nat Wheeler tenía seiscientos acres de trigo de invierno que serían cerca de unas treinta fanegas por acre. Una cosecha de este tipo era tan dura para las mujeres como lo era para los hombres. La mujer de Leonard Dawson, Susie, se acercó a ayudar a la señora Wheeler pero estaba esperando un niño para el otoño y el calor era demasiado para ella. Entonces vino una de las hijas de los Yoeder, pero las peculiares formas de Mahailey distraían de tal forma a la metódica joven alemana que la señora Wheeler, dijo que le resultaba más fácil hacer ella misma el trabajo que ponerse a explicar la psicología de Mahailey. Día tras días diez hombres hambrientos se sentaban a la larga mesa de la cocina para cenar. La señora Wheeler preparaba tartas y pasteles y barras de pan tan rápido como el horno le permitía y desde la mañana hasta la noche, se le echaba carbón a la cocina como a la caldera de una locomotora. Mahailey retorció el cuello de los pollos hasta que se le hinchaba la muñeca, como ella decía, «como una culebra Heterodón».

A finales de julio, la excitación se calmó. Los tableros adicionales se fueron quitando de la mesa de la cena, los caballos de los Wheeler tenían el establo para ellos solos de nuevo y «el terror» en el gallinero había terminado.

Una noche, el señor Wheeler bajó a cenar con un puñado de periódicos bajo el

brazo.

—Claude, veo que el miedo a la guerra en Europa ha alcanzado también al mercado: el trigo ha subido de repente, están pagando ochenta y ocho centavos en Chicago. Nosotros también deberíamos deshacernos de unos cuantos centenares de fanegas antes de que vuelva a llover. Mejor que empecemos a llevarlas mañana. Tú y yo podemos hacer dos viajes a Vicount al día cambiando los animales; no hay mucha pendiente que digamos.

La señora Wheeler se detuvo mientras servía el café, y se sentó sujetando aún la cafetera en el aire, olvidando que la tenía.

—Si esto es solo una forma de asustar de los periódicos, como pensamos, no veo por qué tendría que afectar al mercado —murmuró suavemente—. Seguro que esos grandes banqueros de Nueva York y Boston saben alguna forma de distinguir un rumor de la verdad.

—Sírreme un poco de café, por favor —dijo su marido con irritación—. Yo no tengo que explicar el mercado, solo tengo que conseguir sacar provecho de él.

—Pero sin una buena razón, ¿por qué vamos a arrastrar nuestro trigo hasta Vicount? ¿Crees que se trata de una conspiración oculta tras el rumor de una guerra? ¿Alguna vez antes los financieros y la prensa han decepcionado a la gente de esta manera?

—No tengo ni idea, Evangeline, y tampoco creo nada. He llamado al elevador Vicount hace una hora y dicen que me pagarán setenta centavos, sujeto a cambios en las cotizaciones de la mañana. Claude —con un brillo en los ojos—, será mejor que no vayas al molino esta noche. Acuéstate temprano. Si nos ponemos en marcha a las seis mañana, llegaremos a la ciudad antes del calor de mediodía.

—Muy bien, señor. Quiero echar un vistazo a los periódicos después de la cena. No he leído nada a excepción de los titulares desde antes de la cosecha. Ernest estaba interesado en el asesinato de ese Gran Duque y dijo que los austriacos darían problemas. Pero yo nunca he creído que haya nada de cierto en ello.

—Lo que hay de cierto en ello son setenta centavos por fanega en cualquier caso —dijo su padre alargando la mano para coger una galleta recién hecha.

—Si es así, me temo que de algún modo habrá más que rumores —dijo la señora Wheeler pensativamente. Había cogido el papel matamoscas y se sentó agitándolo espasmódicamente, como si tratara de barrer un enjambre de ideas confusas.

—Deberías llamar a Ernest y preguntarle qué dicen los periódicos bohemios sobre ello —sugirió el señor Wheeler.

Claude fue al teléfono pero no consiguió que le contestaran en casa de los Havel. Probablemente habrían ido a algún baile en un granero en el distrito bohemio. Subió a la planta de arriba y se sentó ante una butaca llena de periódicos, no podía sacar nada en claro de los borrosos telegramas con grandes letras de la primera página del

Omaha World Herald. El ejército alemán estaba entrando en Luxemburgo, él no sabía dónde estaba Luxemburgo, si era una ciudad o un país, ¡parecía tener la vaga idea de que era un palacio! Su madre había subido a la «biblioteca de Mahailey», el ático, para buscar un mapa de Europa, algo que los granjeros de Nebraska no habían necesitado jamás. Pero esa noche, en muchas casas de la pradera, las mujeres, americanas o nacidas en el extranjero, estaban buscando tal mapa.

Claude tenía tanto sueño que no esperó a que volviera su madre. Subió las escaleras a trompicones y se desvistió a oscuras. La noche era sofocante, con nubes de tormenta en el cielo y un incesante juego de relámpagos a lo largo de todo el horizonte del oeste. Los mosquitos habían entrado en su habitación durante el día y, cuando se tiró sobre la cama comenzaron a revolotear sobre él con su fuerte y espantosa melodía. Se daba la vuelta de un lado a otro y trataba de taparse los oídos con la almohada. El inquietante sonido comenzó a fundirse, en su cerebro somnoliento, con las grandes letras de la portada del periódico, esas letras negras parecían estar volando sobre su cabeza con un zumbido suave, alto y cantarín.

VIII

A última hora de la tarde del seis de agosto, Claude y su carro vacío recorrían tranquilamente el camino plano de la llanura entre Vicount y el valle de Lovely Creek. Había hecho dos viajes hasta la ciudad ese día. Aunque había reservado su pareja de caballos más fuerte para tirar durante la calurosa tarde, estos estaban demasiado cansados para animarles a trotar. Sus cuellos estaban moteados de manchas de sudor y las ijadas estaban cubiertas con el polvo blanco que se levantaba a cada paso. Sus cabezas colgaban y su respiración era profunda y lenta. La madera del asiento pintado de verde abrasaba al tocarlo. Claude se sentaba en un extremo, con la cabeza descubierta para notar el leve movimiento del aire que a veces le secaba el cuello y la barbilla, ahorrándose la molestia de tener que sacar el pañuelo. Durante millas y millas se extendían rastrojos de trigo por todos lados. Los solitarios fardos de paja amontonados, amarillos bajo el sol, proyectaban largas sombras. Claude escudriñaba con ansiedad las distantes acacias junto a las que, según le habían dicho, pasaba la carretera. Ernest Havel le había prometido encontrarse con él en algún punto del camino a casa. No le había visto en una semana, durante la cual el tiempo había dado a luz grandes prodigios.

Al fin reconoció los animales de Havel a bastante distancia y se detuvo y esperó por Ernest junto a un arbusto espinoso, mirando a su alrededor pensativamente. El sol ya estaba bajo, suspendido por encima de los rastrojos, completamente lechoso y sonrosado por el calor, como si su imagen se reflejara en aguas grises. En el este, la luna llena acababa de salir y su fina superficie plateada se estaba tiñendo de rosa hasta tener exactamente el mismo aspecto que el sol poniente. Excepto por el sitio que cada uno ocupaba en el cielo, Claude no hubiera podido decir cuál era cuál. Se posaban en los bordes opuestos del mundo, dos escudos brillantes, y se contemplaban el uno al otro como si ellos también hubieran quedado para verse.

Claude y Ernest bajaron de un salto al mismo tiempo y se dieron la mano con la sensación de que no se habían visto durante mucho tiempo.

—Bueno, ¿qué opinas, Ernest?

El joven sacudió la cabeza con cautela pero no contestó nada más. Le dio una palmadita a sus caballos y les aflojó las colleras del cuello.

—Esperé en la ciudad a la prensa de Hastings —continuó impacientemente Claude—. Inglaterra declaró la guerra anoche.

—Los alemanes —dijo Ernest— están en Lieja. Sé dónde está: viajé en barco desde Amberes cuando vine aquí.

—Sí, lo vi. ¿Pueden hacer algo los belgas?

—Nada —Ernest se apoyó contra la rueda del carro y sacó de su bolsillo su pipa

para llenarla lentamente—. Nadie puede hacer nada. El ejército alemán irá donde le plazca.

—Si está tan mal, ¿por qué los belgas están oponiendo resistencia?

—No lo sé. Es un buen gesto, pero al final no conseguirán nada. Déjame decirte algo sobre el ejército alemán, Claude.

Caminando de arriba abajo junto a las acacias, ensayó el gran argumento: preparación, organización, concentración, recursos inagotables, hombres infatigables. Mientras hablaba, el sol desapareció, la luna se encogió, se solidificó y trepó lentamente por el pálido cielo. Los campos aún brillaban con el suave reflejo dejado por la luz del día y la lejanía se fue llenando de sombras, no oscuras sino aparentemente llenas de sueño.

—Si estuviera en casa —concluyó Ernest—, estaría en el ejército austriaco en este momento. Creo que todos mis primos y sobrinos ya están combatiendo a los rusos o a los belgas. ¿Qué te parecería entrar en un país pacífico como este a mitad de la cosecha y empezar a destrozarlo?

—No lo haría, por supuesto. Desertaría y sería ejecutado.

—Entonces tu familia sería perseguida. A tus hermanos, quizá incluso a tu padre, les harían asistentes de los oficiales austriacos y les darían patadas en la boca.

—No me preocuparía por eso. Dejaría a los miembros varones de mi familia decidir por ellos mismos con qué frecuencia recibir las patadas.

Ernest se encogió de hombros.

—Vosotros los americanos fanfarroneáis como niños pequeños. ¡Lo harías y no lo harías! Te lo digo, la intención de cada uno no tiene nada que ver con esto. Es la cosecha de todos la que se ha plantado. Nunca pensé que ocurriría durante mi vida, pero sabía que ocurriría.

Los chicos se quedaron un poco más, mirando hacia el suave resplandor del cielo. No había ni una nube por ningún lado y la débil luz en los campos se había transformado imperceptiblemente en pura y absoluta luz de luna. Al poco, los dos carros empezaron a moverse lentamente por la carretera blanca y, en el asiento sin respaldo de cada uno, el conductor iba sentado encorvado hacia delante, perdido en sus pensamientos. Cuando llegaron a la esquina donde Ernest giraba hacia el sur, se dieron las buenas noches sin levantar la voz. Los caballos de Claude continuaron como si caminaran dormidos. Ni siquiera estornudaban con la pequeña nube de polvo que levantaban sus pesados pasos, el único sonido en el vasto silencio de la noche.

Por qué estaba Ernest tan irritable con él, se preguntaba Claude. No podía fingir sentirse como él. No tenía nada en lo que basarse para formar sus opiniones o sus sentimientos acerca de lo que estaba ocurriendo en Europa, solo podía percibirlo día a día. Siempre le habían enseñado que el pueblo alemán destacaba en las virtudes que los americanos más admiraban. Un mes antes hubiera dicho que tenían todos los

ideales por los que un chico americano decente hubiera luchado. La invasión de Bélgica se contradecía con el carácter alemán como él lo conocía a través de sus amigos y vecinos. Todavía abrigaba la esperanza de que se hubiera cometido un gran error, de que ese pueblo espléndido se disculparía y compensaría al mundo.

El señor Wheeler bajaba la colina, con la cabeza descubierta y sin abrigo cuando Claude entraba en el corral.

—Supongo que estás cansado, yo guardaré los caballos. ¿Alguna noticia?

—Inglaterra ha declarado la guerra.

El señor Wheeler se quedó de pie sin moverse durante un instante y se rascó la cabeza.

—Pues entonces no hará falta que te levantes temprano mañana. Si de verdad va a haber una guerra, el trigo subirá aún más. Había creído que era un farol hasta ahora. Súbele los periódicos a tu madre.

IX

Enid y la señora Royce se habían marchado al sanatorio de Michigan donde pasaban parte del verano cada año, y no volverían hasta octubre. Claude y su madre centraron toda su atención en los partes de guerra. Día tras día, durante las dos primeras semanas de agosto, las desconcertantes noticias procedentes de todos los pequeños pueblos llegaban hasta las granjas más apartadas.

A mediados de mes, llegó la información sobre la caída de los fuertes en Lieja, bombardeados durante nueve días y finalmente reducidos en unas pocas horas con los cañones que surgían desde detrás, armas que evidentemente podían destruir cualquier fortificación que se hubiera construido o podido construir jamás. Incluso para esta gente tranquila que cultivaba trigo, los cañones ante Lieja eran una amenaza, no para su seguridad o sus bienes, sino para su establecida y cómoda forma de pensar. Los cañones supusieron la introducción en la guerra de una fuerza superior a la humana que después causaría, repetidamente, los mismos efectos que los desastres naturales tan imprevisibles como los maremotos, los terremotos o las erupciones de los volcanes.

El día veintitrés llegaron las noticias de la caída de los fuertes en Namur de nuevo advirtiéndole de que un poder de destrucción sin precedentes había quedado suelto en el mundo. Unos cuantos días después, la noticia de la destrucción de la antigua y pacífica sede del conocimiento en Louvain dejó claro que esta fuerza se estaba dirigiendo hacia fines increíbles. Para entonces, también, en los periódicos abundaban las referencias a la aniquilación de población civil. Algo nuevo, y ciertamente malvado, estaba operando entre la humanidad. Nadie estaba preparado para darle un nombre. Ninguna de las manidas palabras para describir el comportamiento del ser humano parecía adecuada. Los epítetos asociados con el nombre de «Atila» eran demasiado personales, demasiado dramáticos, estaban demasiado impregnados de las antiguas y conocidas pasiones humanas.

Una tarde de la primera semana de septiembre, la señora Wheeler estaba en la cocina haciendo pepinillos en vinagre cuando escuchó el coche de Claude volviendo de Frankfort. Entró de repente, dejando que la mosquitera se cerrara de golpe tras él, y lanzó un fardo de periódicos sobre la mesa.

—¿Qué le parece, madre? ¡Los franceses han trasladado la sede del gobierno a Burdeos! Evidentemente, no creen que puedan conservar París.

La señora Wheeler se secó la pálida y sudorosa cara con el dobladillo de su delantal y se sentó en la silla más próxima.

—¿Quieres decir que París ya no es la capital de Francia? ¿Es posible?

—Eso es lo que parece. Aunque los periódicos dicen que es una medida

preventiva.

Ella se levantó.

—Subamos a consultar el mapa. No recuerdo exactamente dónde está Burdeos. Mahailey, no dejes que el vinagre se queme, ¿de acuerdo?

Claude la siguió a la sala de estar donde su nuevo mapa colgaba de la pared sobre el sofá. Apoyada contra el respaldo de una mecedora de mimbre, comenzó a mover la mano sobre la reluciente superficie de brillantes colores, murmurando:

—Sí, aquí está Burdeos, más bien hacia el sur, y aquí está París.

Claude, detrás de ella, miraba por encima de su hombro.

—¿Cree que le van a entregar su ciudad a los alemanes como si fuera un regalo de Navidad? Yo pienso que antes la quemarían, del mismo modo que los rusos hicieron en Moscú. Ahora podrían hacer algo mejor que eso, ¡podrían dinamitarla!

—No digas esas cosas —la señora Wheeler se dejó caer sobre la honda silla de mimbre y se dio cuenta de que estaba muy cansada, ahora que había dejado la cocina y el calor de los fogones. Empezó a mover débilmente el abanico de palma delante de su cara—. Dicen que es una ciudad muy hermosa. A lo mejor los alemanes la perdonan, como hicieron con Bruselas. A estas alturas deben de estar hartos de tanta destrucción. Coge la enciclopedia y mira a ver qué pone. Me he dejado las gafas abajo.

Claude trajo un volumen de la estantería y se sentó en el sofá. Empezó:

—«París, la capital de Francia y el departamento del Sena», ¿me salto la historia?

—No, léelo todo.

Se aclaró la garganta y prosiguió:

—«En su primera aparición en la historia, no había nada que presagara el importante papel que París iba a interpretar en Europa y en el mundo...».

La señora Wheeler se mecía y abanicaba, olvidando la cocina y los pepinos, como si nunca hubiesen existido. Descansaba su cuerpo agotado mientras su mente, que nunca estaba cansada, se mantenía ocupada con el relato de las primeras construcciones religiosas bajo el mando de reyes merovingios. Sus ojos siempre estaban entretenidos cuando se posaban en el cuello moreno y los anchos hombros de su pelirrojo hijo.

Claude leía cada vez más rápido, hasta que se detuvo para tomar aire.

—Madre, ¡hay páginas enteras sobre reyes! Leeremos esto en otro momento. Quiero averiguar cómo están las cosas ahora y si su historia va a continuar —recorrió con el dedo las columnas de arriba abajo—. Aquí, esto parece interesante: «Defensas: París, en un informe alemán reciente sobre las grandes fortalezas del mundo, posee tres anillos de defensa distintos» —aquí se interrumpió—. ¿Y qué le parece esto? Un informe alemán y ¡esto es un libro inglés! El mundo simplemente se ha equivocado con los alemanes desde el primer momento. Es como si invitáramos a venir a un

vecino y le mostráramos nuestro ganado y nuestros graneros y se pasara todo el tiempo planeando cómo venir por la noche y aporrearnos en nuestras camas.

La señora Wheeler se pasó la mano por la frente.

—Sin embargo, hemos tenido muchos vecinos alemanes y ninguno que no fuera amable y servicial.

—Lo sé. Todo lo que la señora Erlich me contó sobre Alemania me hizo querer ir allí. Y esos mismos hombres que cantan hermosas canciones sobre mujeres y niños invadieron los pueblos belgas y...

—¡No, Claude! —su madre extendió las manos como para hacer retroceder las palabras—. Lee sobre las defensas de París, eso es en lo que debemos pensar ahora. No puedo hacer otra cosa que creer que hay un solo fuerte que los alemanes no pusieron en su libro y que resistirá. Sabemos que París es una ciudad cruel pero debe de haber mucha gente temerosa de Dios allí y Dios la ha preservado todos estos años. Viste en los periódicos que las iglesias están llenas de mujeres rezando —se inclinó hacia delante y le sonrió con indulgencia—. ¿Y crees que esas oraciones no van a conseguir nada, hijo?

Claude se revolvió en su butaca, como siempre que su madre tocaba ciertos temas.

—Bueno, verás, no puedo olvidar que los alemanes también están rezando. Y supongo que son de naturaleza más pía que los franceses —abrió el libro de nuevo y una vez más siguió—: «De nuevo a nivel del mar, en la parte más estrecha de la gran curva del Marne...».

Claude y su madre ya se habían familiarizado con el nombre de ese río y con la idea de su importancia estratégica antes de que empezara a destacar en los negros titulares unos pocos días después.

Las tareas de labranza de otoño habían comenzado como de costumbre. El señor Wheeler había decidido sembrar de nuevo seiscientos acres de trigo. Pasara lo que pasase al otro lado del mundo, necesitarían pan. Cogió él mismo una tercera pareja de caballos para ir a los campos cada mañana a ayudar a Dan y a Claude. Los vecinos decían que nadie excepto el Káiser podría haber sido capaz de hacer que Nat Wheeler volviera al trabajo cotidiano.

Como los hombres estaban todos en el campo, la señora Wheeler iba ahora todas las mañanas al buzón en el cruce, a un cuarto de milla, para coger los periódicos de Omaha y Kansas City del día anterior que dejaba el mensajero. Con tantas ansias por saber, abría los periódicos y empezaba a leerlos mientras volvía a casa y sus pies, nunca demasiado seguros, trazaban un sinuoso camino entre girasoles y plantas solanáceas. Una mañana, de hecho, se sentó sobre un banco de hierba rojiza junto al camino y leyó todas las noticias sobre la guerra antes de ponerse en marcha, mientras los saltamontes daban saltos sobre su falda y las ardillas salían de sus madrigueras y

la miraban despreocupadas. Ese mediodía, cuando vio a Claude dirigir sus caballos hacia el pilón, se apresuró hasta él sin pararse a coger su sombrero y llegó hasta el molino sin aliento.

—Los franceses han dejado de retirarse, Claude. Están oponiendo resistencia en el Marne. Se está librando una gran batalla. Los periódicos dicen que podría decidir la guerra. Está tan cerca de París que parte del ejército salió en taxis.

Claude se detuvo.

—Bueno, será decisivo para París en cualquier caso, ¿no? ¿Cuántas divisiones?

—No he logrado enterarme; los informes son muy confusos. Pero solo hay unos pocos ingleses allí y los franceses son tremendamente inferiores en número. Tu padre volvió antes que tú y tiene los periódicos arriba.

—Están veinticuatro horas retrasados. Iré a Vicount esta noche después de terminar el trabajo y conseguiré el de Hastings.

Por la noche, cuando regresó de la ciudad, encontró a su padre y a su madre esperándole. Se detuvo un instante en la sala de estar.

—No hay muchas novedades, excepto que la batalla sigue en marcha y prácticamente todo el ejército francés ha entablado combate. Los alemanes les superan en número de hombres: cinco por cada tres franceses y nadie sabe cuánto en artillería. El general Joffre dice que los franceses no retrocederán un paso más —no se sentó, sino que fue directamente arriba a su habitación.

La señora Wheeler apagó la lámpara, se desvistió y se tumbó, pero no se durmió. Un buen rato después, Claude la escuchó cerrar con delicadeza una ventana y sonrió para sí mismo en la oscuridad. Su madre, lo sabía, siempre había pensado que París era la más infame de las ciudades, la capital de católicos frívolos bebedores de vino que eran responsables de la masacre de San Bartolomé y de Voltaire, el ateo de sonrisa burlona. Durante las dos últimas semanas, desde que los franceses comenzaron a retirarse en Lorena, había notado con diversión como crecía en ella la preocupación por París.

Era curioso, reflexionaba tumbado en la oscuridad completamente despierto: hace cuatro días la sede del gobierno había sido trasladada a Burdeos, lo que había dado lugar a que París pareciese haberse convertido de repente en la capital, no de Francia, ¡sino del mundo! Sabía que no era el único joven granjero al que le hubiera gustado estar esa noche junto al Marne. El hecho de que el río tuviese un nombre pronunciable, con la fuerte «r» propia del oeste en medio de la palabra como una piedra angular, de alguna manera concedía a la imaginación de uno un modo más firme de aferrarse a la situación. Tumbado sin moverse y pensando deprisa, Claude sentía que incluso él podría superar la barrera de la «cortesía» francesa —mucho más aterradora que las balas de los alemanes— e introducirse sin ser visto en ese ejército inferior en número. Los modales de uno no importarían en el Marne esta noche, la

noche del ocho de septiembre de 1914. Nada en el mundo le gustaría más que ser un átomo de esa pared de carne y hueso que emergía y se fundía y volvía a emerger ante la ciudad que había significado muchísimo durante siglos pero nunca tanto como ahora.

Su nombre había llegado a tener la pureza de una idea abstracta. En los grandes continentes dormidos, en pueblos de cosechas rodeados de tierra, en las pequeñas islas del mar, durante cuatro días los hombres observaron ese nombre como escudriñan la noche a la espera de un cometa o una estrella fugaz.

X

Era una tarde de domingo y Claude había bajado a la casa del molino, ya que Enid y su madre habían regresado de Michigan el día anterior. La señora Wheeler, recostada en una mecedora, estaba leyendo, y el señor Wheeler, en mangas de camisa, con el cuello de la camisa de los domingos desabrochado, estaba sentado a su buró de nogal, entreteniéndose con las columnas de números. En ese momento, se levantó y bostezó, estirando los brazos por encima de su cabeza.

—Claude quiere empezar a construir inmediatamente, arriba junto a los árboles madereros. He estado echando cuentas sobre la madera. Los materiales de construcción estás baratos justo ahora, así que creo que lo mejor es que le deje seguir adelante con ello.

La señora Wheeler levantó la mirada del papel distraídamente.

—Bueno, yo también lo creo.

Su marido se sentó a horcajadas en una silla y, apoyando los brazos en el respaldo, la miró.

—¿Qué piensas de esta unión, por cierto? No recuerdo que me lo hayas dicho.

—Enid es una joven buena y cristiana... —empezó la señora Wheeler con resolución, pero su frase quedó en el aire como una pregunta.

Él se movió impacientemente.

—Sí, lo sé pero ¿qué hace que un chico fornido como Claude quiera escoger a una chica como esa? Venga, Evangeline, ¡se volverá a repetir la misma historia que con su madre!

Al parecer, estos celos no eran nuevos para la señora Wheeler, ya que alargó la mano para detenerle y susurró con solemne agitación:

—¡No digas nada! ¡Ni respire!

—Oh, ¡no me entrometeré! Nunca lo hago. Desde luego, la prefiero como nuera que como esposa. Claude es más tonto de lo que yo le consideraba —cogió su sombrero y bajó dando un paseo hasta el granero, pero su mujer no recobró la compostura tan fácilmente. Se levantó de la silla en la que se había instalado con la esperanza de encontrarse cómoda, cogió un plumero y empezó a recorrer como una loca la habitación, cepillando la superficie de los muebles. Cuando las noticias de la guerra eran malas, o cuando se sentía preocupada por Claude, se ponía a limpiar la casa o a revisar los armarios, agradecida por ser capaz de poner las pequeñas cosas en orden en un mundo tan caótico.

Tan pronto como se terminó la siembra de otoño, Claude fue a la ciudad a buscar poceros para perforar su nuevo pozo y, mientras ellos trabajaban, comenzó a cavar el sótano. Estaba construyendo su casa en un tramo nivelado, junto a los árboles

madereros de su padre, porque cuando era un niño pensaba que esa arboleda era el sitio más hermoso del mundo. Era un cuadrado de unos treinta acres, situado entre fresnos, arces y álamos, con una espesa morera en el lado sur. Los árboles se habían desatendido en los últimos años, pero si él se instalaba allí arriba podría podarlos y cuidarlos en los ratos libres.

Ahora, cada mañana, se levantaba y subía rápidamente en su Ford para trabajar en su sótano. Había oído que cuanto más profundo era un sótano, mejor, y él pretendía que este fuera lo suficientemente profundo. Un día Leonard Dawson paró a ver los progresos que estaba haciendo. De pie junto al borde del agujero, gritó al chico, que estaba sudando abajo:

—Dios, Claude, ¿para qué quieres un sótano tan profundo como este? ¡Cuando a tu mujer se le ocurra la idea de ir a China, puedes abrir una trampilla y meterla dentro!

Claude soltó la azada y subió corriendo la escalera.

—A Enid no se le van a ocurrir tales ideas —dijo con ira.

—Bueno, no tienes que enfadarte. Me alegra oírlo, lamenté que la otra chica se fuera. Siempre me pareció que Enid tenía claro lo de China, pero no la he visto desde hace bastante tiempo, desde que se fue a Michigan con la señora.

Después de irse Leonard, Claude volvió a su trabajo, todavía molesto. Por dentro, no estaba totalmente tranquilo con respecto a Enid. Cuando bajaba al molino, era normalmente el señor Royce, no Enid, quien buscaba entretenerlo, le seguía por el camino hasta la puerta y parecía lamentar verlo irse. No podía culpar a Enid de falta de interés en lo que él estaba haciendo: ella no hablaba ni pensaba en otra cosa que no fuera la casa nueva, y la mayoría de sus sugerencias eran buenas. A menudo, él deseaba que le pidiese algo poco razonable, un derroche. No tenía caprichos egoístas, e incluso insistía en que el cómodo dormitorio del piso de arriba que él había diseñado con tanto cuidado se debía reservar como habitación de invitados.

A medida que la casa comenzó a tomar forma, Enid subía a menudo en su coche para ver cómo avanzaba, para enseñarle a Claude muestras de papel para las paredes y telas o el diseño para un asiento de ventana que había recortado de alguna revista. Su orgullo por cada detalle era incuestionable. Lo decepcionante era que parecía más interesada en la casa que en él. Estos meses, en los que podían estar juntos tanto como quisieran, ella los consideraba solamente un periodo de tiempo en el que estaban construyendo una casa.

Todo se arreglaría cuando estuvieran casados, se decía Claude a sí mismo. Él creía en el poder transformador del matrimonio de la misma manera que su madre creía en los efectos milagrosos de la conversión. El matrimonio reduce a todas las mujeres al común denominador, transforma a una muchacha fría y satisfecha de sí misma en una mujer cariñosa y generosa. Estaba bien que Enid no fuera consciente

ahora de todo lo que iba a ser cuando fuera su mujer. Se decía a sí mismo que no querría que fuera de otra manera.

Pero se sentía solo igualmente. Colmaba a la pequeña casa de todos los preciados cuidados que Enid parecía no necesitar. Estaba encima de los carpinteros, instándoles a que acabaran los armarios y los aparadores con la mayor delicadeza, indicándoles el lugar adecuado de las baldas, de las juntas de los alféizares y las cubiertas. A menudo se quedaba por la noche hasta tarde, después de que los obreros con sus ruidosas botas se hubiesen ido a casa a cenar. Se sentaba en una viga o en el esqueleto del porche de arriba y casi se perdía en sus pensamientos dándoles vueltas y anticipando cosas que parecían más lejanas que nunca. La luz agonizante, las silenciosas estrellas que iban saliendo eran una compañía agradable y comprensiva. Una noche, un pájaro entró volando y revoloteó frenéticamente entre todos los tabiques, chillando asustado antes de salir a toda velocidad hacia el atardecer a través de una de las ventanas de arriba y encontrar el camino hacia su libertad.

Cuando los carpinteros estaban a punto de poner la escalera, Claude telefoneó a Enid y le pidió que viniera para que les mostrara la altura a la que quería que hicieran los peldaños. Su madre siempre había tenido que subir escaleras que eran demasiado empinadas. Enid detuvo el coche en el Frankfort High School a las cuatro en punto y convenció a Gladys Farmer para que la acompañara.

Cuando llegaron, encontraron a Claude trabajando en el enrejado del porche de atrás.

—Claude es como Jonás —rio Enid—, quiere plantar calabaceras aquí, de forma que crezcan sobre el enrejado y hagan sombra. Se me ocurren muchas otras enredaderas que serían más decorativas.

Claude dejó el martillo y dijo con tono persuasivo:

—¿Has visto alguna vez una calabacera cuando tiene algo a lo que enredarse, Enid? No creerías lo hermosa que es: calabazas y flores amarillas colgando por entre grandes hojas verdes al mismo tiempo. Una anciana alemana que tiene un pequeña cafetería en una de esas estaciones de camino a Lincoln las tiene creciendo en su porche de atrás, y he querido plantarlas desde que las vi.

Enid sonrió con indulgencia.

—Bueno, supongo que al menos me dejarás tener clemátides en el porche delantero. Los hombres se están preparando para marcharse, así que mejor veamos lo de los escalones.

Después de que los obreros se hubiesen ido, Claude llevó a las chicas arriba por la escalera de mano. De una pequeña entrada fueron a dar a una gran habitación que abarcaba tanto el salón delantero como el trasero. Los carpinteros la llamaban «la sala de billar». Había dos ventanas alargadas, como puertas, que daban al tejado del porche y en el techo inclinado había dos ventanas abuhardilladas, una orientada hacia

el norte, hacia los árboles madereros, y la otra hacia el sur, hacia Lovely Creek. Gladys se sintió de inmediato cautivada por esta habitación, vacía y sin enyesar como estaba.

—¡Qué habitación más hermosa! —exclamó.

Claude aceptó el comentario con entusiasmo.

—¿Verdad que sí? Verás mi idea es dejar la segunda planta para nosotros en lugar de dividirla en pequeñas habitaciones cuadradas, como hace normalmente la gente. Podemos subir aquí y olvidarnos de la granja, de la cocina y de todos nuestros problemas. He hecho un gran armario para cada uno de nosotros y tengo todo pensado. ¡Y ahora Enid quiere reservar esta habitación para los predicadores!

Enid se rio.

—No solo para los predicadores, Claude, para Gladys cuando venga a visitarnos, ya ves que le gusta, y para tu madre cuando venga a pasar una semana de descanso. No creo que debamos escoger la mejor habitación para nosotros.

—¿Por qué no? —argumentó Claude con vehemencia—. Estoy construyendo la casa entera para nosotros. Vente fuera, al tejado del porche, Gladys. ¿No es estupendo para las noches calurosas? Quiero poner una barandilla alrededor y convertirlo en una terraza donde podamos tener sillas y una hamaca.

Gladys se sentó en el alféizar de la ventana.

—Enid, sería una tontería dejar esta habitación para los invitados. Nadie la va a disfrutar tanto como vosotros. Puedes ver toda la región desde aquí.

Enid sonrió pero no mostró ningún indicio de que fuera a ceder.

—Esperemos para ver la puesta de sol. Ten cuidado, Claude, me pone nerviosa verte ahí tumbado.

Se había estirado en el borde del tejado, una pierna colgando y la cabeza apoyada sobre su brazo. Los llanos campos se volvieron rojos, los distantes molinos de viento eran destellos blancos y pequeñas nubes rosadas aparecieron en el cielo sobre ellos.

—Si convierto esto en una terraza —murmuró Claude—, el pico del tejado siempre proyectará una sombra sobre ella por las tardes y por las noches las estrellas estarán justo encima de nuestras cabezas. Será un lugar estupendo para dormir durante la cosecha.

—Oh, siempre puedes subir a dormir aquí en una noche calurosa —dijo rápidamente Enid.

—No sería lo mismo.

Se quedaron sentados viendo cómo iba desapareciendo la luz en el cielo y Enid y Gladys se acercaron la una a la otra a medida que comenzaba a notarse el fresco de la noche otoñal. Los tres amigos estaban pensando en lo mismo y, sin embargo, si por algún tipo de hechizo cada uno hubiera empezado a contar sus pensamientos en voz alta, la sorpresa y la amargura se habrían posado sobre ellos. Las reflexiones de Enid

eran las más inocentes. La discusión sobre la habitación de invitados le había recordado al hermano Weldon. En septiembre, de camino a Michigan con la señora Royce, se había detenido durante un día en Lincoln para recibir consejo de Arthur Weldon acerca de si debía o no casarse con alguien a quien ella había descrito como «un hombre no salvado». El joven señor Weldon abordó este tema con cautela, pero cuando supo que el hombre en cuestión era Claude Wheeler, se volvió más parcial de lo que era su costumbre. Parecía pensar que el que ella se casara con Claude era la única manera de recuperarle y no dudó en decir que el servicio más importante que las chicas devotas pueden llevar a cabo por la Iglesia es acercar a un joven prometedor a la misma. Enid había estado casi segura de que el señor Weldon aprobaría su modo de actuar antes de consultarle, pero su conformidad siempre satisfacía el orgullo de la joven. Le dijo que, cuando tuviera una casa de su propiedad, esperaba que pasara una parte de las vacaciones de verano allí, y él expresó candorosamente su intención de hacerlo así.

Gladys también estaba perdida en sus propios pensamientos, sentada con esa naturalidad que la hacía parecer más bien indolente, su cabeza descansando contra el marco desnudo de la ventana, mirando el sol poniente. La luz rosada hacía que sus ojos castaños brillaran como el cobre viejo y tenían una expresión melancólica, como si en su mente la joven estuviera desafiando algo. Cuando por casualidad la miró, Claude pensó que debía de ser muy duro estar destinada a ser la persona excepcional de la comunidad, ser más talentoso o más inteligente que el resto. Para una chica debía de ser el doble de duro. Se incorporó de repente y rompió el largo silencio.

—Me olvidaba, Enid, tengo que contarte un secreto. El otro día, en la zona de los árboles madereros, sorprendí a una bandada de codornices. Deben de ser las únicas que queden en todo este vecindario, y dudo que alguna vez salgan de esos árboles. La poa no se ha cortado en tres años, no desde que me fui a la universidad, y quizá viven de las semillas de la hierba. En verano por supuesto, están las moreras.

Enid se preguntaba si los pájaros podrían haber aprendido tanto del mundo como para haberse quedado escondidos en un montón de madera. Claude estaba seguro de que sí.

—Nadie pasa cerca de ese lugar excepto padre, él viene por aquí a veces. Quizá las haya visto y nunca dijo nada. Sería muy propio de él —les contó que había esparcido maíz sin cáscara por la hierba para que los pájaros no estuvieran tentados a salir volando hacia el maizal de Leonard Dawson—. Si Leonard las ve, probablemente les pegue un tiro.

—¿Por qué no le pides que no lo haga? —sugirió Enid.

Claude se rio.

—Eso sería pedir demasiado. Un grupo de codornices que sale volando de un maizal es una imagen tremendamente tentadora para un hombre al que le guste cazar.

Prepararemos un *picnic* para ti cuando vengas el próximo verano, Gladys. Hay algunos lugares hermosos por allí, entre los árboles madereros.

Gladys se levantó.

—¡Vaya, ya es de noche! Se está muy bien aquí, pero debes llevarme a casa, Enid.

Encontraron el interior oscuro. Claude ayudó a Enid a bajar por la escalera y la acompañó hasta su coche, y después volvió a por Gladys. Estaba sentada en el suelo, en lo alto de la escalera. Le dio la mano y la ayudó a levantarse.

—Así que te gusta mi casita —dijo agradecido.

—¡Sí, ya lo creo! —su voz vibraba por la emoción, pero no se esforzó en decir más. Claude bajó delante de ella para evitar que se resbalara. Ella se quedaba rezagada mientras él la guiaba a través de confusas puertas y la ayudaba a pasar las pilas de listones esparcidos por el suelo. En el borde de la entrada abierta del sótano, ella se detuvo y se apoyó con cansancio sobre el brazo de él durante un instante. No hablaba, pero él comprendió que su nueva casa la entristecía, que ella también había llegado a ese lugar donde debía abandonar el camino conocido. Estaba deseando susurrarle y suplicarle que no se casara con su hermano. Se entretuvo un rato y vaciló, buscando a tientas en la oscuridad. Ella tenía el mismo tipo de maldita sensibilidad que él: esperaba demasiado de la vida y se decepcionaría. Era reacio a llevarla afuera, a la fría noche, sin unas palabras de súplica. Habría prolongado, por propia voluntad, su travesía a través de las muchas puertas y pasillos. Quizá, si eso hubiera sido posible, sus fuerzas hubieran dado con lo que estaban buscando; incluso en este breve intervalo, se habían despertado y habían dado señales de su presencia, habían pronunciado una petición confusa. Claude estaba enormemente sorprendido de sí mismo.

XI

Enid decidió que se casarían en la primera semana de junio. A principios de mayo los obreros empezaron a trabajar en el enyesado y la pintura de la nueva casa. Las paredes quedaron relucientes y Claude se pasaba todo el día engrasando y puliendo los suelos de pino amarillo y los revestimientos. Odiaba tener a todo el mundo pisando sus suelos. Plantó las calabaceras en el porche de atrás, dispuso las clemátides y las lilas y preparó la tierra para hacer un huerto. Enid y él iban a ir a Denver y a Colorado Springs durante su viaje de novios, pero como Ralph estaría en casa para entonces, se había comprometido a pasarse para regar las flores y los arbustos si el tiempo era muy seco.

Enid a menudo se traía su labor y se sentaba a coser en el porche de delante mientras Claude pulía toda la madera en el interior de la casa, o cavaba y plantaba en el exterior. Esta fue la mejor parte de su noviazgo, a Claude le parecía que jamás había pasado unos días más felices. Si Enid no iba, se quedaba mirando hacia la carretera, pendiente de cualquier sonido; pasaba de una cosa a otra sin avanzar nada. Se sentía lleno de energía mientras ella se sentara allí, en el porche, con encajes y lazos y muselina en su regazo. Cuando pasaba por delante al entrar o al salir de la casa y se detenía para estar cerca de ella durante un instante, Enid parecía alegrarse de que lo hiciera. Le gustaba que él admirara su bordado y no dudaba en enseñarle las puntillas y el bordado que estaba cosiendo en su nueva ropa interior nueva. Él intuía, por las miradas que intercambiaban, que los pintores consideraban que su comportamiento era demasiado atrevido para alguien que pronto se convertiría en una novia. A él, en cambio, le parecía que era encantador, aunque nunca lo hubiera esperado de Enid. Su corazón latía con fuerza cuando se daba cuenta hasta qué punto confiaba en él, ¡lo poco que la intimidaba! Ella le permitía quedarse allí, de pie, a su lado, observando sus rápidos dedos o sentado en el suelo a sus pies, mirando fijamente la muselina prendida con alfileres a su rodilla, hasta que su propio sentido del decoro le decía que continuara con su trabajo ignorando las opiniones de los pintores.

—¿Cuándo vas a venir conmigo hasta los árboles madereros? —preguntó Claude, dejándose caer en el suelo junto a ella, en una tarde cálida y ventosa. Enid estaba sentada en el suelo del porche, con la espalda apoyada contra una columna y los pies sobre una de esas matas redondas de verdolaga que crecen en la tierra batida—. He vuelto a ver a mi bandada de codornices. Viven entre la hierba alta, junto a una acequia que tiene agua la mayor parte del año. Voy a plantar un par de filas de guisantes allí, para que tengan comida cerca; creo que el maizal de Leonard es un gran peligro, no sé si fiarme de él o no.

—Se lo has contado a Ernest Havel, supongo.

—¡Oh, sí! —contestó Claude tratando de no darse cuenta del leve tono de acritud en la voz de ella—. En él se puede confiar plenamente. Ese sitio es un paraíso para los pájaros. Los árboles están llenos de nidos. Si estás allí por la mañana puedes escuchar a los jóvenes petirrojos graznando por su desayuno. Sube pronto mañana por la mañana y ven conmigo, ¿vale? Pero lleva zapatos resistentes, hay mucha humedad entre la hierba alta.

Mientras estaban hablando, un torbellino repentino se levantó a la vuelta de la esquina de la casa, alcanzó el pequeño montón de los cubrecorsés de encaje doblados y los esparció por el polvoriento jardín. Claude corrió tras ellos con el floreado neceser de costura de Enid para meter dentro cada cubrecorsé, a medida que se los encontraba ondeando en la hierba. Cuando regresó, Enid había guardado su alfiletero y se estaba poniendo el sombrero.

—Gracias —dijo con una sonrisa—, ¿encontraste todo?

—Eso creo —se apresuró hacia el coche para esconder su cara de culpabilidad: Claude se había guardado en el bolsillo un pequeño trozo de encaje, en lugar de meterlo en la bolsa.

A la mañana siguiente, Enid llegó temprano para escuchar a los pájaros en los árboles madereros.

XII

La noche antes de su boda, Claude se fue temprano a la cama. Había estado yendo de un lado a otro con Ralph en el coche, terminando los últimos preparativos, y estaba agotado. Se quedó dormido casi de inmediato. Las mujeres de la casa no podían olvidar con tanta facilidad el acontecimiento del día siguiente. Después de lavar los platos de la cena, Mahailey subió al ático para coger la colcha que había estado guardando durante tanto tiempo como regalo de boda para Claude. La sacó del arcón, la desdobló y contó las estrellas del dibujo antes de envolverla —contar era un logro del que ella se sentía muy orgullosa—. La iban a llevar a la casa del molino con los otros regalos al día siguiente. La señora Wheeler se fue a la cama muchas veces esa noche. No dejaba de pensar en las cosas de las que debían ocuparse: levantarse y asegurarse de que la ropa interior de invierno de Claude se había metido en su baúl, ante la posibilidad de que hiciera frío en las montañas; o bajar al sótano a comprobar que los seis pollos asados que completarían la cena de la boda estaban cubiertos, a salvo de los gatos. Mientras realizaba estas tareas, rezaba constantemente. No había rezado durante tanto tiempo y de forma tan ferviente desde la batalla del Marne.

A la mañana siguiente, temprano, Ralph cargó el gran coche con los regalos y las cestas de comida y bajó corriendo a la casa de los Royce. Había ya dos coches procedentes del pueblo en el jardín del molino; habían traído a un grupo de chicas que llegaron con todas las rosas de junio de Frankfort para arreglar la casa para la boda. Cuando Ralph hizo sonar el claxon, media docena de ellas bajaron corriendo a recibirlo, reprochándole no haber traído a su hermano con él. Ralph se puso inmediatamente a trabajar: llevaba la escalera de mano donde le decían, puso clavos y ató los tallos espinosos de las rosas trepadoras alrededor de las columnas entre el salón de delante y el de detrás, formando el arco bajo el cual iba a tener lugar la ceremonia.

Gladys Farmer no había podido dejar sus clases en el instituto para ayudar en esta agradable tarea pero a las once en punto llegó una camioneta cargada de peonías blancas y rosas del propio jardín de Gladys y con una caja de flores de invernadero que había encargado en Hastings para Enid. Las chicas mostraron su admiración, pero comentaron que Gladys había sido, como siempre, una derrochadora: las flores de su propio jardín hubieran sido suficientes, en realidad. La camioneta la conducía un chico harapiento de pelo lacio que trabajaba en el taller del pueblo y al que llamaban Irv «el Silencioso», porque nadie había podido sacarle ni una palabra. Casi no tenía voz: apenas un pequeño y leve chillido al principio de su garganta, como el susurro ahogado de un médium en estado de trance. Cuando llegó a la puerta principal, con ambos brazos llenos de peonías, se las arregló para resollar:

—Estas flores son de parte de la señorita Farmer. Hay algunas más ahí abajo.

Las chicas regresaron al coche con él y sacó una caja cuadrada, atada con lazos blancos y pequeñas campanillas plateadas que contenía el ramo de novia.

—¿Cómo es que tienes tú estas cajas? —le preguntó Ralph al chico delgado—. Iba a ir al pueblo a por ellas.

El mensajero tragó saliva.

—La señorita Farmer me dijo que si había más flores en la estación marcadas con esta dirección debía traerlas.

—Eso ha sido muy amable de su parte —Ralph metió la mano en el bolsillo de sus pantalones—. ¿Cuánto? Ajustemos cuentas antes de que me olvide.

Un rubor rosado recorrió la pálida cara del chico, un rostro delicado bajo el desgredado pelo contraído con una especie de tímida tristeza. Sus ojos estaban siempre entrecerrados, como si no quisiera ver el mundo que le rodeaba, o que este le viera a él. Vagaba como en un sueño.

—La señorita Farmer —susurró— me ha pagado.

—¡Vaya, piensa en todo! —exclamó una de las chicas—. Tú solías ir a la clase de Gladys, ¿verdad Irv?

—Sí, señora —se metió en la camioneta sin abrir la puerta, deslizándose como una anguila alrededor del volante, y se marchó.

Las chicas siguieron a Ralph por el camino de gravilla hasta la casa. Una susurró a las demás:

—¿Creéis que Gladys vendrá esta noche con Bayliss Wheeler? Yo siempre he creído que ella reservaba un lugar muy especial en su corazón para Claude.

Alguien cambió de tema.

—No puedo dejar de pensar en haber oído a Irv hablar tanto. Gladys ha debido de embrujarlo.

—Siempre fue amable con él en el instituto —dijo la joven que había preguntado al silencioso muchacho—. Decía que era buen estudiante, pero que tenía tanto miedo que nunca podía contestar en voz alta. Le dejaba poner las respuestas por escrito en su mesa.

Ralph se quedó a comer, entreteniéndose con las muchachas hasta que su madre le llamó por teléfono.

—Ahora me tengo que ir a casa y ocuparme de mi hermano o se presentará esta noche con una camisa de rayas.

—Dale recuerdos de nuestra parte —le gritaron las muchachas mientras se alejaba — y dile que no se retrase.

Mientras conducía hacia la granja, Ralph se encontró con Dan, que llevaba el baúl de Claude al pueblo. Redujo la velocidad:

—¿Algún mensaje? —gritó.

Dan sonrió.

—*Ná*, le dejé apañándoselas tan bien como se podía esperar.

La señora Wheeler se encontró con Ralph en las escaleras.

—Está levantado en su habitación. Se queja de que los zapatos nuevos le aprietan demasiado. Creo que son los nervios. Quizá deje que le afeites, estoy segura de que él se va a cortar. Y me hubiera gustado que el barbero no le hubiera dejado el pelo tan corto, Ralph. Odio esta nueva moda de esquilar a los hombres detrás de las orejas: la nuca es la parte más fea de un hombre —habló con tanto resentimiento que Ralph rompió a reír.

—Vaya, madre, ¡pensaba que todos los hombres le parecían iguales! De todas formas, Claude no es ninguna belleza.

—¿Cuándo vas a querer darte el baño? Tengo que arreglármelas para que no todo el mundo pida el agua caliente a la vez —se volvió hacia el señor Wheeler, que estaba sentado a su buró relleno de un cheque—. Papá, ¿puedes darte tu baño ahora y quitarte del medio?

—¿Baño? —gritó el señor Wheeler—, ¡no quiero darme ningún baño! Yo no me voy a casar esta noche. Supongo que no tenemos que meternos todos en remojo solo por Enid.

Ralph se rio disimuladamente y subió corriendo. Encontró a Claude sentado en la cama, con un zapato puesto y otro no. Había una pila de calcetines esparcida sobre la alfombrilla, una maleta abierta sobre una silla y una bolsa de viaje sobre otra.

—¿Estás seguro de que son demasiado pequeños? —preguntó Ralph.

—Como cuatro tallas.

—Bueno ¿y por qué no los compraste de tu talla?

—Lo hice. Ese estafador de Hastings debió de meter otro par cuando no estaba mirando. No pasa nada —le arrebató de las manos el zapato que su hermano sostenía para poder examinarlo—. No me importa, mientras me pueda mantener de pie con ellos. Mejor llama a la estación y pregunta si el tren va con retraso.

—No lo sabrán todavía. Quedan siete horas para la hora prevista de llegada.

—Entonces llama más tarde, pero averígualo de algún modo. No quiero estar dando vueltas por la estación esperando el tren.

Ralph silbó. Claramente su hermanito iba a ser difícil de manejar. Propuso un baño como medida relajante. No, Claude ya había tomado su baño. ¿Había entonces preparado la maleta?

—¿Cómo demonios voy a prepararla cuando no sé lo que me voy a poner?

—Te pondrás una camisa y un par de calcetines. Voy a quitarte de en medio todo esto —Ralph cogió un puñado de calcetines y empezó a emparejarlos. Varios tenían manchas de un rojo brillante en los dedos. Empezó a reírse—. Ya sé por qué te hacen daño los zapatos, ¡te has cortado en el pie!

Claude se levantó de un salto, como si le hubiera picado un avispión.

—¿Quieres salir de aquí y dejarme en paz? —gritó.

Ralph se esfumó. Le dijo a su madre que se vestiría de inmediato, ya que tendrían que usar la fuerza con Claude en el último momento. La ceremonia iba a ser a las ocho; a continuación, la cena, y Claude y Enid saldrían de Frankfort a las diez y veinticinco en el expreso de Denver. A las seis en punto, cuando Ralph llamó a la puerta de su hermano, le encontró afeitado, peinado y vestido a excepción del abrigo. Llevaba la camisa metida por dentro, sin arrugas, y su corbata, correctamente anudada. Sea cual fuera el dolor que ocultaban, sus zapatos de auténtica piel estaban pulidos y brillantes y eran decididamente puntiagudos.

—¿Has hecho la maleta? —preguntó Ralph, asombrado.

—Casi. Me gustaría que revisaras las cosas y me las ordenaras mejor, si puedes. Odiaría que una mujer viera el interior de esa maleta tal y como está. ¿Dónde debería guardar mi tabaco? Hará que huelga todo, lo ponga donde lo ponga. Toda mi ropa parece oler a comida o a almidón o a algo. No sé lo que Mahailey hace con ella —terminó con amargura.

Ralph parecía indignado.

—Vaya, ¡todo ingratitud! ¡Mahailey lleva planchando tus malditas y viejas camisas toda una semana!

—Sí, sí, ya lo sé. No me pongas nervioso. Olvidé meter algún pañuelo en el baúl, así que tendrás que meter un buen puñado en algún sitio.

El señor Wheeler apareció en la puerta; llevaba sus pantalones negros de domingo tan arriba que parecían ahorcar su camisa blanca y su escaso pelo desprendía un rico olor a aceite de malagueta. Sostenía delicadamente un pequeño papel doblado entre sus gruesos dedos.

—¿Dónde está tu billetero, hijo?

Claude cogió los pantalones descartados y sacó del bolsillo un trozo cuadrado de piel. Su padre lo cogió y colocó dentro el trozo de papel, junto al dinero.

—Supongo que querrás comprar a tu mujer alguna baratija que se le antoje —dijo—. ¿Tienes los billetes de tren aquí? Toma, el recibo de tu baúl que trajo Dan. No lo olvides, lo he puesto con los billetes de tren y lo he marcado con una C. y una W., así sabrás cuál es tu recibo y cuál el de Enid.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Claude ya había sacado del banco todo el dinero que podría necesitar. Este cheque adicional era la forma que el señor Wheeler tenía de admitir que lamentaba algunos comentarios sarcásticos que había hecho unos cuantos días antes, cuando descubrió que Claude había reservado un compartimento en el expreso de Denver. Claude había respondido bruscamente que, siempre que Enid y su madre iban a Michigan, reservaban un compartimento y que no iba a permitir que viajara de forma menos

confortable con él.

A las siete en punto, la familia Wheeler salía en los dos coches que estaban esperando junto al molino de viento. El señor Wheeler conducía el gran Cadillac y Ralph llevó a Mahailey y a Dan en el Ford. Cuando llegaron a la casa, el jardín estaba ya repleto de coches negros y el porche y los salones llenos de gente hablando y yendo de un lado a otro.

Claude fue directamente al piso de arriba. Ralph comenzó a sentar a los invitados, colocando las sillas plegables de tal forma que quedara un pasillo desde los pies de las escaleras hasta el arco floral que había construido esa mañana. El predicador tenía la Biblia en la mano y estaba de pie bajo la luz, buscando el capítulo correspondiente. Enid hubiera preferido que el señor Weldon hubiera bajado de Lincoln para que la casara, pero eso hubiera herido profundamente al señor Snowberry. Después de todo, él era su pastor, aunque no fuese tan elocuente y convincente como Arthur Weldon. Conocía menos palabras que la mayoría de los seres humanos y ni siquiera las que usaba le salían con facilidad. En el púlpito, las buscaba y luchaba con ellas hasta que las gotas de sudor rodaban por su frente y llegaban hasta su tosca y enmarañada barba marrón. Pero creía lo que decía y su capacidad para expresarse era tan limitada que no se sentía tentado a decir más cosas de las que creía. Había sido tambor durante la guerra civil, en el bando de los perdedores, y era un hombre sencillo y valiente.

Ralph iba a ser el encargado de recibir a los invitados y el padrino. Gladys Farmer no pudo ser una de las damas de honor porque iba a tocar la marcha nupcial. A las ocho en punto, Enid y Claude bajaron las escaleras, juntos, guiados por Ralph y seguidos por cuatro jóvenes vestidas de blanco, como la novia. Ocuparon su lugar bajo el arco ante el predicador. Este empezó con un capítulo del *Génesis* sobre la creación del hombre y la costilla de Adán, leyéndolo torpemente, como si no supiera realmente por qué había seleccionado ese pasaje y estuviera buscando algo que no encontrara. Sus quevedos no dejaban de resbalarse y caerse encima del libro abierto. Durante esta prolongada desastrosa lectura, Enid permaneció en calma, mirándole con respeto, muy guapa con su velo corto. Claude estaba tan pálido que su aspecto resultaba casi artificial, nadie le había visto así antes. Su cara, entre su traje tan oscuro y su pelo suave y rojizo, estaba blanca y seria y pronunciaba sus respuestas con una voz apagada. Mahailey, en la parte de atrás de la habitación, con un sombrero negro con grosellas espinosas en él, estaba de pie, para no perderse nada. Observaba al señor Snowberry como si esperase captar algún signo del milagro que estaba llevando a cabo. Siempre se había preguntado qué hacía el predicador para convertir el mayor error del mundo en el mayor acierto del mundo.

Cuando terminó, Enid subió al piso de arriba para ponerse su vestido para el viaje y Ralph y Gladys empezaron a sentar a los invitados para la cena. Solo veinte minutos después, bajó Enid y ocupó su lugar junto a Claude a la cabecera de la larga

mesa. Los invitados se levantaron y brindaron por la salud de la novia con ponche de uva. El señor Royce, sin embargo, mientras los invitados estaban siendo sentados, había llevado al señor Wheeler a la bodega, donde los dos viejos amigos bebieron un vaso de un añejo whisky de Kentucky y se estrecharon las manos. Cuando regresaron a la mesa, con un aspecto más rejuvenecido que cuando se retiraron, el predicador percibió el olor acre del licor y se sintió menospreciado. Miraba desconsoladamente a su rojiza copa de vino y pensaba en las bodas de Caná. Trataba de aplicar la Biblia literalmente a la vida y aunque no se hubiera atrevido a expresarlo en voz alta en esos días, nunca pudo entender por qué él era mejor que su Señor.

Ralph, como maestro de ceremonias, mantuvo la calma y no se olvidó de nada. Cuando llegó el momento de empezar, le dio un golpecito a Claude en el hombro, interrumpiendo a su padre en una de sus mejores historias. Al contrario de lo habitual, la pareja nupcial iría a la estación sin que les acompañaran, así que desaparecieron de la cabecera de la mesa con un simple gesto de cabeza y una sonrisa a los invitados. Ralph les urgió a meterse en el coche donde ya había guardado el equipaje de mano de Enid. Solo la arrugada y menuda señora Royce se escapó de la cocina para decirles adiós.

Aquella noche unos gamberros habían salido del pueblo y habían sembrado la carretera cerca del molino de docenas de botellas rotas, para después esconderse detrás del ciruelo salvaje a esperar la diversión. El de Ralph fue el primer coche que se salió y, aunque sus luces hacían relucir esta cama de cristales puntiagudos, no hubo tiempo de parar. La carretera tenía cunetas a ambos lados así que tuvo que seguir adelante y llegó a Frankfort con los neumáticos deshinchados. El expreso estaba silbando justo cuando llegaban a la estación; él y Claude cogieron las cuatro maletas de mano y las colocaron en el compartimento. Tras dejar a Enid allí con ellas, los dos muchachos fueron a la plataforma posterior, al vagón panorámico, a hablar hasta que saliera el tren. Ralph repasó con los dedos de la mano la lista de cosas que le había prometido a Claude atender. Claude se lo agradeció con profunda emoción, sentía que sin Ralph nunca hubiera podido casarse. No habían sido jamás tan buenos amigos como en los últimos quince días.

Las ruedas comenzaron a girar. Ralph apretó la mano de Claude, corrió al principio del coche y se bajó. Cuando Claude pasó a su lado, estaba de pie agitando su pañuelo; a la luz de la estación, resultaba algo cómico con su traje negro y su rígido sombrero de paja, las piernas cortas bien separadas y su incurable aire desenfadado.

El tren se deslizaba silenciosamente hacia la oscuridad del verano, a lo largo del valle arbolado del río. Claude estaba solo en la plataforma posterior, fumando un puro, nervioso. Cuando pasaron el profundo corte donde el Lovely Creek desembocaba en el río, vio a lo lejos, durante un instante, el destello de las luces de la

casa del molino. La brisa de la noche estaba en calma, cargada de la dulce fragancia del meliloto que crecía a lo largo de los raíles y de las parras salvajes húmedas por el rocío. El revisor vino a pedir los billetes y le dijo, con una prudente sonrisa, que había estado buscándole por todas partes, ya que no había querido molestar a la señora.

Después de que se fuera, Claude miró su reloj, tiró lo que le quedaba del puro y regresó recorriendo los vagones. Los pasajeros se habían ido a la cama, siempre bajaban la intensidad de las luces del techo cuando el tren dejaba Frankfort. Se abrió paso a través de los pasillos de oscilantes cortinas verdes y golpeó suavemente la puerta de su compartimento. Se abrió un poco y allí estaba Enid, de pie, con una bata de seda blanca con muchos volantes y el pelo en dos suaves trenzas sobre sus hombros.

—Claude —dijo en voz baja—, ¿te importaría buscarte un compartimento en otra parte del vagón esta noche? El mozo dijo que no están todos ocupados. No me encuentro muy bien, creo que el aliño de la ensalada de pollo estaba demasiado fuerte.

Él contestó de forma mecánica.

—Sí, por supuesto. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias. Dormir me va a sentar mejor que cualquier otra cosa. Buenas noches.

Ella cerró la puerta y él oyó correr el pestillo. Se quedó de pie mirando la pulida madera del panel de la puerta durante un instante. Entonces se volvió, indeciso, y regresó por el ligeramente oscilante pasillo de cortinas verdes. En el vagón panorámico se tendió sobre dos sillas de mimbre y encendió otro puro. A las doce en punto, entró el mozo.

—Este vagón se cierra durante la noche, *señó*. ¿Es usted el caballero del compartimento en el catorce? ¿Quiere uno inferior?

—No, gracias. ¿Hay coche para fumadores?

—*Stá* el vagón de tercera para *fumaores*, pero probablemente no esté muy limpio a esta hora de la noche.

—No importa. ¿Está en la parte delantera? —Claude le dio distraídamente una moneda y el mozo le condujo hasta un coche bastante sucio: había periódicos y colillas esparcidos por el suelo y los cojines de piel estaban grises de polvo. Además, había unos cuantos hombres de aspecto estrafalario tumbados, sin zapatos, y con los tirantes colgando por detrás de la espalda. Al verlos se acordó de que tenía el pie izquierdo muy dolorido y de que sus zapatos debían de llevar un buen rato haciéndole daño. Se los quitó con dificultad y hundió los pies, con los calcetines de seda, en el asiento de enfrente.

En ese largo, sucio e incómodo viaje, Claude sintió muchas cosas pero el sentimiento predominante era la nostalgia. El dolor era tal que le hacía volver con una

especie de penosa cobardía a aquellas cosas viejas y familiares en las que se sentía tan seguro como seguro era el amanecer. ¡Si la llanura de artemisas, sobre la cual las estrellas estaban brillando, pudiera de repente deshacerse y convertirse en las serpenteantes curvas del Lovely Creek, con la casa de su padre en la colina, oscura y silenciosa en la noche de verano...! Cuando cerró los ojos pudo ver la luz de la ventana de su madre y, más abajo, el resplandor de la lámpara de Mahailey, sentada dando cabezadas y remendando sus viejas camisas. El amor del ser humano era algo maravilloso, se dijo a sí mismo, y era mucho más maravilloso cuando no se espera nada a cambio.

Por la mañana, la tormenta de ira, decepción y humillación que bullía en su interior cuando se sentó en el vagón panorámico había desaparecido. Quedaba una cosa: el tono de voz peculiarmente superficial, indiferente y desinteresado de su mujer cuando le había mandado ir a dormir a otro sitio. Era el tono apagado en el que la gente hace comentarios triviales sobre cosas triviales.

El día amaneció con un resplandor plateado sobre la salvia de verano. El cielo se puso rosa; la arena, dorada. La brisa trajo, a través de las ventanas, el olor acre de la artemisa: un olor que es peculiarmente estimulante por la mañana temprano, cuando parece prometer siempre libertad: grandes espacios, nuevos comienzos, mejores días.

El tren tenía previsto llegar a Denver a las ocho en punto. Exactamente a las siete y media, Claude llamó a la puerta de Enid, esta vez con firmeza. Estaba vestida y le recibió con el rostro fresco y sonriente y con el sombrero en la mano.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó él.

—¡Oh, sí! Me encuentro perfectamente esta mañana. Te he colocado todas tus cosas; están allí, sobre el asiento.

Él las miró.

—Gracias, pero me temo que no voy a tener tiempo de cambiarme.

—¿No? Vaya, siento mucho haberme olvidado de darte tu bolsa anoche. Pero debes ponerte otra corbata, al menos. Aún vas vestido de novio.

—¿Sí? —preguntó, haciendo una mueca casi imperceptible.

Todo lo que necesitaba estaba cuidadosamente colocado sobre el asiento de felpa: una camisa, un cuello, una corbata, un cepillo, incluso un pañuelo. Tiró los que llevaba en su bolsillo, que estaban negros de quitarse el polvo de la carbonilla que se había estado colando en el vagón durante toda la noche y cogió el limpio. Tenía una mancha húmeda y, al desdoblarlo, reconoció la fragancia de una colonia que Enid usaba a menudo. Por alguna razón, estas atenciones le desarmaron. Sintió que los ojos le escocían y se llenaban de lágrimas y, para ocultarlas, se inclinó sobre la palangana de metal y empezó a frotarse la cara. Enid estaba de pie junto a él, colocándose el sombrero delante del espejo.

—Hueles terriblemente a tabaco, Claude. ¿No habrás fumado antes del desayuno?

—No, estuve en el vagón de fumadores un buen rato. Supongo que mis ropas cogieron mucho olor.

—¡Estás cubierto de polvo y carbonilla también! —cogió el cepillo para la ropa del portaequipajes y empezó a pasárselo.

Claude le cogió la mano.

—¡No, por favor! —dijo bruscamente—. El mozo puede ocuparse de eso.

Enid le observaba furtivamente mientras cerraba y ajustaba las correas de su maleta. Había oído muchas veces que los hombres estaban de mal humor antes del desayuno.

—¿Estás segura de que no olvidas nada? —preguntó Claude antes de cerrar la maleta de ella.

—Sí. Nunca me dejo nada en los trenes, ¿tú sí?

—A veces —contestó con cautela, sin levantar la vista mientras ajustaba bruscamente los cierres de la maleta.

LIBRO III.

AMANE CER EN LA PRADERA

I

Claude iba a continuar cultivando las tierras con su padre y, después de volver de su viaje de novios, se puso a trabajar de inmediato. La cosecha era casi tan abundante como el verano anterior y estaba ocupado en los campos seis días a la semana.

Una tarde de agosto volvió a casa con los caballos, les dio de comer y de beber pausadamente y entonces entró en casa por la puerta de atrás. Sabía que Enid no estaría allí: había ido a Frankfort a una reunión de la Anti-Saloon League. El Prohibition Party^[18] estaba empezando a moverse en Nebraska ese verano, con la seguridad de que se votaría a favor de prohibir el alcohol en todo el Estado al año siguiente, un propósito que lograría de forma triunfal.

La cocina de Enid, inundada por el sol de la tarde, brillaba con la pintura nueva, el impoluto linóleo y los recipientes blancos y azules. En el comedor el mantel estaba preparado y la mesa cuidadosamente dispuesta para uno. Claude abrió la nevera, donde tenía preparada su cena: un plato de salmón en lata con una salsa blanca; huevos duros, pelados y colocados sobre una cama de hojas de lechuga; un bol de tomates maduros; un trozo de pudín frío de arroz, nata y mantequilla. Colocó estas cosas sobre la mesa, cortó un poco de pan y, después de lavarse despreocupadamente las manos y la cara, se sentó a comer con su camisa del trabajo. Apoyó el periódico contra una jarra de cristal roja y leyó las noticias sobre la guerra mientras tomaba su cena. Se puso de mal humor cuando escuchó fuertes pisadas acercándose a la casa: Leonard Dawson asomó la cabeza por la puerta de la cocina; Claude se levantó rápidamente para coger su sombrero, pero Leonard entró, sin invitación, y se sentó. Su camisa marrón estaba húmeda donde los tirantes se ajustaban a los hombros y su cara, bajo el ancho sombrero de paja que no se quitó, sin afeitar y manchada de polvo.

—Adelante, termina tu cena —gritó—. Tener una mujer con su propio coche es lo más parecido a no tener mujer. ¡Cómo les gusta dar vueltas por ahí! Me he cuidado muy mucho de evitar que Susie aprendiera a conducir. Escucha, Claude, ¿cuándo crees que podrás dejarme la trilladora? Mi trigo va a empezar a brotar en las gavillas muy pronto. ¿Crees que tu padre estará dispuesto a trabajar en domingo, si yo os ayudo, para dejar la máquina libre un día antes?

—Me temo que no. A madre no le gustaría. Nunca hemos hecho eso, ni siquiera cuando estábamos desbordados.

—Bueno, creo que me pasaré por tu casa y hablaré con tu madre. Si ella pudiera mirar dentro de mis gavillas de trigo, quizá podría convencerla de que es un caso bastante parecido al del buey del vecino que se cae en un hoyo en sábado^[19].

—Esa es una buena idea. Ella siempre es razonable.

Leonard se levantó.

—¿Qué novedades hay?

—Los alemanes han torpedeado un barco de pasajeros inglés, el *Arabic*; vienen también a por nosotros.

—Eso es genial —dijo Leonard—, quizá ahora los americanos se queden en casa y se ocupen de sus propios asuntos. No me importa cómo se machacan los unos a los otros por allí, ¡ni lo más mínimo! Me da igual cuál de los dos borre al otro del mapa primero.

—Tus abuelos eran ingleses, ¿no?

—Eso fue hace mucho: sí, mi abuela llevaba un gorro y tenía pequeños rizos blancos y a menudo le digo a Susie que no me importaría que el bebé acabara teniendo la piel de mi abuela. Tenía la tez más fina que jamás he visto.

Cuando salieron por la puerta de atrás, una tropa de gallinas blancas con crestas rojas corrió hacia ellos chillando. Era la hora a la que se les solía dar de comer. Leonard se detuvo para admirarlas.

—Tienes un buen montón de gallinas. Siempre me han gustado las blancas de Livorno. ¿Dónde tienes a todos tus gallos?

—Solo tenemos uno. Está encerrado en el gallinero. Las gallinas están poniendo. Enid va a intentar criar polluelos durante el invierno.

—¿Solo un gallo? ¿Y puedo preguntar qué hacen estas gallinas?

Claude se rio.

—Ponen huevos, exactamente igual, mejor incluso. Son los huevos fértiles los que se estropean con el calor.

Leonard pareció enfadarse ante esas palabras.

—Es la primera vez que oigo un disparate semejante —bramó—. Yo crío gallinas de forma natural o no las crío —se metió en el coche de un salto por miedo a hablar de más.

Cuando llegó a casa, su mujer estaba preparando la cena y el bebé estaba sentado cerca de ella, en su cochecito, jugando con el sonajero. Sucio y sudoroso como estaba, Leonard cogió al bebé y empezó a besarlo y a olerlo, restregando su barba de tres días contra los pliegues de su suave cuello. La pequeña estaba fuera de sí de alegría.

—Ve a lavarte para cenar, Len —gritó Susie desde la cocina. Él dejó a la niña y empezó a echar agua en la jofaina, hablando con los ojos cerrados.

—Susie, estoy de un humor de perros. ¡No puedo soportar a la maldita mujer de Claude!

Ella estaba sacando mazorcas de una gran olla de hierro y levantó la vista a través del vapor.

—¿Por qué? ¿La has visto? Descolgué el teléfono y mientras me mantenía a la

espera, oí a Enid cómo le decía a Bayliss que estaría en el pueblo hasta tarde.

—¡Oh, sí! De hecho, ella fue al pueblo y Claude estaba allí, tomando su cena fría él solo. Esa mujer es una fanática, no se conforma con aplicar la prohibición a la raza humana, ahora ha empezado a hacerlo con las gallinas.

Mientras colocaba las sillas y acercaba el cochecito a la mesa, le explicaba a su mujer el método de Enid para criar aves de corral. Ella dijo que en realidad no veía nada malo en ello.

—Venga, sé sincera, Susie, ¿has oído alguna vez que las gallinas siguieran poniendo sin un gallo?

—No, pero yo fui educada a la antigua. Enid tiene libros sobre aves de corral y sobre jardines y todo ese tipo de cosas. No tengo ninguna duda de que sacaré buenas ideas de ellos. Pero de todos modos, ten cuidado. Es nuestra vecina más cercana y no quiero tener problemas con ella.

—Tendré que apartarme de su camino, entonces. Si intenta ejercer de misionera con mis gallinas, le contaré unas cuantas verdades que su vergonzoso marido no le dice. En mi opinión, ella ya tiene a ese chico intimidado.

—Mira, Len, sabes que no le va a hacer nada a tus gallinas. Mantén la boca cerrada. Pero sí que parece que Claude evita a la gente —admitió Susie mientras llenaba de nuevo el plato de su marido—. La señora de Joe Havel dice que Ernest ya no va a casa de Claude. Parece que Enid estuvo por allí y quería que Ernest colocara en su granero algunos carteles de la ley seca sobre lo de los quince millones de borrachos, como ejemplo para los bohemios. Ernest no lo hizo y le dijo que iba a votar a favor del alcohol, y Enid está bastante resentida, según dijo la señora Havel. Es una pena, esos dos eran tan amigos... Daba gusto verlos juntos —Susie habló con tanto afecto que su marido le lanzó una breve mirada de tímido cariño.

—¿Crees que a Claude le gustó tener al predicador en su casa, sentado días tras día en el porche delantero con su corbata blanca mientras él salía a recoger el trigo, cuando no llevaban casados ni dos meses?

—Bueno, de todas maneras, supongo que Claude comió mucho más mientras estuvo allí el hermano Weldon. Los predicadores no toman calorías o como sea que las llame Enid —dijo Susie, que siempre estaba viendo el lado positivo de las cosas—. La mujer de Claude tiene la cocina preciosa, pero yo también podría tenerla así si no tuviera que guisar, como ella.

Leonard le dedicó una significativa mirada.

—No creo que pudieras vivir con ese tipo de hombres que se alimentan solo de latas.

—No, yo tampoco lo creo —ella empujó el cochecito hacia él—. Cógela, papi, quiere jugar contigo.

Leonard se puso a la niña sobre los hombros y la llevó fuera para enseñarle los

cerdos. Susie seguía riéndose para sí mientras recogía la mesa y lavaba los platos, le divertía lo que su marido le había contado.

Más tarde, esa noche, cuando Leonard salió hacia el granero para ver que todo estaba en orden antes de irse a la cama, vio un imperceptible objeto negro deslizándose por la carretera principal bajo la luz de la luna, una lucecita roja parpadeaba en la parte trasera. Llamó a Susie para que se asomara a la puerta.

—Ves, ahí va, hacia casa para contarle a Claude el éxito de la reunión. ¡Seguro que la recibe con los brazos abiertos!

—Bueno, Leonard, si a Claude le gusta...

—¿Gustarle? —el gran Leonard se irguió—. ¿Qué remedio le queda al pobre chico? Le han timado.

II

Después de que se fuera Leonard, Claude recogió los restos de la cena y regó la calabacera antes de irse a ordeñar. En realidad, eran calabazas de verano, de la variedad de cuello torcido, de color naranja y con verrugas; la planta estaba ya llena de calabazas maduras, colgando de los fuertes tallos entre las ásperas hojas verdes y los espinosos zarcillos. Claude había observado su rápido crecimiento y cómo se habían abierto sus moteadas flores amarillas, sintiéndose agradecido con una cosa que hacía con tanto vigor aquello para lo que la habían puesto allí. Tenía el mismo sentimiento con respecto a su vaca Jersey, que volvía a casa cada noche con las ubres llenas y les daba su leche con gusto, apartando la cola de la cara de Claude, como solo hacen las vacas bien dispuestas.

Una vez que terminó de ordeñar, se sentó en el porche delantero y encendió un puro. Mientras fumaba, no pensaba en otra cosa que no fuera el frescor silencioso y tranquilo del aire y en lo bueno que era estar sentado sin hacer nada. La luna flotaba sobre los campos de trigo desnudos, grande y mágica, como una enorme flor. De pronto, cogió unas toallas de baño, cruzó el jardín hasta el molino de viento, se quitó la ropa y se metió en el depósito para los caballos. El agua se había templado al sol durante toda la tarde y no estaba mucho más fresca que su cuerpo. Se estiró dentro, apoyó la cabeza sobre el borde metálico, se echó sobre su espalda y levantó la vista hacia la luna. El cielo estaba de color negro azulado, como si fuera agua templada, profunda y azul, y la luna parecía tumbada sobre él como un nenúfar, flotando arrastrada por una corriente invisible. Cabría esperar ver sus grandes pétalos abrirse.

Por algún motivo, Claude empezó a pensar en tiempos y países remotos sobre los que había brillado. Nunca se le habría ocurrido pensar que el sol viniese de tierras lejanas o que hubiese tenido un papel importante en la vida humana en otras épocas. Para él, el sol giraba alrededor de los campos de trigo, pero la luna, de alguna manera, procedía del pasado histórico y le hacía pensar en Egipto y los faraones, en Babilonia y los jardines colgantes. Parecía haber bajado la mirada hacia las locuras y decepciones del hombre; hacia el interior de las habitaciones de los esclavos en la antigüedad, de las ventanas de las cárceles y de las fortalezas donde languidecían los cautivos.

Dentro de las personas, también languidecían los cautivos. Sí, dentro de la gente que caminaba y trabajaba a pleno sol había cautivos morando en la oscuridad, invisibles desde su nacimiento hasta el momento de su muerte. Dentro de esas prisiones, la luna brillaba y los prisioneros se arrastraban hasta las ventanas y miraban hacia fuera con ojos profundamente tristes hacia el círculo blanco que no revela ningún secreto y los comprende todos. Quizá incluso en personas como la

señora Royce y su hermano Bayliss hubiera algo de esto, pero ese era un pensamiento que le estremecía. Se lo quitó de encima con un rápido movimiento de la mano en el agua, que, agitada, captó la luz y jugó con negros y dorados sobre el pecho de Claude como si estuviera viva. En su propia madre el espíritu prisionero se hacía casi más presente para la gente que su ser corpóreo. Lo había notado muy a menudo cuando se sentaba junto a ella en noches de verano como esta. Mahailey también tenía uno, aunque las paredes de su prisión eran muy gruesas..., y Gladys Farmer. Oh, sí, ¡cuánto tenía Gladys que contarle a este confidente tan perfecto! Las personas con grandes aspiraciones necesitaban unas relaciones de este tipo; sus deseos eran tan hermosos que no existía en este mundo experiencia capaz de satisfacerlo. Y estos niños de la luna, con sus insatisfechos anhelos y sueños fútiles, eran una raza mejor que los niños del sol. Esta idea inundó el corazón del joven como si hubiera salido la luna de nuevo, fluyó indefinida y fuerte a través de su cuerpo, mientras permanecía tumbado totalmente inmóvil, como la muerte, por miedo a perderla.

Por fin, el objeto cuadrado y negro que había captado los iracundos ojos de Leonard Dawson se acercó por la carretera principal. Claude recogió su ropa y las toallas y, sin entretenerse en usar ninguna de las dos, corrió, un hombre blanco a través de un blanco y desnudo jardín. Al alcanzar el refugio de la casa, encontró su albornoz y salió disparado hacia el porche de arriba, donde se tumbó sobre la hamaca. En ese momento, escuchó su nombre, pronunciado como si se escribiera «Clod». Su mujer subió las escaleras y miró fuera, hacia donde él estaba. Claude se quedó tumbado, inmóvil y con los ojos cerrados, y ella se marchó. Cuando todo se quedó de nuevo en silencio, miró hacia el campo en calma y a la luna en el cielo añil oscuro. Todavía se sentía poseído por su revelación, hacía que todo su cuerpo estuviera más sensible, como la cuerda de un arco muy tirante. Por la mañana había olvidado o se sentía avergonzado de aquello que la noche anterior había parecido tan real y tan completamente suyo. Decidió que, por lo general, era mejor no pensar en tales cosas y que, cuando pudiese, evitaría pensar.

III

Después de que el duro trabajo de la cosecha estuviese terminado, la señora Wheeler a menudo convencía a su marido, cuando salía en su carro, para que la llevara hasta la nueva casa de Claude. Se alegraba de que Enid no dejara el salón en penumbra, como hacía la señora Royce con el suyo. Las puertas y las ventanas estaban siempre abiertas, las enredaderas y las petunias en las jardineras de las ventanas se agitaban con la brisa y las habitaciones inundadas de sol, estaban meticulosamente ordenadas. Enid se ponía vestidos blancos para trabajar, con zapatos y calcetines blancos. Llevaba la casa con facilidad, sistemáticamente. Las mañanas de lunes, Claude ponía la lavadora antes de irse a trabajar y a las nueve, la ropa ya estaba tendida en las cuerdas. A Enid le gustaba planchar y Claude nunca antes había podido lucir tantas camisas limpias o, al menos, nunca las había llevado puestas con tanta satisfacción. Ella le dijo que no necesitaba ahorrar en camisas para el trabajo, era tan fácil planchar seis como tres.

Aunque en unos pocos meses el coche de Enid había recorrido más de dos mil millas debido al apoyo a la ley seca, no se podía decir que desatendiera su casa por la reforma. Si desatendía a su marido o no, dependía de la concepción de cada uno acerca de cuál era su obligación para con él. Cuando la señora Wheeler vio lo bien que dirigían su pequeño hogar, el aspecto alegre y atractivo que tenía Enid cuando uno pasaba por allí por casualidad, se sorprendía de que Claude no fuese feliz. El mismo Claude estaba sorprendido: si su matrimonio le decepcionaba en ciertos aspectos, debía comportarse como un hombre, se decía a sí mismo, y sacar partido de sus cosas buenas. Si su mujer no le quería, era porque el amor significaba una cosa para él y algo diferente para ella. Estaba orgullosa de él, se alegraba de verle cuando regresaba de los campos y se mostraba solícita para atender sus necesidades materiales. Todo lo relacionado con el abrazo de un hombre era desagradable para Enid, algo impuesto a las mujeres, como el dolor del parto, debido quizá a la transgresión de Eva.

Esta repugnancia era algo más que física, le disgustaba el ardor de cualquier tipo, incluso el ardor religioso. Había sido más cariñosa con Claude antes de casarse con él de lo que era ahora, pero esperaba adaptarse. Quizá alguna vez podría volver a gustarle exactamente de la misma manera. Incluso el hermano Weldon le había insinuado que, por el bien de su futura tranquilidad, debía ser indulgente con el joven. Y ella pensaba que había sido indulgente. No podía entender sus momentos de desesperado silencio, los mordaces comentarios aún más amargos que a veces dejaba caer, su evidente irritación si iba con él hasta los árboles madereros donde Claude solía pasar las tardes de domingo tumbado sobre la hierba alta, sin hacer nada.

Claude solía tumbarse allí para observar las nubes mientras se decía a sí mismo: «Para mí, todo se ha terminado». Otros hombres además de él habían debido de sentirse decepcionados, y Claude se preguntaba cómo lo habían soportado durante toda una vida. Él siempre había sido un buen chico porque era un idealista: había deseado ser tremendamente feliz en el amor y ser merecedor de esa felicidad. Ni en sueños imaginó que pudiera ser de otra manera.

Ahora, algunas veces, cuando salía al campo en una brillante mañana de verano, le parecía que la Naturaleza no solo sonreía, sino que se reía abiertamente de él. Su orgullo sufría, pero lo hacían incluso más sus ideales y el impreciso sentido de la belleza que tenía. Enid podía convertir su vida en algo espantoso sin siquiera saberlo. En esos momentos, se odiaba a sí mismo por aceptar completamente su reticente hospitalidad. Estaba siendo injusto consigo mismo.

Enid le parecía atractiva todavía. Se preguntaba por qué ella no tenía ni un mínimo sentimiento que se correspondiera con su gracia natural y sus ligeros movimientos; con la actitud dulce, casi melancólica, en la que él a veces la sorprendía. Cuando volvía del trabajo y la encontraba sentada en el porche, apoyada junto a la columna, con las manos agarrándose las rodillas, su cabeza un poco hacia abajo, apenas podía creer la rigidez con la que le recibía cada vez. ¿Había algo repelente en él? ¿Era, después de todo, culpa suya?

Había notado que Enid era bastante más indulgente con el padre de Claude que con ninguna otra persona. El señor Wheeler pasaba a verla casi cada día e incluso la llevaba en su carro. Bayliss venía del pueblo a pasar la tarde de vez en cuando. Las cenas vegetarianas de Enid le venían bien y, como trabajaban juntos en la campaña de prohibición, siempre tenían temas que discutir. Bayliss tenía un prejuicio tanto social como higiénico contra el alcohol y lo odiaba no ya por el daño que ocasionaba, sino por el placer que proporcionaba. Claude se negaba constantemente a participar en las actividades de la Anti-Saloon League o a distribuir lo que Enid y Bayliss llamaban «nuestra literatura».

En los pueblos rurales, el término «literatura» se aplicaba solo a un tipo especial de texto impreso: había literatura sobre la ley seca, literatura sobre la higiene y el sexo y, durante el azote de una enfermedad del ganado, había literatura sobre la fiebre aftosa. Este uso especial de la palabra no molestaba a Claude, pero su madre, siendo una profesora a la antigua usanza, se quejaba de ello.

Enid no podía entender la indiferencia de su marido hacia un tema tan candente y solo podía atribuirlo a la influencia de Ernest Havel. A veces le pedía a Claude que fuera con ella a una de las reuniones del comité. Si era en domingo, decía que estaba cansado y que quería leer el periódico. Si era un día entre semana, tenía algo que hacer en el granero o tenía intención de despejar la zona de los árboles madereros. De hecho, serró unas cuantas ramas muertas y taló un árbol que un rayo había dañado.

Más allá de eso, no habría dejado a nadie limpiar esa zona, habría muerto por defenderla.

Los árboles madereros eran su refugio. En los claros de hierba, rodeados por las tupidas paredes de amarillentos fresnos, se sentía libre, como si no se hubiera casado; libre de fumar tanto como quisiera, libre para leer y para soñar. Algunos de sus sueños habrían helado de terror la sangre de su joven esposa y algunos habrían derretido de pena el corazón de su madre. Tumbarse bajo el cálido sol y levantar la vista hacia el inoxidable azul del cielo de otoño, escuchar el seco susurro de las hojas al caer y el sonido de las atrevidas ardillas saltando de rama en rama; tumbarse así y dejar que su imaginación jugara con la vida, eso era lo mejor que podía hacer. Sus pensamientos, se decía a sí mismo, eran suyos. Ya no era un niño. Iba hasta los árboles madereros a encontrarse con un hombre joven, más experimentado e interesante que él mismo, un hombre que no se había atado con ningún compromiso.

IV

Desde la ventana del piso de arriba, la señora Wheeler podía ver a Claude moviéndose de arriba abajo sembrando el trigo en la zona oeste. Se sentía sola por él. No iba a casa tan a menudo como hubiera podido. Había empezado a preguntarse si Claude era una de esas personas que están siempre descontentas, ya que fuera lo que fuese lo que le desilusionaba, lo mantenía oculto bajo llave en su pecho. Uno tenía que aprender las lecciones de la vida, sin embargo le ponía un poco triste verle apoltronado e indiferente a los veintitrés.

Después de observar por la ventana durante un rato, se volvió hacia el teléfono, llamó a casa de Claude y le preguntó a Enid si le importaría que su hijo fuera a su casa a comer.

—Mahailey y yo nos sentimos solas cuando el señor Wheeler está fuera mucho tiempo —añadió.

—Pues claro que no, madre Wheeler —Enid habló alegremente, como siempre hacía—. ¿Hay alguien ahí que pueda enviar para avisarle?

—Había pensado ir yo misma andando hasta allí, Enid. No está lejos, si voy con tiempo.

La señora Wheeler salió de casa un poco antes del mediodía y se detuvo junto al arroyo para descansar antes de subir la larga colina. Al llegar al límite del campo se sentó en la hierba y esperó a que los caballos se acercaran caminando pesadamente por los largos surcos. Claude la vio y los detuvo.

—¿Pasa algo, madre? —gritó.

—Oh, no. Quiero que vengas a casa a comer conmigo, eso es todo. Llamé por teléfono a Enid —desenganchó los caballos y él y su madre bajaron juntos la colina, caminando detrás de los animales. Aunque no habían estado a solas como ahora desde hacía mucho tiempo, ella pensó que sería mejor hablar de cosas impersonales.

—Que no se me olvide darte un artículo sobre la ejecución de esa enfermera inglesa.

—¿Edith Cavell? He leído algo sobre ello —contestó él, indiferente—. No es ninguna sorpresa. Si pudieron hundir el *Lusitania*, sin duda pueden disparar a una enfermera inglesa.

—De alguna forma, tengo la sensación de que esto es distinto —murmuró su madre—. Es como la ejecución de John Brown. Me pregunto si pudieron encontrar soldados para ejecutar la sentencia.

—¡Oh, supongo que tendrán muchos soldados dispuestos a ello!

La señora Wheeler levantó la vista hacia él.

—No veo cómo vamos a permanecer al margen de todo esto mucho más, ¿y tú?

Supongo que nuestro ejército no sería más que un grano de arena en el desierto, incluso aunque lográramos llegar hasta allí. Nos dicen que podemos ser más útiles con nuestra agricultura y nuestras fábricas de lo que podríamos ser yendo a la guerra. Solo espero que no sea propaganda electoral. No me fío de los demócratas.

Claude se rio.

—Bueno, madre, supongo que en esto no tienen nada que ver los partidos políticos.

Ella sacudió la cabeza.

—Todavía no he encontrado un asunto de interés público que no fuese cuestión de partidos políticos. Bueno, solo podemos cumplir con nuestras obligaciones a medida que se nos requieran y tener fe. ¿Este campo es lo que te quedaba del trabajo de otoño?

—Sí, ahora tengo tiempo para hacer algunas cosas por aquí. Voy a construir un buen almacén para guardar mi propio hielo este invierno.

—¿Estáis pensando en subir a Lincoln a pasar unos días?

—Supongo que no.

La señora Wheeler suspiró. El tono de él significaba que le había dado la espalda a los antiguos placeres y a los antiguos amigos.

—¿Enid y tú habéis reservado entrada para el ciclo de espectáculos en Frankfort?

—Creo que sí, madre —contestó con cierta impaciencia—. Le dije que debería encargarse de eso cuando pasase por el pueblo algún día.

—Por supuesto —insistió su madre—, algunas de las actividades no son muy buenas pero debemos apoyarlas y aprovechar lo que tenemos.

Claude sabía y su madre sabía que aprovechar lo que se tiene no era lo suyo. Sus caballos se detuvieron en el pilón.

—No me espere. Iré para allá en un minuto —al ver su rostro alicaído, le sonrió—. No se preocupe, madre, siempre la cojo aun cuando trata de dármeles con queso. Ninguno de nosotros es lo bastante listo para engañar al otro.

Ella levantó la vista hacia él con esa sonrisa con la que los ojos casi le desaparecían.

—¡Pensé que había sido lista esta vez!

Era un consuelo, reflexionaba mientras subía la cuesta, sentirle cerca de nuevo, captar su atención, incluso.

Mientras Claude se lavaba para la cena, Mahailey se acercó a él con la página del periódico donde salían las viñetas que ilustraban la brutalidad de los alemanes. Para ella, eran todo fotografías, no conocía otra manera de crear una imagen.

—Señorito Claude —preguntó—, ¿cómo es que esos alemanes son gente *tan'fea*? Los Yoeder y los tipos alemanes de por aquí no son *tan'feos*.

Claude trató de distraerla con indulgencia.

—Quizá son los feos los que están luchando y los que están en casa son agradables, como nuestros vecinos.

—Entonces, ¿por qué no hacen que sus soldados se *que'en* en casa y no vayan rompiendo las cosas de los demás y *echándoos* de sus casas? —murmuró indignada—. Dicen que los bebés nacieron en medio de la nieve el invierno pasado y *ni'un* fuego ni *ná pá* sus madres. *Señó*, señorito Claude, no fue así en nuestra guerra, los hombres no hacían *ná* a las mujeres o los niños. Muchas de las veces nuestra casa estaba llena de soldados del Norte y nunca rompieron ni un tanto así de la *porceana* de mi madre.

—Tendrás que volver a hablarme de todo esto algún día, Mahailey. Tengo que comer y volver al trabajo; si no recogemos el trigo, la gente de allí no tendrá nada para llevarse a la boca, ya sabes.

Las imágenes de los periódicos significaban mucho para Mahailey porque apenas podía recordar la Guerra Civil. Mientras estudiaba detenidamente fotografías de campamentos y campos de batalla y pueblos devastados, las cosas volvían a su mente: las compañías de infantería de la Unión llenas de polvo que se paraban a beber en la fría fuente de su madre. Les había visto quitarse las botas y lavar sus pies sangrantes por el camino. Su madre le había dado a un chico infectado de piojos una camisa limpia y ella nunca pudo olvidar la visión de la espalda del muchacho «tan roja como la ternera, donde se había rascado». Cinco de sus hermanos estaban en el ejército confederado. Cuando uno de ellos resultó herido en la segunda batalla de Bull Run, su madre pidió prestado un carro y caballos, hizo un viaje de tres días hasta el hospital de campaña y se trajo al chico a su casa de las montañas. Mahailey se acordaba de cómo sus hermanas mayores se turnaban para echarle agua fría de la fuente en la pierna gangrenada durante todo el día y toda la noche. No quedaban médicos en el vecindario y, como nadie pudo amputarle la pierna al muchacho, murió poco después. Mahailey era la única persona en la casa de los Wheeler que había visto la guerra con sus propios ojos y sentía que este hecho le concedía una indudable superioridad.

V

Claude llevaba casado un año y medio. Una mañana de diciembre, le llegó un mensaje telefónico de su suegro pidiéndole que fuera a Frankfort de inmediato. Encontró al señor Royce hundido en la silla de su despacho, fumando como siempre, con varias cartas que parecían del extranjero sobre la mesa delante de él. Mientras las sacaba de los sobres y ponía en orden los papeles, Claude se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las manos.

En una carta del jefe del equipo médico de la escuela misionera donde Caroline Royce enseñaba, se informaba al señor Royce de que su hija estaba gravemente enferma en el hospital de la misión. Tenía que ser enviada a una parte más salubre del país para que pudiera descansar y recibir tratamiento y no estaría lo suficientemente fuerte para retomar sus tareas durante un año o más. Si algún miembro de su familia pudiera ir a ocuparse de ella, apaciguaría la gran preocupación de las autoridades. Había también una carta de una compañera y otra algo incoherente de la propia Caroline. Después de que Claude terminara de leerlas, el señor Royce le sacó una caja de puros y empezó a hablar con desánimo sobre los misioneros.

—Podría ir con ella —se quejaba—, ¿pero, qué bien le haría? No simpatizo con sus ideas y eso solo la preocuparía más. Como puedes ver, está decidida a no volver a casa. No creo en un pueblo que trata de abrirse paso o imponer su religión a otros. No soy ese tipo de hombre —se sentó mirando su puro. Después de una larga pausa, de repente comenzó a hablar—: No hago más que oír hablar de China una y otra vez... Me parece demasiado lejos para ir a buscar problemas, ¿no? Un hombre no tiene mucho control sobre su propia vida, Claude. Si no fuera por la pobreza o enfermedades que la atormentan, solo sería un nombre en un mapa. Podría haberme ido bastante bien, si no hubiera sido por China y algunas otras cosas... Si Carrie hubiera tenido que dar clases para comprarse ropa o para ayudar a pagar las facturas, como las hijas del viejo Harrison, probablemente se habría quedado en casa. Siempre pasa algo. Lo que no tengo claro es si debo enseñarle a Enid estas cartas.

—Bueno, tendrá que saberlo, señor Royce. Si ella siente que debe ir junto a Carrie, no estaría bien que yo interfiriera.

El señor Royce sacudió la cabeza.

—No sé. No parece justo que China recaiga sobre ti también.

Cuando Claude llegó a casa y le entregó las cartas a Enid, comentó:

—Tu padre está muy preocupado por esto. Nunca le he visto tan avejentado como hoy.

Enid estudió el contenido de las mismas, sentada en su pequeño y ordenado escritorio, mientras Claude fingía leer el periódico.

—Está claro que yo soy la que debe ir —dijo cuando terminó.

—¿Crees que es necesario que alguien vaya? Yo no lo veo así.

—Resultaría muy extraño que ninguno de nosotros fuera —contestó Enid con ímpetu.

—¿Cómo que resultaría extraño?

—Bueno, se lo parecería a sus compañeros, como si su familia no tuviera sentimientos.

—¡Oh, si se trata de eso! —Claude sonrió perversamente y levantó el periódico de nuevo—. Me pregunto qué les parecerá a las personas de aquí que te vayas y abandones a tu marido.

—¡Eso es algo mezquino, Claude! —se levantó bruscamente, entonces vaciló, perpleja—. La gente de aquí me conoce mejor que eso. No dirás que no estarías perfectamente en casa de tu madre —como él no levantó la vista del periódico, ella se fue a la cocina.

Claude permaneció sentado sin moverse escuchando los rápidos movimientos de Enid mientras encendía el fogón para preparar la cena. La luz en la habitación se tornó grisácea. Fuera, los campos se fundían unos con otros mientras se acercaba la noche. Los jóvenes árboles del jardín se doblaban y daban sacudidas debido al gélido viento del norte. A menudo pensaba con orgullo que el invierno moría en la puerta de su casa y, en el interior, no había corrientes en los vestíbulos ni ningún rincón frío. Este era su segundo año aquí. Cuando conducía de vuelta, la idea de poder librarse de esta casa durante un largo periodo le había provocado una agradable excitación, pero, ahora, no quería dejarla. Algo se había ablandado en él. Se preguntaba si no podrían intentarlo de nuevo y hacer que las cosas fueran mejor. Enid estaba cantando en la cocina con un tono de voz apagado, tenue. Claude se levantó y cogió su abrigo y el cubo para ordeñar. Al pasar al lado de su mujer, junto a la ventana, se detuvo y la rodeó con el brazo de manera inquisitiva.

Ella levantó la vista.

—Está bien. Ahora ya te parece mejor, ¿no es cierto? Es lo que pensaba. ¡Santo cielo, cómo apesta este abrigo, Claude! Tengo que conseguirte otro.

Claude conocía ese tono. Enid nunca cuestionaba si sus propias decisiones eran correctas. Cuando se decidía, no había manera de hacer que cambiara de opinión. Bajó el camino hasta el granero con las manos metidas dentro de los bolsillos del pantalón y el brillante cubo colgando del brazo. Volver a intentarlo, ¿qué había que intentar? Tópicos, pequeñeces, falsedad... Su vida le estaba asfixiando y no tenía el valor de romper con ella. ¡Déjala ir! ¡Déjala irse cuando debería...! ¡Qué espantoso mundo donde nacer! ¿O acaso solo era espantoso para él? Todo lo que tocaba se estropeaba en sus manos... como siempre había sucedido.

Cuando una hora después se sentaron a cenar en el salón de atrás, Enid parecía

agotada, como si esta vez su decisión le hubiera costado algo.

—Creo que pasarías un invierno más tranquilo en casa de tu madre —comenzó alegremente—. No tendrás tantas cosas de las que ocuparte como tienes aquí. No tenemos necesidad de desordenar esta casa. Le bajaré la plata a mi madre y podemos dejar el resto de las cosas como están. ¿Habrás sitio para mi coche en el garaje de tu padre? Quizá te venga bien.

—Ah, no, no lo voy a necesitar. Lo llevaré a la casa del molino —contestó esforzándose por mostrar despreocupación.

Todos los objetos familiares que había a su alrededor iluminados por la luz de la lámpara parecían aún más quietos y solemnes de lo habitual, como si estuvieran conteniendo la respiración.

—Supongo que sería mejor que llevaras las gallinas a casa de tu madre —continuó Enid en el mismo tono de voz—. Pero no me gustaría que se mezclaran con sus Plymouth Rocks, no tienen ni una pluma negra ahora. Pide a madre Wheeler que use todos los huevos y que no deje que mis gallinas pongan en primavera.

—¿En primavera? —Claude levantó la vista de su plato.

—Por supuesto, Claude. Seguramente no pueda volver antes del próximo otoño, si quiero ser de alguna ayuda para la pobre Carrie. Intentaré estar en casa para la cosecha, si eso te parece bien —se levantó para traer el postre.

—¡Ah, por mí, no te des prisa! —murmuró mirando fijamente el sitio vacío de ella.

Enid regresó con el pudin caliente y con lo necesario para el café de después de la cena.

—Esto ha surgido tan de repente que debemos hacer planes de inmediato —explicó—. Creo que a tu madre le gustará hacerse cargo de Rose, es una buena vaca. Y así podrás tener toda la nata que quieras.

Cogió la pequeña taza de borde dorado que ella le estaba ofreciendo.

—Si vas a estar fuera hasta el próximo otoño, venderé a Rose —anunció con brusquedad.

—Pero ¿por qué? Tendrías que buscar mucho para encontrar una vaca como ella.

—De todas maneras, la venderé. Los caballos, por supuesto, son de padre, él los pagó. Si vacías este sitio, a lo mejor quiere alquilarlo. Puede que encuentres un arrendatario aquí cuando vuelvas de China —Claude se tragó su café, dejó la taza y se fue al salón de delante, donde se encendió un puro. Caminó de un lado a otro manteniendo los ojos fijos en su mujer, que seguía sentada a la mesa bajo el círculo de luz de la lámpara de techo. Su cabeza, inclinada ligeramente, mostraba su pelo castaño perfectamente peinado. Cuando estaba desconcertada, su cara siempre parecía más afilada y su barbilla más larga.

—Si tú no tienes apego a este sitio —dijo Claude desde la otra habitación—,

difícilmente puedes esperar que yo me quede por aquí y me encargue de todo. Mientras estuviste haciendo campaña, hice el papel de ama de llaves aquí.

Los ojos de Enid se entrecerraron, pero no se sonrojó. Claude nunca había visto aparecer un toque de color en las pálidas y suaves mejillas de su mujer.

—No seas infantil. Sabes que me importa este lugar, es nuestro hogar. Pero ningún sentimiento estaría bien si va a evitar que cumpla con mi obligación. Tú estás bien y puedes ir a la casa de tu madre. Mi hermana está enferma y entre extraños.

Empezó a recoger los platos. Claude se acercó rápidamente a la luz para enfrentarse a ella.

—No es solo que te vayas, ya sabes por qué estoy así: es porque quieres irte. Te gusta la idea de tener la oportunidad de alejarte entre todos esos predicadores, con su envolvente tono de voz y sus fantasías.

Enid levantó la bandeja.

—Si me gusta es porque tú no estás dispuesto a gobernar nuestras vidas de acuerdo a los ideales cristianos. Hay algo en ti que se revela todo el tiempo. Han surgido muchísimas cuestiones importantes desde que nos casamos y tú te has mostrado indiferente o sarcástico acerca de cada una de ellas. Quieres llevar una vida completamente egoísta.

Salió con resolución de la habitación y cerró la puerta tras ella. Más tarde, cuando regresó, Claude no estaba allí, su sombrero y su abrigo no estaban en el perchero. Debió de salir silenciosamente por la puerta principal. Enid se quedó levantada hasta las once y después se fue a la cama.

Por la mañana, al salir de su dormitorio, encontró a Claude dormido en el sofá, vestido, con el abrigo echado por encima. Tuvo un momento de pánico y se inclinó sobre él pero no pudo detectar olor alguno a alcohol. Comenzó a preparar el desayuno moviéndose silenciosamente.

Una vez que se decidió a ir a cuidar de su hermana, Enid no perdió el tiempo. Encargó un pasaje y envió un telegrama a la escuela misionera. Dejó Frankfort la semana antes de la Navidad. Claude y Ralph la llevaron hasta Denver y la dejaron en el expreso transcontinental. Claude, a su vuelta, se mudó a la casa de su madre y le vendió la vaca y las gallinas a Leonard Dawson. Excepto para ir a ver al señor Royce, ahora apenas salía de la granja y evitaba a los vecinos. Tenía la sensación de que estaban hablando sobre sus asuntos privados, lo que, por supuesto, estaban haciendo. La familia Royce y la familia Wheeler, decían, no podían comportarse como los demás y no tenía sentido que lo intentaran: Claude había construido la mejor casa del vecindario pero, naturalmente, no iba a vivir en ella. Y se había casado pero, muy propio de él, ¡tenía a su mujer en China!

Un día nevado, cuando no había nadie por allí, Claude cogió el coche y subió hasta su propiedad para cerrar la casa para el invierno y traer la fruta en conserva y

las verduras que estaban en el sótano. Enid había empaquetado su mejor mantelería en su arcón de cedro y había ordenado escrupulosamente los armarios de la cocina y de la porcelana antes de irse. Comenzó a cubrir las sillas tapizadas y los colchones con sábanas, enrolló las alfombras y aseguró las ventanas. Mientras hacía todo esto, sus manos cada vez estaban más entumecidas y desgastadas y su corazón era como un trozo de hielo. Todas estas cosas que había escogido cuidadosamente y de las que se había sentido tan orgulloso no tenían más valor para él que unos trastos viejos apilados en una tienda de segunda mano cualquiera.

¡Cuánta tristeza y fealdad inherente a tales objetos cuando el sentimiento que los había convertido en algo tan valioso ya no existía! Los restos de la vida humana tenían aún menos valor y eran aún más feos que las cosas muertas y decadentes de la naturaleza. Basura... trastos viejos... su mente no podía imaginar nada que expusiera y condenara así todos los actos deprimentes, agotadores, siempre repetidos por los que la vida transcurría día tras día. Actos sin significado... al mirar al exterior y ver el paisaje gris a través de la nieve cayendo con suavidad, no pudo evitar pensar que sería mucho mejor si la gente pudiese dormir como los campos, si pudieran ser cubiertos por un manto de nieve para despertar con sus penas curadas y sus derrotas olvidadas. Se preguntó cómo iba a seguir durante los años que tenía por delante, si no se deshacía de este dolor en su alma.

Por fin, cerró la puerta con pestillo, guardó la llave en su bolsillo y fue hasta la zona de los árboles madereros a fumarse un puro y despedirse del lugar. Una vez allí, estuvo paseando tranquilamente durante más de una hora, bajo los árboles torcidos con nidos vacíos en sus ramas. Cada vez que llegaba a una parte donde el seto se interrumpía, podía ver la pequeña casa entregándose sumisamente a la soledad. No creía que fuera a vivir ahí de nuevo jamás. Bueno, al menos, el dinero que su padre había invertido en el lugar no se perdería: siempre podría conseguir un arrendatario mejor que quisiera tener una confortable casa allí. Varios chicos del vecindario estaban planeando casarse el próximo año. El futuro de la casa estaba a salvo. ¿Y él? Se detuvo de repente, sus pies habían seguido un camino incierto y sin rumbo por el blanco suelo. Le sacaba de quicio ver sus propios pasos. ¿Qué era...? ¿Cuál *era* su problema? ¿Por qué no podía al menos dejar de sentir cosas ni de albergar esperanzas? ¿Qué motivos había ya para tener esperanzas?

Oyó un quejido lastimero y, al mirar atrás, vio a la gata del granero que había salido a buscarse la vida. Estaba de pie junto al seto, su pelo negro azabache erizado contra los copos de nieve húmedos, una pata levantada, maullando con tristeza. Claude se inclinó y la cogió.

—¿Qué pasa, Blackie? ¿Escasean los ratones en el granero? Mahailey diría que traes mala suerte; quizá sea así, pero no puedes evitarlo, ¿verdad? —la metió en el bolsillo de su abrigo.

Más tarde, cuando se estaba subiendo al coche, trató de sacarla y meterla en una cesta, pero se agarró al nido que formaba el bolsillo de su abrigo clavando las uñas en el forro. Él rio.

—Bueno, si traes mala suerte, ¡supongo que te quedarás conmigo!

Ella levantó hacia él sus asustados ojos amarillos y ni siquiera maulló.

VI

La señora Wheeler temía que Claude no se encontrara cómodo en su antigua casa después de haber tenido una casa propia. Puso su mejor mecedora y una lámpara de lectura en su dormitorio. Él a menudo se pasaba toda la tarde ahí, cubriéndose los ojos con la mano, haciendo como que leía. Cuando se quedaba abajo después de la cena, su madre y Mahailey se sentían agradecidas. Además de recopilar fotos de la guerra, Mahailey ahora rebuscaba entre las viejas revistas del ático imágenes de China. Había marcado en el gran calendario que tenía en la cocina el día en que Enid llegaría a Hong-Kong.

—Señorito Claude —dijo de pie junto a la pila mientras lavaba los platos de la cena—, es completamente de día donde la señorita Enid está, ¿a que sí? Porque el mundo es redondo y el viejo *sol'stá* brillando por allí donde la gente amarilla.

De vez en cuando, mientras trabajaban juntas, la señora Wheeler le contaba a Mahailey lo que sabía acerca de las costumbres de los chinos. La anciana nunca antes había tenido dos asuntos que no fueran personales por los que interesarse al mismo tiempo y apenas sabía qué hacer con ellos. Murmuraba, en parte para Claude, en parte para ella misma:

—No están luchando por allí donde está la señorita Enid, ¿verdad? Y ella no tiene que llevar su tipo de ropa porque ella es una mujer blanca. Ella no dejará que maten a sus bebés ni que hagan esas cosas espantosas que siempre *hanecho* y no les dejará rezar a sus *íbolos* de piedra porque no les pueden ayudar a ninguno. Espero que la señorita Enid sea muy buena con ellos todo el tiempo.

Tras sus diplomáticos monólogos, sin embargo, Mahailey tenía sus propias ideas y estaba tremendamente escandalizada por la marcha de Enid. Temía que la gente dijera que la mujer de Claude había *corrió pa'dejarle* y, en las montañas de Virginia, donde se habían formado sus principios sobre la sociedad, un marido o una esposa que desertaban así eran el objeto de las burlas más espantosas. Una vez detuvo a la señora Wheeler en una oscura esquina del sótano para susurrarle:

—La esposa del señorito Claude no se va *a'quear* allí como su hermana, ¿verdad?

Si uno de los chicos Yoeder o Susie Dawson por casualidad pasaban por casa de los Wheeler para comer, Mahailey nunca olvidaba mencionar a Enid en voz alta.

—La esposa del señorito Claude, ella corta las patatas crudas en la cacerola y las fríe. Ella no las cuece antes como yo. Sé que es una cocinera terriblemente buena, sé que lo es —sentía que las referencias de pasada a la esposa ausente hacían que las cosas pareciesen mejores.

Ernest Havel venía a ver a Claude ahora, pero no a menudo. Ambos sentían que sería inapropiado renovar su relación anterior. Ernest aún se sentía ofendido por lo de

la cerveza, como si Enid le hubiera arrebatado la jarra de los labios con sus propias y correctivas manos. Como Leonard, creía que Claude había hecho un mal negocio en lo que al matrimonio se refería, pero en lugar de sentir lástima por él, Ernest quería verle convencido y castigado. Al casarse con Enid, Claude había traicionado los principios liberales y simplemente era justo que pagara por su apostasía. La primera vez que fue a pasar la tarde en casa de los Wheeler después de que Claude volviese a vivir a casa, Ernest emprendió la tarea de explicarle sus objeciones a la prohibición. Claude se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo dejamos? Es un tema que no me interesa, en cualquier caso.

Ernest se ofendió y no volvió durante cerca de un mes; no, de hecho, no regresó hasta que el anuncio de que Alemania reanudaría los enfrentamientos con submarinos sin restricción alguna hizo que todo el mundo mirase inquisitivamente hacia su vecino.

Entró en la cocina de los Wheeler la noche después de que estas noticias llegaran a los campos y encontró a Claude y a su madre sentados a la mesa, leyéndose los periódicos en voz alta el uno al otro por turnos. Ernest apenas se había sentado cuando sonó el teléfono. Claude contestó.

—Es la operadora del telégrafo en Frankfort —dijo mientras colgaba el auricular—. Ha repetido un mensaje de padre, enviado desde Wray: «Estaré en casa pasado mañana. Leed los periódicos». ¿Qué significa? ¿Qué cree que estamos haciendo?

—Quiere decir que él considera nuestra situación muy grave. No es propio de él enviar un telegrama salvo en caso de enfermedad —la señora Wheeler se levantó y caminó distraídamente hacia el teléfono, como si fuera a revelar algo más sobre el estado de ánimo de su marido.

—¿Qué mensaje más extraño! Estaba dirigido a usted, madre, no a mí.

—Él sabe cómo me siento al respecto. Algunos de los antepasados de tu padre eran gente de mar, salidos de Portsmouth. Sabe lo que significa cuando a nuestros barcos les dicen a qué parte del océano pueden ir y a cuál no. No es posible que Washington pueda aceptar tal afrenta por nosotros. ¡Pensar que en este momento, más que nunca, deberíamos tener una administración democrática!

Claude se rio.

—Siéntese, madre, espere un día o dos. Deles tiempo.

—La guerra habrá terminado antes de que Washington pueda hacer nada, señora Wheeler —declaró Ernest con melancolía—. Conseguirán que Inglaterra se rinda por el hambre y Francia será derrotada en cuanto hagan un alto en el camino. Todo el ejército alemán estará en el frente occidental ahora. ¿Qué puede hacer este país? ¿Cuánto creéis que se tarda en formar un ejército?

La señora Wheeler, que caminaba impaciente de un lado a otro, se detuvo de golpe y tropezó con la mirada de irritación de Ernest.

—¡Yo no sé nada, Ernest, pero creo en la Biblia. Creo que en un abrir y cerrar de ojos seremos transformados^[20]!

Ernest miró al suelo. Respetaba la fe. Como él decía, debes respetarla o despreciarla, ya que no se podía hacer otra cosa.

Claude estaba sentado con los codos apoyados en la mesa.

—Siempre vuelve a lo mismo, madre. Incluso aunque un ejército inexperto pudiera hacer algo, ¿cómo íbamos a llevarlo hasta allí? Aquí hay una autoridad naval que dice que los alemanes están construyendo submarinos a un ritmo de tres por día. Probablemente no los soltarán hasta que no tengan los suficientes para mantener despejado el océano.

—No pretendo decir lo que podríamos conseguir, hijo. Pero debemos posicionarnos, moralmente. Nos han dicho todo este tiempo que podíamos ser de más ayuda para los Aliados fuera de la guerra que dentro de ella porque podríamos enviar municiones y suministros. Si acordamos retirar esa ayuda, ¿qué estaríamos haciendo?: ¿ayudar a Alemania mientras fingimos que solo nos interesan nuestros propios asuntos! Si nuestra única alternativa es estar en el fondo del mar, ¿sería mejor que estuviésemos allí!

—¡Madre, siéntese! No lo podemos solucionar esta noche. Nunca la había visto tan nerviosa.

—Tu padre también está nervioso o nunca habría enviado ese telegrama —la señora Wheeler cogió de mala gana su cesto de la costura y los chicos conversaron con la antigua y cómoda cordialidad de siempre.

Cuando Ernest se fue, Claude caminó hasta la casa de los Yoeder con él y volvió a través de los campos cubiertos de nieve, bajo el brillo helado de las estrellas invernales. Al levantar la vista hacia el cielo, sintió más que nunca que ellas debían de tener algo que ver con el destino de las naciones y con las cosas incomprensibles que estaban pasando en el mundo. En el ordenado universo debía de haber alguna mente que leyera el acertijo de este infeliz planeta, que supiera qué se estaba formando en el oscuro eclipse de ese momento. Una pregunta quedaba colgando en el aire, por encima de toda esta silenciosa tierra a su alrededor, por encima de él, por encima de su madre, incluso. Temía por su país, como la noche que estuvo en los escalones del State House en Denver, cuando no se había ni imaginado esta guerra, escondida en el seno del tiempo.

Claude y su madre no tuvieron que esperar mucho. Tres días después supieron que el embajador alemán había sido destituido y el embajador estadounidense retirado de Berlín. Para los más mayores, estos hechos eran temas sobre los que pensar y conversar, pero para jóvenes como Claude eran vida y muerte, predestinación.

VII

Una mañana tormentosa, Claude iba conduciendo el gran carro hacia el pueblo para conseguir una carga de madera. Las carreteras estaban empezando a descongelarse y los campos tenían un aspecto negro y sucio. Por aquí y por allá en el oscuro barro, quedaban cortezas de hielo grises, perforadas como un panal, atravesadas por los húmedos tallos de los hierbajos. Mientras el carro traqueteaba por la zona alta justo por encima de Frankfort, Claude se fijó en una nueva y brillante bandera en la cúpula del colegio. Nunca antes la había visto ondear por otro motivo que no fuera el 4 de julio o un mitin político. Hoy era como si la viera por primera vez, sin bandas, sin ruido, sin oradores. Una mancha de color agitada contra el empapado cielo de marzo.

Modificó la ruta para pasar por delante del instituto, detuvo los caballos y esperó unos minutos hasta que sonara la campana del mediodía. Los chicos y chicas más mayores salieron los primeros, una oleada de impermeables y paraguas. En ese momento vio a Gladys Farmer, con un chubasquero amarillo y un sombrero impermeable, y le hizo un gesto con la mano. Ella se acercó al carro.

—Me gusta la decoración —dijo mirando la cúpula.

—Es una bandera de seda que los chicos mayores compraron con el dinero del atletismo. Les advertí que no la izaran con esta lluvia, pero el delegado de la clase me dijo que compraron esa bandera a prueba de tormentas.

—Sube y te llevo a casa.

Ella cogió la mano que le tendía, puso el pie en el eje de la rueda y subió hasta el asiento a su lado. Claude hizo un chasquido con la lengua a los caballos.

—¿Así que tus alumnos mayores se sienten belicosos últimamente?

—Mucho, ¿qué opinas tú?

—Creo que tendrán oportunidad de expresar sus sentimientos.

—¿De verdad, Claude? Parece tremendamente irreal.

—Ninguna otra cosa parece muy real, tampoco. Voy a recoger una carga de madera pero no espero poner un solo clavo en ella. Estas cosas no importan ahora. Solo hay una cosa que debemos hacer y solo una cosa que importa, todos lo sabemos.

—¿Sientes que está más cerca cada día?

—Cada día.

Gladys no contestó. Solo le miró seriamente con sus tranquilos y generosos ojos marrones. Se detuvieron en la casa baja cuyas ventanas estaban llenas de flores. Ella le cogió la mano y saltó al suelo, reteniéndola un instante mientras se despedía. Claude condujo de vuelta hacia el almacén de maderas. En un lugar como Frankfort, un chico cuya esposa estaba en China difícilmente podía ir a ver a Gladys sin suscitar habladurías.

VIII

Durante el crudo mes de marzo, el señor Wheeler iba al pueblo en su carro casi cada día. Por primera vez en su vida tenía una preocupación oculta. El único miembro de su familia que nunca le había dado problemas, su hijo Bayliss, estaba ahora justamente bajo sospecha.

Bayliss era un pacifista y no dejaba de decir a la gente que si los Estados Unidos simplemente se quedaran al margen de esta guerra, e hicieran acopio de todo lo que Europa estaba perdiendo, pronto estarían realmente en posesión del capital del mundo. Había cierta lógica en las declaraciones de Bayliss que hacía tambalearse la imperturbable suposición de Nat Wheeler de que un punto de vista es tan bueno como cualquier otro. Cuando Bayliss luchaba contra la bebida y el tabaco, Wheeler simplemente se reía: que un hijo suyo resultara ser un prohibicionista era una broma que él era capaz de comprender. Pero la actitud de Bayliss sobre la crisis actual le molestaba. Día tras día se sentaba en la tienda de su hijo e interrumpía sus argumentos con burlas. Bayliss no fue a casa en todo el mes. Le dijo a su padre:

—No, madre está muy violenta. Será mejor que no vaya.

Claude y su madre leían los periódicos por las tardes pero hablaban tan poco acerca de lo que leían que Mahailey preguntaba con preocupación si todavía estaban combatiendo por allá. Cuando conseguía hablar con Claude a solas durante unos instantes, sacaba las fotos de los países devastados del suplemento del domingo y le pedía que le dijera qué iba a ser de esa familia, fotografiada entre las ruinas de su casa; o sobre esa anciana, que estaba sentada junto al borde de la carretera con un fardo.

—¿Adónde va a ir *en* cualquier modo? Ve, señorito Claude, tiene su cazuela de hierro, ¡pobre anciana, *carhando* con ella todo el camino!

Las fotos de soldados con máscaras de gas la confundían: el gas era algo que no había conocido en la Guerra Civil, así que dedujo por sí misma que estas máscaras ¡las llevaban los cocineros del ejército para protegerse los ojos cuando cortaban cebollas!

—¡La de cebollas que tienen que cortar, se les caerían los ojos si no se pusieran *ná!* —argumentaba.

La mañana del 8 de abril, Claude bajó las escaleras temprano y empezó a limpiar sus botas, que tenían costras de barro. Mahailey estaba agachada junto a la cocina, soplando y resoplando. El fuego siempre tardaba en prender con el mal tiempo. Claude cogió un viejo cuchillo y un cepillo, y poniendo el pie sobre una silla junto a la ventana del oeste comenzó a raspar la bota. Le había dado los buenos días a Mahailey, nada más. No había dormido bien y estaba pálido.

—Señorito Claude —rezongó Mahailey—, esta cocina nunca ha *prendío* como la antigua que tenía y que me quitó el señorito Ralph. No puedo hacer *ná* con ella. Quizá me la podía limpiar a fondo el próximo domingo.

—La limpiaré hoy, si tú me lo pides. No estaré aquí el próximo domingo. Me voy. Algo en su tono hizo que Mahailey se levantara, parpadeando todavía por el humo, y le mirara de repente.

—¿No irá a irse allí por donde está la señorita Enid? —preguntó preocupada.

—No, Mahailey —había dejado el cepillo de los zapatos y estaba con un pie sobre la silla, el codo sobre la rodilla, mirando por la ventana hacia el exterior como si se hubiera olvidado de sí mismo—. No voy a China, voy a ir a ayudar a combatir a los alemanes.

Aún miraba fijamente los húmedos campos. Antes de que pudiera detenerla, antes de percatarse de lo que Mahailey estaba haciendo, ella cogió la poco digna mano del joven y se la besó.

—¡Sabía que lo haría! —sollozó—. ¡Siempre he sabido que lo haría, mi buen chico! ¡La vieja Mahailey lo supo!

Su cara respingona estaba agitada: su boca, sus cejas, incluso las arrugas de la parte inferior de su frente estaban en funcionamiento, moviéndose. Claude sintió cómo se le cerraba la garganta al contemplar con ternura esa cara; más allá de los pálidos ojos, en esa cabecita donde no había espacio para muchos pensamientos, una idea estaba luchando y atormentándola, la misma idea que le había estado atormentando a él.

—Eres buena, Mahailey —murmuró entre dientes, le dio suaves golpecitos en la espalda y se giró—. Ahora date prisa con el desayuno.

—¿No *la* dicho *ná* a su madre *toavía*? —susurró.

—No, aún no. Pero a ella también le parecerá bien —cogió su gorro y bajó hasta el establo para atender a los caballos.

Cuando Claude regresó, la familia estaba sentada a la mesa para el desayuno. Se deslizó en su sitio y observó a su madre mientras bebía su primera taza de café. Entonces se dirigió a su padre.

—Padre, no veo necesario esperar a ser llamado a filas. Si puede prescindir de mí, me gustaría entrar en un campo de instrucción en algún sitio. Creo que tengo posibilidades de obtener una graduación de oficial.

—No me extrañaría —el señor Wheeler se echó sirope sobre las tortitas generosamente—. ¿Qué opinas al respecto, Evangeline?

La señora Wheeler había soltado el cuchillo y el tenedor silenciosamente. Miró a su marido con cierta alarma, mientras sus dedos se movían inquietos por el mantel.

—He pensado —continuó Claude apresuradamente— que quizá pueda subir hasta Omaha mañana y averiguar dónde se van a ubicar los campos de instrucción y hablar

con el hombre a cargo del reclutamiento. Por supuesto —añadió suavemente—, puede que no me acepten. No tengo ni idea de cuáles son los requisitos.

—No, yo tampoco sé mucho de eso —el señor Wheeler enrolló la tortita de encima y se la llevó a la boca. Después de masticar un rato dijo—: ¿Tienes pensado ir mañana?

—Me gustaría. No me voy a entretener en preparar equipaje: algunas camisetas y ropa interior en una maleta. Si el Gobierno me quiere, me dará la ropa.

El señor Wheeler apartó su plato.

—Bueno, ahora supongo que será mejor que salgamos a ver el trigo. No sé, pero creo que será mejor arar la parte sur y sembrar maíz. No creo que dé nada más.

Cuando Claude y su padre salieron por la puerta, Dan se levantó con más ímpetu que de costumbre y se precipitó tras ellos. No quería que lo dejaran solo con la señora Wheeler. Ella permaneció sentada al extremo de la abandonada mesa del desayuno. No estaba llorando. Sus ojos estaban completamente ciegos. Su espalda estaba tan encorvada que parecía estar inclinada soportando un gran peso. Mahailey quitaba la mesa silenciosamente.

Fuera, en los campos llenos de barro, Claude terminaba la conversación con su padre. Le explicaba que quería escabullirse sin decirle adiós a nadie.

—Ya sabes que tengo experiencia —dijo ruborizado— en empezar las cosas y no llegar muy lejos con ellas. No quiero que se diga nada sobre esto hasta que esté bien seguro. Puedo ser rechazado por un motivo u otro.

El señor Wheeler sonrió.

—Espero que no. Sin embargo, le diré a Dan que mantenga la boca cerrada. ¿Podrías ir a casa de Leonard Dawson a por la llave inglesa que tomó prestada? Es casi mediodía y probablemente esté en casa.

Claude encontró al gran Leonard dando de beber a sus caballos en el molino de viento. Cuando Leonard le preguntó qué pensaba sobre el mensaje del Presidente, de inmediato se le escapó que se iba a Omaha a alistarse. Leonard extendió la mano para tirar de la palanca que controlaba la casi inmóvil rueda.

—Mejor espera unas semanas y voy contigo. Voy a intentarlo en los Marines. Les he echado el ojo.

Claude, de pie junto al borde del tanque, casi se cae hacia atrás.

—¿Por qué... para... para qué?

Leonard lo miró detenidamente.

—¡Dios mío, Claude, no eres el único tipo por aquí que lleva bien puestos los pantalones! ¿Para qué? Bueno, te diré para qué —levantó tres grandes dedos rojos de forma amenazadora—: Bélgica, el *Lusitania*, Edith Cavell. Toda esa inmundicia se me ha metido bajo la piel. Sembraré mi maíz y después padre cuidará de Susie hasta que vuelva.

Claude respiró hondo.

—Bueno, Leonard, me has tomado el pelo: me creí todo ese rollo que me has estado soltando de que no te importaba quién aplastaba a quién.

—¡Y no me importa un pepino —protestó Leonard—! Pero hay un límite. He estado a punto de marcharme desde lo del *Lusitania*. Ya no consigo disfrutar con nada en mi casa. Susie se siente de la misma manera.

Claude miró a su gran vecino.

—Bueno, yo me voy mañana, Leonard. No se lo digas a mis amigos, pero, si no consigo entrar en el ejército, me enrolaré en la marina. Siempre están dispuestos a aceptar hombres fornidos. No voy a volver aquí —extendió la mano y Leonard se la cogió de un manotazo.

—Buena suerte, Claude. Quizá nos encontremos en tierras extranjeras. ¡No sería gracioso...! Dale recuerdos a Enid cuando le escribas. De veras, siempre pensé que era una chica estupenda, aunque no esté de acuerdo con ella en lo de la ley seca.

Claude cruzó los campos mecánicamente, sin mirar adónde iba. Su sentido de la vista se había vuelto hacia su interior para centrarse en escenas y eventos completamente imaginarios todavía.

IX

Un brillante día de junio, el señor Wheeler dejó su coche en los aparcamientos del nuevo edificio de ladrillo de los juzgados en Frankfort. Estaban en una gran plaza, rodeados por una arboleda de álamos. El césped estaba recién cortado y las flores estaban abriéndose. Cuando el señor Wheeler entró en la sala, en el piso de arriba, ya estaba medio llena de granjeros y ciudadanos, hablando en voz baja mientras las moscas del verano entraban y salían por las ventanas abiertas. El juez, un hombre manco con pelo blanco y patillas, estaba sentado a su mesa, escribiendo con la mano izquierda. Era uno de los primeros colonos del condado de Frankfort, pero por su levita y sus refinadas maneras se podría haber pensado que había llegado de Kentucky ayer y no hacía treinta años. Estaba allí esta mañana para oír un caso de deslealtad contra dos granjeros alemanes. Uno de los acusados era August Yoeder, el vecino más cercano de los Wheeler, y el otro era Troilus Oberlies, un alemán rico de la parte norte del condado.

Oberlies poseía una hermosa granja y vivía en una gran casa blanca en lo alto de una colina, con un estupendo huerto, filas de panales, establos, graneros y corrales. Criaba pavos y palomas volteadoras, y muchos gansos y patos nadaban en sus estanques para el ganado. Solía alardear de que tenía seis hijos «como nuestro emperador alemán». Sus vecinos estaban orgullosos de la propiedad que él tenía y se la mostraban a los extranjeros. Les contaban como Oberlies había llegado al condado de Frankfort siendo un hombre pobre y había amasado su fortuna gracias a su esfuerzo e inteligencia. Había cruzado el océano dos veces para volver a visitar su patria y cuando regresó a su casa en las praderas trajo regalos para todo el mundo: para su abogado, para su banquero y para los comerciantes con los que trataba en Frankfort y Vicount. Cada uno de sus vecinos tenía en su salón alguna figura de madera o algún tejido o algún ingenioso juguete mecánico que Oberlies trajo de Alemania. Era más mayor que Yoeder, llevaba corta la barba que ya era blanca y rizada, como su pelo, y aunque no era muy alto, su hinchada cara rojiza, sus ojos tan azules y cierta arrogancia con respecto a su carruaje le conferían un aspecto de persona importante. Era presumido e irascible pero, hasta que la guerra estalló en Europa, nadie había tenido jamás un problema con él. Desde entonces, le ponía pegas a todo y se quejaba constantemente: todo era mejor en el viejo continente.

El señor Wheeler había venido al pueblo preparado para echarle una mano a Yoeder si la necesitaba. Habían trabajado campos colindantes durante treinta años y le sorprendía que su vecino se hubiera metido en líos. No era un fanfarrón, como Oberlies, sino un hombre grande y silencioso, de cara seria y rasgos marcados y boca severa que rara vez abría. Su rostro podría haber salido de la arenisca roja de lo tosca

y rígida que era. Él y Oberlies estaban sentados en dos sillas de madera al otro lado de la barandilla de la mesa del juez.

En ese momento, el juez dejó de escribir y dijo que escucharía los cargos contra Troilus Oberlies. Varios vecinos fueron pasando por el estrado, uno detrás de otro. Sus quejas eran confusas y casi cómicas. Oberlies había dicho que los Estados Unidos serían derrotados y que eso sería bueno. América era un gran país pero estaba gobernado por idiotas y ser gobernado por Alemania era lo mejor que le podía pasar. El testigo continuó diciendo que desde que Oberlies había hecho su fortuna en este país...

Aquí el juez le interrumpió.

—Por favor, límitese a las afirmaciones que considera desleales pronunciadas por el demandado en su presencia.

Mientras se sucedían los testigos, el juez se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y comenzó a limpiar los cristales con un pañuelo de seda, se las probaba y volvía a frotarlos de nuevo, como si deseara ver claro.

El segundo testigo había oído a Oberlies decir que esperaba que los submarinos alemanes hundieran unos cuantos buques de transporte de tropas, que eso atemorizaría a los americanos y les enseñaría a quedarse en casa y ocuparse de sus propios asuntos. Un tercero se quejaba de que en las tardes de domingo, el viejo se sentaba en su porche delantero y tocaba *Die Wacht am Rhein*^[21] en su trombón de varas, para fastidio de los vecinos. Aquí fue cuando Nat Wheeler se dio una palmada en la rodilla con una sonora risotada y una risilla ahogada recorrió la sala. Las rojizas e hinchadas mejillas del demandado parecían hechas por el Creador para dar voz a un instrumento tan penetrante.

Cuando le preguntaron si tenía algo que decir sobre estos cargos, el viejo se levantó, echó los hombros hacia atrás y lanzó una mirada desafiante a la sala.

—Podrán quitarme mi propiedad y meterme en la cárcel pero no explicaré nada y no retiro nada —declaró en voz alta.

El juez contempló su tintero con una sonrisa.

—Creo que confunde la naturaleza de esta situación, señor Oberlies. No se le ha pedido que se retracte, simplemente se le ha pedido que desista de continuar con sus comentarios desleales, tanto por su propia protección y comodidad como por el sentir de sus vecinos. Escucharé ahora los cargos contra el señor Yoeder.

El señor Yoeder, según declaró un testigo, había dicho que esperaba que los Estados Unidos se fueran al infierno ahora que se habían vendido a Inglaterra. Cuando el testigo le había comentado que si disparaban al Káiser se acabaría la guerra, Yoeder había contestado que la caridad empieza en casa y que deseaba que alguien le metiera una bala al Presidente.

Cuando fue llamado, Yoeder se levantó y permaneció firme como una roca ante el

juez.

—No tengo nada que decir. Los cargos son ciertos. Pensé que este era un país en el que un hombre podía decir lo que piensa.

—Sí, un hombre puede decir lo que piensa, pero incluso aquí debe asumir las consecuencias. Siéntese, por favor —el juez se echó hacia atrás en la silla y, mirando a los dos hombres que tenía delante, comenzó con la deliberación—. Señor Oberlies, señor Yoeder, ambos saben, y sus amigos y vecinos también, por qué están aquí. No han reconocido las nociones básicas de lo apropiado, que debe ser tenido en cuenta en casi todas las transacciones de la vida, muchas de nuestras leyes civiles están basadas en ello. Han permitido que un sentimiento, noble en sí mismo, les aleje y les lleve a hacer afirmaciones extravagantes que confío ninguno de ustedes tuviera intención de decir. Ningún hombre puede exigir que dejen de amar el lugar donde nacieron, pero mientras disfruten de los beneficios de este país, no deben difamar a su Gobierno para ensalzar a otro. Ambos han admitido comentarios que solo puedo declarar desleales. Le aplicó una multa de trescientos dólares a cada uno, una cantidad muy pequeña teniendo en cuenta las circunstancias. Si tengo que imponer una pena una segunda vez, será mucho más severa.

Después de que concluyera el juicio, el señor Wheeler se reunió con su vecino en la puerta y bajaron juntos las escaleras.

—Bueno, ¿qué sabes de Claude? —preguntó el señor Yoeder.

—Está todavía en Fort R. Espera volver a casa de permiso antes de embarcar. Gus, tendrás que prestarme a uno de tus chicos para cultivar el maíz. Las malas hierbas se me están yendo de las manos.

—Sí, puedes contar con cualquiera de mis chicos, hasta que los llamen a filas —dijo el señor Yoeder amargamente.

—Yo no me preocuparía. Un pequeño entrenamiento militar es bueno para un muchacho. Vosotros lo sabéis bien —el señor Wheeler le guiñó un ojo y una media sonrisa se dibujó en la adusta boca de Yoeder.

Esa noche en la cena, el señor Wheeler le dio a su mujer la versión completa de la vista, para que pudiera contársela por carta a Claude. La señora Wheeler, siempre más maestra que ama de casa, escribía rápidamente y con facilidad y sus largas cartas a Claude contaban todo lo que ocurría en el vecindario. El señor Wheeler le proporcionaba la mayor parte del material que se utilizaba para ellas. Como muchos hombres que llevaban tiempo casados, había cogido la costumbre de ocultarle las noticias sobre el vecindario a su mujer. Pero desde que Claude se había ido, le contaba todo lo que creía que le podía interesar al muchacho. Como ella dijo lacónicamente en una de sus cartas: «Tu padre habla en casa mucho más que antes y a veces creo que está tratando de ocupar tu lugar».

X

El primer día de julio, Claude se encontraba en el veloz tren de Omaha de camino a casa con un permiso de una semana. El uniforme era todavía algo poco habitual en julio de 1917. El primer reclutamiento no había sido llamado todavía y los chicos que se habían apresurado a alistarse estaban en campos de instrucción lejos de allí. Por lo tanto, un joven pelirrojo de largas piernas con polainas, unos hombros anchos y fuertes y un aspecto responsable dentro de un ajustado uniforme caqui era una figura llamativa entre los pasajeros. Los niños y las niñas le miraban fijamente por encima de los respaldos de los asientos, los hombres se detenían en el pasillo para hablar con él, las señoras mayores se ponían las gafas y estudiaban su ropa, su abultada bolsa de lona e incluso el libro que tenía abierto pero olvidaba leer.

El campo que pasaba corriendo a ambos lados de la vía era más interesante para su ojo entrenado que las páginas de cualquier libro. Se alegraba de estar pasando por allí durante la cosecha, la época en la que el campo es más él mismo. Se dio cuenta de que había más maíz de lo normal, el tiempo había estropeado gran parte del trigo de invierno y los campos habían sido arados en primavera y replantados con maíz. Los pastos ya estaban quemados, la alfalfa se estaba poniendo verde de nuevo después de su primera poda. Los segadores y los recolectores estaban en los campos reuniendo el grano, aún palpitante, de las grandes oleadas de trigo y avena en sus amplios y fuertes brazos. Cuando el tren comenzó a aminorar en un puente sobre un campo de trigo, los recolectores, con camisas azules, petos y amplios sombreros de paja dejaron de trabajar para saludar a los pasajeros. Claude se dirigió hacia el anciano del asiento de enfrente.

—Cuando veo a estos hombres, siento como si me hubiera despertado con la ropa equivocada.

Su vecino parecía complacido y sonrió.

—¿Es ese el tipo de uniforme al que está acostumbrado?

—Desde luego no llevaba otra cosa durante el mes de julio —admitió Claude—. Cuando me encuentro viajando en un tren, en medio de la cosecha, tratando de aprender los verbos franceses, ¡entonces sé a ciencia cierta que el mundo está patas arriba!

El anciano insistió en que aceptara un puro y empezó a preguntarle. Como el héroe de la *Odisea* en su viaje de vuelta a casa, Claude a menudo tenía que contar de dónde era y quiénes eran sus padres. Era constantemente interrumpido mientras estudiaba el libro de frases de francés (compuesto por oraciones escogidas por su utilidad para los soldados, tales como *Non, jamais je ne regarde les femmes*^[22]) por las preguntas de los curiosos desconocidos. En ese momento, cogió su equipaje, le

estrechó la mano a su vecino y se puso su sombrero, el mismo viejo Stetson con su cordón dorado y las dos duras borlas añadidas a la rigidez de su forma cónica.

—Yo me bajo en esta estación y esperaré al mercancías que va hasta Frankfort, lo llamamos «el rabo de conejo».

El anciano le deseó una feliz estancia en casa y la mejor de las suertes para los días venideros. Todo el mundo en el vagón le sonrió mientras bajaba al andén con la maleta en una mano y la bolsa de lona en la otra. Su vieja amiga, la señora Voight, la alemana, estaba de pie delante del restaurante, haciendo sonar la campana para anunciar que la comida estaba lista para los viajeros. Una multitud de chicos merodeaba a su alrededor por la acera, riendo y chillando de forma desagradable y burlona. Cuando Claude se acercó, uno de ellos le arrebató la campana a la señora Voight, cruzó corriendo las vías con ella en las manos y se adentró en el campo de maíz. Los otros lo siguieron y uno de ellos gritó: «¡No entres ahí a comer, soldado, es una espía alemana y te echará cristal esmerilado en la comida!».

Claude entró en el comedor y tiró las maletas al suelo.

—¿Qué pasa, señora Voight? ¿Puedo hacer algo por usted?

Estaba sentada en uno de sus propios taburetes, llorando lastimosamente con los falsos rizos deshechos. Levantó la vista, soltó un pequeño grito al reconocerlo.

—¡Oh, *gracias a Dios* eres tú y no más *problemas*! Sabes que no soy una espía ni *nahda*, como *esos* chicos dicen. Esos jovencitos son *terriblemente durros* conmigo. Les vendía *caramelos* cuando eran niños y ahora se vuelven así *contrrrra* mí. ¡Hindenburg, me llaman, y Kaiser Bill! —empezó a llorar de nuevo, retorciendo sus pequeños dedos rechonchos como si se los fuera a arrancar.

—Deme algo para cenar, señora, y después iré y ajustaré las cuentas con esa pandilla. He estado lejos durante mucho tiempo, y es como si llegara a casa cuando bajo del tren y veo sus Mitchellas recorrer el porche delantero como siempre han hecho.

—¿*Yah?* ¿*Recuerrdas* eso? —se secó los ojos—. Hoy tengo empanada y guisantes, solo unos pocos, de mi *propio huerrrto*.

—Tráigalo, por favor. En el campamento no tomábamos otra cosa que no fuera comida en conserva.

Algunos trabajadores del tren entraron a comer. La señora Voight le hizo señas a Claude para que se acercara al final del mostrador, donde, después de haber servido a los clientes, se sentó y le habló en susurros.

—Vaya, tienes buen aspecto con esas *ropas* —dijo dándole golpecitos en el brazo—. Puedo recordar algunas *guerrras* también. Cuando recuperamos las *provincias* que Napoleón nos quitó, Alsacia y Lorena. Esos chicos han dicho que *vendrán* y me *echarán alquitrán* encima una noche y me da miedo ir a la cama. Simplemente me envuelvo en una colcha y me siento en mi vieja silla.

—No les haga ningún caso. ¿No tendrá problemas con los comerciantes de por aquí, verdad?

—No, *prroblemas* no, exactamente —dudó y luego se apoyó impulsivamente sobre el mostrador y le habló al oído—. *Perrro* las cosas no están tan mal en el viejo continente como ellos dicen. Los *pobrres* no son esclavos y no están *oprrimiendo* a nadie como se dice por aquí. Siempre el *guarrdabosques* deja a la gente *pobrre* *entrrar* en el bosque y *llevarrse* las *rramas* que caen y los *árrboles muerrtos*. Y si el granjero *rrrico* tiene más *estiérrcol* del que necesita, deja al *pobrre* venir y coger un poco para sus *tierrras*. Los *pobrrres* no tienen los sueldos como aquí, pero viven de *forrma* tan *comforrrtable* como aquí. Y sus zapatos de *madera*, de los que se burlan, es más limpio que lo que es el cuero para pisar el *barrro* y el *estiérrcol*. No se humedecen tanto y no apestan tanto.

Claude podía ver que en su corazón, lleno de tiernos recuerdos de tiempos lejanos de la tierra de su juventud, rebosaba la nostalgia. Nunca le había hablado de estas cosas antes, pero ahora había dejado salir un torrente de confidencias sobre la gran granja lechera donde había trabajado de joven; sobre las nueve vacas de las que se ocupaba y de cómo las vacas, aunque pequeñas, eran muy fuertes y tiraban de un arado todo el día y aun así daban tanta leche por la noche ¡como si hubieran estado comiendo hierba en los pastos! La gente del campo nunca tenía que gastar dinero en médicos, sino que se curaban las enfermedades con raíces y hierbas, y cuando las personas mayores tenían reumatismo cogían «uno de sus pequeños *conejiillos* de Indias», se lo metían en la cama con ellos y el conejillo de Indias les quitaba todos los dolores.

A Claude le hubiera gustado seguir escuchándola, pero quería encontrar a los torturadores de la anciana antes de que llegara el tren. Le dejó sus maletas y cruzó las vías del tren guiado por el ocasional tintineo burlón de una campana en el maizal. En ese momento, se encontró con la pandilla, una docena o más, tumbados en un barranco poco profundo que iba desde el límite del campo y se abría hacia los pastos. Se quedó de pie en el borde del terraplén y bajó la mirada hasta ellos mientras cortaba lentamente el extremo de un puro y lo encendía. Los chicos le sonrieron abiertamente tratando de parecer indiferentes y despreocupados.

—¿Buscas algo, soldado? —preguntó el que tenía la campana.

—Sí, así es. Estoy buscando esa campana. Tienes que devolverla a donde pertenece. Todos y cada y uno de vosotros sabéis que esa mujer no haría daño a nadie.

—Es alemana y estamos luchando contra los alemanes, ¿no?

—No creo que tú llegues a combatir contra nadie. No durarías ni diez minutos en el ejército americano. No eres como nosotros. Solo hay un ejército en el mundo que quiera hombres que acosan a las ancianas. Deberías pedirles trabajo.

Los chicos soltaron una risilla. Claude le hizo señas impacientemente.

—Ven con la campana, chico.

El chico se levantó despacio y subió el terraplén para salir del barranco. Mientras caminaban a través del maizal, Claude se dirigió a él repentinamente.

—Oye, ¿no te da vergüenza?

—¡Oh, no sé de qué me hablas! —contestó el chico despreocupadamente, lanzando la campana al aire y cogiéndola como si fuera una pelota.

—Bueno, debería darte. No esperaba ver nada parecido hasta que llegara al frente. Estaré aquí de nuevo dentro de una semana y le haré la vida imposible a cualquiera que la esté molestando —el tren de Claude estaba llegando y él fue corriendo a por su equipaje. Una vez que se sentó en «el rabo de conejo», comenzó a bajar hacia sus propias tierras, donde conocía cada granja por la que pasaba, conocía la tierra incluso cuando no conocía al dueño, qué tipo de semillas plantaba y su valor aproximado. No reconocía estas granjas con la satisfacción que había anticipado porque estaba muy enfadado por las humillaciones que había sufrido la señora Voight. Todavía ardía con el fervor de un recluta. Creía que iba a ir al extranjero con una tropa expedicionaria que haría la guerra sin rabia, con una generosidad y caballerosidad inflexibles.

La mayoría de sus amigos en el campamento militar compartía sus ideas quijotescas. Se habían juntado procedentes de granjas, tiendas, molinos y minas; chicos de la universidad y chicos de los garitos más duros de las grandes ciudades; pastores de ovejas, conductores de tranvía, ayudantes de fontanero y empleados encargados del marcador de las salas de billar. Claude había visto cientos de ellos cuando no habían hecho más que llegar: «hombres de acción» con ropa de deporte barata y chillona, rancheros con chalecos de punto, maquinistas con la grasa todavía en sus dedos, hombres de granja, como Dan, con sus abrigos de domingo. Algunos llevaban maletas de papel atadas con cuerdas, otros traían todo lo que tenían en un pañuelo azul. Pero todos ellos habían venido a dar y no a pedir y lo que ofrecían era simplemente ellos mismos, sus grandes manos rojas, sus fuertes espaldas, la firme, honesta y modesta mirada en sus ojos. A veces, al ayudar al examinador médico, Claude había notado la expresión de anhelo en las caras de los hombres que esperaban en las largas colas. Parecían decir: «Si soy lo bastante bueno, cógeme. Me quedaré hasta el final». Los consideraba los hombres adecuados con los que trabajar: serviciales, de buen carácter y ansiosos por aprender. Si hablaban de la guerra o del enemigo contra el que se estaban preparando para luchar, normalmente lo hacían en un tono burlón: iban a «poner al Káiser en conserva» o hacer que el príncipe heredero se ganara la vida trabajando. Claude adoraba a los hombres con los que recibía instrucción, no habría elegido vivir en mejor compañía.

El mercancías giró para adentrarse en el valle de ese río que significaba que estaba en casa, el lugar al que la mente siempre regresaba tras la búsqueda más

lejana. Las granjas pasaban rápido, los almiares, los maizales, los conocidos establos rojos, luego las largas carboneras y los tanques de agua, y el tren se detuvo.

En el andén vio a Ralph y al señor Royce, esperándolo para darle la bienvenida. Allí, en el coche, estaban su padre y su madre, el señor Wheeler en el asiento del conductor. Había una fila de coches a lo largo del apartadero. Era el primer soldado que volvía a casa y algunos de los ciudadanos habían bajado en coche para verle llegar con su uniforme. Desde un coche le saludó Susie Dawson y, desde otro, Gladys Farmer. Mientras se paraba a hablar con ellas, Ralph cogió sus maletas.

—Vamos, chicos —gritó el señor Wheeler haciendo sonar el claxon. Alejó de allí al soldado a toda prisa dejando solo una nube de polvo tras de sí.

El señor Royce se acercó al coche del viejo Dawson y dijo de forma casi infantil:

—¿No es posible que Claude esté más alto? Supongo que aprenden a erguirse de esa manera. Siempre me pareció un chico con un aspecto muy varonil.

—Supongo que su madre estará orgullosa —dijo Susie completamente entusiasmada—. Qué lástima que Enid no pueda estar aquí para verlo. Jamás se hubiera marchado de saber todo lo que iba a pasar.

Susie no pretendía que esto fuera un ataque, pero dio resultado. El señor Royce se alejó y encendió un puro con cierta dificultad. Sus manos se habían vuelto bastante temblorosas durante este último año, aunque él insistía en que su estado general de salud era tan bueno como siempre. A medida que envejecía, estaba cada vez más deprimido por la convicción de que las mujeres de su familia habían añadido poco a la calidez y el bienestar del mundo. Las mujeres debían encargarse de eso, sea lo que fuera lo demás que hiciesen. Sentía que debía disculparse con los Wheeler y con sus viejos amigos: parecía que sus hijas no tuvieran corazón.

XI

Los hábitos del campamento persistían. En su primera mañana en casa, Claude bajó las escaleras incluso antes de que Mahailey encendiera el fuego y salió a echar un vistazo al ganado. El rojo sol salió justo cuando bajaba la colina hacia el corral del ganado y tuvo la agradable sensación de estar en casa, en las tierras de su padre. ¿Por qué era tan gratificante ser capaz de decir «nuestra colina» y «nuestro arroyo allá abajo» o sentir bajo sus botas el crujido de este barro seco en particular?

Cuando entró al establo para ver a los caballos, los primeros animales que vio en las casillas junto a la puerta fueron las dos grandes mulas que habían salido corriendo con él enganchado. De repente, a Claude le vino a la cabeza la idea de que estos musculosos cuadrúpedos fueron los verdaderos culpables de su destino. Si no se hubieran desbocado y no le hubieran lanzado contra el alambre de espino aquella mañana, Enid no hubiera sentido lástima por él y no hubiera ido a verlo cada día, y su vida hubiera resultado diferente. Quizá si la gente mayor fuera un poco más honesta y no le enseñara a un chico a idealizar en las mujeres precisamente las cualidades que podían hacerle completamente infeliz... Pero allí había dejado todos esos arrepentimientos atrás. ¡Acaso no era algo muy propio de él haber sido arrastrado al matrimonio por un par de mulas!

Se rio al mirarlas.

—Vosotras, viejos demonios, sois lo suficientemente fuertes como para seguir gastándoles una broma así a los tipos ingenuos durante los años venideros. ¡Estáis llenas de maldad!

Uno de los animales sacudió una oreja y se aclaró la garganta de forma amenazadora. Las mulas son capaces del mayor afecto, pero odian a los esnobs, son enemigas de la casta, y esta pareja siempre pareció detectar en Claude lo que su padre solía llamar su «falso orgullo». Cuando era pequeño, ellas habían sido una fuente de humillación para él, rebuznando y estorbando en lugares públicos, tratando de hacerse notar en el almacén de maderas o delante de la oficina de correos.

En el último comedero Claude encontró a la vieja Molly, la yegua gris con la pata delantera rígida, a pesar de que le había salido una segunda pezuña, un logro del que no muchos caballos podían presumir. Estaba seguro de que ella le había reconocido: olfateó su mano y su brazo y enroscó hacia atrás el labio superior, mostrando sus desgastados dientes amarillos.

—No deberías hacer eso, Molly —dijo mientras la acariciaba—, un perro puede reír, pero a un caballo le hace parecer tonto. ¡Me parece que Dan debía haberte cepillado con la almohaza al menos una vez por semana! —cogió un cepillo de un hueco en la viga y se lo pasó por su viejo pelaje. Su pelo blanco estaba salpicado de

mechas color teja, como tinta china aplicada con un fino pincel, y sus crines y su cola se habían vuelto de un amarillo verdoso. Debía de tener dieciocho años, pensó Claude mientras le sacaba brillo a sus redondas y duras caderas. Él y Ralph solían montar en ella hasta la casa de los Yoeder cuando eran niños que caminaban descalzos, guiándola con una cuerda como ronzal y dándole con los talones al potro de piernas largas que siempre estaba corriendo al lado.

Cuando entró en la cocina y le pidió a Mahailey agua templada para lavarse las manos, ella resopló con desaprobación.

—Bueno, señorito Claude, ha estado cepillando a esa vieja yegua y tiene pelos blancos por toda su ropa de soldado. ¡Está *simplimente* cubierto!

Si el uniforme de soldado causaba revuelo en personas de buen criterio, a Mahailey casi la hechizaba: estaba tan fascinada con ello que, en todo el tiempo que Claude estuvo en casa, no fue capaz de examinarlo en detalle ni una vez. Antes de pasar de las polainas, su capacidad de observación se nublaba por el entusiasmo y su mente empezaba a dar saltos como los monos en una jaula. Había esperado que su uniforme fuese azul, como aquellos que ella recordaba, y cuando Claude entró en la cocina la noche anterior apenas sabía qué opinar de él. Después de que la señora Wheeler le explicara que los soldados americanos no vestían de azul ahora, Mahailey se repetía a sí misma que estas ropas marrones disimulaban el polvo y que Claude nunca tendría la apariencia de los hombres desaliñados que solían parar a beber en la fuente de su madre.

—Los refuerzos de cuero son para que no le arañen las zarzas, ¿verdad? *Mimagino* que habrá un montón de zarzas por ahí, como esas grandes zarzamoras de los campos de Virginia. Su madre dice que los soldados cogen piojos ahora, como *loacían* en nuestra guerra. *Simplimente* lleve una pequeña botella de parafina en su bolsillo y frote con eso su cabeza por la noche. Evita que las liendres incuben.

Encima del barril de harina del rincón, Mahailey había clavado con tachuelas un póster de la Cruz Roja, un dibujo a carboncillo de una anciana moviendo con un palo la pila de yeso y madera retorcida que una vez había sido su casa. Claude se acercó para mirarlo mientras se secaba las manos.

—¿De dónde sacaste la foto?

—Ella está allí donde va usted, señorito Claude. Allí está, buscando algo que cocinar sin tener cocina ni tener platos ni tener *ná*, todo roto. Creo que *salegraría* de verle llegar.

Sonaron fuertes pisadas en la escalera y Mahailey susurró apresuradamente:

—No olvide lo de la parafina y no sea un piojoso si puede evitarlo, querido — para ella eran de la misma clase los piojos que los chistes verdes: cosas sobre las que hablar en susurros.

Después del desayuno, el señor Wheeler llevó a Claude a los campos, donde

Ralph estaba dirigiendo a los recolectores. Observaron la segadora durante un rato, después se acercaron para ver los almiares y la alfalfa, y caminaron a lo largo del maizal, donde examinaron las espigas más jóvenes. El señor Wheeler le mostraba y explicaba la granja a Claude como si fuera un extraño, el chico tenía la curiosa sensación de estar siendo formalmente presentado a estos acres en los que había trabajado cada verano desde que había sido lo suficientemente mayor como para llevar agua a los recolectores. Su padre le dijo cuánta tierra poseían y cuánto valía y que estaba libre de cargas a excepción de una hipoteca insignificante que le habían concedido sobre un cuarto cuando se quedó con el rancho de Colorado.

—Cuando regreses —dijo—, Ralph y tú no tendréis que andar buscando trabajo por ahí, ambos estaréis bien establecidos. Ahora será mejor que regreses y pases por la casa del viejo Dawson para visitar a Susie. Todo el mundo se quedó asombrado cuando Leonard se fue —caminó con Claude hasta la esquina donde la tierra de los Dawson se juntaba con la suya—. Por cierto —dijo mientras se volvía—, no olvides pasar a ver a los Yoeder algún día. Gus está bastante dolido desde que lo llevaron a juicio. Pregunta por la vieja abuela, recuerda que nunca aprendió inglés y ahora le han dicho que es peligroso hablar alemán, así que no habla en absoluto y se esconde de todo el mundo. Si paso por allí por la mañana temprano, cuando ella está fuera sembrando el jardín, sale corriendo y se agacha tras las grosellas espinosas hasta que dejo de estar a la vista.

Claude decidió que iría a casa de los Yoeder ese día y a la de los Dawson al día siguiente. No le gustaba pensar que pudieran tener resentimientos hacia él en una casa donde había pasado tan buenos ratos y donde a menudo había encontrado un refugio cuando las cosas se volvían tediosas en casa. Los chicos de los Yoeder tenían una caja de música mucho antes de las primeras vitrolas y una linterna mágica, y la vieja abuela proyectaba maravillosas sombras contra una sábana y contaba historias sobre ellas. Solía poner el mapa de Europa bocabajo en la mesa de la cocina y les mostraba a los niños como en esta posición parecía una *jung frau*^[23] y recitaba un largo poema alemán que contaba que España era la cabeza de la dama; los Pirineos, su gorguera; Alemania, su corazón y pecho; Inglaterra e Italia eran sus brazos y Rusia, aunque parecía muy grande, era solo su miriñaque. ¡Este poema ahora sería probablemente declarado propaganda peligrosa!

Mientras caminaba en soledad, Claude iba pensando cómo este campo que una vez le había parecido pequeño y aburrido, ahora parecía grande y rico en variedad. Durante los meses en el campamento había estado completamente absorbido por el nuevo trabajo y las nuevas amistades y, ahora, su propio vecindario venía a él con la frescura de las cosas que han sido olvidadas durante mucho tiempo, aparecía ante sus ojos como un todo armonioso. Se iba a ir lejos y se llevaría todo el campo en su mente, con más significado para él del que nunca antes había tenido. Estaba Lovely

Creek, borboteando por ahí abajo, donde él y Ernest solían sentarse a lamentarse de que el libro de la Historia se hubiera acabado, de que el mundo hubiera llegado a una edad adulta avariciosa y las empresas nobles estuvieran muertas para siempre. Pero se iba a ir lejos...

Esa tarde, Claude la pasó con su madre. Era la primera vez que ella le tenía para sí. Ralph realmente deseaba quedarse y escuchar a su hermano hablar, pero al comprender cómo se sentía su madre, volvió al campo de trigo. No había detalle acerca de la vida de Claude en el campamento que fuera demasiado banal como para que su madre no quisiera oírlo. Le preguntó sobre las comidas, los cocineros, la lavandería, así como por sus propias obligaciones. Hizo que le describiera la instrucción con la bayoneta y que le explicara el funcionamiento de las ametralladoras y los rifles automáticos.

—Apenas veo cómo podremos soportar la preocupación cuando nuestros buques empiecen a zarpar —dijo pensativamente—. Si pueden llevaros hasta allí una vez, no tendré miedo. Creo que nuestros chicos son tan buenos como cualquiera en el mundo, pero con los submarinos que dicen que han hundido en nuestras propias costas, me pregunto cómo hará el Gobierno para llevar a nuestros hombres al otro lado sanos y salvos. Solo pensar en los barcos con miles de hombres jóvenes a bordo hundiéndose es algo tan horrible... —se tapó rápidamente los ojos con las manos.

Claude, sentado frente a su madre, se preguntaba qué hacía que sus manos fueran tan diferentes de cualesquiera otras que hubiese visto. Siempre había sabido que eran diferentes, pero ahora debía observarlas detenidamente para ver por qué. Eran finas y siempre blancas, incluso cuando las uñas estaban manchadas en la temporada de conservas. Sus dedos se arqueaban en las articulaciones como si se encogieran por el contacto. Eran inquietas y a menudo, cuando hablaba, pasaban por su pelo o alisaban ligeramente su vestido. Cuando estaba nerviosa, a veces se ponía la mano en la garganta o palpaba el cuello de su vestido como si estuviese buscando un broche que hubiera perdido. Eran manos sensibles y, sin embargo, parecían no tener nada que ver con los sentidos, parecían ser los dedos de un espíritu andando a tientas.

—¿Qué opináis vosotros?

Claude volvió de su sueño:

—¿Sobre qué, madre? ¡Ah, el transporte! No nos preocupamos por eso. Es cosa del Gobierno llevarnos al otro lado. Un soldado no debe preocuparse por nada a excepción de aquello de lo que es directamente responsable. Si los alemanes hundieran unos cuantos barcos de tropas, sería una desgracia, desde luego, pero a la larga daría una buena imagen. Los británicos están perfeccionando un enorme dirigible, construido para transportar pasajeros. Si hundieren nuestros barcos, eso solo supondría un retraso. En un año, los yanquis estarán sobrevolando la zona. No pueden detenernos.

La señora Wheeler se inclinó hacia delante.

—Eso deben de ser habladurías de los chicos, Claude. ¿No creerás que algo así sea factible?

—Totalmente. Los británicos dependen de sus diseñadores de aviones para hacer precisamente eso si todo lo demás falla. Por supuesto, nadie sabe todavía lo efectivos que serán los submarinos en nuestro caso.

La señora Wheeler de nuevo se cubrió los ojos con la mano.

—Cuando yo era joven, allá en Vermont, solía desear haber vivido en la época antigua cuando el mundo avanzaba a pasos agigantados. Y ahora, siento como si mi vista no pudiese soportar el esplendor que palpita en él. Parece que tuviéramos que haber nacido con facultades nuevas para comprender qué está pasando en el aire y bajo el mar.

XII

El sol de la tarde entraba a raudales por la ventana trasera del largo e irregular salón de la señora Farmer, haciendo que la oscura habitación pareciese una caverna con un fuego encendido en un extremo. Los muebles estaban todos con su fresca cretona de dibujos veraniegos. Los jarrones que estaban en todas las mesitas captaban la luz del sol y soltaban destellos como si fueran lámparas diminutas. Claude llevaba allí sentado un buen rato y sabía que debía marcharse. A través de la ventana que tenía justo al lado pudo ver las filas dobles de malvarrosas, las hojas planas de las catalpas en expansión y las agujas de la enredada menta en su arriate, completamente transparente en el polvo dorado de la luz. Habían hablado de todo excepto de lo que había venido a decir. Mientras miraba hacia el jardín, sentía que nunca lo soltaría. Había algo en la forma en que la menta se encendía y flotaba que le convertía a uno en un fatalista con miedo a entrometerse. Pero después, cuando estuviera lejos, se arrepentiría. La duda le estaría fastidiando como una astilla en el dedo pulgar.

Se levantó de repente y dijo sin disculparse:

—Gladys, me gustaría asegurarme de que nunca te casarás con mi hermano.

Ella no respondió, pero permaneció sentada en su sillón mirándole con una extraña clase de calma.

—Conozco todas las ventajas —continuó apresuradamente—, pero no te compensaría. Esa clase de... compromiso te haría terriblemente infeliz. Lo sé.

—No creo que deba casarme con Bayliss —Gladys habló con su habitual voz suave y sonora, pero su respiración agitada mostrada que Claude había tocado una fibra sensible—. Supongo que le he utilizado. A una profesora de instituto le da cierto prestigio que la gente piense que puede casarse con un soltero rico del pueblo cuando quiera. Pero me temo que no me voy a casar con él porque... tú eres el miembro de la familia al que siempre he admirado.

Claude se giró hacia la ventana.

—Un buen ejemplo que admirar —murmuró.

—Bueno, es cierto, de todas formas. Era así cuando íbamos al instituto y ha seguido siendo así. Todo lo que tú haces siempre me parece apasionante.

Claude sintió un sudor frío en la frente. Ahora deseaba no haber venido jamás.

—Pero vamos, Gladys. ¿Qué he hecho yo jamás excepto meter la pata una y otra vez?

Ella se acercó a la ventana y se colocó junto a él.

—No lo sé, quizá sea gracias a las meteduras de pata que uno acaba conociendo a las personas, por lo que no pueden hacer. Si tú hubieras sido como todos los demás, podrías haberlo logrado todo siguiendo el mismo camino. Esa es la única cosa que no

hubiera podido soportar.

Claude estaba mirando con el ceño fruncido hacia el llameante jardín. No había escuchado ni una sola palabra de lo que le había respondido.

—¿Por qué no evitaste que hiciera el ridículo? —preguntó en voz baja.

—Creo que lo intenté... una vez. De cualquier modo, todo está resultando mejor de lo que yo pensé. No te has quedado atrapado aquí, has encontrado tu sitio. Pronto zarparás. Acabas de empezar.

—¿Y qué pasa contigo?

Ella se rio levemente.

—¡Ah, yo debo enseñar en el instituto!

Claude le cogió las manos y permanecieron de pie mirándose el uno al otro de forma penetrante, nadando en la luz dorada que hacía que todo fuera transparente. Nunca supo exactamente cómo logró encontrar su sombrero y salir de la casa. Solo estaba seguro de que Gladys no le había acompañado a la puerta. Miró hacia atrás una vez y vio su cabeza apoyada contra la brillante ventana.

Ella se quedó allí de pie, exactamente donde él la había dejado, y vio avanzar la noche, sin moverse, sin apenas respirar. Estaba pensando en las veces que, al bajar las escaleras, le vería allí de pie junto a la ventana o dando vueltas por la oscura habitación, mirando por fin lo que tenía que mirar: sus convicciones y la elección que había hecho. Ahora nunca dejaría que esta casa se vendiera por culpa de los impuestos: ahorraría su sueldo y los pagaría. Nunca le podría gustar una habitación tanto como esta. Siempre había sido un refugio de Frankfort y ahora albergaría una figura vívida, segura de sí misma, una imagen tan nítida para ella como el retrato de su abuelo en la pared.

XIII

El domingo era el último día de Claude en casa y dio un largo paseo con Ernest y Ralph. Ernest hubiese preferido que Ralph se perdiera pero, cuando el chico abandonaba los campos, se pegaba a su hermano como una lapa. Había algo en la nueva ropa de Claude y en sus nuevas formas que le fascinaba y experimentó uno de esos repentinos cambios de sentimientos que a menudo ocurren en las familias. Aunque habían sido mejores amigos desde la boda de Claude, hasta ahora Ralph siempre se había sentido un poco avergonzado de él. ¿Por qué —solía preguntarse a sí mismo— Claude «no hacía algo de provecho para llegar a ser alguien»? Ahora estaba asombrado con el hecho de que fuera alguien.

La mañana del lunes, la señora Wheeler se despertó temprano, con una opresión en el pecho. Este era el día en que debía organizarse bien: el desayuno sería la última comida de Claude en casa. A las once en punto, su padre y Ralph le llevarían a Frankfort para coger el tren. Tardó más de lo habitual en vestirse. Cuando bajó las escaleras, Claude y Mahailey ya estaban hablando. Él se estaba afeitando en el servicio y Mahailey estaba de pie observándolo con una loncha de beicon en la mano.

—Diga por allá que lamento de veras lo de sus ancianas, con *tos'sus* platos y su cocina toda rota.

—De acuerdo, se lo diré —Claude se afeitaba la barbilla.

Ella persistía.

—Puede que usted *puea* ayudar a arreglar sus cosas, como hacía con las mías para mí —sugirió esperanzada.

—Quizá —murmuró distraídamente. La señora Wheeler abrió la puerta de la escalera y Mahailey se escabulló para volver a la cocina.

Después del desayuno, Dan salió a los campos con los recolectores. Ralph, Claude y el señor Wheeler estuvieron ocupados con el coche toda la mañana.

La señora Wheeler se quitó el delantal y bajó la colina para ver qué estaban haciendo. No llegó a saber si había realmente un problema con el motor o si los hombres habían hecho de ello un pretexto para estar juntos y alejados de la casa. Sintió que su presencia no era muy deseada y al final subió las escaleras y les observó resignada desde la ventana de la sala de estar. En ese momento escuchó a Ralph subir corriendo hasta el tercer piso. Cuando bajaba con las bolsas de Claude en las manos, asomó la cabeza por la puerta y le gritó alegremente a su madre:

—No hay prisa. Solo las estoy bajando para que estén preparadas.

La señora Wheeler bajó corriendo tras él, gritando débilmente:

—¡Espera, Ralph! ¿Estás seguro de que lo ha metido todo? No le escuché preparar la maleta.

—Todo está preparado. Dice que no tendrá que subir de nuevo. Estará por aquí enseguida. Hay tiempo de sobra —Ralph bajó disparado directo al sótano.

La señora Wheeler se sentó en su sillón de lectura. Querían mantenerla alejada, cosa que era un poco egoísta por su parte. ¿Por qué no podían pasar estas últimas horas tranquilamente en la casa en lugar de entrar y salir corriendo para asustarla? Ahora podía escuchar correr el agua caliente en la cocina, probablemente el señor Wheeler había entrado para lavarse las manos. Se sentía realmente demasiado débil para levantarse e ir a la ventana del oeste para ver si todavía estaban abajo, en el garaje. Esperar ahora era cuestión de segundos y su respiración ya era lo suficientemente débil.

Reconoció unas pesadas botas con tachuelas en las escaleras subiendo rápidamente. Cuando Claude entró con el sombrero en la mano, vio por su forma de caminar, sus hombros y el modo en que se mantenía firme, que había llegado el momento y que la intención de él era que fuera breve. Ella se levantó, le tendió los brazos a medida que se acercaba a ella y la abrazaba. Ella mostraba su leve, curiosa y personal sonrisa con los ojos medio cerrados.

—Bueno, ¿es un adiós? —murmuró ella. Pasó las manos por los hombros de Claude, por su robusta espalda y por los extremos del ajustado abrigo, como si estuviera haciendo un molde y tomando las medidas de su cuerpo. La barbilla de ella llegaba justo a la altura del bolsillo del pecho de él y ella la frotó contra la gruesa tela. Claude se quedó de pie mirándola sin decir una palabra. De repente, sus brazos la apretaron hasta casi aplastarla.

—¡Madre! —suspiró mientras la besaba. Bajó las escaleras y salió corriendo de la casa sin mirar atrás.

Luchó para levantarse de la silla donde se había hundido e ir muy despacio hasta la ventana; bajaba la colina dando grandes zancadas, tan rápido como podía. Se metió de prisa en el coche junto a su padre. Ralph ya estaba al volante y apenas Claude había rozado el asiento cuando ya se habían ido. Bajaron hasta el arroyo y pasaron por el puente, luego subieron la larga colina por el otro lado. Al acercarse a la cima, Claude se puso de pie en el coche y volvió la vista hacia la casa agitando su sombrero de forma cónica. Ella se asomó y forzó la vista pero sus lágrimas lo nublaban todo. La erguida figura marrón parecía flotar fuera del coche y a través de los campos y antes de que realmente desapareciera, lo perdió de vista. Se echó hacia atrás apoyada en el alféizar, y, sujetándose las sienes con ambas manos, comenzó a articular un ahogado y apasionado discurso:

—Viejos ojos —lloraba—, ¿por qué me traicionáis? ¡Por qué me priváis de ver por última vez a mi maravilloso hijo!

LIBRO IV

EL VIAJE EN EL *ANCHISES*

I

Un largo tren con los vagones abarrotados, los pasajeros todos del mismo sexo, casi de la misma edad, todos vestidos igual y con idéntico sombrero, avanzaba lentamente a través del mar de prados verdes a última hora de una tarde de verano. En los vagones, las piernas encogidas se estiraban incesantemente, los hombros se giraban, las cerillas se encendían y los cigarrillos se iban pasando, sonoros bostezos de aburrimiento y alguna ocasional risa general sin motivo. De repente, el tren se detiene de golpe. Las cabezas rapadas con rostros bronceados se asoman por cada ventana. Los chicos comienzan a gritar y quejarse: ¿Cuál era el problema ahora?

El revisor pasó por todos los vagones diciendo algo de un mercancías que había descarrilado más adelante, tenía órdenes de esperar allí durante media hora. Nadie le presta ninguna atención. Un murmullo de asombro se extiende desde un extremo del tren: los chicos se apiñan en las ventanas del lado sur. Por fin hay algo a lo que mirar, aunque lo que ven es tan extrañamente silencioso que ni sus propias exclamaciones se oyen muy altas.

Su tren está detenido junto a un brazo de mar que se adentra bastantes metros en las tierras verdes. En la orilla de las tranquilas aguas están los cascos de cuatro barcos de madera en proceso de construcción. No hay ningún pueblo, no hay chimeneas de fábricas, muy pocos trabajadores. Montones de maderos esparcidos por la hierba. Un motor de gasolina bajo un refugio temporal está accionando una larga grúa que baja entre las pilas de vigas y tablas, sube una carga, silenciosa y deliberadamente la balancea hacia uno de los esqueletos de barco y la baja en algún lugar del cuerpo de esta cosa inmóvil. A lo largo de los lados de los limpios cascos hay unos pocos remachadores trabajando, están sentados en tablones suspendidos, bajándose y subiéndose ellos mismos con poleas, como pintores de brocha gorda. Solo escuchando muy atentamente puede uno oír los golpes de sus martillos. No se grita ninguna orden, no se oye el ruido sordo de maquinaria pesada ni los chirridos de un taladro de hierro rasgan el aire. Estos extraños barcos parecen estar construyéndose por sí mismos.

Algunos de los hombres salen de los vagones y corren a lo largo de las vías, preguntándose los unos a los otros cómo pueden los barcos ser construidos sobre la hierba de esta manera. El teniente Claude Wheeler estira las piernas sobre el asiento de enfrente y se queda sentado en su sitio junto a la ventana, bajando la mirada hacia esta extraña escena. La construcción de barcos, había supuesto, implicaba ruido y fraguas y máquinas y gran cantidad de hombres. Esto era como un sueño: nada más que prados verdes, unas tranquilas aguas grisáceas, una neblina flotante un poco rosada por el sol poniente, gaviotas de apariencia espectral volando lentamente con el

brillo rojizo tintineando en sus alas... y esos cuatro cascos en sus abrazaderas, mirando al mar, reflexionando junto al mar.

Claude no sabía nada sobre barcos o sobre su construcción, pero estos barcos no parecían unidos con clavos, parecían ser una única pieza, como una escultura. Le recordaban a las casas que no parecen estar hechas con las manos: eran como grandes y sencillos pensamientos, como propósitos formándose lentamente aquí en el silencio junto a un brazo del Atlántico en calma. No sabía nada de barcos, pero no tenía por qué, la forma de esos cascos, sus fuertes e inevitables líneas, contaban sus historias, *eran* su historia, contaban toda la aventura del hombre con el mar.

¡Barcos de madera! Cuando las grandes pasiones y las grandes aspiraciones movían un país, a lo largo de sus costas se alineaban figuras como estas para ser la vaina donde se enfundaría su valor. Nada que Claude hubiese visto, oído, leído o pensado jamás había dejado todo tan claro como estas quillas de madera aún sin poner a prueba. Eran el impulso mismo, el acto en potencia, eran el «ir hasta allí», la flecha lanzada, el gran grito no pronunciado, eran el Destino, ¡eran el mañana!

La locomotora llamó con un chirrido a sus esparcidos pasajeros como una vieja pava llama a su nidada. Los soldados volvieron corriendo por el terraplén y se subieron de un salto al tren. El revisor les gritó que estarían en Hoboken a tiempo para la cena.

II

Era medianoche cuando los muchachos tomaron su cena y empezaron a desenrollar sus mantas para dormir en el suelo de las largas salas de espera del muelle, que en otros días se habían atestado de gente que venía a dar la bienvenida a los amigos que regresaban a casa o para desearles buena suerte en sus viajes a costas extranjeras. Claude y algunos de sus hombres habían tratado de echar un vistazo a su alrededor, pero había poco que ver. La proa de un barco, pintado con dibujos blancos y negros para camuflarse, se alzaba en un extremo de la nave, pero no se podía ver el agua. Abajo en la calle adoquinada, observaron durante un rato la larga fila de carros fuertes y camiones que entraban durante toda la noche en una inmensa caverna iluminada con electricidad, donde cajas de embalaje, barriles y mercancías de todo tipo estaban apiladas, con la marca de las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses: cajas con maquinaria eléctrica de alguna fábrica de Ohio, recambios de automóviles, cureñas, bañeras, suministros médicos, fardos de algodón, cajas con comida enlatada, tanques grises metálicos llenos de fluidos químicos. Claude regresó a la sala de espera, se tumbó y se quedó dormido con la deslumbrante luz de una lámpara de arco brillando de lleno en su cara.

Le llamaron a las cuatro de la mañana y le dijeron dónde presentarse en los cuarteles generales. El capitán Maxey, sentado a un escritorio en uno de los descansillos, explicó a sus tenientes que su compañía debía zarpar a las ocho en punto en el *Anchises*. Era un barco inglés, un viejo transatlántico sacado del comercio con Australia que podía llevar solo dos mil quinientos hombres. La tripulación era inglesa, pero parte de las reservas (la carne, la fruta fresca y las verduras) había sido facilitada por el Gobierno de los Estados Unidos. El capitán había estado en el barco durante la noche y no le había gustado mucho. Había esperado ser asignado a uno de esos enormes y estupendos buques de la Hamburg-American Line, con comedores con acabados en palisandro, con plantas de ventilación y refrigeración y con ascensores que iban desde la cubierta hasta el sótano como en un edificio de oficinas de Nueva York.

—Sin embargo —dijo—, tendremos que aprovechar al máximo. Ahora están utilizando cualquier cosa que tenga una quilla.

La compañía formó para pasar lista en uno de los extremos de la nave con sus mochilas y rifles. Se les sirvió el desayuno mientras esperaban. Después de una hora de pie sobre el hormigón, vieron señales alentadoras: se bajaron desde el barco dos pasarelas al final de la grada y, por cada una de ellas subía una estrecha fila marrón de hombres con elegantes gorras de servicio. Reconocieron a una compañía de infantería de Kansas y empezaron a quejarse porque a ellos no les habían dado sus

gorras de servicio aún y tendrían que viajar con sus viejos Stetson. Pronto fueron incluidos en una de las filas marrones que subían las pasarelas continuamente como las correas que hacen funcionar una máquina. En la cubierta un camarero dirigía a los hombres hacia abajo, a la bodega, y otro guiaba a los oficiales hasta sus camarotes. A Claude le mostraron un camarote de cuatro literas. Uno de sus compañeros de cuarto, el teniente Fanning, de su propia compañía, estaba ya allí, colocando su escaso equipaje. El camarero les dijo que los oficiales estaban desayunando en el salón comedor.

A las siete en punto, todas las tropas estaban a bordo y a los hombres les fue permitido ir a cubierta. Por primera vez, Claude vio el perfil de la ciudad de Nueva York, esbelto y gris frente al cielo de una mañana del color del ópalo. El día había amanecido caluroso y con neblina. El sol, aunque ya estaba bastante alto, era una bola roja atravesada por nubes púrpuras. Los altos edificios, de los que tanto había oído hablar, parecían frágiles e ilusorios, meras sombras de gris y rosa y azul que podrían disolverse con la neblina y desaparecer en ella. Los chicos estaban decepcionados, eran hombres del oeste, acostumbrados a la fuerte luz de las grandes alturas y querían ver la ciudad con claridad, no les decían nada estas torres desiguales que emergían débilmente a través del vapor. Todo el mundo estaba haciendo preguntas: ¿Cuál de esos pálidos gigantes era el Edificio Singer? ¿Cuál el Woolworth? ¿Qué era esa cúpula dorada que brillaba pálidamente a través de la niebla? Nadie lo sabía. Todos estaban de acuerdo en que era una lástima que no hubiesen podido pasar un día en Nueva York antes de zarpar y que se sentirían estúpidos en París cuando tuvieran que admitir que jamás habían paseado siquiera por Broadway. Los ferrys, los remolcadores y las gabarras con carbón recorrían de arriba abajo el grasiento río, todas visiones novedosas para los soldados. En los muelles de la Canard y de la compañía francesa vieron los primeros ejemplos del «camuflaje» del que tanto habían oído hablar: grandes embarcaciones pintarrajeadas con inusuales diseños que hacían daño a la vista, algunos en blanco y negro y otros con los suaves tonos del arco iris.

El remolcador atracó y echó amarras. Unos instantes después apareció un hombre en el puente que se puso a hablar con el capitán. El joven Fanning, que se había pegado a Claude, le dijo que este era el piloto y que su llegada significaba que estaban a punto de zarpar. Podían ver los brillantes instrumentos de una banda reuniéndose en la proa.

—Vamos hasta el otro lado, cerca de la barandilla, si podemos —dijo Fanning—. La gente se está amontonando aquí porque quieren ver a la Diosa de la Libertad mientras salimos. Ni siquiera saben que este barco gira en cuanto llegue al río. ¡Piensan que va primero hacia popa!

No fue fácil cruzar la cubierta, cada centímetro estaba ocupado por una bota. Toda la superestructura estaba oculta bajo uniformes marrones, se agarraban a los

pescantes, a los cabrestantes, a las barandillas y a los ventiladores, como abejas en un enjambre. Justo cuando el barco estaba retrocediendo para salir, se levantó una brisa que despejó el aire. Se abrió un cielo azul por encima de sus cabezas y la pálida silueta de los edificios en la larga isla se hizo más afilada y dura. Las ventanas desprendían destellos del color de las llamas en las grises fachadas, los remates de oro y bronce de las torres empezaron a brillar donde la luz del sol pugnaba por entrar. El barco se deslizaba hacia su destino y, a la izquierda, llamaba la atención la telaraña plateada de puentes que se veían de forma confusa unos contra otros.

—¡Allí está!

—¡Hola, vieja amiga!

—¡Adiós, querida!

El enjambre se dirigió en tropel hacia estribor. Gritaban y gesticulaban a la imagen que todos estaban buscando, mucho más cerca de lo que ellos habían esperado verla, con su vestido de pliegues verdes, y la neblina ascendiendo como si fuera humo por detrás de ella. Para casi todos esos dos mil quinientos hombres, así como para Claude, era la primera vez que vislumbraban la estatua de Bartholdi. Aunque era una imagen bien definida en sus mentes, no la habían imaginado en su escenario de mar y cielo con los barcos del mundo entrando y saliendo a sus pies y las masas de nubes en movimiento detrás de ella. Las imágenes de las postales no les habían proporcionado la idea de energía de su gran gesto o de cómo su pesadez se hacía ligera entre los elementos vaporosos. «Francia nos la dio», no dejaban de decir mientras la saludaban. Antes de que Claude se hubiese recobrado de su primera emoción, la banda de Kansas en la proa comenzó a tocar *Over There*. Dos mil voces se unieron a ella: sobre el mar retumbaba la alegre e indomable resolución de ese aire desenfadado.

Un ferry de Staten Island pasó muy cerca por la proa del buque, eran empleados de oficina de camino al trabajo y cuando levantaron la vista y vieron estos cientos de caras, todas jóvenes, todos bronceadas y sonrientes, comenzaron a gritar y saludar con sus pañuelos. Uno de los pasajeros era un viejo clérigo, un famoso orador en su época, ahora retirado, que iba a la City cada mañana para escribir editoriales para un periódico de la iglesia. Cerró el libro que estaba leyendo, se puso de pie junto a la barandilla y quitándose el sombrero comenzó a citar solemnemente a un poeta que en su tiempo era todavía popular. «Sail on», pronunció tembloroso.

Continúa navegando, también tú, oh, Barco del Estado,
la humanidad, con todos sus temores,
con todas sus esperanzas para años futuros,
se aferra sin aliento a tu destino^[24].

Mientras el buque se deslizaba por el canal de salida, el viejo siguió observándolo desde la cubierta del castillo. Ese clamoroso enjambre de brazos y gorras y rostros marrones no parecía otra cosa que una multitud de chicos americanos yendo a un partido de fútbol en algún lugar. Pero la escena era eterna: jóvenes que se alejaban para morir por una idea, un sentimiento, por el mero sonido de una frase... y en su partida le estaban haciendo promesas a una imagen de bronce en el mar.

III

Durante la primera mañana, Tod Fanning le enseñó el barco a Claude; no es que Fanning hubiese estado jamás en algo más grande que un vapor del lago Michigan, pero sabía bastante sobre maquinaria y no dudaba en pedir a los camareros que le explicaran cualquier cosa que no supiera. A los chicos les parecía que los camareros, y de hecho toda la tripulación, eran un grupo de hombres inusualmente amables y serviciales.

El cuarto ocupante del número 96s, el camarote de Claude, no había aparecido a mediodía, ni tampoco ninguna de sus pertenencias, así que los tres que ya habían colocado sus escasos efectos personales allí empezaron a albergar la esperanza de tener más sitio para ellos solos; ya estaba bastante abarrotado así. La tercera litera le fue asignada a un oficial del regimiento de Kansas, el teniente Bird, de Virginia, que estaba trabajando en el banco de su tío en Topeka cuando se alistó. Él y Claude se sentaron juntos en el comedor. Mientras estaban comiendo, el virginiano dijo con su amable tono de voz:

—Teniente, me gustaría que me explicara cómo es el teniente Fanning, parece muy inmaduro. Me ha estado hablando sobre un destructor de submarinos que ha inventado, pero me parece que no son más que tonterías.

Claude se rio.

—No trate de entender a Fanning, simplemente espere a conocerlo un poco y acabará por gustarle. Yo solía preguntarme cómo consiguió ser nombrado oficial, nunca puedes saber qué locura va a hacer.

Fanning había traído a bordo, por ejemplo, un par de pantalones de franela blancos, sus primeros y únicos pantalones hechos a medida, porque tenía el presentimiento de que el barco llegaría a puerto y ¡que le invitarían a una fiesta al aire libre! Tenía la costumbre de utilizar palabras complejas en el sitio equivocado, no porque intentara lucirse sino porque a él todas las palabras le sonaban parecidas. Durante los primeros días, mientras se estaban conociendo, en el campamento le dijo a Claude que esto era un defecto que no podía evitar y que se llamaba *anestesia*^[25]. Algunas veces, este defecto provocaba confusión: cuando Fanning declaraba sentenciosamente que le gustaría estar presente cuando el príncipe heredero saldara sus cuentas con Platón, Claude se quedaba perplejo hasta que las ocurrencias posteriores revelaban que el chico se refería a Plutón^[26].

A las tres en punto, había un concierto de la banda en la cubierta. Claude se puso a hablar con el director y se alegró de saber que venía de Hillport, Kansas, una ciudad donde Claude había estado una vez con su padre para comprar ganado, y de donde procedían sus catorce músicos. Eran la banda del pueblo, se habían alistado en grupo,

habían completado la instrucción juntos y no se habían separado nunca. Uno de ellos era un impresor que ayudaba a sacar a la luz el *Hillpor Argus* cada semana, otro era dependiente en una tienda de comestibles, otro era hijo de un relojero alemán, uno estaba todavía en el instituto y otro trabajaba en el sector del automóvil. Después de la cena, Claude se los encontró a todos reunidos, muy interesados en su primera noche en el mar y discutiendo sobre si la puesta de sol sobre el agua era tan fantástica como aquellas que habían visto cada noche en Hillport. Permanecían juntos de forma tranquila y resuelta y, si empezabas a hablar con alguno, pronto te dabas cuenta de que todos los demás estaban ahí también.

Cuando Claude, Fanning y el teniente Bird se estaban desvistiendo esa noche en su estrecho cuarto, la cuarta litera todavía no había sido reclamada. Estaban en sus camas y casi dormidos cuando el hombre desaparecido entró y encendió bruscamente la luz. Se asombraron al ver que llevaba el uniforme de la Royal Flying Corps y un bastón. Parecía muy joven, pero los tres que le miraban a hurtadillas sospecharon que debía de ser una persona relevante. Se quitó el abrigo, en cuyo cuello estaba la insignia de las alas extendidas, le dio cuerda a su reloj y se cepilló los dientes con un aire de especial importancia. Poco después de que apagara la luz y se subiera a la litera, sobre la del teniente Bird, un fuerte olor a ron se esparció por el aire.

Fanning, que dormía debajo de Claude, le dio una patada al curvado colchón de encima y asomó la cabeza.

—¡Eh, Wheeler! ¿Qué tiene ahí arriba?

—Nada.

—Ese nada me huele muy bien. Tomaré un poco con quien me quiera invitar.

Ninguna respuesta de ninguna de las camas. Bird, el virginiano, murmuró:

—No arme líos —y se durmieron.

Por la mañana, cuando vino el camarero, fue avanzando poco a poco por la estrecha cabina y asomó la cabeza a la cama que estaba sobre la de Bird.

—Disculpe, señor, he buscado exhaustivamente su equipaje y no ha sido posible encontrarlo, señor.

—Le dije que deben encontrarlo —dijo airadamente una petulante voz desde arriba—. Lo traje desde el hotel St. Regis yo mismo en un taxi. Lo vi en el muelle con el equipaje de los oficiales, un baúl negro con las letras V. M. en ambos extremos. Vaya a por él.

El camarero sonrió con discreción. Probablemente sabía que el aviador había subido a bordo en un estado que le impedía realizar una observación demasiado precisa por su parte.

—Muy bien, señor. ¿Puedo traerle alguna otra cosa por ahora?

—Puede llevarse esta camisa a la lavandería y traérmela de vuelta esta noche. No tengo ropa limpia en mi bolsa.

—Sí, señor.

Claude y Fanning subieron a cubierta lo más rápidamente que pudieron y encontraron a muchos de sus compañeros allí ya, señalando las oscuras manchas de humo a lo largo del claro horizonte. Sabían que estos barcos provenían de puertos desconocidos, algunos de ellos muy lejanos, avanzando hacia allí bajo órdenes conocidas solo por sus comandantes. En unas pocas horas, todos ellos se alcanzarían los unos a los otros en un punto dado de la superficie del océano. Todos ocuparían su lugar, flanqueados por sus destructores, y avanzarían en una formación ordenada, sin cambiar sus posiciones relativas. Sus escoltas no les dejarían hasta que se les unieran los cañoneros y los destructores procedentes de cualquiera que fuera la costa que les rodeaba; qué costa era esa ni siquiera sus propios oficiales lo sabían todavía.

Más tarde esa misma mañana, este encuentro tuvo lugar de verdad. Había diez buques de tropas, algunos de ellos muy grandes, y seis destructores. Los hombres pasaron toda la mañana por ahí sin hacer nada, mirando embelesados a sus buques gemelos, tratando de averiguar sus nombres, adivinando su capacidad. A pesar de lo curtidos que ya estaban, en sus labios y narices comenzaron a formarse ampollas por la abrasadora luz del sol. Tras largos meses de entrenamiento intensivo, pasar de repente por una existencia desocupada y relajante era de agradecer para ellos. Aunque sus pasados no eran largos ni variados, la mayoría de ellos, como Claude Wheeler, tenían una sensación de alivio al haberse deshecho de todo lo que habían sido antes y afrontar algo completamente nuevo. Tod Fanning dijo mientras pasaba el rato junto a la barandilla:

—A quien le guste puede correr detrás de un tren cada mañana y dejarse los días en algún trabajo en la Westinghouse, pero no yo, ¡nunca más!

El virginiano se les unió.

—Ese inglés todavía no ha salido de la cama. Creo que ha estado emborrachándose de forma bastante ininterrumpida. Aquello huele como un bar. El camarero estaba justamente saliendo y me guiñó un ojo. Estaba guardándose algo en el bolsillo, parecía un billete.

Claude tenía curiosidad y bajó al camarote. Al entrar, el aviador, tumbado medio vestido en la litera de arriba, se incorporó sobre un codo y bajó la mirada hacia él. Sus ojos azules entrecerrados eran inescrutables, su pelo rizado estaba alborotado, pero sus mejillas estaban tan rosadas como las de una muchacha y el pequeño y finísimo bigote amarillento sobre el labio superior estaba bastante retorcido.

—Se está perdiendo un clima estupendo —dijo Claude amablemente.

—¡Ah, habrá muchos días para disfrutar del clima antes de que lleguemos y muy pocos para cualquier otra condenada cosa! —sacó una botella de debajo de su almohada—. ¿Un trago?

—No me importaría... —Claude extendió la mano.

El otro se rio y se hundió de nuevo sobre la almohada, mientras decía perezosamente, alargando las palabras:

—¡Chico valiente! Adelante, brindemos por el káiser.

—¿Por qué por él en particular?

—Por nada en particular. Brinde por Hindenburg o por el alto mando o por cualquier otra cosa que le sacara de los maizales, porque de ahí es de donde le sacaron, ¿verdad?

—Vaya, es una buena deducción, en cualquier caso. ¿De dónde le sacaron a usted?

—Crystal Lake, Iowa. Creo que ese fue el lugar —bostezó y cruzó los brazos sobre el estómago.

—Bueno, pensábamos que era inglés.

—No exactamente. Aunque he servido en el ejército de Su Majestad durante dos años.

—¿Ha volado en Francia?

—Sí. He estado yendo y viniendo todo el tiempo, Inglaterra y Francia. Ahora he malgastado dos meses en Fort Worth. De instructor. No es lo mío. Debieron de enviarme allí como una reprimenda. Sin embargo, con mi coronel nunca se sabe: esta pudo haber sido su forma de apartarme del peligro.

Claude levantó la mirada hacia él, asombrado ante tal idea.

El joven de la litera sonrió con una compasión desganada.

—¡Oh, no me refiero a los aviones de esos *Boches*^[27]! Hay peligros y peligros. Descubrirá que le dieron una información jodidamente escasa sobre esta guerra allí donde le entrenaron. No transmiten ningún detalle importante. ¿Se va ya?

Claude no tenía intención pero ante esta sugerencia tiró hacia sí de la puerta.

—Un momento —gritó el piloto—. ¿Puede hacer que ese culo de piernas largas que duerme debajo esté calladito?

—¿Fanning? Es un buen chico. ¿Qué problema hay con él?

—Su ignorancia general y su insufrible tono familiar —soltó el otro mientras se daba la vuelta.

Claude encontró a Fanning y al virginiano jugando al ajedrez y les contó que el misterioso aviador era también un compatriota. Ambos parecieron decepcionados.

—¡Bah! —exclamó el teniente Bird.

—Después de eso, que no vuelva a darse esos aires conmigo —declaró Fanning—. ¡Crystal Lake! ¡Vaya, ni siquiera es un pueblo!

De todas maneras, Claude quería averiguar cómo un joven de Crystal Lake acabó siendo un miembro del Royal Flying Corps. De entre los cientos de extraños, media docena ya destacaba como hombres a quienes estaba decidido a conocer mejor. En conjunto, los hombres constituían un buen grupo mientras holgazaneaban por las

cubiertas bajo la luz del sol, las rivalidades insignificantes y los celos de los días en el campamento estaban olvidados. Su juventud parecía fluir a la vez, como sus uniformes marrones. Vistos así como una masa de gente, pensó Claude, eran unos tipos de aspecto bastante noble. En muchos de los rostros había una mirada de auténtica franqueza, una expresión de alegre expectación y una buena voluntad llena de confianza.

Había a bordo un infante de marina, con los galones del Servicio fronterizo en su abrigo. Había estado enfermo en el hospital de la marina en Brooklyn cuando zarpó su regimiento y ahora iba hacia allí para unirse a él. Era un tipo joven, bastante pálido por su reciente enfermedad, pero representaba exactamente la idea que Claude tenía del aspecto que debería tener todo soldado. No le quitó la vista de encima al marine en todo el día.

El nombre del joven era Albert Usher y provenía de un pequeño pueblo en lo alto de las montañas Wind River, en Wyoming, donde trabajaba en una explotación forestal. Le había contado a Claude estos detalles cuando se encontraron de pie uno junto al otro esa noche, mientras observaban el amplio sol púrpura bajando hacia el mar de color morado.

Esa era la hora en la que los granjeros llevaban a sus caballos de vuelta a casa después de un día de trabajo. Claude pensaba en que su madre ahora se quedaría de pie junto a la ventana del oeste cada noche, observando el sol ponerse y siguiendo el recorrido de su hijo en su mente. Cuando el joven marine subió y se unió a él, Claude admitió sentir una punzada de nostalgia.

—Ese es el tipo de enfermedad contra la que yo no tengo que luchar —dijo Albert Usher—, me dejaron en un orfanato en un solitario rancho cuando tenía nueve años y he cuidado de mí mismo desde entonces.

Claude dirigió la vista hacia la hermosa cabeza del joven, que se erguía desde su cuello con fuertes y definidas líneas, y pensó que había hecho muy buen trabajo consigo mismo. No podría haber dicho qué era exactamente lo que le gustaba de la cara del joven Usher, pero le parecía un rostro que ha pasado por muchas cosas, que había sido entrenado como su cuerpo y que había desarrollado un carácter definido. Lo que Claude creía que resultaba de una vida de aventuras y valentía, en realidad se debía a unos huesos bien formados. La cara de Usher estaba más «moldeada» que la mayoría de los rostros sanos que le rodeaban.

Cuando se le preguntaba, el marine continuaba diciendo que, aunque no tenía casa de su propiedad, siempre tuvo la suerte de acabar entre gente amable. Podría volver a cualquier casa en Pinedale o Du Bois y ser recibido como un hijo.

—Supongo que hay mujeres amables en todos sitios —dijo—, pero, a ese respecto, Wyoming ha conseguido superar al resto del mundo. Nunca he sentido la falta de un hogar. Ahora los Marines de los Estados Unidos son mi familia, mi casa

está dondequiera que estén ellos.

—¿Estuvo en Veracruz? —preguntó Claude.

—¡Ya lo creo! Pensamos que era todo un grupo en aquel momento; pero creo que no será gran cosa cuando llegemos allí, sin embargo. Cuento con ver enfrentamientos de primera. ¿Cuánto tiempo lleva en el ejército?

—En abril hizo un año. No he tenido mucha suerte con lo de ir al frente. Me han tenido dando tumbos para entrenar a los hombres.

—Entonces su suerte está aún por llegar. ¿Se graduó en la universidad?

—No, fui a la facultad, pero no terminé.

Usher miraba con el ceño fruncido al camino dorado sobre el agua donde el sol aparecía medio sumergido, como un gran ojo vigilante que se estuviera cerrando.

—Siempre quise ir a la universidad, pero nunca lo logré. Un hombre en Laramie se ofreció a pagarme un curso de la universidad de allí, pero yo era demasiado inquieto. Supongo que me avergonzaba mi letra —hizo una pausa como si se hubiera enfrentado a algún viejo remordimiento. Un instante después, dijo de pronto—: ¿Sabe *parlez-vous*?

—No, sé algunas palabras, pero no soy capaz de ponerlas juntas.

—Yo igual. Espero aprender algo. Pillé bastante de español abajo, en la frontera.

Para entonces, el sol había desaparecido y por todo el oeste el cielo se ponía uniformemente amarillo, como una cortina dorada, sobre el tranquilo mar que parecía haberse solidificado en una losa de piedra azul oscuro, sin un centelleo en su inmóvil superficie. A través de la lisa oscuridad, aparecían dos manchas de un verde pálido, como los huevos de un petirrojo.

—¿Le gusta el agua? —preguntó Usher con el tono de un anfitrión educado—. Cuando viajé por primera vez en un crucero estaba entusiasmado. Aún lo estoy, pero, sabe, también me gustan las viejas montañas desnudas de Wyoming. Hay cascadas que puedes ver desde las llanuras a veinte millas de distancia, parecen sábanas blancas o algo así, tendidas allí, en los acantilados. Y abajo, en los bosques de pinos, en los fríos riachuelos, hay truchas del tamaño de mi brazo.

Esa noche, Claude estaba en cubierta, casi solo: había un concierto abajo en la cámara de oficiales. Al oeste, se habían acumulado nubes oscuras que se movían tan despacio que ondeaban sobre el agua como una tela negra colgando de un tendedero.

La música que venía de abajo sonaba bien. Cuatro chicos suecos de la colonia escandinava en Lindsborg, Kansas, estaban cantando *Long, Long Ago*. Claude escuchaba desde un lugar resguardado en la popa. ¿Qué estaban haciendo ellos y él aquí, en el Atlántico? Hace dos años, Claude parecía un tipo para el que la vida había terminado, anclado al suelo como un poste o como esos criminales chinos que son plantados erguidos en la tierra solo con la cabeza fuera para que los pájaros la picoteen y les piquen los insectos. Todos sus compañeros habían estado ocultos en

pueblos de la pradera, con sus modestos trabajos y sus modestos planes. Sin embargo, aquí estaban, acompañados por barcos desconocidos convocados desde las cuatro esquinas del mundo. ¿Cómo han llegado a merecer la vigilancia y devoción de tantos hombres y máquinas, tal derrochador consumo de combustible y energía? Tomados de uno en uno, eran tipos normales, como él mismo. Sin embargo, aquí estaban. Y en este masificado movimiento de hombres no había nada convencional ni corriente, estaba seguro de ello. Eran, del primero al último, imprevisibles, casi increíbles. Hace cuatro años, cuando los franceses estaban en posesión del Marne, el hombre más sabio del mundo no habría concebido esta posibilidad, habrían tenido en cuenta cualquier otra excepto esta. «Puede Dios hacer que de estas piedras nazcan hijos a Abrahán».

Abajo los chicos comenzaron a cantar *Annie Laurie*. ¿Dónde quedaban esas noches de verano cuando solía sentarse en silencio junto al molino de viento preguntándose qué hacer con su vida?

IV

La mañana del tercer día, Claude, el virginiano y el marine se levantaron muy temprano, observaban el *Anchises* elevándose sobre las frescas colinas de agua en movimiento desde la proa que, al subir y bajar, siempre aparecía como un apagado triángulo contra el resplandor. Sus escoltas parecían barcos de un sueño, suaves e iridiscentes como una concha con los matices color perla de la mañana. Solo las manchas oscuras de humo decían que eran realidades mecánicas con fogoneros y motores.

Mientras estaban los tres allí de pie, un sargento informó a Claude de que dos de sus hombres tenían que dar parte de enfermedad. El cabo Tannhauser había tenido una hemorragia nasal tan severa durante la noche que el sargento pensó que moriría antes de que pudieran cortarla. Tannhauser estaba levantado ahora y en la fila para el desayuno, pero el sargento estaba seguro de que no debía estar allí. Este Fritz Tannhauser era el hombre más alto de la compañía, un chico medio alemán medio americano que, cuando le preguntaban su nombre, normalmente decía que era Dennis y que tenía ascendencia irlandesa. Incluso esa mañana trató de hacer una broma y, señalando su gran cara roja, le dijo a Claude que pensaba que tenía el sarampión.

—Solo que no es rubeola^[28], teniente —insistía.

La inspección médica tardó bastante rato aquella mañana. Parecía estar apareciendo el brote de alguna enfermedad a bordo. Cuando Claude llevó a sus dos hombres hasta el médico, este les dijo que fueran abajo y se metieran en la cama. Cuando se fueron, se dirigió a Claude.

—Deles té caliente y ponga una pila de mantas del ejército sobre ellos. Hágalos sudar, si puede —Claude comentó que la bodega no era el mejor sitio para los enfermos.

—Lo sé, teniente, pero hay varios hombres enfermos esta mañana y el otro médico a bordo es el que está más enfermo de todos. Está el médico del barco, por supuesto, pero él solo es responsable de la tripulación y hasta ahora no parece muy interesado. Tengo que revisar el hospital y los suministros médicos esta mañana.

—¿Hay algún tipo de epidemia?

—Bueno, espero que no. Pero tengo mucho que hacer hoy, así que cuento con usted para cuidar de esos dos —el médico era de Nueva Inglaterra y se les había unido en Hoboken. Era un hombre enérgico y de aspecto cuidado, con una mirada penetrante, rasgos bien definidos y el pelo del mismo gris que su pálida cara. Claude supo de inmediato que conocía su oficio y bajó para llevar a cabo las instrucciones tan bien como pudiese.

Cuando subió de la bodega, vio al piloto, cuyo nombre, según había sabido, era

Victor Morse, fumando junto a la barandilla. Este compañero de camarote aún despertaba su curiosidad.

—Es la primera vez que sube, ¿verdad?

El piloto estaba mirando hacia las distantes columnas de humo sobre las trémulas y brillantes aguas.

—Y es suficiente. Me gustaría saber adónde nos dirigimos. Sería terriblemente incómodo para mí que llegáramos a un puerto francés.

—Pensaba que había dicho que tenía que presentarse en Francia.

—Y tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo en Londres primero —continuó mirando hacia los barcos pintados. Claude se dio cuenta de que, estando de pie, mantenía la barbilla muy alta. Sus ojos, ahora que estaba bastante sobrio, eran intensamente jóvenes y audaces, parecían despreciar todo lo que había a su alrededor. Se mantenía visiblemente apartado, como si no se encontrara entre los de su clase.

Claude había visto una grulla capturada, con la pata atada al gallinero, comportarse exactamente igual entre las gallinas de Mahailey: manteniendo las alas a los lados, moviendo rápidamente la cabeza para todos lados con una mirada feroz.

—Supongo que tiene amigos en Londres, ¿no? —preguntó.

—¡Bastantes! —contestó el piloto con emoción.

—¿Le gusta más que París?

—No creo que nada sea mucho mejor que Londres. No he estado en París, siempre volvía a casa cuando estaba de permiso. Nos hacían trabajar muy duro. En la infantería y en la artillería nuestros hombres solo consiguen quince días libres en doce meses. Creo que los americanos han alquilado la Riviera, para recuperarse en Niza y Montecarlo. El único viaje organizado que hicimos fue a Gallipoli —añadió con seriedad.

Los chicos pensaban que Victor se había esforzado mucho para conseguir un acento británico, al menos al pronunciar «necesidad» y «disentería» y llamar «tiradores» a los tirantes. Ofreció a Claude un cigarrillo mientras comentaba que tenía los puros en su baúl perdido.

—Coja uno de los míos, mi hermano me envió dos cajas justo antes de zarpar. Pondré una caja sobre su litera la próxima vez que baje. Son buenos.

El joven se giró y le escrudiñó con sorpresa.

—Bueno, ¡eso es muy amable de su parte! Sí, gracias, lo cogeré.

Claude había intentado, el día anterior, cuando le dejó algunas camisas a Victor, que le hablara de sus aventuras aéreas, pero sobre este tema se cerraba en banda. Admitió que la larga cicatriz roja en su brazo se la había hecho un tirador de un Fokker alemán, pero rápidamente añadió que no tuvo importancia, ya que pudo efectuar un buen aterrizaje. Ahora, con ayuda de los puros, Claude pensó que podría investigar un poco más. Preguntó si había algo más en el baúl perdido que no pudiera

ser reemplazado, algo «de valor».

—Hay una cosa cuyo valor seguro que no se puede calcular: un objetivo Zeiss en perfecto estado. Consigo de vez en cuando varios equipos fotográficos buenos, pero las lentes siempre se rompen por el calor, estas cosas normalmente no aguantan el fuego. Este lo saqué de un avión que derribé en Bar-le-Duc y no tenía ni un arañazo, simplemente un milagro.

—Se hace con todo el botín cuando derriba un aparato, ¿verdad? —preguntó Claude alentándole a seguir.

—Por supuesto, tengo una buena colección: altímetros, brújulas, barómetros. Siempre llevo conmigo este objetivo porque temo dejármelo en cualquier sitio.

—Supongo que uno se siente bastante bien al derribar uno de esos aviones alemanes.

—A veces. Yo he derribado más de la cuenta, sin embargo. Fue muy desagradable —Victor hizo una pausa, frunció el ceño. Pero la expresión sincera y crédula de Claude acabó venciendo sus reservas—. Derribé a una mujer una vez. Era un diablillo valiente, pilotaba un avión de reconocimiento y nos había incordiado un poco volando sobre nuestras líneas. Naturalmente, no sabíamos que era una mujer hasta que cayó. Estaba aplastada bajo los restos. Vivió unas pocas horas y dictó una carta a los suyos. Yo salí y dejé caer la carta dentro de sus líneas. Fue un asunto muy desagradable. Me quedé completamente tocado, aunque conseguí quince días de permiso en Londres. Wheeler —saltó de repente—, ¡ojalá estuviéramos yendo hacia allí ahora!

—Me encantaría que así fuera.

Victor se encogió de hombros.

—¡Eso espero! —giró su barbilla hacia Claude—. Verá, si quiere, ¡le enseñaré Londres! Es una promesa. Los americanos nunca llegan a conocerlo, ¿sabe? Se sientan en las tiendas de la YMCA para escribir a sus Pollyannas o se van en busca de la Torre de Londres. Yo le enseñaré una ciudad que está viva, a no ser que tenga preferencia por los museos.

Claude se rio.

—No, quiero ver vida, como se suele decir.

—Mmm, me gustaría llevarle a algunos lugares que se me ocurren. Muy bien, le invito a cenar conmigo en el Savoy la primera noche que pasemos en Londres. Se abrirá el telón en este mundo para usted. No admiten a nadie que no vaya con traje de noche, las joyas le van a deslumbrar. Actrices, duquesas, las mujeres más bellas de Europa.

—Pero yo pensaba que Londres era oscura y lúgubre desde la guerra.

Victor sonrió y, con los dedos pulgar y corazón, alisó su bigote del color de la paja.

—Quedan un par de lugares luminosos, ¡menos mal! —empezó a explicarle a un novato cómo era realmente la vida en el frente. Nadie que hubiese estado de servicio hablaba sobre la guerra o pensaba en ella, era simplemente la situación en la que vivían. Los hombres hablaban sobre ese regimiento en particular del que estaban celosos o de qué división era la favorita y era inscrita para todos los combates de demostración. Todo el mundo pensaba en sus propios asuntos, en sus vidas privadas, con las que trataban de continuar a pesar de la disciplina; en el próximo permiso, en cómo conseguir champán sin pagar por él, en dar esquinazo a los guardias, en meterse en líos con las mujeres para luego volver a salir de ellos—. ¿Se maneja bien con el francés? —preguntó.

Claude sonrió.

—No especialmente.

—Será mejor que lo repase si quiere conseguir algo de las mujeres francesas. He oído que su policía militar es muy estricta. Debe ser capaz de soltar las palabras en el mismo minuto que vea una falda, y hacerse con una cita antes de que el policía le descubra.

—Supongo que las francesas no tienen ningún escrúpulo —comentó Claude despreocupadamente.

Victor encogió sus estrechos hombros.

—No he visto que tengan muchos en ningún sitio. Cuando nosotros los canadienses estábamos entrenando en Inglaterra, todos teníamos una mujer para el fin de semana. Creo que las mujeres en Crystal Lake solían ser más o menos quisquillosas pero eso fue hace mucho y lejos de aquí. No tendrá ningún problema.

Cuando Victor estaba en medio del relato de una aventura amorosa, un poco diferente de cualquiera que Claude hubiese escuchado jamás, Tod Fanning se les unió. El piloto no hizo caso a la presencia de un nuevo oyente, pero cuando hubo terminado la historia, se alejó con su especial y arrogante paso, con los ojos fijos en la distancia.

Fanning le miró indignado mientras se iba.

—¿Se lo puede creer? No creo que sea un rompecorazones. ¡Y qué valor al llamarle teniente con acento británico! Cuando me hable a mí tendrá que pronunciarlo con acento americano o estropearé su bonita cara^[29].

Los hombres recordaron ese día durante mucho tiempo después, ya que fue el último día de buen tiempo y el último de esos primeros largos días sin preocupaciones en alta mar. Por la tarde, Claude, el joven marine, el virginiano y Fanning se sentaron juntos al sol mientras observaban cómo el agua bajaba formando profundos valles y subía dando lugar a onduladas colinas azules. Usher les estaba contando a sus compañeros una larga historia sobre el desembarco de los marines en Veracruz.

—Es una grande y vieja ciudad —concluyó—. Hay algo allí que nunca olvidaré. Algunos nativos nos llevaron a unos pocos de nosotros hasta la vieja prisión situada en una roca en el mar. Echamos el día entero allí y no era ninguna exhibición turística, ¡creedme! Bajamos a los calabozos bajo el nivel del agua donde solían retener a los presos políticos, enterrados vivos durante años. Vimos todos los antiguos instrumentos de tortura: jaulas de hierro oxidadas donde un hombre no se podía tumbar ni ponerse de pie, sino que tenía que sentarse inclinado hasta que se le encorvaba la espalda. Te sentías extraño, una vez arriba, al pensar en cómo la gente había sido abandonada allí abajo hasta pudrirse cuando había tanto sol y tanta agua fuera. Parecía como si algo estuviera mal en el mundo —no dijo nada más, pero por su seria mirada Claude dedujo que creía que él y sus compatriotas, que estaban desparramados por el extranjero, ayudarían a cambiar todo eso.

V

Esa noche, el virginiano, que dormía debajo de Victor Morse, tuvo una alarmante hemorragia nasal y por la mañana estaba tan débil que tuvo que ser llevado al hospital. El médico dijo que debían afrontar los hechos: una epidemia de gripe de un tipo particularmente sangriento y maligno se había declarado a bordo. Todo el mundo estaba un poco asustado. Algunos oficiales se habían encerrado en el salón de fumadores y bebían whisky y refrescos y jugaban al póquer todo el día, como si pudieran impedir así el contagio.

El teniente Bird murió esa misma tarde y fue enterrado al día siguiente, a la salida del sol, envuelto en una lona impermeabilizada, con un proyectil de más de ocho kilos en los pies. La mañana despuntó despejada y brillante y muy fría. El mar se enroscaba formando azules paredes de agua y el barco era arrastrado por un viento tan cortante como el hielo. Todos los chicos, salvo aquellos que estaban enfermos, asistieron: era el primer entierro en alta mar que habían presenciado y no podían evitar encontrarlo interesante. El capellán leyó las exequias mientras los demás estaban de pie con las cabezas descubiertas. La banda de Kansas tocaba una marcha solemne y el cuarteto sueco cantaba un himno. Muchos hombres apartaron la mirada mientras el saco marrón bajaba hacia las frías y agitadas crestas de color añil que parecían desprovistas de simpatía alguna hacia el ser humano. En un momento todo hubo acabado y continuaron su travesía sin él.

Las relucientes paredes de agua continuaban enroscándose en añiles y púrpuras, más brillantes que en los días de clima templado. La cegadora luz del sol no suavizaba el frío que cortaba la cara y hacía que dolieran los pulmones. Los hombres de tierra empezaron a tener esa deprimente sensación de estar donde nunca deberían haber estado. Los chicos permanecían tumbados, amontonados en la cubierta, tratando de mantenerse calientes abrazados los unos a los otros. Todo el mundo estaba mareado. Fanning se fue a la cama con la ropa puesta, tan enfermo que no pudo quitarse ni las botas. Claude estaba tumbado en la atestada popa, demasiado débil y con demasiado frío como para moverse. El sol caía sobre ellos como una llama sin que supusiera ningún consuelo. Las fuertes y rizadas olas con crestas de espuma hacían que la luz se deshiciera en millones de espejos y su brillo era casi más de lo que el ojo podía soportar. El agua parecía más densa que antes, pesada como el vidrio fundido, y la espuma de las puntas de cada cresta azul parecía tan afilada como el cristal. Si un hombre cayera sobre ellas, acabaría cortado en pedazos.

Todo el océano parecía de repente haber cobrado vida; las olas poseían una energía maligna, elegante, musculosa, estaban animadas por una especie de crueldad burlona. Solo unas pocas horas antes, un amable joven había sido arrojado a estas

aguas congeladas y olvidado. Sí, ya olvidado, cada uno tenía sus propias desgracias en las que pensar.

A última hora de la tarde, el viento cesó y hubo una siniestra puesta de sol. A través del rojo oeste, una pequeña y rasgada nube negra avanzaba deprisa, y después otra, y otra. Aparecieron desde el mar figuras salvajes con forma de bruja que viajaban rápidamente y se encontraban en el oeste como convocadas por un diabólico cónclave. Se quedaban allí frente al resplandor crepuscular, formas negras y definidas, reuniéndose para tramar algo. Los pocos hombres que quedaban en la cubierta sintieron que nada bueno podía salir de un cielo como ese. Desearon estar en casa, en Francia, en cualquier otro sitio menos allí.

VI

A la mañana siguiente, el doctor Trueman le pidió a Claude que le ayudara con los enfermos cuyos partes ya se habían entregado.

—Tengo un grupo de sargentos controlando las temperaturas, demasiados para que los supervise una sola persona. No quiero pedirles nada a esos oficiales petimetres que están ahí sentados jugando al póquer todo el tiempo. O ellos no tienen conciencia o no son conscientes de la gravedad de la situación.

El médico estaba en cubierta con su impermeable, un pie en la barandilla para mantener el equilibrio, escribiendo sobre su rodilla mientras una larga fila de hombres se acercaba hasta él. Había más de setenta en la cola esa mañana y, por su aspecto, algunos de ellos parecían necesitar estar en un sitio más seco. La lluvia golpeaba el mar como balas de plomo. El viejo *Anchises* trataba de mantenerse a flote una ola gris tras otra, completamente solo. La niebla reducía la alentadora vista de los barcos gemelos. El médico tenía que dejar su puesto de vez en cuando, cuando los mareos vencían a su voluntad. Claude, a su lado, estaba anotando los nombres y las temperaturas. En medio del trabajo les dijo a los sargentos que se las arreglaran sin él durante unos pocos minutos. Abajo, hacia el final de la cola, había visto a uno de sus hombres que había perdido la compostura, gimoteando y llorando como un bebé, un estupendo y fornido joven de dieciocho años que nunca había dado ningún problema. Claude salió corriendo hacia él y le dio una palmadita en la espalda.

—Si no puede contenerse, Bert Fuller, vaya a donde no puedan verle. No quiero que todos estos camareros ingleses que andan por aquí sin hacer nada vean llorar a un soldado americano. ¡No he visto tal cosa en mi vida!

—¡No puedo evitarlo, teniente! —lloriqueó el chico—. Me he contenido todo el tiempo que he podido, ¡no puedo soportarlo más!

—¿Qué le pasa? Venga aquí, siéntese en esta caja y cuéntemelo.

El soldado Fuller permitió de buen grado que lo guiaran y se dejó caer sobre la caja.

—¡Estoy tan enfermo, teniente!

—Veamos cómo de enfermo está —Claude le metió un termómetro en la boca y, mientras esperaba, envió al camarero de cubierta a por una taza de té—. Tal y como pensaba, Fuller, no tiene ni medio grado de fiebre, solo está asustado, nada más. Ahora beba el té, supongo que no ha desayunado nada.

—No, señor. Soy incapaz de comerme la espantosa comida de este barco.

—Es bastante mala. ¿De dónde es?

—Soy de P... P... Pleasantville, arriba en el P... P... Platte —el chico tragó saliva y las lágrimas volvieron a brotar de nuevo.

—Bueno, a ver, ¿qué pensarían allí de usted ahora? Supongo que salió la banda y montaron un gran alboroto cuando zarpó, pensando que estaban enviando a un buen soldado. Y yo siempre he pensado que es usted un soldado de primera categoría. Creo que podemos olvidarnos de todo esto. Se siente mejor ahora, ¿verdad?

—Sí, señor. Esto sabe tremendamente bien. He tenido tan mal el estómago y anoche me dolía el pecho. Todos mis compañeros están enfermos y usted se llevó al gran Tannhauser, quiero decir al cabo Tannhauser, al hospital. Parece que todos vamos a morir aquí.

—Sé que el panorama es muy poco prometedor, pero, aun así, no me avergüence delante de estos camareros ingleses.

—No volverá a ocurrir, señor —prometió.

Cuando la revisión médica hubo terminado, Claude se llevó al doctor abajo para que viera a Fanning, que había estado tosiendo y respirando con dificultad toda la noche y no había salido de su litera. El reconocimiento fue breve: el médico supo cuál era el problema antes de utilizar el estetoscopio.

—Es neumonía, en ambos pulmones —dijo cuando salieron al pasillo—. Tengo un caso en el hospital que morirá antes del amanecer.

—¿Qué puede hacer por él, doctor?

—Ya ve que estoy atado: casi doscientos hombres enfermos y un solo médico. Los suministros son completamente inadecuados. No hay suficiente aceite de ricino en este barco para purgar a estos hombres. Estoy usando mis propios medicamentos, pero no durarán hasta el final de una epidemia como esta. No puedo hacer mucho por el teniente Fanning, aunque usted sí puede si le dedica el tiempo suficiente. Puede cuidar mejor de él aquí mismo de lo que lo harían en el hospital, no tenemos camas libres allí.

Claude encontró a Victor Morse y le dijo que era mejor que consiguiera una cama en alguno de los otros camarotes. Cuando Victor se marchó con sus cosas, Fanning le siguió con la mirada.

—¿Se va?

—Sí, si se tiene que quedar en la cama, ya somos demasiados aquí dentro.

—Me alegro. Sus historias son demasiado vulgares para mí. No soy un marica pero ese tipo es un verdadero don Quijote^[30].

Claude se rio.

—No debe hablar, le hace toser.

—¿Dónde está el virginiano?

—¿Quién, Bird? —Claude preguntó asombrado: Fanning se había puesto justo a su lado durante el funeral—. Oh, se ha ido también. Duerma si puede.

Después de la cena, el doctor Trueman entró y le enseñó a Claude cómo darle un baño con alcohol.

—Es simplemente cuestión de ver si puede hacer que conserve sus fuerzas. No pruebe con ninguna de estas comidas grasientas que sirven aquí. Dele un huevo crudo batido mezclado con el zumo de una naranja cada dos horas, noche y día. Despiértele cuando sea la hora, no falle en ninguno de los intervalos. Escribiré las indicaciones al camarero de mesa y usted puede batir los huevos aquí arriba, en su camarote. Ahora debo irme al hospital. Es maravilloso lo que esos chicos de la banda están haciendo allí. Empiezo a enorgullecerme de ese sitio. Ese gran alemán ha estado preguntando por usted, está en muy mal estado.

Como no había enfermeros a bordo, la banda de Kansas se había encargado del hospital, les habían preparado para trabajar de camilleros y para primeros auxilios y, cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando en el *Anchises*, el director de la banda se dirigió al doctor y le ofreció los servicios de sus hombres. Escogió enfermeros y celadores y los dividió en los turnos de noche y de día.

Cuando Claude fue a ver a su cabo, el gran Tannhauser no le reconoció. Estaba delirando, hablando con su propia familia en el idioma de su infancia. Los chicos de Kansas habían centrado en él toda su atención. El mero hecho de que continuara hablando en una lengua prohibida en la superficie de los mares le hacía parecer más solo y sin amigos que los demás.

Del hospital, Claude bajó a la bodega donde media docena de hombres de su compañía yacían enfermos. La bodega era húmeda y olía a cerrado como un viejo sótano, tan impregnada de los olores y las filtraciones de innumerables cargamentos sucios que no se podía limpiar o mantener limpia. Casi no había ventilación y el aire era fétido por la enfermedad, el sudor y los vómitos. Dos de los chicos de la banda se ocupaban del hedor y la suciedad para ayudar a los camareros. Claude se quedó a echar una mano hasta que llegó la hora de darle a Fanning su alimento. Empezó a ver que el reloj de pulsera, que hasta ese momento había despreciado como algo afeminado y que había llevado en el bolsillo, podía resultar un objeto muy útil. Después de hacer que Fanning se tragara su huevo, apiló sobre él todas las mantas que pudo conseguir y abrió la porta para ventilar el camarote. Mientras el aire fresco entraba, se sentó en el borde de su cama y trató de poner las ideas en orden. ¿Qué había sido de esos primeros días de clima excelente, ocio y buena camaradería? Los conciertos de la banda, el Lindsborg Quartette, la emoción y la novedad del principio por estar en alta mar: todo eso se había disipado como un sueño.

Esa noche, cuando entró el doctor para ver a Fanning, lanzó el estetoscopio sobre la cama y dijo con cansancio:

—Es sorprendente que ese instrumento no haya echado raíces en mis oídos y haya crecido ahí —se sentó y se metió el termómetro en la boca durante unos instantes; después lo sostuvo en alto para inspeccionarlo. Claude lo miró y le dijo que debía meterse en la cama.

—¿Entonces quién se quedará levantado? Nada de cama para mí esta noche. Pero me voy a dar un baño caliente enseguida.

Claude preguntó por qué el médico del barco no hacía nada y añadió que debía de ser tan corto de miras como de estatura.

—¿Chessup? No, no es tan malo cuando se le conoce. Me ha ayudado mucho a preparar las medicinas y es un asistente estupendo con el que conversar sobre estos casos. Hará cualquier cosa por mí excepto tratar directamente con los pacientes. No quiere exceder su autoridad. Parece que el marine inglés es muy especial para tales cosas. Es canadiense y se graduó el primero de su clase en Edimburgo. Deduzco que fue excluido de la práctica privada. Verá, su apariencia está en su contra: es una tremenda desventaja parecer un muchacho y ser tan tímido como lo es él.

El doctor se levantó, se colocó los tirantes y cogió su maletín.

—Usted tiene buen aspecto, teniente —comentó—. ¿Sus padres aún viven? ¿Eran muy jóvenes cuando nació? Bueno, entonces los padres de ellos también lo eran, probablemente. Soy un maniático con respecto a eso. Sí, me voy a dar un baño muy pronto y me voy a tumbar durante una hora o dos. Con esos fantásticos chicos de la banda dirigiendo el hospital, tengo cierta libertad de movimientos.

Claude se preguntaba cómo aguantaba el doctor. Sabía que no había dormido más de cuatro horas durante los últimos dos días y no era un hombre de constitución fuerte. Su camarero de baño era, como dijo, su consuelo. Hawkins era un tipo ya mayor que había estado en mejores puestos en barcos mejores, sí, también en tiempos mejores. Había empezado siendo camarero de baño y ahora, gracias al destino de la guerra, había vuelto al punto donde había empezado, no era el mejor sitio para un anciano. Su espalda estaba sumisamente torcida y caminaba despacio, con los pies planos. Velaba por la comodidad de todos los oficiales y atendía al doctor como un ayudante de cámara: le sacaba la ropa limpia, le convencía para que se tumbara y tomara algo caliente después de su baño y se quedaba de pie junto a su puerta, de guardia para coger sus recados durante las pocas horas en las que estaba descansando. Hawkins había perdido dos hijos en la guerra y parecía haber encontrado un solemne consuelo en estar al servicio de los soldados.

—Tómeselo con mucha calma, señor. Lo *van'a* tener muy *complicao* por allá —solía decirles a unos y a otros.

A las once en punto, uno de los hombres de Kansas vino a decirle a Claude que su cabo estaba empeorando rápidamente. La fiebre del gran Tannhauser se había ido, pero también todo lo demás. Yacía en medio del estupor. Tenía los congestionados ojos en blanco, dejando a la vista solo partes amarillentas. Su boca estaba abierta y la lengua le colgaba por fuera, hacia un lado. Desde el final del pasillo Claude había escuchado los espantosos sonidos que salían de su garganta, sonidos como vómitos violentos o el estertor asfixiante de un hombre que está siendo estrangulado y de

hecho, se estaba ahogando. Uno de los chicos de la banda le trajo a Claude una silla plegable y dijo amablemente:

—No sufre. Ahora es algo mecánico. Se hubiese ido con más facilidad si no hubiese tenido tanta vitalidad. El doctor dice que puede que recobre la conciencia unos instantes justo antes de morir, por si quiere quedarse.

—Bajaré y le daré a mi paciente privado su huevo y luego volveré —Claude se fue, regresó y dormitó sentado junto a la cama. Pasadas las tres de la mañana el ruido de la lucha cesó, de forma instantánea, la gran figura sobre la cama se convirtió de nuevo en su amable cabo. La boca se le cerró, las vidriosas gelatinas que eran sus ojos volvieron a ver una vez más; unos ojos inteligentes, humanos. Su cara había perdido ese aspecto hinchado y bruto y era de nuevo la cara de un amigo. Era casi increíble que algo que se había ido de esa manera pudiese volver. Miró con melancolía a su teniente como si le preguntara algo. Sus ojos estaban inundados de lágrimas y apartó ligeramente la mirada.

—*Mein' arme Mutter*^[31]! —susurró claramente.

Unos instantes después murió con absoluta dignidad, sin luchar en medio de la tortura, pero conscientemente; a Claude le pareció un muchacho valiente que estaba devolviendo algo que no le pertenecía.

Claude regresó a su habitación, levantó a Fanning una vez más y después él mismo se dejó caer sobre su propia e inclinada litera. El barco parecía revolcarse y desparramarse sobre las olas, como había visto hacer a los animales de la granja cuando daban a luz. ¡Qué indefenso era el viejo barco aquí, en las agitadas aguas, y cuánta miseria portaba! Se tumbó bocarriba mirando las oxidadas tuberías y las juntas sin pintar. Este barco era realmente el «viejo *Anchises*», ni siquiera los carpinteros que lo pusieron a punto para el servicio pensaban que mereciera la pena y no se habían esforzado mucho con él. Los nuevos tabiques colgaban de las juntas con apenas unos pocos clavos.

El gran Tannhauser había sido uno de los que estaban más ansiosos por zarpar. Solía sonreír mientras decía:

—Francia es el único clima sano para un hombre con un nombre como el mío.

Se había despedido de la estatua en el puerto de Nueva York junto a los demás, creyendo en ella como los demás. Solo quería servir; parecía tan difícil...

Cuando Tannhauser llegó al campamento, estaba confuso todo el tiempo y no podía recordar las instrucciones. En una ocasión, Claude le hizo adelantarse en la fila y le reprendió por no saber distinguir el lado derecho del izquierdo. Cuando investigó un poco su caso, averiguó que el tipo no estaba comiendo nada, que estaba enfermo de nostalgia. Era uno de esos jóvenes granjeros que tienen miedo a las ciudades. El bebé gigante de una familia numerosa, no había dormido fuera de casa ni una sola noche en su vida antes de alistarse.

El cabo Tannhauser, junto con otros cuatro, fue enterrado a la salida del sol. Esta vez, sin banda; el capellán estaba enfermo, así que uno de los jóvenes capitanes leyó las exequias. Claude se mantuvo al margen observando hasta que los marineros arrojaron un saco, un poco más largo que los otros cuatro, hacia un abismo del color del plomo en el mar. Ni siquiera salpicó. Después del desayuno uno de los ordenanzas le pidió que fuera a una de las pequeñas cámaras donde habían preparado a los muertos para el entierro. Las normas del ejército especificaban minuciosamente lo que se debía hacer con las pertenencias de un soldado fallecido: su uniforme, sus zapatos, sus mantas, sus armas, su equipaje personal; se deshacían de todo de acuerdo a las instrucciones. Pero en todos los casos quedaban restos: el cepillo de dientes del muerto, sus cuchillas y las fotografías que llevaba consigo. Allí estaban en cinco patéticos montoncitos, ¿qué se debía hacer con ellos?

Claude cogió las fotografías que habían pertenecido a su cabo. Una era de una joven gorda y con cara de tonta con un vestido blanco demasiado ajustado para ella, y un sombrero flexible y una bandera prendida en su abultado pecho. La otra era de una mujer mayor, sentada con las manos cruzadas sobre el regazo. Tenía su escaso pelo echado hacia atrás, tirante, su cara severa y angulosa —un rostro inconfundiblemente del viejo continente— y miraba entrecerrando los ojos a la cámara. Parecía honesta, testaruda y vacilante, pensó Claude, como si no entendiera ni lo más mínimo.

—Me quedo con estas —dijo— y las otras... simplemente arrójelas al mar, ¿no cree?

VII

El primer oficial de la Compañía B, el capitán Maxey, estuvo tan mareado durante todo el viaje que no pudo ser de ayuda para sus hombres con la epidemia. Debió de ser un duro golpe para su orgullo, ya que nadie había estado nunca tan ávido por cumplir con todas sus obligaciones como oficial.

Claude había tratado a Harris Maxey muy poco en Lincoln, le había conocido en casa de los Erlich y después había mantenido con él una relación de conocidos del campus. No le había gustado Maxey entonces y no le gustaba ahora, pero pensaba que era un buen oficial. La familia de Maxey era gente pobre de Misisipi que se había instalado en el condado de Nemaha y él tenía mucha ambición, no solo de tener éxito en el mundo sino, como él decía, de «ser alguien». Su vida en la universidad era una búsqueda febril de ventajas sociales y relaciones útiles. Su interés por las «personas adecuadas» llegaba a la veneración. Después de licenciarse, Maxey sirvió en la frontera mexicana. Era un maestro incasable de la instrucción y se metía de lleno en sus obligaciones con toda la energía de que su frágil físico era capaz. Era delgado y de piel clara, una rígida mandíbula hacía que los dientes de abajo sobresalieran un poco más que los de arriba y le daban a su cara un aspecto severo. Su comportamiento en general, tenso y nervioso, era la expresión de un deseo apasionado de destacar.

A Claude le parecía que estos días estaba llevando una doble vida. Cuando estaba con Fanning o estaba abajo en la bodega ayudando a cuidar de los soldados enfermos, no tenía tiempo para pensar: hacía mecánicamente la siguiente cosa que estuviera a mano. Pero cuando tenía una hora para sí mismo en cubierta, la emocionante sensación de la libertad cada vez mayor volvía a aparecer brevemente en su interior. El clima era una aventura continua, no había visto jamás nada parecido. La niebla y la lluvia, el cielo gris y las solitarias y grises extensiones del océano eran algo que había imaginado mucho tiempo atrás —recuerdos de las viejas historias sobre el mar de la infancia, quizás— y despertaban una cálida emoción en su corazón. Aquí en el *Anchises* parecía empezar en el punto donde se había quedado la infancia. La desagradable interrupción entremedias se había cerrado del todo. Los años de su vida se habían borrado en la niebla. Esta niebla, que al principio había sido tan deprimente, se había convertido en un refugio, una tienda moviéndose a través del espacio, ocultando de una vez por todas todo lo que había sido antes, dándole la oportunidad de corregir sus propias ideas sobre la vida y de planear el futuro. El pasado estaba físicamente cerrado, esa era su ilusión. Ya había recorrido muchas más millas que las que ponía el cuaderno de bitácora del barco. Cuando el director de la banda, Fred Max, le pidió que jugaran al ajedrez, tuvo que pararse un momento a

pensar por qué ese juego evocaba en él unas connotaciones tan desagradables. La pálida y engañosa cara de Enid rara vez le venía a la mente, a no ser que casualidades de este tipo la sacaran a colación. Cuando por casualidad se encontraba con un grupo de chicos hablando sobre sus novias y sus recientes esposas, él escuchaba durante un rato y entonces se alejaba con la feliz sensación de ser el hombre menos casado del barco.

Había mucho espacio en cubierta ahora que tantos hombres estaban enfermos, bien por mareos, bien por la epidemia y, a veces, él y Albert Usher tenían el lado más azotado por las tormentas para ellos solos. El marine era la mejor compañía para estos días tan sombríos: serio, silencioso, independiente. Y él también estaba siempre mirando hacia el futuro. Con respecto a Victor Morse, Claude realmente le tenía cada vez más aprecio. Victor tomaba el té cada tarde en un rincón especial de la sala de fumadores de los oficiales —se habría muerto sin ello— y el camarero siempre le preparaba guarniciones especiales de tostadas con jamón o galletas dulces. Claude normalmente se las arreglaba para reunirse con él a esa hora.

El día del funeral de Tannhauser entró en la sala de fumadores a las cuatro. Victor le hizo una seña al camarero y le dijo que trajera un par de whiskys calientes con el té.

—Estás bastante mojado, y sabes, Wheeler, en realidad deberías mojar la garganta también. Toma —dijo mientras dejaba su vaso—, ¿no te sientes mejor con una copa?

—Mucho más, creo que tomaré otra. Es agradable sentir calor por dentro.

—Dos más, camarero, y tráigame un poco de limón fresco —los ocupantes de la sala estaban bien leyendo, bien hablando en voz baja. Uno de los chicos suecos estaba tocando el viejo piano suavemente. Victor comenzó a servir el té. Lo hacía de una forma cuidadosa, y hoy estaba especialmente solícito.

—Esta neblina escocesa se le mete a uno en los huesos, ¿verdad? Cuando pasé a tu lado en cubierta tenías bastante mal aspecto.

—Estuve levantado anoche por Tannhauser. No he dormido más de una hora —murmuró Claude bostezando.

—Sí, he oído que has perdido a tu gran cabo. Lo siento. Yo también he tenido malas noticias. Ya se sabe que vamos a llegar a puerto francés. Eso echa por tierra todos mis planes. Sin embargo, *c'est la guerre!* —apartó su taza encogiéndose de hombros—. ¿Vienes a dar una vuelta por fuera?

Claude se había preguntado a menudo por qué le caía bien al joven piloto, ya que no era en absoluto del tipo de Victor.

—Si no es un secreto —dijo—, en fin, me gustaría saber cómo entraste en el ejército británico.

Mientras caminaban de un lado a otro bajo la lluvia, Victor le contó su historia brevemente: cuando terminó el instituto, entró en el banco de su padre en Crystal

Lake como contable. Después de las horas en el banco, patinaba, jugaba al tenis o trabajaba en el fresal, según la estación. Compraba dos pares de pantalones blancos cada verano y mandaba traer sus camisas desde Chicago y pensaba que era un hombre importante, dijo. Se comprometió con la hija del predicador. Dos años antes, en el verano que él tenía veinte, su padre quiso que viera las cataratas del Niágara, así que relleno un modesto cheque, le advirtió acerca de las tabernas —Victor no había estado en ninguna—, de los hoteles caros y de las mujeres que se acercaban a preguntar la hora sin presentarse y le envió para allá diciéndole que no era necesario darles propina a los porteros o a los camareros. En las cataratas, Victor se juntó con unos jóvenes oficiales canadienses que le abrieron los ojos a muchas cosas maravillosas. Fue hasta Toronto con ellos. El reclutamiento iba a buen ritmo y en él vio una vía de escape del banco y del fresal. La fuerza aérea parecía la rama más brillante y atractiva del servicio. Le aceptaron y ahí estaba.

—No volverás a casa nunca —dijo Claude con convicción—. No te veo instalándote en ningún pueblecito de Iowa.

—En el servicio aéreo —dijo Victor despreocupadamente—, no nos preocupamos por el futuro. No vale la pena —sacó una pitillera de oro mate que Claude ya había visto antes.

—¿Me dejas ver eso un momento? Me he fijado a menudo en ella. Un regalo de alguien a quien apreciabas, ¿verdad?

Una punzada, algo bastante sincero, atravesó la cara aniñada del piloto y sus más bien pequeños labios rojos se tensaron claramente.

—Sí, una mujer que quiero que conozcas. Toma —levantó de un tirón la barbilla por encima del alto cuello de la camisa—, escribiré la dirección de Maisie en mi tarjeta: «Le presento al teniente Wheeler, A. E. F.». Eso es todo lo que necesitas. Si llegas a Londres antes que yo, no lo dudes. Pásate a verla de inmediato. Presenta esta tarjeta y ella te recibirá.

Claude se lo agradeció y se guardó la tarjeta en su cartera mientras Victor encendía un cigarrillo.

—No he olvidado que vas a cenar con nosotros en el Savoy, si por casualidad coincidimos en Londres. Si yo estoy allí, siempre podrás encontrarme: su dirección es la mía. Va a ser algo realmente bueno para ti conocer a una mujer como Maisie. Será agradable contigo porque eres mi amigo —continuó diciendo que ella lo había hecho todo en el mundo por él: había dejado a su marido y había renunciado a sus amistades por él. Ahora vivía en un estudio en Chelsea, donde simplemente esperaba su regreso y después temía su marcha. Era una vida horrible para ella. Entretenía a otros oficiales, por supuesto, antiguos conocidos, pero era todo una fachada. Él era su hombre.

Victor llegó incluso a enseñarle su foto, y Claude observó fijamente sin saber qué

decir, una gran cara redondeada con ojos cansados y pesados párpados, el cuello estrangulado por un collar de perlas, los hombros desnudos hasta las corpulentas colinas de su pecho; no había ni una línea ni una arruga en esa gran extensión de carne. Sin embargo, por la tosca boca y la barbilla, por la misma forma de su cara, era fácil ver que era lo suficientemente mayor como para ser la madre de Victor. Cruzando la fotografía estaba escrito con una gran y ostentosa caligrafía «*À mon aigle!*». Si Victor no hubiese tenido la delicadeza de resolverle toda duda, Claude hubiera preferido creer que su relación con esta señora era de una naturaleza absolutamente filial.

—Mujeres como ella simplemente no existen en esa parte del mundo de la que tú vienes —murmuró el piloto, mientras cerraba de golpe el portarretratos—. Es lingüista y músico y todo eso. Con ella, la vida de cada día es un refinado arte. La vida, como ella dice, es lo que uno hace de ella, en sí misma no es nada. En el lugar de donde tú procedes no es nada... una enfermedad del sueño.

Claude se rio.

—No sé si estoy de acuerdo contigo, pero me gusta oírte hablar.

—Bueno, en esa parte de Francia donde todo está hecho pedazos por los proyectiles, encontrarás más vida en los sótanos que en tu pueblo natal, cualquiera que sea. Prefiero ser un estibador en los muelles de Londres que un tipo de la banca en alguno de tus estados con praderas. En Londres, si eres lo suficientemente afortunado de tener un chelín, puedes sacarle partido.

—Sí, las cosas están bastante sosas en casa —admitió el otro.

—¿Sosas? Dios mío, ¡es la muerte en vida! ¿Qué queda de los hombres si les quitas el fuego? Que tienen miedo de todo, los conozco: ¡chivatos de la escuela dominical merodeando por esos pequeños pueblos al anochecer! —Victor de repente cambió de tema—. Por cierto, haces buenas migas con el médico, ¿verdad? Necesito un medicamento que está en algún lugar de mi perdido baúl. ¿Te importaría preguntarle si puede hacerme esta receta? No quiero ir yo directamente. Todos estos médicos chismorrean e informaría sobre mí. He tenido suerte evitando las revisiones médicas. Verás, no quiero que me metan en ningún sitio. Dile que no es para ti, por supuesto.

Cuando Claude presentó el papel azul al doctor Trueman, este sonrió desdeñosamente.

—Ya veo, esto ha sido rellenado por un farmacéutico londinense. No, no tenemos nada de este tipo —se lo devolvió—. Esas cosas son solo paliativos. Si tu amigo quiere eso es que necesita tratamiento y sabe dónde lo puede conseguir.

Claude le devolvió el papelito a Victor mientras abandonaban el comedor después de la cena, y le dijo que no había sido capaz de conseguir nada.

—Lo siento —dijo Victor con un rubor altanero—, ¡muchas gracias!

VIII

Todd Fanning aguantó mejor que muchos de los hombres más fuertes, su vitalidad sorprendió al doctor. La lista de muertos crecía constantemente y lo peor era que los pacientes que morían no estaban muy enfermos: la salud de jóvenes vigorosos y sanos de diecinueve y veinte años daba un giro y morían porque habían perdido su valor, porque otras personas estaban muriendo, porque la muerte estaba en el aire. Los pasillos del barco estaban inundados del olor a muerte. El doctor Trueman dijo que siempre ocurría lo mismo en las epidemias: los pacientes que estaban muriendo, de haber sido aislados, se habrían recuperado.

—¿Sabes, Wheeler? —comentó el doctor un día cuando subían del hospital juntos para tomar un poco de aire—, a veces me pregunto si todas estas inoculaciones que les han estado poniendo, contra la fiebre tifoidea, la viruela y vete a saber qué más, no habrán disminuido su vitalidad. ¡Me va a estallar la cabeza como siga perdiendo hombres! ¿Qué darías por salir de todo esto y volver sano y salvo a la granja? —al no escuchar ninguna respuesta, volvió la cabeza, miró por encima del cuello de su impermeable y vio en los ojos azules del joven una mirada de sorpresa contenida seguida de un rápido sonrojo.

—No quieres volver a la granja, ¿verdad? ¡En absoluto! Vaya, vaya, ¡eso es lo que tiene ser joven! —sacudió la cabeza con una sonrisa que podría haber sido de conmiseración o envidia y regresó a sus tareas.

Claude se quedó donde estaba, llenando los pulmones del húmedo aire gris y sintiéndose enfadado y reprendido. Se dio cuenta de que era completamente cierto, el doctor le había pillado. Estaba disfrutando todo el tiempo y no quería sentirse a salvo en ningún sitio. Se lamentaba por lo de Tannhauser y los otros, pero no por sí mismo. Las incomodidades y las desgracias de este viaje no se lo habían arruinado. Se quejaba, por supuesto, porque los demás lo hacían, pero la vida nunca le había parecido tan tentadora como lo era ahí ahora. Podía subir del duro trabajo en el hospital o de darle al pobre Fanning sus eternos huevos y olvidarse de todo ello en diez minutos. Algo dentro de él, tan maleable como las crestas de agua gris sobre las que se inclinaban, le mantenía atado y decía: «Estoy aquí completamente, he dejado todo atrás. Estoy yendo hacía allí».

Solo durante ese único día, el gélido día del funeral del virginiano, cuando se mareó, se había sentido miserable. Definitivamente, no debía de tener corazón para no sentirse abrumado por el sufrimiento de sus hombres, sus propios amigos, pero no lo estaba. Les tenía en su mente e hizo todo lo que pudo por ellos, pero justamente ahora le parecía que eso le producía cierta satisfacción también y estaba un tanto orgulloso con respecto a su utilidad para el doctor Trueman. ¡Una actitud estupenda!

Se despertaba cada mañana con esa sensación de libertad y de seguir hacia delante, como si el mundo se estuviera haciendo más grande cada día y él estuviera creciendo con él. Otros compañeros estaban enfermos y muriendo y eso era terrible, pero él y el barco continuaban adelante, siempre adelante.

Había sido liberado algo que llevaba mucho tiempo luchando en su interior, se dijo a sí mismo. Su destino había sido ir a Francia desde la primera batalla del Marne, había seguido pistas falsas, perdido un tiempo precioso y visto suficiente miseria, pero por fin estaba en el camino correcto y nada podría detenerlo. Si no hubiera estado tan verde, si no hubiese sido tan vergonzoso ni hubiera temido mostrar lo que sentía, ni tan estúpido a la hora de encontrar su camino de salida, se habría alistado en Canadá, como Victor, o habría huido a Francia y se habría unido a la Legión Extranjera. Todo eso parecía perfectamente posible ahora, ¿por qué no lo hizo? Bueno, ese no era «el estilo de los Wheeler», los Wheeler tenían un miedo terrible a meter la nariz donde no les concernía, o a abrirse paso a empujones entre una multitud a la que no pertenecían. Y temían aún más hacer nada que pudiera parecer afectado o «romántico». No se podían permitir llamar la atención y mucho menos adoptar medidas pintorescas, a no ser que formara parte del trabajo cotidiano. Bueno, la Historia había tratado con condescendencia a gente como él: toda esta asombrosa aventura se había convertido en su día a día. Formaba parte de ella, después de todo, junto con Victor, el marine y los otros compañeros que habían tenido más imaginación y confianza en sí mismos desde el principio. Tres años antes, solía sentarse junto al molino de viento, abatido porque no era capaz de ver cómo un granjero de Nebraska iba a ser «llamado» o, es más, cómo iba a tener forma alguna de entrar en la lucha en Francia. Solía leer con envidia sobre Alan Seeger y todos esos afortunados jóvenes americanos que habían tenido el derecho a luchar por una civilización que conocían.

Pero el milagro había ocurrido, un milagro tan grande en su amplitud que los Wheeler —todos los Wheeler, los tipos duros y los poco intelectuales— estaban incluidos en él. Sí, era el milagro de los tipos duros, todo esto, era su oportunidad de oro. Él era parte de este milagro y nada podía estorbarle o desanimarle, a no ser que él mismo se tirara por la borda, lo que era solo una forma de bromear, porque esa era una posibilidad que no había considerado seriamente jamás. La sensación de tener un propósito, un profético propósito, era muy fuerte en su interior.

IX

—¡Mira esto, doctor! —Claude pilló al doctor Trueman volviendo del desayuno y le tendió una nota manuscrita, firmada por D. T. Micks, camarero jefe. En ella decía que no se podían proporcionar más huevos o naranjas a los pacientes, ya que las reservas se habían agotado.

El doctor echó un vistazo al papel.

—Me temo que esto asegura la muerte de tu paciente. No podrás mantenerlo con vida a base de otra cosa. ¿Por qué no vas y se lo cuentas a Chessup? Es un tipo de recursos. Me reuniré allí contigo en unos minutos.

Claude había estado a menudo en la cámara del doctor Chessup desde que brotó la epidemia, más bien le gustaba esperar allí cuando iba a por medicinas o consejo. Era un lugar cómodo, personal, con alegres tapices de cretona. Las paredes estaban forradas de libros, que se mantenían en su sitio mediante listones de madera corredizos que tenían un candado en los extremos. Había muchas obras científicas en alemán e inglés; el resto eran novelas francesas en tapa blanda. Esa mañana encontró a Chessup a su mesa pesando unos polvos blancos. En el estante sobre su litera estaba el libro que se había leído para dormir la noche anterior. El título, *Un Crime d'Amour*^[32], con las letras negras sobre fondo amarillo, captó la atención de Claude. El médico se puso su abrigo y le señaló a su visitante la silla plegable donde a veces se sentaban los pacientes para ser examinados. Claude explicó su situación.

El médico del barco era un tipo extraño procedente de Canadá, la tierra de los hombres grandes y rudos. Tenía aspecto de colegial, con las manos y los pies pequeños y una tez rosada. En el pómulo izquierdo, tenía un gran lunar marrón, cubierto de pelo suave y, por alguna razón, le daba a su rostro un aspecto afeminado. Era fácil ver por qué no había tenido mucho éxito en la práctica privada: era como alguien que intenta proteger una superficie sin pulir del calor y del frío, maldecido por la falta de confianza en sí mismo y tan sensible acerca de su apariencia añorada que eligió encerrarse en un oscilante gallinero de madera en medio del mar. El largo camino hasta Australia le había venido estupendamente. Una vida dura y el azote del mal tiempo le daban mucho menos miedo que trabajar en la ciudad, expuesto constantemente a las distintas personalidades humanas.

—¿Ha probado a darle leche malteada? —preguntó después de que Claude le contara que Fanning podía quedarse sin alimentos.

—Al doctor Trueman no le queda ninguna botella. ¿Cuánto tiempo cree que estaremos en el mar?

—Cuatro días, posiblemente cinco.

—Entonces el teniente Wheeler perderá a su amigo —dijo el doctor Trueman, que

justamente acababa de entrar.

Chessup permaneció de pie durante un rato, con el ceño fruncido mientras tiraba nerviosamente de los botones de latón de su abrigo. Cerró su puerta con pestillo y volviéndose hacia su colega dijo con resolución:

—Puedo darle cierta información, si no me compromete. Puede hacer lo que quiera pero mantenga mi nombre al margen. La pasada noche, durante varias horas, uno de los lacayos del camarero jefe se estuvo llevando cajones de huevos y cajas de naranjas desde la cocina al camarote del camarero jefe. Sea cual sea el puerto al que lleguemos, puede sacarse un chelín por los huevos frescos y quizá seis peniques por las naranjas. Son propiedad de ustedes, por supuesto, comprados por su Gobierno, pero este es su beneficio extra habitual. Llevo en este barco seis años y siempre ha sido así. Aproximadamente una semana antes de llegar a puerto, lo más selecto de las reservas que queden se lleva a su camarote y él dispone de ellas después de atracar. No sé cómo se las arregla, pero lo hace. El capitán debe de conocer su costumbre y debe de haber alguna razón para que lo permita. No es asunto mío ver nada, en una embarcación inglesa el camarero jefe es un hombre muy poderoso. Si tuviera algo en mi contra, tarde o temprano podría hacer que perdiera mi puesto en este barco. Eso es lo que pasa.

—¿Tengo su permiso para ir a ver al camarero jefe? —preguntó el doctor Trueman.

—Desde luego que no. Pero puede ir sin que yo lo sepa. Es un hombre violento al que no debe enfadar y puede convertir su viaje y el de sus enfermos en algo muy desagradable.

—Bien, no hablemos más de ello. Le agradezco que me lo haya contado y haré que no se vea mezclado en todo esto. ¿Bajará conmigo a mirar ese nuevo caso de meningitis?

Claude esperó impaciente en su camarote a que el doctor regresara. No veía por qué no se debía desenmascarar al camarero jefe y tratarle como a cualquier otro estafador. Había odiado a este hombre desde el mismo momento en que le había escuchado reprender al camarero de los baños una mañana. Hawkins no había intentado defenderse, pero permaneció de pie como un perro que ha sido terriblemente apaleado, todo su cuerpo temblando y repitiendo: «Sí, señor. Sí, señor», mientras su jefe le soltaba unos cuantos improperios en voz baja y gruñona. Claude no había oído jamás a un hombre, ni siquiera a un animal, ser tratado con tanto desprecio. El tipo tenía una cara cruel: blanca como el queso, con el pelo lacio y húmedo peinado hacia atrás desde la frente ancha, ese pelo peculiarmente graso que parece que solo crece en las cabezas de los reposteros y camareros. Sus ojos tenían la forma exacta de las almendras, pero los párpados estaban tan hinchados que las apagadas pupilas solo se veían a través de una estrecha hendidura. Un largo y pálido

bigote colgaba como un flequillo sobre sus insolentes labios.

Cuando el doctor Trueman regresó del hospital, anunció que ya estaba preparado para ir a ver al señor Micks.

—Es un tipo de aspecto desagradable, pero a mí no me puede hacer nada.

Fueron al camarote del camarero jefe y llamaron a la puerta.

—¿Qué pasa? —gritó una voz amenazadora.

El doctor hizo una mueca a su acompañante y entró. El hombre estaba sentado ante un gran escritorio, cubierto por los libros de cuentas. Se giró sobre su silla.

—Perdone —dijo fríamente—, no recibo a nadie aquí. Estaría...

El doctor levantó la mano rápidamente.

—Está bien. Siento molestar, pero hay algo que debo decirle en privado. No le entretendré demasiado —Claude pensó que si hubiera dudado un instante el camarero le habría echado, pero continuó rápidamente—. Este es el teniente Wheeler, señor Micks. Un oficial amigo suyo está muy enfermo con neumonía en el camarote noventa y seis. El teniente Wheeler le ha mantenido con vida gracias a unos cuidados especiales. No es capaz de retener nada en su estómago que no sean huevos y zumo de naranja. Si toma esto, probablemente podamos mantenerle fuerte hasta que le baje la fiebre y le llevemos a un hospital en Francia. Si no se lo podemos conseguir, morirá en veinticuatro horas. Esta es la situación.

El camarero encendió la lámpara sobre su escritorio.

—¿Ha recibido la nota de que no hay más huevos ni naranjas a bordo? Así que me temo que no puedo hacer nada por ustedes. Yo no aprovisioné este barco.

—No, eso lo entiendo. Creo que el Gobierno de los Estados Unidos proporcionó la fruta, los huevos y la carne. Y sé con seguridad que los artículos que necesito para mi paciente no se han agotado. Sin entrar más en el asunto, le advierto que no voy a dejar que un oficial estadounidense muera cuando los medios para salvarlo son asequibles. Iré al capitán y reuniré a los oficiales del ejército que hay a bordo. Iré hasta donde haga falta para salvar a este hombre.

—Eso es asunto suyo, pero no interferirá en el cumplimiento de mis obligaciones. ¿Puede salir de mi camarote?

—En un momento, camarero jefe. Sé que anoche se trajeron aquí cierto número de cajas de huevos y de naranjas. Están aquí ahora y pertenecen a las A. E. F. Si está de acuerdo en darle provisiones a mi hombre, lo que sé no saldrá de aquí. Pero si se niega, haré que se investigue este asunto. No pararé hasta conseguirlo.

El hombre se sentó y cogió una pluma. Su mano grande y suave parecía de queso, como su cara.

—¿Cuál es el número del camarote?

—Noventa y seis.

—¿Qué es lo que necesita exactamente?

—Una docena de huevos y una docena de naranjas cada veinticuatro horas para entregar en el momento que mejor le convenga.

—Veré qué puedo hacer.

El hombre no levantó la cabeza de su cuaderno y sus visitas se marcharon tan repentinamente como habían venido.

Más o menos a las cuatro de la mañana, cada día, antes incluso de que los camareros de baño comenzaran su tarea, rascaban la puerta de Claude y, un mensajero, sin lavarse, medio desnudo con un delantal de tela de saco atado a su cintura y el pecho peludo cubierto de harina, dejaba allí una cesta tapada. Nunca hablaba, tenía solo un ojo y la otra cuenca inflamada. Claude supo que era un hermano retrasado del camarero jefe, pelador de patatas y lavaplatos en la cocina.

Cuatro días después de su entrevista con el señor Micks, cuando ya estaban por fin cerca del final del viaje, el doctor Trueman hizo que Claude se quedara después de la revisión médica para decirle que el camarero jefe habría caído enfermo también.

—Me mandó llamar anoche y me pidió que llevara su caso, no quiere tener nada que ver con Chessup; pero tenía que pedirle permiso y él pareció encantado de pasarme el caso.

—¿Está muy mal?

—No tiene ninguna posibilidad, y él lo sabe. Hay complicaciones: la enfermedad de Bright crónica. Al parecer tiene nueve hijos. Trataré de llevarlo a un hospital cuando lleguemos a puerto, pero solo vivirá unos pocos días, como mucho. Me pregunto a quién irán a parar esos chelines por los huevos y las naranjas que acaparó. Claude, hijo —el doctor habló con una repentina energía—, si alguna vez vuelvo a poner el pie en tierra, voy a olvidar este viaje como si se tratara de una pesadilla. Cuando estoy bien de salud, soy presbiteriano, pero ahora solo tengo la sensación de que incluso los más malvados reciben castigos aún peores de lo que se merecen.

Por fin llegó el día en que a Claude lo despertó una sensación de quietud. Se levantó de un salto, aturdido por el miedo de que algún hombre más hubiese muerto, pero Fanning estaba en su cama, respirando tranquilamente.

Algo captó su atención a través del ojo de buey: un gran saliente de tierra gris aparecía bajo la luz rosada del amanecer, poderosa y extrañamente tranquila después de la angustiada inestabilidad del mar. Altos árboles claros, fortificaciones bajas... cercanos edificios grises con tejados rojos... pequeños veleros amarrados hacia el mar..., en lo alto del acantilado, una lúgubre fortaleza.

Siempre pensó que había sido destinado a un país destrozado y desolado, una «Francia sangrante», pero nunca había visto nada que tuviese un aspecto tan fuerte, tan autosuficiente, tan firme en sus propios cimientos como la costa que emergía ante él. Era como un pilar de eternidad. El océano tendido sumiso a sus pies y sobre él la gran mansedumbre de las primeras horas de la mañana.

Esta pared gris, imperturbable, imponente, era el fin de la larga preparación, como era también el final del mar. Era la razón de ser de todo lo que había sucedido en su vida durante los últimos quince meses. Era la razón por la que Tannhauser y el amable virginiano y tantos otros que habían zarpado con él no tendrían una vida, ni siquiera morirían como soldados. Eran simplemente los desperdicios de una gran empresa, tirados por la borda como una soga podrida. Esta amable liberación — árboles, una orilla tranquila con las aguas en calma— nunca, nunca sería para ellos. ¿Durante cuánto tiempo, se preguntaba, se agitarían sus cuerpos en ese reino inhumano de oscuridad e inquietud?

Le sorprendió una débil voz por detrás de él.

—Claude, ¿hemos llegado?

—Sí, Fanning, hemos llegado.

LIBRO V

«ORDENAR A LAS ÁGUILAS DEL PONIENTE QUE
CONTINÚEN VOLANDO»

I

A las doce de ese mismo día, Claude se encontraba en una calle con pequeñas tiendas, acalorado y sudando, completamente confundido, así que dio media vuelta. Camioneros y muchachos en bicicletas sin timbre le gritaban indignados, furiosos. Se metió bajo la sombra de un joven plátano y se pegó al tronco, como si le pudiese proteger. Su gran preocupación, en todo caso, no dependía de él. Con ayuda de Victor Morse había cogido un taxi por cuarenta francos, había llevado a Fanning al hospital de la base y lo dejó en manos de un gran celador de Texas. Salió del hospital sin idea alguna de adónde se dirigía, excepto que quería llegar al corazón de la ciudad. Sin embargo, esta ciudad parecía no tenerlo, solo largas arterias de piedra, repletas de calor y ruido. Seguía allí de pie, bajo su plátano, cuando un grupo de indecisas figuras marrones de mirada perdida lideradas por el sargento Hicks, subieron la calle zigzagueando entre la gente, nueve hombres con nueve actitudes diferentes de abatimiento, cada uno con una larga barra de pan bajo el brazo. Saludaron a Claude con alegría, se cuadraron y ¡parecía como si ya hubiesen encontrado su camino! Claude vio que ahora él debía ser el plátano protector para otros.

El sargento Hicks le explicó que se habían cansado de recorrer el pueblo buscando queso. Después de dieciséis días de comida dura e insípida, queso era lo único que querían. Había una tienda de alimentos subiendo la calle, donde parecía haber de todo, menos queso. Había intentado que la anciana le entendiese por señas.

—De todos modos, ¿acaso estos franceses no comen queso? ¿Cuál es la palabra que ellos utilizan, teniente? Que me maldigan si la sé, he perdido mi libro de frases. ¿Cree que podrá hacer que le entiendan?

—Bueno, lo intentaré. Vengan, chicos.

Se apiñaron y entraron los diez hombres en la tienda. La propietaria se acercó corriendo con una exclamación de desesperación. Evidentemente, había creído que ya había zanjado el asunto con ellos y no le agradaba volver a verlos. Cuando se detuvo para tomar aire, Claude se quitó su sombrero respetuosamente y llevó a cabo el acto más valiente de su vida: pronunciar la primera oración del libro de frases que le diría a una persona francesa. Sus hombres estaban detrás de él, tenía que decir algo o salir corriendo, no había otra opción. Al mirar a la anciana a los ojos, articuló firmemente:

—*Avez-vous du fromage, Madame?* —la última palabra que añadió fue casi una inspiración, pensó, y, cuando funcionó, estaba tan sorprendido como si su revólver se hubiera disparado solo en su cinturón.

—*Du fromage?* —chilló la señora de la tienda. Le gritó algo a su hija, que estaba tras el mostrador, cogió a Claude de la manga y tiró de él para salir de la tienda y bajar la calle corriendo con él. Lo arrastró a través de una puerta oscurecida por una

larga cortina, saludó a la propietaria y después empujó a los chicos tras su oficial, como si fueran burros cabezotas.

Ellos se quedaron de pie parpadeando en la penumbra, respirando un olor agrio, húmedo, como a mantequilla de queso *cottage*, hasta que sus ojos atravesaron las sombras y vieron que en ese sitio no había otra cosa que no fuera queso y mantequilla. La dependienta era una mujer gorda con unas cejas negras que se juntaban encima de su nariz, estaba arremangada y su vestido de algodón estaba abierto por la zona de su blanco pecho y su garganta. Empezó de inmediato a contarles que había una restricción de productos lácteos, todo el mundo tenía que tener tarjetas de racionamiento, no les podía vender muchas cosas. Pero pronto dejó de haber nada sobre lo que discutir. Los chicos se tiraron como fieras sobre lo que tenía la mujer. Los pequeños quesos blancos que había sobre hojas verdes desaparecieron dentro de las grandes bocas. Antes de que pudiese evitarlo, Hicks había partido un gran queso redondo por la mitad y lo estaba escarbando como si fuera un melón. Ella les dijo que eran un sucios cerdos y peores que los *Boches*, pero no pudo detenerlos.

—¿Qué problema tiene la señora, teniente? ¿Por qué está enfadada? ¿No está aquí para vender los productos?

Claude trató de parecer más sabio de lo que era.

—Por lo que he podido entender, hay algún tipo de restricción, no está permitido comprar todo lo que se quiera. Debimos haberlo pensado, este es un país en guerra. Supongo que estamos a punto de dejarla sin nada.

—Oh, está bien —dijo Hicks limpiando su navaja—. Le traeremos algo de azúcar mañana. Uno de los tipos que nos ayudó a descargar en los muelles me dijo que si les das azúcar, siempre se callan.

Rodearon a la mujer y sacaron el dinero para que ella cogiera lo que debían.

—Venga señora, no sea vergonzosa. ¿Cuál es el problema? ¿Este dinero no le vale?

Estaba distraída por el ruido que hacían, por esas caras bronceadas con dientes blancos y pálidos ojos que se estaban agolpando tan cerca de ella. Diez grandes y bien formadas manos con los dedos estirados, las palmas abiertas llenas de billetes arrugados. Manteniendo a los chicos a distancia, fingiendo buscar un lápiz, hizo los cálculos rápidamente. El dinero que descansaba sobre las palmas de sus manos no tenía ninguna relación con ellos, unos tipos grandes, persuasivos y escandalosos, era una especie de chiste para ellos, desconocían la importancia que ese dinero tenía en el mundo. Detrás de ellos había barcos con cargamentos de dinero y detrás de los barcos...

La situación era injusta: a los americanos no podía importarles si cogía mucho o poco de sus manos, ni siquiera podría haberles agriado su buen humor. Pero había

cierta tensión en la mujer del queso y los estándares de toda una vida peligraban. Su mente mecánicamente fijó dos veces y media: les cobraría dos veces y media el precio que el queso tenía en el mercado. Con este fundamento moral al que aferrarse, devolvió el cambio con precisión concienzuda y no se quedó ni con un penique de más de nadie. Mientras les decía lo muy estúpidos que eran y que era necesario aprender a contar en este mundo, les metió prisa para que salieran de la tienda. Le caían bastante bien, pero no le gustaba hacer negocios con ellos. Si ella no hubiese cogido su dinero, el siguiente lo habría hecho. De todas formas, los valores ficticios le resultaban desagradables y hacían que todo pareciese endeble e inseguro.

De pie en la puerta, observaba al grupo marrón bajar la calle caminando sin ninguna prisa. Cuando pasaron delante de la iglesia de St. Jacques, los dos que iban más avanzados tropezaron en un escalón hundido que apenas sobresalía del pavimento. Ella se rio en voz alta. Ellos miraron hacia atrás y la saludaron con la mano. Ella contestó con una sonrisa que era tanto de amistad como de enfado. Ellos le gustaban, pero no la fama de despilfarradores y derrochadores que les precedía y que les seguiría. Era superfluo y se desintegraba en un mundo de crudas verdades. Un ejército en el que los hombres tenían carne para desayunar y ¡comían más en un día de lo que los franceses en el frente conseguían en una semana! Sus cocinas ambulantes y sus trenes con provisiones tenían maravillada a Francia. Más abajo de Arlés, donde la hermana de su marido se había casado, en la desolada llanura de la Crau, sus provisiones enlatadas estaban apiladas como una cadena de montañas tapadas con lienzos bajo los cobertizos. Nadie había visto tanta comida antes: café, leche, azúcar, beicon, jamón... todas las cosas de las que el mundo estaba hambriento. Trajeron también cargamentos de cosas inútiles. Y de personas inútiles: cargamentos de mujeres que no eran enfermeras. Algunos decían que habían ido a bailar con los oficiales, para que no estuvieran *ennuyés*, es decir, aburridos.

Todo esto no era una parte de la guerra, no más que el hecho de que hombres hechos y derechos que no sabían contar te tendieran dinero bruscamente: eran negocios. Era una invasión, como la otra. La primera destruyó las posesiones materiales y esta amenazaba la integridad de todas las personas. La aversión por tales métodos, el profundo rechazo y desconfianza en ellos, ofuscaba la mente de la mujer del queso mientras echaba el dinero en el cajón y giraba la llave.

Con respecto a los soldados de infantería, después de que sus pies chocaran contra el hundido escalón, lo examinaron con interés y entraron a explorar la iglesia. Tenían en mente no dejar pasar ni una iglesia, de la misma forma que no dejarían escapar a un *boche*. Dentro se encontraron con un grupo de sus compañeros de barco, incluida la banda de Kansas, delante de los cuales presumieron de que su teniente «podía hablar francés como un nativo».

El propio teniente pensaba que se las estaba arreglando bastante bien, pero unas

pocas horas después su orgullo sufrió una cura de humildad. Estaba sentado solo en un pequeño parque triangular junto a otra iglesia, admirando las robinias cultivadas y observando a algunas ancianas que estaban haciendo sus remiendos a la sombra. Un niño con un delantal negro, con la cabeza descubierta y el pelo muy corto, apareció saltando a la comba. Subió de un salto con ligereza hasta donde estaba Claude y dijo con un tono confiado y de lo más persuasivo:

—*Voulez-vous me dire l'heure, s'il vous plait, M'sieu'l'soldat?*

Claude bajó la mirada hasta sus ojos llenos de admiración con un sentimiento de pánico. No le importaba quedarse sin habla con un hombre, incluso con una chica bonita, pero esto era terrible. Se le secó la lengua y la cara se le puso de color escarlata. La mirada expectante del niño pasó a ser de duda y después de miedo. Había hablado antes con americanos que no le entendían, pero no se habían puesto rojos ni parecían enfadados como este, este soldado debía de estar enfermo o mal de la cabeza.

El niño se dio la vuelta y se alejó corriendo.

Pocos contratiempos habían angustiado tanto a Claude. También estaba decepcionado. Había algo amable en la cara del niño que él quería... que necesitaba. Al levantarse, hincó el talón en la grava.

—Si no soy capaz de aprender a hablar con los niños de este país —murmuró— ¡me iré a casa!

II

Claude se fue a buscar el Grand Hotel, donde había prometido cenar con Victor Morse. El portero allí hablaba inglés. Llamó a un chico pelirrojo con un uniforme sucio y le dijo que llevara al americano a la *vingt-quatre*. El chico también hablaba inglés.

—¡Mucho dinero en Nueva York, supongo! En Francia, no dinero.

Se abrió paso recorriendo pasillos que olían a humedad y subiendo resbaladizas escaleras, observando sagazmente, tanto como pudo, al visitante y frotando nerviosamente el pulgar contra los demás dedos todo el tiempo.

—*Vingt-quatre*, veinticuatro —anunció dando golpecitos en una puerta mientras abría la otra mano de manera insinuante. Claude puso algo en ella, cualquier cosa con tal de deshacerse de él.

Victor estaba de pie delante de la chimenea.

—Hola, Wheeler, entra. Nos servirán la cena aquí arriba. Es bastante grande, ¿verdad? A quince dólares el día, era esto o un gallinero; no pude conseguir otra cosa.

La habitación era lo suficientemente espaciosa como para un banquete, con dos camas enormes y grandes ventanas que giraban sobre bisagras, como si fueran puertas, y que con certeza no se habían limpiado desde antes de la guerra. Los tapices de brocado de algodón y las cortinas de encaje estaban tiesas por el polvo, la gruesa moqueta estaba cubierta de colillas de cigarro y cerillas. Había cuchillas de afeitar y bolsas de tela caqui del kit de suministros por encima del tocador, y los primeros ocupantes habían dejado sus autógrafos en el polvo de la mesa. Los oficiales dormían allí y se marchaban; y entonces llegaban otros oficiales, y la habitación permanecía igual, como un bosque en el que los viajeros acamparan para pasar la noche. El *valet de chambre* se llevaba solo lo que pudiera serle útil, camisas abandonadas, calcetines y zapatos viejos. Parecía un sitio más bien deprimente para hacer una fiesta.

Cuando llegó el camarero, limpió el polvo de la mesa con su delantal y puso un mantel limpio, servilletas y vasos. Victor y su invitado se sentaron bajo la luz de una bombilla eléctrica con la pantalla rota, alrededor de la cual un silencioso halo de moscas se movía incesantemente. No zumbaban, no salían rápidamente hacia arriba ni bajaban a probar la sopa, sino que se quedaban allí, en el centro de la habitación, como si fueran parte del sistema de iluminación. La atención constante del camarero hacía sentir incómodo a Claude, se sentía como si estuviera siendo observado.

—Por cierto —dijo Victor mientras removían los platos de sopa—, ¿qué opinas de este vino? Me costó treinta francos la botella.

—A mí me sabe muy bien —contestó Claude—. Pero en realidad, es el primer champán que he bebido nunca.

—¿De verdad? —Victor apuró otro vaso y suspiró—. Te envidio. Me gustaría tener que hacer todo de nuevo por primera vez. La vida es muy corta, ¿sabes?

—Yo diría que has empezado muy bien. Estamos bastante lejos de Crystal Lake.

—No lo suficiente —su anfitrión estiró el brazo hasta el otro lado de la mesa y rellenó el vaso vacío de Claude—. A veces me despierto con la sensación de que he vuelto allí. O tengo pesadillas y me veo a mí mismo sentado en ese maldito taburete en la jaula de cristal y no puedo hacer que mis libros cuadren. Oigo al viejo toser en su habitación privada, de la misma forma que tose cuando va a rechazar un préstamo a algún pobre diablo que lo necesita. Me salvé por los pelos, Wheeler, «como tizón arrebatado de un incendio», eso es todo lo que recuerdo de las Escrituras.

Las relucientes manchas rojas en las mejillas de Victor, su pálida frente y los brillantes ojos y su pequeño y elegante bigote parecían darle a su cita una peculiar intensidad. Claude le envidiaba, debía de ser muy divertido adoptar un papel e interpretarlo hasta el final, creer que te has transformado a ti mismo y admirar el tipo de persona que has logrado llegar a ser. También, en cierta manera, admiraba a Victor, aunque no podía creer en él del todo.

—Nunca volverás —dijo—, yo no me preocuparía por eso.

—Escúchame bien, ¡son miles los que nunca volverán! No estoy hablando de las bajas. Algunos de vosotros, americanos, vais a descubrir el mundo en este viaje... ¡y será una jodida gran diferencia! No habéis tenido muchas oportunidades. Hay una conspiración entre la Iglesia y el Estado para manteneros oprimidos. Esta noche voy a salir a divertirme con unas chicas, ¿quieres venir conmigo?

Claude rio.

—Creo que no.

—¿Por qué no? No te pillarán, te lo garantizo.

—Supongo que no iré —Claude habló con tono de disculpa—. Voy a ir a ver a Fanning después de la cena.

Victor se encogió de hombros.

—¡Eso es una tontería! —le hizo una seña al camarero para que abriera otra botella y trajera el café—. Bueno, es tu última oportunidad de volverte un poco loco conmigo —miró a Claude intensamente y levantó la copa—. ¡Por el futuro y nuestro próximo encuentro! —cuando bajó su copa vacía comentó—: He recibido un telegrama hoy, me voy mañana.

—¿A Londres?

—A Verdún.

Claude respiró agitado. Verdún, el simple sonido de la palabra era lúgubre, como el redoble hueco de los tambores. Victor iba allí al día siguiente. Desde donde estaban, uno podía tomar un tren hacia Verdún o sus alrededores, como en casa uno tomaba el tren hacia Omaha. Se sentía más «allá» de lo que nunca antes se había

sentido y un leve estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Trató de sonar despreocupado:

—¿Entonces no irás a Londres pronto?

—Solo Dios sabe —contestó Victor con tristeza. Levantó la vista hacia el techo y comenzó a silbar suavemente una agradable melodía—. ¿La conoces? Es algo que Maisie toca a menudo: *Roses of Picardy*. No sabrás lo que es una mujer hasta que la conozcas, Wheeler.

—Espero tener ese placer. Me preguntaba si te habías olvidado de ella por un momento. ¿No se opone a estas diversiones?

Victor levantó las cejas con su conocida expresión traviesa.

—Las mujeres no exigen ese tipo de fidelidad al servicio aéreo. Nuestros compromisos son demasiado inciertos.

Media hora más tarde, Victor se había ido en busca de aventuras amorosas y Claude estaba deambulando solo por una calle intensamente iluminada, llena de soldados y marineros de todas las naciones. Había senegaleses negros y soldados con falda de las Tierras Altas escocesas y camioneros bajitos de Siam, todos circulando lentamente entre hileras de cabarés y cines. Las ramas extendidas de los plátanos se juntaban por encima de las cabezas, tapando el cielo y poniendo techo a la deslumbradora luz naranja. Las aceras estaban abarrotadas con sillas y pequeñas mesas donde los infantes de marina y los soldados estaban sentados bebiendo *schnapps*, coñac y café. En cada puerta las máquinas de discos esparcían melodías de *jazz* y estridentes marchas de Sousa. El ruido era atronador. En medio de la calle, un grupo de chicas sin sombreros, duras y fuertes en apariencia, estaba siguiendo a una fila de americanos torpes; se pusieron delante de ellos, dándoles golpecitos con el codo, pidiéndoles que hablaran con ellas y gritando:

—¿Me bailas *fausse-trot*, Sammie^[33]?

Claude se colocó delante de un cine, donde el cartel de luces de neón decía: *Amour, quand tu nous tiens!* y se quedó observando a la gente. En la oleada de gente que pasaba delante de él, sus ojos se detuvieron en una pareja que iba cogida del brazo, agarrándose las manos, que hablaban con entusiasmo y ajenos a la multitud; diferentes, lo vio de inmediato, del resto de parejas que paseaban de forma afectuosa.

El hombre llevaba el uniforme americano, su brazo izquierdo había sido amputado a la altura del codo y mantenía la cabeza ladeada, como si tuviese el cuello rígido. Su oscuro y enjuto rostro mostraba una expresión de intensa ansiedad, sus cejas estaban contraídas como si sufriera un dolor constante. La joven también parecía preocupada. Cuando pasaron delante de él, bajo la luz rojiza del cartel del *Amour*, Claude pudo ver que los ojos de ella estaban inundados de lágrimas. Eran unos ojos grandes, azules, de aspecto inocente, y tenía la cara más hermosa que Claude había visto desde que desembarcó. Por su chal de seda y el pequeño sombrero

de cintas azules y volante blanco, pensó que debía de ser una chica de campo. Mientras escuchaba al soldado, con la boca medio abierta, vio un hueco entre los dientes delanteros, como en esos niños a los que les acaba de salir el segundo diente. Mientras avanzaban abriéndose paso entre la multitud, ella levantó la mirada intensamente hacia el hombre que estaba junto a ella o hacia el borrón de luz, donde evidentemente no veía nada. Su cara, joven y tersa, parecía nueva en cuanto a las emociones y su desconcertada mirada le hacía a uno sentir que no sabía qué dirección tomar.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Claude les siguió hasta salir de la multitud hacia una tranquila calle y luego hacia otra, aún más desierta, donde parecía que las casas hubieran estado dormidas durante mucho tiempo. Aquí no había farolas, ni siquiera una luz en las ventanas, solo la oscuridad natural, con la luna arriba sobre sus cabezas arrojando sombras afiladas a través del blanco pavimento de adoquines. La estrecha calle tenía un recodo y Claude llegó hasta la iglesia donde él y sus compañeros habían entrado esa tarde. Parecía más grande de noche y, excepto por el escalón hundido, no habría estado seguro de que fuera la misma. Las oscuras casas de alrededor parecían inclinarse hacia ella, la luz de la luna brillaba de color gris plateado sobre su desgastada fachada.

La pareja que caminaba delante de él subió los escalones y se retiró a un hueco de la espaciosa entrada, donde se aferraron el uno del otro en un abrazo tan largo y quieto que parecía la misma muerte. Al fin se apartaron temblando. La chica se sentó en el banco de piedra junto a la puerta. El soldado se tumbó en el suelo a sus pies y descansó la cabeza sobre las rodillas de ella, su único brazo descansando sobre su regazo.

A la sombra de las casas de enfrente, Claude permanecía observando como un centinela, preparado para desempeñar su papel si alguna alarma les asustaba. La joven se inclinó sobre el soldado, acariciando su pelo tan suavemente que debió de adormilarlo, cogió su única mano y la sostuvo contra su pecho, como para acabar con el dolor en él. Justo detrás de ella, en el escultural portal, había un viejo obispo con un gorro puntiagudo y un báculo roto, con dos dedos levantados.

III

A la mañana siguiente, cuando Claude llegó al hospital a ver a Fanning, encontró a todo el mundo demasiado ocupado como para reparar en él. El patio estaba lleno de ambulancias y una larga fila de camiones esperaba fuera, en la puerta. Un tren cargado de americanos heridos había llegado, desde los hospitales de campaña, para esperar su barco de vuelta a casa.

Al pasar los heridos a su lado, pensó que parecía que llevaran mucho tiempo enfermos; parecía, de hecho, como si nunca fueran a recuperarse. Los chicos que habían muerto a bordo del *Anchises* nunca habían parecido tan enfermos como esos hombres. Su piel estaba amarilla o púrpura, tenían los ojos hundidos y los labios resecos. Cualquier vestigio de la salud les había abandonado, todo atributo de juventud había desaparecido. Un pobre hombre, cuya cara y tronco estaban envueltos con algodón, no dejó de quejarse y al subir por el pasillo su olor era horrible. El celador de Texas le comentó a Claude:

—Al principio, a ese solo le habían volado un dedo, ¿puedes creerlo?

Estos eran los primeros heridos que Claude veía. Derramar sangre brillante, llevar la roja insignia del valor, eso era una cosa, pero verse reducido a esto era algo bien distinto. Desde luego, cuanto antes muriesen estos chicos, mejor.

El texano, al pasar con su siguiente carga, le preguntó a Claude por qué no había ido a la oficina a esperar a que acabara el ajetreo. Al mirar dentro a través de la puerta de cristal, Claude reparó en un hombre joven escribiendo sentado a un escritorio cercado por una barandilla. Algo en su figura, en la forma en que sostenía la cabeza, le resultaba familiar. Cuando levantó el brazo izquierdo para mantener abierta la página de su libro mayor, dejaba ver un muñón a la altura del codo. Sí, no cabía duda, la pálida y afilada cara, la nariz aguileña, el ceño fruncido, la frente intranquila. En ese momento, como si hubiera sentido unos ojos curiosos clavados en él, el joven detuvo su rápida escritura, estiró los hombros, puso un peso de hierro sobre la página de su libro, cogió una cajita del bolsillo y sacudió un cigarrillo sobre la mesa. Al acercarse a la barandilla, Claude le ofreció un puro.

—No, gracias. Ya no fumo de eso. Al parecer son demasiado fuertes para mí —prendió una cerilla, movió de nuevo los hombros como si los tuviera agarrotados y se sentó en el borde de su escritorio.

—¿De dónde vienen estos heridos? —preguntó Claude—. Llegué justo ayer en el *Anchises*.

—Vienen de varios hospitales de campaña. Creo que la mayoría son del grupo de Belleau Wood.

—¿Dónde perdió el brazo?

—Cantigny. Estaba en la División Primera. Llevaba aquí desde el pasado septiembre, esperando que ocurriera algo y entonces me alcanzan en mi primera batalla.

—¿No puede volver a casa?

—Sí, podría, pero no quiero. Me he acostumbrado a las cosas aquí. Estuve destinado en los cuarteles generales en París durante un tiempo.

Claude se apoyó sobre la barandilla.

—En casa leímos sobre Cantigny, por supuesto. Estábamos bastante emocionados, supongo que ustedes también.

—Sí, estábamos nerviosos. No habíamos estado en la línea de fuego y estábamos hartos de todo ese asunto de que lleva cincuenta años construir una maquinaria bélica. Los Hunos estaban bien posicionados. Levantamos la vista hacia esa larga colina y nos preguntamos cómo íbamos a actuar —mientras hablaba parecía que sus ojos estuvieran moviéndose todo el tiempo, probablemente porque no podía mover absolutamente nada su cabeza. Después de expulsar grandes nubes de humo hasta que su cigarrillo se consumió, se sentó ante su libro y frunció el ceño ante la página como diciendo que estaba demasiado ocupado para hablar.

Claude vio al doctor Trueman en la puerta, esperándole. Hicieron su visita de las mañanas a Fanning y dejaron el hospital juntos. El doctor se dirigió a él como si tuviese algo en mente.

—Te he visto hablando con ese joven del cuello torcido. ¿Cómo se encontraba? ¿Bien?

—No exactamente, es decir, parece muy nervioso, ¿sabes algo de él?

—¡Oh, sí! Es uno de los pacientes estrella aquí, un caso de psicopatía. Acabo de estar hablando con uno de los médicos sobre él, entonces salí y te vi con él. Le dispararon en la cabeza en Cantigny, donde perdió el brazo. La herida se curó, pero su memoria se vio afectada: le cortaron algún nervio, supongo, que conecta con esa parte de su cerebro. Este psiquiatra experto en psicopatías, Phillips, se está tomando mucho interés por él y le tiene aquí para observarlo. Está escribiendo un libro sobre él. Dice que el tipo ha olvidado casi todo sobre su vida antes de venir a Francia. Lo raro es que es su recuerdo de las mujeres lo que se ha visto más afectado. Puede recordar a su padre, pero no a su madre; no sabe si tiene o no hermanas, recuerda haber visto chicas por la casa pero piensa que debían de ser primas. Sus fotografías y pertenencias se perdieron cuando fue herido, todo excepto un puñado de cartas que tenía en el bolsillo. Son de una joven con la que está prometido, y afirma que no la recuerda en absoluto, no sabe qué aspecto tiene ni nada sobre ella, y no es capaz de recordar haberse comprometido. El doctor tiene las cartas. Parecen ser de una agradable joven de su pueblo que está ansiosa por que él trate de prosperar. Desertó poco después de ser enviado a este hospital, huyó. Lo encontraron en una granja en

medio del campo aquí, una casa donde los hijos habían muerto y la gente de alguna manera le había adoptado. Se quitó el uniforme y llevaba puestas las ropas de uno de los hijos muertos. Probablemente habría logrado desaparecer si no hubiese tenido ese cuello torcido. Alguien lo vio en los campos, lo reconoció y le denunció. Supongo que a nadie le importa mucho, salvo a este doctor especialista en psicopatía que quería que su paciente preferido volviese. Aquí le llaman «el americano perdido».

—Parece estar haciendo algún tipo de trabajo clerical —observó Claude discretamente.

—Sí, dicen que es una persona muy culta. Recuerda los libros que ha leído mejor que su propia vida. No puede recordar cómo es su pueblo natal, ni su casa. Y las mujeres han sido claramente borradas, incluso la joven con la que se va a casar.

Claude sonrió.

—Quizá sea afortunado en eso.

El doctor se dirigió a él afectuosamente.

—Bueno, Claude, no empieces a hablar así al minuto de haber desembarcado en este país.

Claude pasó delante de la iglesia de St. Jacques. La noche anterior ya parecía un sueño, pero le atormentaba. Deseaba poder hacer algo para ayudar a ese chico, ayudarle a escaparse del doctor que estaba escribiendo un libro sobre él y de la chica que quería que se convirtiese en un hombre de provecho, a huir y perderse completamente en lo que había sido lo suficientemente afortunado de encontrar. Todo aquel día, mientras Claude iba y venía, no había dejado de buscar entre la multitud ese joven rostro, tan compasivo y tierno.

IV

¡Se adentraban más y más en la florida Francia! Esa era la frase que Claude no dejaba de decirse a sí mismo una y otra vez al son del traqueteo de las ruedas, mientras el largo tren militar se dirigía al sur, el segundo día después de que él y su compañía hubiesen dejado el puerto de desembarco. Campos de trigo, campos de avena, campos de centeno, todas las colinas bajas y las onduladas mesetas vestidas con la cosecha. Y en todos los sitios, en la hierba, en el grano amarillo, a lo largo de los bordes de la carretera, rebosaban y ondeaban las amapolas. Al segundo día, los chicos aún seguían hablando los unos con los otros sobre las amapolas, ninguna otra cosa había superado sus expectativas tanto como esto. Habían supuesto que las amapolas crecían solo en los campos de batalla o en los cerebros de los corresponsales de guerra. Nadie sabía qué eran los acianos excepto Willy Katz, un chico austriaco de los mataderos de South Omaha, y solo conocía un nombre soez para designarlas, así que no aportó ninguna información. Durante mucho tiempo pensaron que las flores rojas de los tréboles eran salvajes (eran tan grandes como rosas silvestres). Cuando pasaron junto al primer campo de alfalfa, resonó una carcajada por todo el tren; la alfalfa era una cosa de la que, creían, fuera de sus propios terrenos en la pradera, nadie más había oído hablar.

Durante todo el camino, la Compañía B había estado encontrando las cosas viejas en lugar de las nuevas o, según su forma de pensar, las nuevas en lugar de lo viejo. Los tejados de paja, que habían estado contando según los veían eran pocos y estaban lejos unos de otros. Pero las agavilladoras americanas, de fabricantes bien conocidos, aparecían donde los campos estaban empezando a madurar, las estaban engrasando y poniendo a punto, pero no «campesinos», sino viejos granjeros de mirada sabia que parecían conocer el negocio. Los perales, enderezados con guías contra la pared como si fueran vides, no les asombraron tanto como el ver los familiares álamos de Virginia que crecían por todas partes. Claude pensó que nunca antes se había fijado en lo hermoso que podía ser este árbol. En pequeños valles verdes, a lo largo de ríos cristalinos, los álamos saludaban y susurraban, y en las pequeñas islas, de las que había muchas en estos ríos, se alzaban en masas puntiagudas, parecían agarrarse al suelo más profundo y descansar cómodamente, como si hubieran estado allí siempre y para siempre se fueran a quedar. En casa, por todo Frankfort, los granjeros estaban talando sus álamos porque eran «comunes», para plantar arces y fresnos y que salieran adelante en su lugar. No importaba, los álamos eran lo suficientemente buenos para Francia ¡y lo suficientemente buenos para él! Sentía que eran un auténtico lazo entre él y esta gente.

Cuando la Compañía B recibió por primera vez órdenes de ir a un campo de

entrenamiento en la parte norte de Francia, todos los hombres se llevaban una gran decepción. Tropas mucho menos experimentadas que ellos fueron enviadas con urgencia al frente, así que, ¿para qué seguir por aquí perdiendo el tiempo? Pero ahora estaban hechos a la idea del retraso. Parecía haber una gran parte de Francia que no estaba en la guerra y no les importaba viajar un poco por un país como este. ¿La cosecha siempre era un mes más tarde que en casa, como parecía ser este año? ¿Por qué tenían los granjeros filas de árboles creciendo a lo largo de los bordes de cada campo, acaso no le quitaban fuerza al suelo? ¿Qué pretendían plantando mostazas justo a lo largo de otros cultivos? ¿Acaso no sabían que la mostaza se mete dentro de los campos de trigo y estrangula el grano?

La segunda noche los chicos la iban a pasar en Ruan y al día siguiente podrían dar una vuelta por allí. Todo el mundo sabía lo que había pasado en Ruan, y si alguien no lo sabía, ¡sus vecinos estaban ansiosos por informarle! Había tenido lugar en el mercado y era el mercado lo que ellos iban a buscar.

El día siguiente, cuando llegó, resultó ser negro y frío, un día de lluvia torrencial. Mientras caminaban en fila a través de las estrechas y abarrotadas calles, la cruel ciudad normanda no presentaba un aspecto muy alentador. Se alegraban de haber encontrado por fin la ribera, salir por el puente y aspirar el aire en el gran espacio abierto sobre el río, lejos del ruido de las ruedas de los carros y de las fuertes voces y las astutas caras de estos ciudadanos, que parecían bruscos y hostiles. Desde el puente levantaron la vista hacia las montañas de un blanco calizo; las cumbres, un borrón de un verde intenso bajo el bajo cielo de color plomizo. Observaban las flotas de amplias gabarras hundidas en el río, yendo y viniendo bajo sus pies, con sus chimeneas inclinadas. Solo un poco más lejos río arriba estaba París, el lugar al que todo soldado pretendía ir y, mientras se apoyaban en la barandilla y bajaban la mirada hacia el agua que fluía despacio, cada uno tenía en mente una imagen confusa de cómo sería. El Sena, estaban seguros, debía de ser mucho más ancho allí y lo cruzarían muchos puentes, todos más largos que el puente sobre el Missouri en Omaha. Habría más chapiteles y cúpulas doradas de las que se pudieran contar, todos los edificios más altos que cualquiera de Chicago y todo brillante, de un brillo deslumbrante, nada gris ni raído como esta vieja Ruan. Le adjudicaron a la ciudad su deseo de incalculable inmensidad, desconcertante amplitud, enormidad y pesadez babilónicas, los únicos atributos que les habían enseñado a admirar.

A última hora de la mañana, Claude se encontró solo ante la iglesia de St. Ouen. Estaba buscando la catedral y este parecía ser el sitio. Sacudió el agua de su impermeable y, al entrar, se quitó el sombrero en la puerta. El día, tan oscuro fuera, estaba aún más oscuro dentro..., a lo lejos, unas pocas velas dispersas, aun así escasos puntos de luz; justo ante él, en la penumbra grisácea, esbeltas columnas blancas en largas filas, como los troncos de unos álamos blancos.

La entrada a la nave estaba cerrada por un cordón, así que recorrió el pasillo de la derecha, pisando suavemente, pasando delante de capillas donde se arrodillaban mujeres solitarias a la luz de unas pocas velas. Excepto por ellas, la iglesia estaba vacía... vacía. Su propia respiración era audible en este silencio. Se movía con precaución, por si provocaba eco.

Cuando llegó al coro se giró y vio, muy por detrás de él, el rosetón con su corazón púrpura. Mientras estaba de pie mirando fijamente, con el sombrero en la mano, tan quieto como las esculturas de piedra de las capillas, una gran campana, muy arriba, comenzó a golpear las horas con su profunda y melodiosa garganta, once golpes, medidos y espaciados, tan intensos como los colores en la ventana, después el silencio... solo en su recuerdo la vibración de un tipo de sonido jamás soñado. Las revelaciones de la vidriera y la campana habían llegado casi simultáneamente, como si una hubiera producido la otra y ambas fueran algo excepcional comparado con lo que su mente había estado siempre buscando a tientas, o eso le parecía a él entonces.

Enfrente del coro la nave estaba abierta, sin cordón que lo cerrara. Varias sillas de paja estaban apiñadas sobre una losa del suelo de piedra. Después de dudarlo un poco, cogió una, le dio la vuelta y se sentó mirando hacia la vidriera. Si alguien se le hubiera acercado y le hubiera dicho alguna cosa, cualquier cosa, él se habría levantado y habría dicho: «*Pardon, monsieur, je ne sais pas c'est défendu*». Se lo repitió a sí mismo para estar completamente seguro de que lo tendría preparado.

En el tren, de camino, había hablado con los chicos sobre la mala reputación que los americanos habían adquirido de ir por todos sitios como si fuera su casa y entrometerse en todo, y les había pedido que anduvieran con cautela.

—Pero teniente —había saltado el muchacho de Pleasantville—, ¿no es toda esta expedición una intrusión? Después de todo, no es nuestra guerra.

Claude se rio, pero le dijo que tenía intención de dar un castigo ejemplar a aquel que se metiera en líos.

Se sentía enormemente satisfecho de no tener a sus inquietos compañeros presentes en ese momento. Se podía sentar ahí tranquilamente hasta el mediodía y escuchar la campana sonar de nuevo. Mientras tanto, debía intentar pensar: esto era por supuesto arquitectura gótica, había leído algo sobre esto y debería ser capaz de recordar algo sobre ello. Gótico... era una simple palabra, a él le sugería algo muy picudo y puntiagudo, arcos afilados, tejados empinados. No tenía nada que ver con estas esbeltas columnas blancas que se alzaban tan rectas y lejanas, o con la vidriera, ardiente allí en su bóveda de penumbra...

Mientras intentaba en vano meditar sobre la arquitectura, algunos recuerdos de astronomía de antiguas clases atravesaron su mente, algo sobre las estrellas cuya luz viaja a través del espacio durante cientos de años antes de alcanzar la tierra y el ojo humano. El púrpura, el carmesí y el verde botella de esta vidriera habían estado

brillando durante casi el mismo tiempo antes de llegar hasta él. Sintió perfectamente cómo le atravesaba e iba más allá... como si su madre estuviera mirando por encima de su hombro. Se sentó solemnemente durante una hora, hasta las doce, los codos sobre sus rodillas, su sombrero balanceándose entre las piernas en su mano, mirando hacia arriba a través de la penumbra con ojos sinceros y meditabundos.

Cuando Claude se reunió con su compañía en la estación, se habían reído de él: ellos habían encontrado la catedral y una estatua de Ricardo Corazón de León, en el mismo sitio donde el propio corazón había sido enterrado, «el órgano idéntico», le aseguró el gordo sargento Hicks. Pero todos se alegraron de dejar Ruan.

V

La Compañía B llegó al campo de entrenamiento de S... con treinta y seis hombres menos: veinticinco habían sido enterrados durante el viaje hasta allí y a los otros once, enfermos, los habían dejado en el hospital de la base. La compañía debía unirse a un batallón que ya había entrado en acción, comandado por el teniente coronel Scott. Al llegar por la mañana temprano, los oficiales informaron de inmediato en el cuartel general. El capitán Maxey debió de llevarse una gran impresión cuando el coronel se levantó de su escritorio para agradecerle su saludo, entonces les estrechó la mano a todos y les preguntó por su viaje. El coronel no tenía una figura muy marcial: bajito, gordito, con los hombros caídos y una espalda llena de bultos como un saco de patatas. Aunque no tenía mucho más de cuarenta años, estaba calvo y el cuello de su camisa podía deslizarse con facilidad por su cabeza sin tener que desabrocharlo. Sus pequeños y brillantes ojos y su cara amable no tenían ni una pizca de arrogancia o dignidad de oficial.

Años antes, cuando el general Pershing, entonces un joven y atractivo teniente con una esbelta cintura y rubios bigotes, estaba destinado como comandante en la Universidad de Nebraska, Walter Scott era un oficial en una compañía de cadetes que el teniente solía llevarse a los torneos militares. Los llamaban *The Pershing Rifles*, «Los Rifles de Pershing», y ganaban premios dondequiera que fueran. Después de graduarse, Scott se estableció para llevar un negocio de ferretería en un próspero pueblo de Nebraska vendiendo cocinas de gas y mangueras para jardín durante veinte años. Más o menos cuando Pershing fue enviado a la frontera mexicana, Scott empezó a pensar que al final algo debía de estar pasando y que sería mejor dedicarse al adiestramiento. Bajó a Texas con la Guardia Nacional. Había venido a Francia con la División Primera y había logrado sus ascensos gracias a unas sólidas cualidades marciales.

—Veo que tiene un oficial menos, capitán Maxey —comentó el coronel a los allí reunidos—. Creo que tengo un hombre aquí para ocupar el puesto que le corresponde. El teniente Gerhardt es un hombre de Nueva York, vino con la banda y fue transferido a infantería. Recientemente le han nombrado oficial por su buen servicio. Tiene cierta experiencia y es un tipo muy capaz —el coronel envió a su ordenanza para que trajera al joven a quien presentó a los oficiales como teniente David Gerhardt.

Claude se había avergonzado de Tod Fanning, que siempre estaba dejándose en ridículo y nunca hubiera conseguido una promoción si su tío no hubiese sido un congresista. Pero en el momento que cruzó la mirada con el teniente Gerhardt, algo parecido a los celos se encendió dentro de él. De repente sintió que salía perjudicado

al compararse con el nuevo oficial, que debía estar en guardia y no permitirse ser tratado con condescendencia.

Al salir juntos de la oficina del coronel, Gerhardt le preguntó si ya tenía alojamiento. Claude respondió que, después de que sus hombres tuvieran donde quedarse, él miraría algo para él.

El joven sonrió.

—Me temo que vas a tener problemas. La gente de por aquí ha trabajado demasiado manteniendo a los soldados y no son tan voluntariosos como lo eran antes. Yo estoy con una encantadora pareja de ancianos en el pueblo. Estoy casi seguro de que puedo meterte allí. Si vienes conmigo, hablaremos con ellos antes de que alguien más los disuada.

Claude no quería ir, no quería aceptar favores; aun así fue. Caminaron juntos a lo largo de la polvorienta carretera que transcurría entre campos de trigo a medio madurar bordeados por álamos. Las glorias de la mañana salvajes y las zanahorias silvestres que crecían en el borde de la carretera todavía brillaban por el rocío. Una brisa fresca agitaba el grano barbudo dividiéndolo en surcos y extendiendo mechones de amapolas carmesí. El nuevo oficial no era entrometido, sin lugar a dudas. Caminaba silbando suavemente para sí, parecía completamente perdido en la frescura de la mañana o en sus propios pensamientos. No había habido nada condescendiente en sus formas hasta ahora y Claude empezaba a preguntarse por qué se había sentido tan incómodo con él. Quizá era porque no tenía el mismo aspecto que el resto: aunque era joven, no tenía aspecto aniñado. Parecía experimentado, un producto terminado, más que algo que está en proceso. Era apuesto, y su cara, como sus formas y sus andares, tenía algo de distinción. Una amplia frente blanca bajo el pelo marrón rojizo, ojos color avellana sin un ápice de duda en su mirada, una nariz aguileña con un delicado perfil, una boca sensible y desdeñosa, que de alguna manera no desmerecía la amable aunque algo reservada expresión de su rostro.

El teniente Gerhardt debía de llevar en esa zona algún tiempo, parecía conocer a la gente. De camino se cruzaron con varios vecinos: una muchacha de mirada hostil que sacaba a una vaca a pastar, un anciano con una cesta en el brazo, el cartero en su bicicleta, todos ellos hablaron con el acompañante de Claude como si le conocieran bien.

—¿Qué son estas flores azules que crecen por todos sitios? —preguntó Claude de repente, señalando con el pie una mata.

—Aciano —dijo el otro—, los alemanes la llaman *Kaiser-blumen*, «Las flores del Káiser».

Se estaban acercando al pueblo, que lindaba con un bosque, un bosque tan grande que no se podía ver el final, se juntaba con el horizonte mediante una hilera de pinos. El pueblo no era más que una única calle. A cada lado había paredes del color de la

arcilla, con puertas de madera pintadas por aquí y por allá y contraventanas verdes. El guía de Claude abrió una de estas puertas y entraron en un pequeño jardín de tierra, la casa estaba construida de forma que el jardín la rodeaba por tres lados. Bajo un cerezo había una mujer sentada con un vestido negro, cosiendo con una mesa de trabajo a su lado.

Tenía quizá cincuenta años, pero aunque su pelo era gris tenía un aspecto juvenil: mejillas enjutas, con un delicado tono rosado y unos tranquilos, risueños e inteligentes ojos. Claude pensó que parecía una mujer de Nueva Inglaterra, parecida a las fotografías de las primas y las compañeras de colegio de su madre. El teniente Gerhardt le presentó a Madame Joubert. Se desanimó un poco por el coloquio que siguió. Claramente, su nuevo compañero hablaba el mismo lenguaje desconcertante que Madame Joubert con tanta facilidad como ella y se sentía irritado y resentido mientras escuchaba. Había albergado la esperanza de que, dondequiera que se alojara, podría aprender a hablar con la gente un poco, pero con este joven experto cerca, nunca tendría el valor de probar. Podía ver que a Madame Joubert le gustaba Gerhardt, le gustaba mucho, y todo esto, por alguna razón, le desalentaba.

Gerhardt se dirigió a Claude, hablando de forma que incluyera a Madame Joubert en la conversación, aunque ella no pudiese entenderlo:

—Madame dejará que te vengas, aunque ya ha cumplido con su parte y en realidad no tiene por qué acoger a nadie más. Pero estarás tan bien aquí que me alegro de que dé su consentimiento. Tendrás que compartir la habitación conmigo, pero hay dos camas. Te la enseñaré.

Gerhardt salió por la puerta y le dejó solo con su anfitriona. La mente de ella parecía leer los pensamientos de él. Cuando pronunciaba una palabra o cualquier sonido que pareciese una, ella construía rápidamente y sin problemas una frase con ella, como si estuviera bastante acostumbrada a hablar de esta manera y esperase solo monosílabos de los extraños. Era amable, incluso un poco bromista, pero él sentía que eran todo buenos modales y que en el fondo ella no le tenía en consideración en absoluto. Cuando estuvo solo en el dormitorio con suelo de baldosas del piso de arriba, mientras desenrollaba las mantas y colocaba sus cosas de afeitarse, miró hacia fuera por la ventana y la observó sentada cosiendo bajo el cerezo. Tenía una cara muy triste, pensó, no era dolor, nada agudo y definitivo, como la pena. Era una tristeza antigua, tranquila e impersonal, dulce en su expresión, como la tristeza de la música.

Cuando salió de la casa para dirigirse de vuelta a los barracones, le hizo una reverencia y trató de decir: «*Au revoir, Madame. Jusqu'à ce soir*». Se detuvo cerca de la puerta de la cocina para mirar las muchas ramas del rosal trepador que recorrían toda la pared, llenas de rosas color crema y puntas rosadas, solo un poco más oscuras que la pared de arcilla detrás de ellas. Madame Joubert se acercó y se quedó de pie a su lado, mirándole a él y al *rosier*.

—*Oui, c'est joli, n'est-ce pas?* —cogió las tijeras que colgaban de su cinturón con un lazo, cortó una de las flores y se la puso en el ojal—. *Voilà!* —hizo un pequeño movimiento con su fina mano.

Al pisar la calle, se giró para cerrar la puerta de madera tras de sí y escuchó un suave revuelo en la oscura caseta de las herramientas justo a su lado. Entre los rastrillos y las palas una cara de niña asustada estaba mirándole fijamente. Estaba sentada en el suelo con el regazo lleno de gatitos. Él apenas pudo atisbar su pálida y apagada cara.

VI

A la mañana siguiente, Claude se despertó con una intensa sensación de bienestar que no había tenido desde hacía mucho tiempo. El sol brillaba intensamente sobre el blanco yeso de las paredes y sobre las baldosas rojas del suelo. Las celosías de cristal verdes, medio abiertas, hacían sombra sobre la parte de arriba de las dos ventanas. A través de sus tablillas, podía ver las ramas dentadas de una acacia que crecía junto a la puerta. Una bandada de palomas volaba a su alrededor, zambulléndose y elevándose con un cortante centelleo de alas plateadas. Estaba bien volver a estar en una casa de la que se ocupaba una mujer. Debió de sentir eso incluso mientras dormía, pues para cuando abrió los ojos estaba pensando en Mahailey y el desayuno y las mañanas de verano en la granja. La temprana calma era dulce, como también lo era la sensación de las sábanas secas y limpias sobre su cuerpo. Había un olor a lavanda por toda su almohada templada. Se quedó tumbado sin moverse por miedo a despertar al teniente Gerhardt. Esta sensación de paz era de las que uno quería disfrutar a solas. Cuando se incorporó con mucho cuidado sobre su codo y miró a la otra cama, estaba vacía. Su compañero debía de haberse vestido y salido al despuntar el día. Alguien más al que le gustaba disfrutar de las cosas a solas, eso era esperanzador. Pero ahora que tenía ese lugar para él solo, decidió levantarse. Mientras se vestía pudo ver al anciano Monsieur Joubert abajo en el jardín, regando las plantas y las vides, rastrillando la tierra fresca y lisa, cortando las hojas muertas y las flores marchitas y arrojándolas en una carretilla. Esta gente había perdido a sus dos hijos en la guerra, según le habían dicho, y ahora se ocupaban de la propiedad para sus nietos, dos niñas del hijo mayor. Claude vio a Gerhardt entrar en el jardín y sentarse a la mesa bajo los árboles, donde habían cenado la noche anterior. Se apresuró para bajar a reunirse con él. Gerhardt le hizo sitio en el banco.

—¿Siempre duermes así? Es una gran cualidad. He hecho bastante ruido mientras me vestía, tirando cosas, pero no te afectó lo más mínimo.

Madame Joubert salió de la cocina con una bata de flores púrpura, su pelo enroscado en papillotes bajo un gorro de encaje. Traía el café ella misma y se sentaron a la mesa sin pintar sin poner mantel y lo bebieron en boles de loza. Tomaron leche fresca en ellos, la primera que Claude probaba desde hacía mucho, y azúcar que Gerhardt se sacaba de su propio bolsillo. La vieja cocinera se tomó su café sentada en la puerta de la cocina y sobre el escalón; a sus pies, se sentaba la pálida y extraña niña.

Madame Joubert se dirigió amigablemente a Claude, sabía que los americanos estaban acostumbrados a desayunos de otro tipo y, si deseaba traer beicon del campamento, se lo cocinaría con mucho gusto. Había hecho incluso crepes para

oficiales a los que había hospedado con anterioridad. Pareció alegrarse, sin embargo, de saber que Claude había tenido suficiente de cosas como esas durante un tiempo. Llamaba a David por su nombre de pila, pronunciándolo a la francesa, y cuando Claude le dijo que esperaba que hiciera lo mismo con él, ella le dijo que sin duda ese nombre suyo era muy francés:

—*Mais un peu, un peu... romanesque* —con lo que él se ruborizó, sin saber si ella le estaba tomando el pelo o no.

—Lo es también bastante en inglés, ¿verdad? —preguntó David.

—Bueno, es un nombre bastante afeminado si te refieres a eso.

—Sí, lo es, un poco —admitió David con franqueza.

El día de trabajo en la plaza de armas fue duro y los hombres del capitán Maxey eran débiles, sufrían el calor, no salían bien parados al compararlos con los chicos de Kansas, que habían sido curtidos en el servicio. El coronel no estaba satisfecho con la Compañía B y les destacó para construir nuevos barracones y ampliar las instalaciones higiénicas. Claude salió y trabajó con sus hombres.

Gerhardt siguió su ejemplo, pero era fácil ver que él nunca antes había manejado madera ni estaño para tejados. Una especie de rivalidad parecía haber surgido de repente entre él y Claude, ninguno de los dos sabía por qué.

Claude podía ver que los sargentos y los cabos se sentían algo inseguros con respecto a Gerhardt. Su discurso lacónico, nunca decorado con las pintorescas expresiones coloquiales que tanto les gustaban a ellos, su seriedad y su extraña e incrédula sonrisa, les confundían por igual. ¿Era el nuevo oficial un pijo? El sargento Hicks le preguntó a su amigo, Dell Able. No, no era pijo. ¿Era un engreído? No, en absoluto, pero no era muy sociable, era un hombre «del Este»; qué más cosas era se rebelarían más tarde. Claude percibía algo inusual en él, sospechaba que Gerhardt sabía muchísimas cosas además de francés y que trataba de ocultarlo, como a menudo hace la gente cuando siente que no está entre iguales; esta idea le irritaba. Fue Claude quien aprovechó la oportunidad de ser condescendiente cuando Gerhardt reveló que era completamente incapaz de seleccionar la madera con unas medidas dadas.

La tarde siguiente, el trabajo en los nuevos barracones se vio interrumpido por la lluvia. El sargento Hicks se puso a organizar un combate de boxeo, pero cuando fue a invitar a los tenientes, ambos habían desaparecido. Claude caminaba pesadamente hacia el pueblo, decidido a internarse en el gran bosque que le había tentado desde el mismo momento en que llegó aquí.

La carretera principal se convirtió en la calle del pueblo y entonces, al borde del bosque, se volvía a convertir en una carretera secundaria. Un poco más allá, donde la sombra se hacía más densa, se dividía en tres caminos para carro, dos de ellos mal trazados y poco frecuentados. Claude siguió uno de estos caminos. La lluvia había disminuido hasta convertirse en un repiqueteo constante, pero los altos helechos que

crecían por el camino le salpicaban a la altura de la cintura y sus pies se hundían en la tierra esponjosa y llena de musgo. La luz a su alrededor, el mismo aire eran verdes. Los troncos de los árboles estaban cubiertos de un suave musgo verde, como mohó. Se preguntaba si este bosque no sería siempre un lugar húmedo, lúgubre, cuando de repente el sol se abrió paso y salpicó de oro el bosque entero. Nunca antes había visto nada como las titilantes esmeraldas del musgo, el verde sedoso de las empapadas copas de las hayas. Todo despertó, los conejos cruzaban el camino, los pájaros comenzaron a cantar y de repente, los helechos estaban cubiertos por el zumbido de los insectos.

El serpenteante camino volvió a girar y fue a dar abruptamente a una ladera, encima de un claro en el que se apilaban rocas grises. Al otro lado de la cuesta había un pinar con ramas rojas desnudas. La luz, a su alrededor y bajo ellas, era roja como una rosada puesta de sol. Casi todas las ramas se dividían a mitad de camino en dos grandes brazos que volvían a juntarse en lo alto, como las ilustraciones de las liras de los antiguos griegos.

Abajo en la hierba del claro, entre las pilas de pedernal, pequeños abedules blancos agitaban sus brillantes hojas con la ligera brisa. Por todas las rocas había brezos de color púrpura, subían por entre las grietas como si fueran fuego. En una de estas rocas desnudas estaba sentado el teniente Gerhardt, sin sombrero, en una actitud de fatiga o de profundo abatimiento, sus manos envolviendo sus rodillas, su pelo castaño, rojizo bajo el sol. Después de observarlo durante unos pocos minutos, Claude descendió por la pendiente rozando los altos helechos.

—¿Molesto? —preguntó mientras se detenía a los pies de las rocas.

—¡Oh, no! —dijo el otro, moviéndose un poco y levantando la mano de la rodilla. Claude se sentó sobre una piedra.

—¿Esto son brezos? —preguntó—. Creo que los reconozco por *Secuestrado*, de Stevenson. Esta parte del mundo no es tan nueva para ti como lo es para mí.

—No, viví en París durante varios años cuando era estudiante.

—¿Qué estabas estudiando?

—Violín.

—¿Eres músico? —Claude le miró sorprendido.

—Era —respondió el otro con una sonrisa desdeñosa mientras estiraba lánguidamente las piernas sobre el brezo.

—Es una auténtica pena —comentó Claude con seriedad.

—¿El qué?

—Bueno, reclutar a tipos con un talento especial. Habría suficiente con los que no tenemos talento alguno.

Gerhardt se giró sobre su espalda y puso sus manos bajo la cabeza.

—Ah, este asunto es demasiado grande como para hacer excepciones, es

universal. Si por casualidad naciste hace veintiséis años, no puedes escaparte. Si esta guerra no te mata de alguna manera, lo hará de otra —le contó a Claude que había recibido instrucción en Camp Dix y que había llegado hacía ocho meses en una banda militar, pero que odiaba el trabajo que tenía que hacer y fue transferido a infantería.

Cuando regresaron sobre sus pasos, el bosque estaba inundado de una penumbra verde. Su relación había cambiado de algún modo durante la última media hora y caminaron en medio de una confianza silenciosa hacia la conocida calle hasta la puerta de su propio jardín.

Como había cesado la lluvia, Madame Joubert había puesto el mantel sobre la mesa de madera bajo el cerezo, como las noches anteriores. Monsieur Joubert estaba trayendo las sillas y la niña llevaba una pila de pesados platos. Los apoyaba sobre su estómago y se inclinaba hacia atrás mientras caminaba para mantener el equilibrio. Llevaba zapatos, pero sin calcetines, y su desgastado vestido de algodón golpeaba sus piernas morenas. Era una pequeña refugiada belga que había sido enviada allí con su madre. Su madre había muerto ya y la niña ni siquiera había ido a visitar su tumba. No podían convencerla para que dejara el patio y saliera a la tranquila calle. Si los niños del vecindario entraban al jardín por error, ella se escondía. No tenía otros compañeros de juegos que la gata y ahora también los gatitos de la caseta de las herramientas.

La cena fue muy animada esa noche. Monsieur Joubert se alegraba de que la tormenta no hubiese durado lo suficiente como para estropear el trigo. El jardín estaba fresco y brillante después de la lluvia. Del cerezo caían gotas brillantes sobre el mantel cuando lo agitaba la brisa. La gata se quedó dormida sobre el cojín rojo de la silla de coser de Madame Joubert y las palomas revoloteaban por el suelo para no dejar escapar las lombrices que se retorcían sobre la tierra húmeda. La sombra de la casa caía sobre la mesa, pero las copas de los árboles se alzaban repletas de luz y el sol amarillo se esparcía sobre la pared de adobe y las rosas de color crema. Sus pétalos, alborotados por la lluvia, desprendían un húmedo y alegre aroma.

Monsieur Joubert debía de ser diez años mayor que su mujer. Mostraba una actitud satisfecha y una agradable chispa en sus ojos. Le caían bien estos jóvenes oficiales: Gerhardt llevaba allí más de dos semanas y de alguna forma mitigaba el silencio que se había instalado en la casa desde que el segundo hijo murió en el hospital. Los Joubert permanecían al margen de todo. Habían hecho todo lo que habían podido, dado todo lo que tenían, y ahora no tenían nada que esperar, excepto lo que toda Francia esperaba. Estaba hablando con Gerhardt sobre el gran puerto de mar que los americanos estaban haciendo en Burdeos; dijo que tenía intención de ir allí después de la guerra, para verlo todo en persona.

Madame Joubert se alegraba de oír que habían estado paseando por el bosque. ¿Había florecido el brezo? Le hubiera gustado que le hubieran traído algunas flores.

Quizá la próxima vez que fueran. Ella solía caminar por allí a menudo. Sus ojos, pensó Claude, parecían más cercanos cuando hablaba sobre el bosque y, evidentemente, se interesaba mucho más por lo que florecía en él que por lo que los americanos estaban haciendo en el río Garona. Le gustaría poder hablar con ella como lo hacía Gerhardt. Admiraba el modo en que se ponía de pie y trataba de captar su interés, hablando su complicado idioma con tal ímpetu y precisión. Era un idioma que no se podía mascullar, que tenía que hablarse con energía y pasión o no hablarse. Él pensaba que simplemente hablar esa lengua excitante podría ayudar a que un alma destrozada se recuperase.

La pequeña criada que les atendía se movía a su alrededor sin hacer ruido. Sus ojos apagados no parecían mirar nunca, sin embargo veía cuándo era el momento de traer la pesada sopera y cuándo era el momento de llevársela. Madame Joubert había descubierto que a Claude le gustaba tomar las patatas junto con la carne —cuando había carne— y no en un plato aparte. Tenía que decirle a la pequeña cada vez que fuera y las trajera. La niña lo hacía con una desgana manifiesta, con hosquedad, como si la hubieran obligado a hacer algo que estuviera mal. Era una criatura muy extraña en general. Cuando los dos soldados dejaron la mesa y se dirigieron al campamento, Claude se agachó dentro de la caseta de herramientas, alzó uno de los gatitos y lo sostuvo en alto a la luz para verle parpadear. La niña, que justamente salía de la cocina, soltó un chillido agudo, uno terrible, y se puso en cuclillas tapándose la cara con las manos. Madame Joubert salió para regañarla.

—¿Qué le pasa a esa niña? —preguntó Claude mientras salían apresuradamente por la puerta—. ¿Crees que le hicieron daño o que abusaron de ella de alguna manera?

—La aterrorizaron. A menudo chilla así por la noche. ¿No la has escuchado? Tienen que ir y despertarla para que pare. No habla francés, solo valón. Y no puede o no es capaz de aprender, así que no pueden saber qué es lo que está pasando en su pobre cabecita.

Durante las dos semanas de intenso entrenamiento que siguieron, Claude se quedó asombrado ante la energía y resistencia de Gerhardt. El esfuerzo muscular de los simulacros de operaciones en trinchera le exigía físicamente más a él que a cualquiera de los otros oficiales. Era tan alto como Claude pero pesaba solo sesenta y seis kilos y no había sido criado duramente, como la mayoría. Cuando sus compañeros oficiales supieron que era violinista de profesión, que podría haber tenido un trabajo fácil como intérprete o como organizador de los espectáculos del campamento, dejaron de sentir resentimiento por su reserva o su ocasional altanería. Respetaban a un hombre que podría haberse librado y no lo había hecho.

VII

En marcha al fin, en un brillante día de agosto, el batallón del coronel Scott recorría una de las polvorientas y trilladas carreteras al este del Somme, dejando muy por detrás de ellos la estación base. El camino los conducía a través de un país ondulado: campos, montañas, bosques, pequeños pueblos destrozados pero aún habitables, donde la gente salía a mirar a los soldados pasar.

Los americanos pasaron por cada pueblo a paso de marcha, ondeando los colores, con la banda tocando «para mostrar que la moral estaba alta», como decían los oficiales. Claude caminaba con dificultad fuera de la columna, bien por delante de su compañía bien por detrás, con un semblante estoico, con miedo a revelar su satisfacción por sus hombres, el clima, el país.

Habían sido destinados al gran espectáculo y por todas partes había señales alentadoras: largas hileras de árboles sombríos y muertos, quemados y arrancados, grandes agujeros cavados en los campos y laderas, la mitad ya ocultos por la maleza, sinuosas depresiones en la tierra, partes de motores de camión destrozados y automóviles tirados a lo largo de la carretera y, por todos sitios, interminables líneas desordenadas de alambradas de espino oxidado, que parecía haber sido colocado allí por casualidad, sin ningún propósito.

—Empieza a parecer que nos estamos acercando, teniente —dijo el sargento Hicks, sonriendo tras su saludo.

Claude asintió con un gesto y pasó hacia delante.

—Bueno, no vemos el momento de llegar, ¿verdad, muchachos? —el sargento miró por encima de su hombro y ellos sonrieron, el blanco de sus dientes brillando en sus rojas y sudorosas caras. Claude no se sorprendió de que a lo largo del camino todo el mundo, incluso los bebés, saliera a verles, pensó que eran el mejor espectáculo del mundo. Esta era la primera vez que llevaban sus sombreros de hojalata^[34], Gerhardt les había enseñado cómo meter hierba y hojas dentro para mantener la cabeza fresca. Cuando se dividieron en grupos de cuatro y la banda empezó a tocar al acercarse a un pueblo, Bert Fuller, el chico de Pleasantville, en el Platte, el que había estado lloriqueando durante el viaje hasta allí, era el que marcaba el paso del pelotón y cada vez que Claude pasaba a su lado su cara parecía decir: «¡No conseguirá nada de mí si me mete prisa, teniente!».

Montaron el campamento a primera hora de la tarde, en una colina cubierta de pinos medio quemados. Claude cogió a Bert, Dell Able y Oscar el Sueco y salieron a hacer un reconocimiento y un informe del terreno.

Detrás de la colina, bajo el borde quemado del bosque, encontraron una granja abandonada y lo que parecía ser un pozo de agua potable.

Tenía una sólida losa de piedra encima y un cubo de madera colgando de un cable oxidado. Cuando los chicos lanzaron el cubo, el agua devolvió un aliento puro y fresco. Pero eran chicos sabios y sabían exactamente dónde preferían esconderse los prusianos. Miraban con recelo incluso la paja del establo y pensaron que sería mejor que nadie durmiera allí.

Al girar a la derecha para completar su recorrido, se metieron en el barro: un campo bajo donde las acequias de drenaje habían sido abandonadas y ahora se habían desbordado. Allí se encontraron con un lastimoso grupo de personas metidas en el fango. Una mujer, de aspecto enfermizo y espantoso, sentada sobre un tronco caído al final del pantano, con un bebé en su regazo y tres niños dando vueltas a su alrededor. Ella estaba muy enferma de tisis, uno solo tenía que escuchar su respiración y mirar su cara blanca y sudorosa para sentir lo débil que estaba. Húmeda y sucia, enterrada hasta las rodillas en el barro, trataba de amamantar a su bebé, medio oculto bajo un viejo chal negro. No parecía una vagabunda, sino alguien que en algún momento había sido capaz de cuidar de sí misma adecuadamente, y era todavía joven. Los niños parecían cansados y desanimados. Uno de ellos llevaba puesta una basta chaqueta azul, hecha a partir de un abrigo militar francés. El otro llevaba un ajado Stetson americano calado hasta las orejas. Cargaba en brazos con un reloj de celuloide rosa. Todos ellos levantaron la vista y esperaron a que los soldados hicieran algo.

Claude se acercó a la mujer y, tocándose el borde de su casco, empezó:

—*Bonjour, Madame. Qu'est que c'est?*

Ella trató de hablar, pero le vino un golpe de tos y solo fue capaz de soltar un grito ahogado:

—¡*Toinette, Toinette!*

‘Toinette dio rápidamente un paso al frente. Tenía unos once años y parecía ser la persona al cargo del grupo. Un pequeño rostro duro, sin miedo, con una larga barbilla, pelo liso negro atado con harapos y ojos inquietos y astutos. Parecía mucho menos amable y más experimentada que su madre. Empezó a explicarse y era muy hábil haciéndose entender. Estaba acostumbrada a hablar a soldados extranjeros, hablaba despacio, con énfasis y gestos ingeniosos.

Ella también había estado reconociendo el terreno. Había descubierto la granja vacía y estaba intentando llevar allí al grupo para pasar la noche. ¿Cómo habían llegado hasta aquí? Eran refugiados. Habían estado alojados en otras casas a treinta kilómetros de allí. Estaban intentando volver a su pueblo. Su madre estaba muy enferma, *presque morte*, casi muerta, y quería ir a morir a casa. Habían oído que había gente todavía viviendo allí, una vieja tía habitaba en su sótano y ellos también lo harían una vez que llegaran allí. Lo importante era, y lo dijo una y otra vez, que su madre quería morir *chez elle*, en su casa, *comprenez-vous?* No tenían papeles y los

soldados franceses no les dejarían pasar jamás, pero ahora que los americanos estaban ahí esperaban abrirse camino, se decía que los americanos eran *toujours gentils*, siempre amables.

Mientras hablaba con el repiqueteo de su estridente vocecita, el bebé comenzó a berrear, insatisfecho con su alimento. La niña se encogió de hombros.

—*Il est toujours en colère* —murmuró.

La mujer le dio la vuelta con dificultad, parecía un bebé grande y pesado, pero pálido y enfermo, y le dio el otro pecho. Empezó a succionar ruidosamente, con ruidos crepitantes, y buscando con la nariz como si estuviera muerto de hambre. Era demasiado penoso, era casi indecente, ver a esta mujer exhausta tratando de alimentar a su bebé. Claude les hizo una señal a sus hombres para que se colocaran a un lado y cogiendo a la niña de la mano, la apartó también.

—*Il faut que votre mère... se reposer* —le dijo, con la solemne cesura que siempre hacía en medio de una oración en francés. Ella le comprendió. Ninguna distorsión de su lengua materna le sorprendía o desconcertaba. Estaba acostumbrada a que se dirigieran a ella en todas las personas, números, géneros, tiempos; alemanes, ingleses, americanos. Ella solo escuchaba para decidir si la voz era amable y en el caso de los hombres que llevaban este uniforme, solía serlo.

¿Tenían algo que comer?

—*Vous avez quelque chose à manger?*

—*Rien. Rien du tout.*

¿No estaría su madre *trop malade à marcher*?

Ella se encogió de hombros. Monsieur podía verlo por sí mismo.

¿Y su padre?

Estaba muerto, *mort à la Marne, en quatorze.*

—¿En el Marne? —repitió Claude, mirando perplejo al bebé. Los ojos perspicaces de ella siguieron los de él e inmediatamente adivinó su duda.

—¿El bebé? —dijo rápidamente—. Oh, el bebé no es mi hermano, es un *boche*.

Al principio, Claude no lo comprendió. Ella repitió impaciente su explicación, había algo desdeñoso y siniestro en su vocecilla metálica. Lentamente el rubor subió hasta la frente de Claude.

Él la llevó hasta su madre.

—*Attendez là.*

—Supongo que tendremos que llevarles hasta esa granja —les dijo a sus hombres. Repitió lo que había sacado en claro de la historia de la niña. Cuando llegó a la lacónica exposición sobre el bebé de la niña, se miraron los unos a los otros. Bert Fuller temía ponerse a llorar de nuevo, así que siguió murmurando mientras regresaban corriendo a lo largo de la acequia:

—¡Por Dios, si hubiéramos llegado aquí antes, por Dios, si lo hubiéramos

hecho...!

Dell Able y Oscar hicieron una silla con las manos para llevar a la mujer, no pesaba mucho. Bert cogió al niño del reloj rosa:

—Ven conmigo, ranita, tus piernas no son suficientemente largas.

Claude caminaba detrás, sosteniendo con rigidez entre sus brazos al bebé que no paraba de chillar. Cómo era posible que un bebé tuviera una personalidad tan definida, se preguntaba a sí mismo, y cómo era posible detestar tanto a un bebé. Le odiaba por su cabeza cuadrada de color rubio pajizo y sus pálidas orejas, lo llevaba con odio, ¡no era extraño que llorase! Cuando no consiguió nada chillando y poniéndose rígido, sin embargo, de repente se calló, le miró con sus ojos azul claro y trató de acurrucarse contra su abrigo caqui. Sacó un pequeño y mugriento puño y agarró uno de los botones del abrigo.

—¿Camarada, eh? —murmuró, mirando con odio al pequeño—. ¡Déjalo ya!

Antes de tomar su propia cena esa noche, los muchachos llevaron comida caliente y mantas a la familia.

VIII

Cuatro en punto... un amanecer de verano... su primera mañana en las trincheras.

Claude acaba de recorrer la línea para comprobar que los equipos de ametralladoras estuvieran en posición. Esta hora, cuando la luz está cambiando, es la hora favorita para atacar. Había llegado tarde la noche anterior y tenía mucho que aprender. Al subir al escalón de tiro, miró detenidamente por encima del parapeto entre los sacos de tierra hacia la baja y cambiante neblina. Justo en ese momento no pudo ver otra cosa que el alambre enredado, con pájaros dando brincos a lo largo del cable de encima, cantando y piando como hacían en las verjas de casa. Sonaban de forma clara y aflautada en el aire denso, y era lo único que se oía. Se levantó una leve brisa, que lentamente iba aclarando la neblina. Aparecieron vetas de color verde entre los bancos de vapor en movimiento. Los pájaros empezaron a inquietarse. La apagada extensión de verde y gris era terreno de nadie. Esos montículos bajos en zigzag como gigantescas toperas protegidas por las vallas de alambre eran las trincheras de los Hunos, cinco o seis líneas de trincheras. Podía reconocer con facilidad las de comunicación, sin prismáticos. En cierto punto, su frente no podía estar a más de setenta metros, en otro, debían de ser en total unos doscientos setenta y cinco metros. Aquí y allá comenzaron a surgir pequeñas columnas de humo, los Hunos estaban desayunando, todo era cómodo y natural. Detrás de la posición del enemigo, el campo se elevaba gradualmente durante varias millas, con barrancos y pequeños bosques donde, según el mapa que él tenía, habían ocultado la artillería. De vuelta en las montañas, había granjas arruinadas y árboles tronchados, pero no había ninguna criatura viva a la vista. Era un campo muerto y débil, hundido en el silencio y el abandono. Sin embargo la tierra estaba por todos sitios cubierta de hombres. Sus propias trincheras debían parecer igual de muertas desde el otro lado. La vida era un secreto en estos días.

Era sorprendente de qué forma tan sencilla se podían hacer las cosas. Su batallón había marchado en silencio a medianoche y la línea a la que habían relevado se había alejado de la misma silenciosa manera. Todo transcurrió en completa oscuridad. Justo cuando la Compañía B se deslizaba por una cuesta hacia las poco profundas trincheras de detrás, el campo se iluminó durante un instante por el brillo de dos proyectiles, hubo un sonido repetitivo de las ametralladoras, las Maxim alemanas: un estruendo esporádico al que no le siguió nada. Recorrieron en fila las trincheras de comunicación, escuchando con inquietud: el fuego de artillería se lo habría puesto difícil a aquellos que se dirigían a la retaguardia. Pero no pasó nada. Tuvieron una noche tranquila y esa mañana ¡allí estaban!

El cielo refulgió de amarillo y plata. Claude miró su reloj, pero no podía decidirse

a actuar todavía. ¡Cuánto le costaba a un Wheeler llegar a hacer algo! Cuatro años para recorrer el camino y, ahora que estaba allí, disfrutaría del escenario un poco, pensó. Deseaba que su madre pudiese saber cómo se sentía esa mañana, pero quizá ella ya lo sabía. Por lo menos, ella no querría que estuviese en ningún otro lugar. Hace cinco años, cuando estaba sentado en los escalones del State House en Denver y sabía que no le podía pasar jamás nada inesperado... ¿y si hubiera podido haber visto, como en un destello, dónde estaría hoy? Miró durante un buen rato el paisaje que se alargaba y teñía de rojo y bajó de un salto al suelo cubierto de tablas de madera.

Claude se abrió paso hasta el refugio subterráneo en el que Gerhardt y él habían puesto sus objetos personales la noche anterior. Los anteriores ocupantes lo habían dejado limpio. Había dos literas atornilladas a las paredes de los lados, estructuras de madera con tejido de alambre por encima cubierto de sacos de arena secos. Entre las dos literas había una caja a modo de mesa, con una vela encajada en una botella verde, una cocina de alcohol, un cazo para el baño maría y dos tazas de estaño. Sobre las paredes había coloridas fotografías de la revista *Jugend*, cogidas de alguna trinchera alemana.

Encontró a Gerhardt todavía dormido en su cama y le zarandó un poco hasta que se incorporó.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera, Claude? ¿No has dormido?

—Un poco, no estaba muy cansado. Supongo que podemos calentar agua para afeitarnos en esta cocina, nos han dejado media botella de alcohol. Es un pequeño agujero bastante confortable, ¿verdad?

—Indudablemente cumplirá con su finalidad —comentó David secamente—. ¡Tan susceptible a cualquier crítica sobre esta guerra! Bueno, no es cosa tuya, tú simplemente acabas de llegar.

—Lo sé —contestó Claude dócilmente mientras se ponía a doblar sus mantas—, pero es probablemente la única en la que estaré jamás así que será mejor que me tome algún interés.

La siguiente tarde cuatro hombres jóvenes, todos más o menos vestidos, estaban entreteniéndose en el hoyo hecho por un obús lleno de agua opaca marrón. El sargento Hicks y su amigo Dell Able habían pasado la mitad de esa calurosa y resplandeciente mañana buscando un agujero no demasiado asqueroso y conveniente e incluso pintorescamente situado y habían informado de ello a los tenientes. El capitán Maxey, según dijo Hicks, habría mandado a su propio ordenanza a buscar su propio hoyo para darse un baño privado.

—Él nunca se baña con nadie —añadió el sargento—, ¡teme exponer su dignidad!

Bruger y Hammond, los dos segundos tenientes, ya habían salido de su baño y estaban recostados sobre lo que podía ser definido como una pendiente de hierba, examinando varias partes de su cuerpo con interés. No se habían desnudado por

completo durante un tiempo y cuatro días de marcha con calor hacen que un hombre esté deseando mirarse su propio cuerpo.

—Esperad hasta el invierno —les dijo Gerhardt. Estaba todavía chapoteando en el hoyo metido hasta las axilas en el agua turbia—. Entonces no os lavaréis ni una vez en tres meses. Algunos de los Tommies^[35] me contaron que cuando se dieron su primer baño después de Vimy, sus pieles se pelaron como la de una serpiente. ¿Qué estás haciendo con mis pantalones, Bruger?

—Buscando su navaja. Perdí la mía ayer cuando explotó ese obús en el límite. ¡Por poco pierdo mi maldita cabeza!

—Demonios, aquello no fue nada. Deja de fanfarronear sobre ello, pareces un novato.

Claude se quitó la camisa y se metió en el agua junto a Gerhardt.

—¡Vaya, he dado con algo afilado aquí abajo! ¿Por qué no habéis sacado las astillas?

Cerró los ojos, desapareció durante un instante y subió a la superficie escupiendo. Lanzó al suelo un objeto metálico redondo cubierto de óxido y lleno de cieno.

—Un casco alemán, ¿verdad? ¡Uf! —se secó la cara y miró a su alrededor con desconfianza.

—¡Uf, tiene razón! —Bruger le dio la vuelta con un palo—. ¿Por qué demonios no has sacado el resto de él? Has estropeado mi baño, espero que te hayas divertido.

Gerhardt trepó a gatas por un lado.

—¡Sal, Wheeler! Mira eso —señaló unas burbujas aletargadas que subían de repente a través del agua turbia—, ¡vale, acabas de destapar un problema! Algo se está descomponiendo ahí abajo.

Claude salió después de él, volviendo la mirada hacia la actividad en el agua.

—No veo cómo sacando un casco se puede remover tanto el fondo. Habría pensado que el agua mantendría el olor abajo.

—¿Has estudiado química alguna vez? —preguntó Bruger con desdén—. Acabas de abrir una tumba y ahora tenemos un escape de gases. Si has tragado algo de ese perfume alemán, oh, ¡deberías preocuparte!

El segundo teniente Hammond, todavía con las piernas desnudas, con la camisa atada sobre los hombros, estaba escribiendo en su cuaderno. Antes de irse, puso un cartel en un palo partido:

«¡Prohibido bañarse!! Playa privada».

C. Wheeler, Com. B, 2.^a infantería.

¡Las primeras cartas de casa! Los vagones con suministros las trajeron y cada hombre de la compañía recibió algo excepto Ed Drier, un jornalero de la región de

Sand Hills de Nebraska, y Willy Katz, el rubio austriaco de los mataderos de South Omaha. Sus compañeros lo lamentaban. Ed no tenía familia, pero igualmente había esperado alguna carta. Willy estaba seguro de que su madre le había escrito. Cuando el último sobre arrugado se hubo repartido y él se dio la vuelta con las manos vacías, murmuró:

—Es que es bohemia y no escribe muy bien. Supongo que no se entendería la dirección y alguna otra compañía ha recibido mi carta.

No llegó ninguna otra cosa por el correo normal, los chicos habían esperado recibir periódicos de casa que les informaran sobre la guerra un poco, ya que nunca se enteraban de ninguna noticia. La hermana de Dell Able, sin embargo, había incluido en el sobre un recorte del *Kansas City Star*, un largo relato de uno de los corresponsales de guerra británicos en Mesopotamia que describía las miserias que pasaban los soldados allí: disentería, moscas, mosquitos, un calor inimaginable. Leyó el artículo en alto a su grupo de amigos sentados alrededor del agujero con agua donde habían estado lavando sus calcetines. Acababa de terminar la parte donde se contaba cómo los Tommies habían encontrado unas pocas cabañas de barro en el lugar donde se decía había estado el originario Jardín del Edén, un lugar desolado lleno de insectos que picaban, cuando Oscar Petersen, un chico sueco muy religioso que había permanecido en silencio durante varios días seguidos, abrió la boca y dijo desdeñosamente:

—¡Eso es mentira!

Dell levantó la vista hacia él, molesto por la interrupción.

—¿Cómo sabes que es mentira?

—Porque el Señor puso cuatro querubines con espadas para guardar el Jardín y no hay hombre que pueda encontrarlo. No se hizo para que deba ser encontrarlo. Lo dice la Biblia.

Hicks empezó a reírse.

—¡Bueno, eso fue hace unos seis mil años, idiota! ¿Crees que tus querubines estarán todavía allí?

—Por supuesto que están. ¿Qué es un millar de años para un querubín? ¡Nada!

El sueco se levantó y recogió con hosquedad sus calcetines.

Dell Able miró a su amigo:

—¿No es un completo estúpido? ¡Menudo ignorante!

Oscar no quería continuar escuchando esa «cantidad de mentiras» y se alejó con su colada.

El cuartel general del batallón estaba a casi media milla por detrás del frente, parte refugio, parte cobertizo, con un tejado de tablones cubierto con tepe. La oficina del coronel estaba separada en un extremo, el resto del sitio se lo había dejado a los oficiales para hacer una especie de sala de reuniones. Una noche Claude regresó a

hacer un informe sobre las nuevas posiciones de los equipos de ametralladoras. Los jóvenes oficiales estaban sentados sobre cajas de jabón, fumando y comiendo galletas dulces que sacaban de cajas metálicas. Gerhardt estaba trabajando sobre una mesa hecha con listones con un papel y pinturas, haciendo una copia en limpio de un mapa estropeado que habían trazado juntos esa mañana y que mostraba los límites del fuego. El ruido nunca le ponía nervioso, era capaz de sentarse entre un grupo de hombres y escribir tan calmadamente como si estuviera solo.

Había un oficial que podía hacer que los demás se callaran dondequiera que estuviese: capitán Barclay Owens, del cuerpo de ingenieros. Era un hombre pequeño, bajito y achaparrado, medía solo uno sesenta y cinco y era muy abierto, una dinamo de energía. Antes de la guerra estaba construyendo una presa en España, «la presa más grande del mundo», y en sus excavaciones había descubierto las ruinas de uno de los campamentos fortificados de Julio César. Esto había sido demasiado para su fácilmente excitable imaginación. Fotografió y midió y estuvo dándole vueltas a estos restos antiguos. Era un ingeniero de día y un arqueólogo de noche. Tenía cajas de libros enviados desde París, todo lo que hubiera sido escrito sobre el César, en francés y en alemán. Convenció a un joven sacerdote para traducirlos en alto para él por las noches. El sacerdote creía que el americano estaba loco.

Mientras Owens estuvo en la universidad no había mostrado el más mínimo interés por los estudios clásicos, pero ahora era como si hubiera dado a luz al César. Llegó la guerra y dejó el trabajo en la presa. La guerra le metió además otras ideas en su cerebro dedicado exclusivamente a la ingeniería. Se apresuró a volver a casa en Kansas para explicar la guerra a sus compatriotas. Viajó por el oeste, haciendo una demostración exacta de lo que había ocurrido en la primera batalla del Marne, hasta que tuvo la oportunidad de alistarse.

En el batallón, a Owens lo llamaban «Julio César» y los hombres no sabían si estaba explicando las operaciones del general romano en España o las de Joffre en el Marne, de tal manera saltaba de uno a otro. Todo estaba en un primer plano para él, los siglos no suponían ninguna diferencia. Nada existía hasta que Barclay Owens lo descubría. A los hombres les gustaba escucharle hablar. Esa noche caminaba de un lado a otro, sus amarillos ojos en blanco, un gran puro negro en su mano, dando una charla a los jóvenes oficiales sobre las características de los franceses, adiestrándolos, preparándolos. Eran las piernas las que le hacían tan gracioso, su tronco era el de un hombre corpulento colocado sobre dos cortos muñones.

—Ahora, amigos, no os olvidéis de que la vida nocturna de París no es en absoluto algo típico, es un espectáculo para extranjeros... El campesino francés es un tipo ahorrador... El vino tinto este está muy bien si no abusas de él; tomadlo con dos tercios de agua y mantendrá alejada la disentería... No tenéis que ser duros con ellas, simplemente firmes. Siempre que una me aborda, sigo un plan habitual: primero le

doy veinticinco francos, entonces la miro a los ojos y digo, «Mi chica, tengo tres hijos, tres chicos». Ella lo entiende de inmediato, nunca falla. Se aleja avergonzada de sí misma.

—¡Pero eso resulta muy caro! Debe de dejarte pobre, capitán Owens —dijo el joven segundo teniente Hammond inocentemente. Los otros se rieron a carcajadas.

Claude sabía que David en particular detestaba al capitán Owens de los ingenieros y se asombraba de que pudiera continuar trabajando con tal concentración, cuando los fragmentos de la charla del capitán seguían abriéndose paso a través de la confusión de la charla informal y el ruido del fonógrafo. Owens, mientras caminaba de un lado a otro, lanzaba furtivas miradas a Gerhardt; le habían contado que había en él algo fuera de lo común.

Los hombres mantenían funcionando el fonógrafo, tan pronto como el zumbido de un disco dejaba de oírse, alguien ponía otro. Una vez cuando una nueva melodía comenzó a sonar, Claude vio como David levantaba la vista de su papel con una expresión inusual. Se quedó escuchando durante unos instantes con una sonrisa medio desdeñosa, entonces frunció el ceño y empezó a garabatear sobre su mapa de nuevo. Algo en su momentánea mirada, tras haberlo reconocido, hizo que Claude se preguntara si tenía alguna asociación particular con la melodía, melancólica pero, según creía Claude, hermosa. Se levantó y fue a cambiar el disco él mismo esta vez. Quitó el anterior y sujetándolo a la luz, leyó la inscripción:

—*Meditación de Thais*. Solo de violín. David Gerhardt.

Cuando volvían a lo largo de la trinchera de comunicación bajo la lluvia, caminando en una única fila, Claude rompió el silencio de repente.

—Era uno de tus discos el que han puesto esta noche, ese solo de violín, ¿verdad?

—Eso me pareció. Ahora vamos a la derecha. Siempre me pierdo aquí.

—¿Hay muchos discos tuyos grabados?

—Bastantes. ¿Por qué preguntas?

—Me gustaría escribir a mi madre. Le encanta la buena música. Conseguiré tus discos y eso le hará sentirse más cerca de todo esto, ¿no lo crees?

—Vale, Claude —dijo amistosamente David—, encontrará todos los discos en el catálogo, con mi foto en uniforme al lado. Grabé muchos antes de ir a Camp Dix. Mi propia madre obtiene unos pocos beneficios por ellos. Ya estamos en casa —al encender una cerilla, dos sombras negras saltaron de la mesa y desaparecieron detrás de las mantas—. Hay muchas por aquí en estas noches húmedas. ¿Has cogido alguna? No la aplastes ahí dentro, aquí está el saco.

Gerhardt sostuvo abierta la boca de un saco de arpillera y Claude retorció la esquina de su manta dentro y pisoteó con energía lo que fuera que cayera al fondo.

—¿Dónde crees que está la otra?

—Se nos unirá más tarde. No me molestan las ratas ni la mitad de lo que me

molesta Barclay Owens. ¡Menudo espectáculo debe de ofrecer sin la ropa puesta! Acuéstate, yo daré una vuelta —Gerhardt cruzó chapoteando el inundado suelo de tablas. Claude se quitó los zapatos y enfrió los pies en el agua embarrada. Deseaba hacer que David le hablara de su profesión y se preguntaba qué aspecto tendría en el escenario de un concierto, tocando su violín.

IX

La noche siguiente, Claude fue enviado de vuelta al cuartel general de la división en Q... con información que el coronel no quiso comprometerse a poner por escrito. Salió a las diez en punto con el sargento Hicks como escolta. Habían tenido dos días de lluvia y en las trincheras de comunicación el agua llegaba casi hasta la rodilla. A una media milla del frente, los dos hombres salieron arrastrándose de la zanja y continuaron por el suelo. Había pocos bombardeos a lo largo del frente esa noche. Cuando estallaba alguna llamarada, se tumbaban bocabajo, tratando al mismo tiempo de ver con los ojos entrecerrados lo que tenían por delante.

El terreno estaba lleno de baches y la oscuridad era completa, era más de medianoche cuando llegaron a la carretera que unía el este y el oeste, normalmente llena de tráfico y no desierta del todo ni siquiera en una noche como esta. Filas de caballos salpicaban al pasar con proyectiles a sus espaldas, carros de suministros vacíos volvían del frente. Claude y Hicks hicieron una pausa junto a la cuneta, con la esperanza de que les llevaran. La lluvia comenzó a caer con tal violencia que tuvieron que mirar a su alrededor en busca de un refugio. Andando a trompicones llegaron a toparse con un cañón, cuyas ruedas estaban hundidas hasta la llanta en el barro.

—¿Quién anda ahí? —gritó rápidamente una voz inconfundiblemente británica.

—Soldados americanos, somos dos. ¿Podemos subirnos en alguno de vuestros camiones hasta que amaine?

—¡Desde luego! Podemos haceros sitio aquí, si no sois muy grandes. Hablad en voz baja o despertaréis al comandante —risillas nerviosas y risas sofocadas. Una linterna parpadeó durante unos instantes y mostró una línea de cinco camiones, el primero y el último cubiertos con tiendas de lona. Las voces venían del refugio junto al cañón. Los hombres de dentro encogieron las piernas e hicieron sitio a los extraños y dijeron que sentían no tener nada seco que ofrecerles, excepto un poco de ron. Los intrusos lo aceptaron con gratitud.

Los británicos se reían tontamente y Claude pensó por sus voces que debían de ser todos muy jóvenes. Hacían bromas sobre su comandante como si fuera el maestro de escuela. No había sitio suficiente en el camión para poder tumbarse, así que estaban sentados con las rodillas bajo la barbilla e intercambiaban cotilleos. El equipo del cañón pertenecía a una batería independiente que había sido enviada al país, «adonde les necesitaran». El resto de la batería había continuado en dirección al este, pero esta gran pieza de artillería estaba siempre metiéndose en problemas, esta vez algo había ido mal con su vehículo tractor y no habían conseguido sacarla del barro. La llamaban «Jenny» y decían que le daban síncope de vez en cuando y tenían que consentirla. Era como ir con tu abuela, dijo uno de los Tommies invisibles.

—¡Es un antigualla presumida!

El comandante estaba dormido en el camión de detrás, iban a darle la Cruz Victoria británica por dormir. Más risillas.

No, no tenían ni idea de adónde se dirigían, por supuesto, los oficiales lo sabían pero los generales de artillería nunca les decían nada. ¿Cómo era este país, de todos modos? Eran nuevos en esta parte, acababan de llegar de Verdure.

Claude dijo que tenía un amigo en el servicio aéreo allí arriba, ¿por casualidad no sabrían algo de Victor Morse?

¿Morse? ¿El as de la aviación americano? ¿No lo sabía? Bueno, había salido en los periódicos de Londres: Morse había sido derribado dentro de la línea de los Hunos hacía tres semanas. Fue una acción admirable. Le perseguían ocho aviones de los *Boches*, derribó a tres de ellos, puso en fuga a los demás y se dirigía a la base cuando se dieron la vuelta y le alcanzaron. Su avión se vino abajo en llamas y él saltó, cayendo de unos trescientos metros o más.

—¿Entonces supongo que nunca llegó a obtener su permiso? —preguntó Claude.

No lo sabían. Le concedieron una mención honorífica.

Los hombres se acomodaron para esperar a que mejorara el tiempo o a que pasara la noche. Algunos dormitaron un rato, pero Claude se sentía completamente despejado. Se preguntaba por el estudio en Chelsea, si la belleza de párpados pesados se sentiría muy apenada o si estaría tocando *Roses of Picardy* para otros jóvenes oficiales. Pensó con aflicción que ahora ya nunca iría a Londres. Había contado con encontrarse con Victor allí algún día, después de que se hubiesen deshecho del Káiser debidamente. Victor le caía realmente bien. Había algo en ese tipo... era una especie de chaval libertino que había ido buscando a su enemigo en las nubes. ¿En qué otra época se podría haber dado una figura así? Esa era una de las cosas de esta guerra: cogía a un tipo insignificante de un pueblo insignificante, le llenaba de vanidad y fanfarronería, le daba una vida como de película y después una muerte como la de los ángeles rebeldes.

Un hombre como Gerhardt, por ejemplo, había vivido siempre en un mundo más o menos color de rosa, su sitio, en realidad, estaba aquí. ¿Cómo podía saber qué superficie de qué tierras habían partido por la mitad estos grandes cañones al otro lado del mar? ¿Quién podría hacerle entender jamás lo lejos que estaba del fresal y la caja de cristal del banco o de las rutas aéreas sobre Verdure?

A las tres en punto la lluvia había cesado. Claude y Hicks salieron de nuevo acompañados por uno de los hombres del equipo del camión que regresaba para pedir ayuda para el vehículo tractor. Cuando empezó a haber algo de claridad, los dos americanos se sorprendían cada vez más de la apariencia extremadamente joven de su acompañante. Cuando se detuvieron en el agujero de un proyectil y se lavaron el barro de la cara, el inglés, con el casco quitado, limpiadas ya las manchas de este

clima, mostraba un rostro de frescura adolescente, casi afeminado, las mejillas como dos manzanas rosas, rizos rubios sobre la frente, largas y suaves pestañas.

—No llevas mucho tiempo aquí, ¿verdad? —preguntó Claude con tono paternal al volver a la carretera.

—Salí con dieciséis. Antes estuve en infantería.

A los americanos les gustaba escucharle hablar, hablaba muy deprisa, alto y con voz aguda.

—¿Cómo es que te cambiaste?

—Ah, pertenecía a uno de los batallones de compañeros^[36] y nos machacaron. Cuando salí del hospital, pensé en probar en otra rama del servicio al ver que mis amigos ya no estaban.

—Vale, ¿qué es un batallón de compañeros? —dijo Hicks alargando las vocales. Odiaba todas las palabras en inglés que no comprendía, aunque no le importaban las francesas lo más mínimo.

—Tipos que se alistan juntos desde el colegio —dijo el tipo con un tono agudo y aflautado.

Hicks le dirigió una mirada a Claude. Ambos pensaron que este chico debía continuar yendo al colegio todavía durante unos años más. Y se preguntaron qué aspecto tendría cuando llegó a este país.

—¿Y dices que os machacaron? —preguntó con compasión.

—Sí, en el Somme. Tuvimos mala suerte. Nos enviaron a tomar una trinchera y no pudimos. Ni siquiera llegamos a la alambrada. Los Hunos estaban tan bien preparados en ese momento, que no pudimos hacer nada. Fuimos más de un millar y volvimos diecisiete.

—¿Ciento *diecisiete*?

—No, diecisiete.

Hicks silbó y de nuevo intercambió una mirada con Claude. Ninguno de los dos podía dudar de él. Había algo muy desagradable en la idea de un millar de estudiantes de rostros lozanos enviados contra los cañones.

—Sería una orden estúpida —comentó—. Supongo que habría algún error en el cuartel general.

—¡Oh no, el cuartel general sabía de qué iba! La hubiéramos tomado si hubiésemos tenido mejor suerte. Pero dio la casualidad de que los Hunos tenían ganas de pelear. Sus ametralladoras acabaron con nosotros.

—¿A ti te alcanzaron? —le preguntó Claude.

—En la pierna. Siguieron disparándome todo el tiempo pero regresé arrastrándome sobre mi tripa. Cuando salí del hospital mi pierna no estaba fuerte y se marcha menos en la artillería.

—Me imagino que has tenido suficiente.

—¡Ah, un tipo no puede quedarse al margen cuando han matado a todos sus amigos! Pensaría en ello todo el tiempo, ya sabe —el chico respondió con su claro y agudo tono.

Claude y Hicks llegaron al cuartel general justo cuando los cocineros acudían para encender los fuegos. Un cabo les llevó hasta el baño de los oficiales, un cobertizo con dos grandes bañeras de metal y se llevó sus uniformes para secarlos en la cocina. Los oficiales no estarían por ahí hasta dentro de una hora, dijo, y que mientras tanto se las arreglaría para conseguirles camisas y calcetines limpios.

—Oiga, teniente —soltó Hicks mientras se estaba frotando el cuerpo con una toalla de baño de verdad—, no quiero escuchar nada más sobre esos batallones de compañeros, ¿y usted? Me cabrea. Tanto como llevábamos para entrar en esto, deberíamos haber llegado un poco antes, odio sentirme insignificante.

—Supongo que tendremos que tomar nuestra propia medicina —dijo Claude secamente—, no nos escondimos en ningún sitio, ¿verdad? Eso creo. Un chico agradable. No creo que los chicos americanos parezcan jamás tan jóvenes como este.

—Bueno si me lo hubiera encontrado en algún otro sitio, habría tenido cuidado de no soltar palabras malsonantes delante de él, ¡es tan guapo! ¿De qué sirve enviar a un orfanato entero a vivir una masacre? No lo entiendo —rezongó el gordo sargento—. Bueno, es su problema. No voy a dejar que me estropee el desayuno. Supongo que nos darán huevos y jamón, ¿no, teniente?

X

Después del desayuno, Claude informó al cuartel general y habló con uno de los oficiales del Estado Mayor. Le habían dicho que tendría que esperar hasta el día siguiente para ver al coronel James, que había sido llamado para ir a París a una conferencia general. Había salido en su coche a las cuatro de la mañana de ese mismo día, en respuesta a un mensaje telefónico.

—No hay mucho que hacer aquí, a modo de entretenimiento —dijo el comandante—. Ponen una película esta noche y pueden pedir lo que quieran en el *estaminet*, la cafetería de la plaza, frente al tanque de los ingleses, es el mejor. Hay un par de francesas agradables en el barracón de la Cruz Roja, en lo alto de la colina, en el antiguo jardín del convento. Intentan cuidar de la población civil y tenemos buenas relaciones con ellas. Hacemos llegar sus suministros junto con los nuestros y el intendente tiene órdenes de ayudarlas cuando se les estén acabando. Puede subir y hacerles una visita, hablan inglés perfectamente.

Claude preguntó si podría presentarse allí para verlas sin ningún tipo de presentación.

—¡Oh, sí, están acostumbradas a nosotros! Le daré una tarjeta de Mademoiselle Olive, no obstante. Es una amiga mía especial. Aquí tiene: «Mademoiselle Olive de Courcy, le presento a... etc.», y como comprenderá —aquí subió la vista y miró a Claude de los pies a la cabeza—, es una perfecta dama.

Incluso con una tarjeta de presentación, Claude no estaba seguro de si debía visitar a estas damas. Quizá no les gustaban los americanos, siempre temía conocer personas francesas a las que no les gustasen los americanos. Les ocurría más o menos lo mismo a la mayoría de los tipos de su batallón, según había sabido: tenían un miedo terrible a no ser aceptados. Y en el momento en que sentían que no eran aceptados, se apresuraban a comportarse tan mal como fuera posible, para merecerlo, así no tenían la sensación de haber sido engañados, ¡posiblemente el peor sentimiento que un soldado de infantería puede albergar!

Claude pensó que iría a dar un paseo por allí para ver el pueblo un poco. Había sido tomado por los alemanes en el otoño de 1914, después de retirarse del Marne, y lo habían mantenido hasta hacía más o menos un año, cuando fue recuperado por los ingleses y los Chasseurs d'Alpins^[37]. Habían sido capaces de reducir y sacar a los alemanes, simplemente derribándolos con artillería; no quedó ni un edificio en pie.

Las ruinas eran horribles y no había nada más, pensaba Claude mientras recorría los caminos que transcurrían a través de pilas de ladrillos y yeso. No había nada pintoresco en todo esto, como sí lo había en las fotos de guerra que uno veía en casa. Un ciclón o un incendio podían haber causado un destrozo de las mismas magnitudes.

Ese sitio no era más que un simple gran montón de escombros, una versión exagerada de aquellos pueblos que avergonzaban las afueras de las ciudades americanas. Era lo mismo una y otra vez: montículos de ladrillos quemados y piedras destrozadas, montones de hierro retorcido y oxidado, vigas y travesaños astillados, charcos de agua estancada, huecos de los sótanos llenos de agua embarrada. Un soldado americano se había caído dentro de uno de esos agujeros unas pocas noches antes y se había ahogado.

Este había sido un pueblo próspero de dieciocho mil habitantes, ahora la población civil estaba en unos cuatrocientos. Había gente que había resistido durante toda la ocupación alemana, otros que, tan pronto como escucharon que el enemigo había sido expulsado, habían regresado desde dondequiera que hubiesen encontrado un refugio. Estaban viviendo en sótanos o en pequeños barracones hechos de madera vieja o de las cajas de mercancías americanas. Mientras caminaba, Claude leyó los nombres y conocidas direcciones pintados en pizarras construidas en los laterales de estos frágiles refugios: «De Emery Bird, Thayer Co., Kansas City, Missouri»; «Daniels y Fishers, Denver, Colorado». Estas inscripciones le animaron tanto que empezó a sentir ganas de subir y hacer una visita a las damas francesas.

El sol había vuelto a calentar después de tres días de lluvia. Los charcos de agua estancada y los hierbajos que crecían en las cunetas desprendían un fuerte y desagradable olor. Las flores silvestres crecían triunfantes sobre las pilas de madera podrida y hierro oxidado; el aciano, las zanahorias silvestres y las amapolas; azul, blanco y rojo, como si los colores de la bandera francesa hubiesen surgido espontáneamente del suelo francés, sin importar lo que los alemanes le hicieran.

Claude se paró ante una pequeña casucha construida contra una medio demolida pared de ladrillo. Del vano de la puerta colgaba una jaula dorada con un canario que cantaba hermosamente. Una mujer mayor estaba trabajando en la tierra del huerto, escogiendo trozos de ladrillos y yeso que la lluvia había lavado, cavando con sus dedos alrededor de las pálidas hojas de las zanahorias y las pulcras cabezas de las lechugas. Claude se acercó a ella, se tocó el casco y le preguntó cómo podía llegar a la Cruz Roja.

Ella se limpió las manos en su delantal y le cogió del codo.

—*Vous savez le tank Anglais? Non? Marie, Marie!*

(Más tarde aprendió que a todos se les indicaba para ir por un camino o por el otro desde un tanque británico averiado abandonado en el lugar que ocupaba el viejo ayuntamiento.)

Una niña pequeña salió corriendo del barracón y su abuela le dijo que fuera de inmediato a llevar al americano hasta la Cruz Roja. Marie puso su mano en la de Claude y le guio por uno de los caminos que se abrían entre la basura. Le sacó del camino para enseñarle una iglesia, evidentemente una de las ruinas de las que estaban

más orgullosos, donde el cielo azul brillaba a través de los arcos blancos. La Virgen aparecía con sus brazos vacíos sobre la puerta central, un pequeño pie pegado a su manto mostraba de dónde había sido arrancado de un disparo el pequeño Jesús.

—*Le bébé est cassé, mais il a protégé sa mère* —explicó Marie con satisfacción. Mientras continuaban, ella le contó a Claude que había un soldado entre los americanos que era su amigo—. *Il est bon, il est gai, mon soldat* —pero a veces bebía demasiado alcohol y eso era un mal hábito. Quizá ahora, ya que su compañero había pisado sobre el hueco de un sótano la noche del lunes mientras iba borracho y se había ahogado, su *Sharlie* tendría más cuidado y se portaría mejor. Marie era evidentemente una niña bien educada. Su padre, según había dicho, había sido maestro de escuela. A los pies de la colina del convento ella se volvió para casa. Claude la llamó y con torpeza trató de darle dinero, pero ella se puso las manos detrás de la espalda y dijo con resolución:

—*Non, merci. Je n'ai besoin de rien* —y entonces bajó corriendo por el camino.

Mientras subía hasta lo alto de la colina, se dio cuenta de que el suelo había sido limpiado un poco. El camino estaba despejado, los ladrillos y las piedras labradas habían sido apilados en cuidados montones, los setos estropeados habían sido recortados y se habían quitado las partes muertas. Al aparecer por fin en el jardín, se quedó quieto, asombrado: aunque estaba en ruinas, parecía muy hermoso a pesar del desorden que el mundo sufría más abajo.

Los caminos de grava estaban limpios y brillantes. Unos viejos arbustos de boj se alzaban verdes frente a una fila de álamos negros muertos. A lo largo de uno de los destrozados laterales del edificio principal, había un peral sujetado con alambres como si fuera una vid, aún con flor, lleno de pequeñas peras. Alrededor del pozo de piedra había un terreno de hierba cortada y por todos sitios había pequeños árboles y arbustos, que eran demasiado bajos para que los alcanzaran los proyectiles o el fuego que había chamuscado los álamos. La colina debió de verse envuelta en llamas en un momento dado y todos los árboles más altos se habían quemado.

El barracón estaba construido contra las paredes del claustro, del que quedaban tres arcos, como un ala de piedra para la cabaña de tablones de madera. Encima de una escalera había un joven con un solo brazo, poniendo clavos con mucha pericia con su única mano. Parecía estar haciendo la estructura de un saliente desde el inclinado tejado sobre el que colocar un toldo. Llevaba los clavos en la boca, cuando quería uno, colgaba el martillo del cinturón de sus pantalones, cogía el clavo de entre sus dientes, lo clavaba en la madera y entonces lo golpeaba con habilidad. Claude lo observó durante unos instantes, luego fue hasta los pies de la escalera y ofreció sus dos manos.

—*Laissez-moi* —exclamó.

El que estaba arriba escupió los clavos en la palma de su mano, miró hacia abajo

y se rio. Era más o menos de la edad de Claude, con el pelo y el bigote muy rubios y los ojos azules. Un tipo de aspecto encantador.

—Con gusto —dijo—, esto no es gran cosa pero lo hago por entretenerme y complacerá a las damas.

Bajó y le dio el martillo al visitante. Claude se puso a trabajar en la estructura mientras el otro iba bajo los arcos de piedra para traer un rollo de lona, parte de una vieja tienda por su aspecto.

—*Un héritage des Boches* —explicó mientras lo desenrollaba sobre la hierba—. Lo encontré entre la porquería del sótano y tuve la idea de hacer un pabellón para las damas, ya que nuestros árboles están destrozados —se puso de repente de pie—. Quizá has venido a ver a las damas.

—*Plus tard.*

El chico dijo que muy bien, terminarían el pabellón para que cuando regresara Mademoiselle Olive se llevara una sorpresa. Había bajado al pueblo a visitar enfermos. Se inclinó sobre la lona de nuevo, midiendo y cortando con unas tijeras de podar, caminando sobre sus rodillas por el terreno verde y cantando todo el tiempo. Claude deseaba poder entender las palabras de su canción.

Mientras trabajaban juntos, atando la tela en la parte de arriba de la estructura, Claude, debido a su elevada posición, vio a una chica alta que subía lentamente el camino por el que él había ascendido. Se detuvo en lo alto, junto al boj, como si estuviera muy cansada, y se quedó de pie mirándolos. En ese momento, se acercó a la escalera y dijo con un lento y cuidado inglés:

—Buenos días. Louis ha encontrado ayuda, por lo que veo.

Claude descendió de su posición privilegiada.

—¿Es usted Mademoiselle de Courcy? Soy Claude Wheeler. Tengo una tarjeta de presentación para usted, si consigo encontrarla.

Ella cogió la tarjeta, pero no la miró.

—Eso no es necesario. Tu uniforme es suficiente. ¿Por qué has venido?

Él la miró algo confundido.

—Bueno, en realidad, ¡no lo sé! Acabo de venir del frente para ver al coronel James y él está en París, así que debo esperar un día o más. Uno de los oficiales me sugirió que subiera aquí, supongo que porque ¡es tan bonito! —terminó ingenuamente.

—Entonces eres un invitado del frente y almorzarás con Louis y conmigo. Madame Barre también estará fuera todo el día. ¿Quieres ver nuestra casa? —ella le guio a través de la puerta baja hacia una sala de estar, sin pintar, sin alfombra, despejada y espaciosa. Había coloridos carteles de la guerra en las limpias paredes de tablones de madera, carcacas de latón de los proyectiles llenas de flores silvestres y de plantas, sillas plegables de lona, una balda de libros, un mesa cubierta por un chal

de seda blanco bordado con grandes mariposas. La luz del sol sobre el suelo, los ramilletes de flores frescas, las cortinas blancas de la ventana agitándose con la brisa, a Claude le recordó a algo, pero no lograba acordarse de qué.

—No tenemos cuarto de invitados —dijo Mademoiselle de Courcy—, pero ven al mío y Louise te llevará agua caliente para lavarte.

En una alcoba de madera al final del pasillo, Claude se quitó el abrigo y se dispuso a arreglarse lo más posible. El agua caliente y el jabón oloroso eran en sí cosas agradables. El tocador era una vieja caja de mercancías colocada en un extremo y cubierta con una tela blanca. Sobre él había una hilera de objetos de marfil para el aseo personal, con peines y cepillos, polvos y colonia, y una pila de pañuelos blancos recién planchados. Sentía que no debía mirar demasiado a su alrededor, pero el olor a limpio y el indefinible aire de personalidad le tentaban. En una esquina, una cortina en una barra hacía de armario para la ropa; en otra había una pequeña cama de hierro, como la de un soldado, con una colcha azul claro y almohadas blancas. Se movía con cuidado, salpicando lo menos posible. No había nada que hubiese podido dañar o romper, ni siquiera una alfombra sobre el suelo de madera, y la jarra y la jofaina eran de hierro. Sin embargo, se sentía como si estuviese haciendo peligrar algo frágil.

Cuando salió, la mesa en la sala de estar estaba puesta para tres. La robusta anciana que estaba colocando los platos no le prestó atención, parecía por su expresión despreciarle a él y a todos los de su clase. Se apartó de su camino tanto como le fue posible y cogió un libro de la mesa, un ejemplar de *Reisebilder* de Heinrich Heine en alemán.

Antes de comer, Mademoiselle de Courcy le enseñó el almacén en la parte de atrás, donde las estanterías estaban llenas con latas de café, leche condensada, carne y verdura enlatada, todo de las marcas americanas que él conocía tan bien, nombres que resultaban doblemente familiares o «fiables» aquí, tan lejos de casa. Le contó que la gente del pueblo no habría podido sobrevivir al invierno sin todas esas cosas. Tenía que repartirlas muy de poco a poco, donde la necesidad era mayor, pero suponían la diferencia entre la vida y la muerte. Ahora que era verano, la gente podía vivir de lo que sacaran de sus jardines, pero las mujeres mayores aún venían a pedir medio kilo de café y las madres a por leche para sus bebés.

La cara de Claude brillaba de placer: sí, los generosos brazos de su país llegaban muy lejos. La gente olvidaba eso, pero tenía la sensación de que aquí había alguien que no olvidaría. Cuando se sentaron a comer supo que Mademoiselle de Courcy y Madame Barre llevaban en este lugar casi un año ya, vinieron poco después de que el pueblo fuese recuperado, cuando los antiguos habitantes comenzaron a retornar. La gente trajo consigo únicamente lo que podía llevar en brazos.

—Deben de amar mucho su país, ¿no crees?, cuando soportan tal pobreza con tal de poder volver —dijo ella—. Ni siquiera los más ancianos suelen quejarse por sus

cosas más preciadas: las mantelerías, la porcelana china y sus camas. Si tienen la tierra y la esperanza, pueden conseguir todo lo demás de nuevo. Esta guerra nos ha enseñado a todos la poca importancia que tienen las cosas materiales. Solo los sentimientos importan.

Exactamente. ¿Acaso no había estado él intentando decir esto prácticamente desde que nació? ¿Acaso no lo había sabido desde siempre y acaso esto no había hecho de su vida algo dulce y amargo al mismo tiempo? Qué hermosa voz tenía esta Mademoiselle Olive y con qué nobleza se manejaba con el inglés. Le hubiera gustado decir algo pero de tanto donde elegir... ¿qué? Permaneció en silencio, por lo tanto, sentado nervioso mientras partía el pan negro que estaba junto a su plato.

Vio que ella le miraba la mano, sintió de repente que la contemplaba con aprobación y al instante él la colocó sobre su propia rodilla, bajo la mesa.

—Son los árboles los que están peor —continuó con tristeza—. ¿Has visto nuestros pobres árboles? Hacen que uno se avergüence de esta hermosa parte de Francia. Nuestra gente siente más lo de los árboles que haber perdido los caballos y el ganado.

Mademoiselle de Courcy parecía agotada por la preocupación y la responsabilidad, pensó Claude mientras la observaba. No parecía fuerte en absoluto. Delgada, ojos grises, pelo oscuro, con una transparente piel blanca y un color intenso en los labios y las mejillas, como la llama de una actividad febril en su interior. Sus hombros estaban encorvados, como si siempre estuviese cansada. Debía de ser joven, también, aunque tenía algunas canas en el pelo, liso y recogido atrás de forma descuidada.

Después del café, Mademoiselle de Courcy se puso a trabajar sentada a su escritorio y Louis se llevó a Claude para enseñarle el jardín. Limpiar, podar y plantar eran cosa suya y lo había hecho todo con un solo brazo. Este otoño iba a hacer muchas más cosas, ya que ahora se encontraba más fuerte y se había acostumbrado al trabajo. Debía arreglárselas para talar los árboles viejos, disgustaban a Mademoiselle Olive. Enfrente del barracón había cuatro viejas acacias, en los ápices las ramas desnudas parecían tenedores, quemadas y negras como el carbón, pero las más bajas habían echado gruesos brotes de follaje amarillo verdoso, tan vigorosos que el interior de los troncos debía de estar todavía en buenas condiciones. Este otoño, dijo Louis, pretendía conseguir algunos chicos americanos fuertes para que lo ayudaran; ellos serrarían las ramas muertas y recortarían la parte de arriba por encima de los gruesos troncos. Cuánto debía de significar para un hombre amar sus tierras de esta manera, pensó Claude, amar sus árboles y sus flores, cuidarla cuando estuviese enferma y atender sus dolores con un solo brazo. Entre las flores, que habían vuelto a brotar a partir de sus propias semillas o de viejas raíces, Claude encontró un grupo de plantas altas y desordenadas con tallos rojizos y diminutas flores blancas; una del

género de la onagra, la gaura, crecía a lo largo de los bancos de arcilla del arroyo de Lovely Creek, en casa. Nunca la había considerado muy hermosa, pero se alegraba de encontrarla allí. Había supuesto que era una de esas flores sin nombre que crecían en las praderas y en ningún otro sitio más.

Cuando regresaron al barracón, Mademoiselle Olive estaba sentada en una de las sillas de lona que Louis había colocado debajo del nuevo pabellón.

—¡Qué gran tipo es! —exclamó Claude mientras observaba a Louis irse.

—¿Louis? Sí, era el ordenanza de mi hermano. Cuando Emile venía a casa de permiso siempre se traía a Louis con él y así se convirtió en uno más de la familia. El proyectil que mató a mi hermano le arrancó el brazo. Mi madre y yo fuimos a visitarle al hospital y parecía avergonzado de seguir vivo mientras mi hermano estaba muerto, pobre chico. Se tapó la cara y se puso a llorar y dijo «*Oh, Madame, il était toujours plus chic que moi!*».

Aunque Mademoiselle Olive hablaba muy bien inglés, Claude vio que lo hacía solo concentrándose intensamente en ello. Las oraciones rígidas que pronunciaba no iban acordes con su naturaleza; su cara y sus ojos iban más rápido que su lengua y hacían que uno esperase ansiosamente lo que venía. Se sentó en una silla de lona que se hundía, haciendo girar de forma ausente una gaura que había arrancado.

—¿Has encontrado una flor? —levantó la vista.

—Sí. Crece en casa, en la granja de mi padre.

Ella dejó la camisa que estaba zurciendo.

—¡Ah, háblame de su país! He hablado con tantos soldados..., pero es difícil de entender. ¡Sí, háblame de ello!

Nebraska, ¿cómo era? ¿A cuántos días estaba desde el mar? ¿Qué aspecto tenía? Mientras él trataba de describirlo, ella escuchaba con los ojos entrecerrados.

—Una llanura repleta de ríos llenos del barro del grano, creo que debe de ser como Rusia. Pero descríbeme la granja de tu padre, minuciosamente, y quizá así pueda ver el resto.

Claude cogió un palo y dibujó un cuadrado en la arena: allí, para empezar, estaba la casa y el corral; allí estaban los extensos pastos con el Lovely Creek fluyendo a través de ellos; allí estaban los campos de maíz y los de trigo, la zona de los árboles madereros; más trigo y maíz, más pastos. Allí estaba, esquematizado sobre la arena amarilla con las sombras de las medio carbonizadas acacias pasando por encima. No se hubiera creído capaz de hablarle a un extraño de todo esto con tanto detalle. Se debía en parte a quien le escuchaba, sin duda, ella le transmitía una simpatía poco corriente y la brillantez de una mente poco corriente. Mientras ella se inclinaba sobre el mapa, haciéndole preguntas, unas leves gotas de sudor se formaron sobre su labio superior y respiraba más rápido por el esfuerzo por de ver y entender todo. Él le habló de su madre y de su padre y de Mahailey, de cómo era la vida allí en verano, en

invierno y en otoño, cómo había sido ese verano fatídico en que los Hunos se estaban acercando cada vez más a París y durante esos tres días en que los franceses estuvieron oponiendo resistencia en el Marne; cómo su madre y su padre esperaron a que trajera las noticias por la noche y cómo incluso los campos de maíz parecían contener la respiración.

Mademoiselle Olive se echó hacia atrás con cansancio en su silla. Claude levantó la mirada y vio lágrimas brillando en sus ojos.

—Y yo misma —murmuró—, no supe nada del Marne hasta días después, ¡a pesar de que mi padre y mi hermano estaban los dos allí! Yo estaba muy lejos, en Bretaña, y los trenes no funcionaban. ¡Eso es lo maravilloso, que tú estés aquí contándome todo esto! A nosotros nos enseñaron desde niños que algún día los alemanes vendrían, crecimos bajo esa amenaza. Pero vosotros estabais tan a salvo, con todo vuestro trigo y vuestro maíz. Nada podía tocaros, ¡nada!

Claude bajó la vista.

—Sí —murmuró ruborizado—, la vergüenza podía. Casi lo hizo. Llegamos bastante tarde —se levantó de su silla como si fuera a ir a buscar algo... Pero ¿de dónde lo iba a sacar? Sacudió la cabeza—. Me temo —dijo con tristeza— que no hay nada que pueda decir que pueda hacerte comprender lo lejos que parecía todo, casi como algo utópico. No solo parecía a millas de distancia, parecía a siglos de distancia.

—Pero vinisteis, ¡tantos!, ¡y desde tan lejos! Es el último milagro de esta guerra. Yo estaba en París el 4 de julio, cuando tus Marines, justo de vuelta del bosque de Belleau, marchaban por la fiesta nacional y me dije a mí misma mientras venían: «¡Esos son hombres nuevos!». Tan altas llevaban las cabezas, tan estupendos, tan disciplinados y decididos. Nuestra gente reía, les llamaban y les lanzaban flores, pero ellos nunca se giraban para mirar... la mirada fija al frente. Pasaban como hombres del destino —extendió las manos con un rápido movimiento y las dejó caer sobre su regazo. La emoción de ese día regresó a su rostro. Mientras Claude miraba sus ardientes mejillas, sus ardientes ojos, comprendió que la tensión de esta guerra le había proporcionado una percepción que era casi como el don de la profecía.

Una mujer con un bebé en brazos subió la colina. Mademoiselle de Courcy fue a su encuentro y la llevó hasta la casa. Claude se volvió a sentar, casi ensimismado en el sentimiento de haberse sentido totalmente comprendido, de haber dejado de ser un extraño. En la lejanía se oían los grandes cañones tronando a intervalos. Abajo en el jardín, Louis estaba cantando. De nuevo deseó entender las palabras de sus canciones. Las melodías eran un poco melancólicas pero las cantaba con mucha alegría. Había algo sincero y cálido en la voz del chico, como lo había también en su rostro de tonos rubios. Era una voz claramente suave, como los campos de trigo en verano, maduros y ondeantes. Claude permaneció sentado solo durante media hora o más, saboreando

un nuevo tipo de felicidad, un nuevo tipo de tristeza. Destruído y renacido, el estremecimiento de las cosas horribles del pasado, la imagen temblorosa de las hermosas en el horizonte; encontrar y perder, eso era la vida, según la veía.

Cuando su anfitriona regresó, él le apartó la silla de la progresiva luz del sol.

—No sabía que hubiera chicas francesas como tú —dijo simplemente mientras ella se sentaba.

Ella sonrió.

—No creo que quede ninguna chica francesa. Solo hay niños y mujeres. Yo tenía veintiún años cuando estalló la guerra y nunca había estado en ningún sitio sin mi madre o mi hermano o mi hermana. Durante un año he recorrido Francia yo sola, con soldados, con senegaleses, con quien fuera. Todo es diferente entre nosotros.

Le contó que vivía en Versalles, donde su padre era instructor en la escuela militar. Había muerto al comienzo de la guerra. A su abuelo lo mataron en la guerra de 1870. La suya era una familia de soldados, pero no quedaba ni uno de los miembros varones para ver el día de la victoria.

Parecía tan cansada que Claude supo que no tenía derecho a quedarse. Largas sombras caían sobre el jardín. Era difícil irse pero una hora más o menos no importaría. Pensó que dos personas difícilmente podrían haberse dado más la una a la otra si hubieran estado juntas durante años.

—¿Me dirías adónde puedo ir a visitarte si ambos superamos esta guerra? —preguntó mientras se levantaba.

Él lo escribió en su libreta.

—Estaré esperando —dijo ella ofreciéndole la mano.

No había nada más que hacer que coger el casco y marcharse. Al borde de la colina, justo antes de zambullirse en el camino de bajada, se detuvo y miró hacia atrás, hacia el jardín alisado bajo la luz del sol, los tres arcos de piedra, las dalias y las caléndulas, la brillante pared de arbustos de boj. Había dejado algo en la cima de la colina que nunca volvería a encontrar.

A la tarde siguiente Claude y su sargento salieron hacia el frente. En el cuartel general les habían dicho que podrían acortar su ruta siguiendo la carretera grande hacia el cementerio militar y después girando a la izquierda. No era aconsejable hacer la última mitad del camino antes del anochecer, así que se tomaron su tiempo para atravesar la zona de cosechas dispersas y los campos de heno.

Cuando dieron con la carretera se encontraron con un corpulento soldado de las Tierras Altas escocesas sentado al borde de un carro de suministros vacío, fumando una pipa y rascando el barro seco de su falda. Los caballos estaban comiendo ruidosamente en sus morrales y el conductor había desaparecido. Los americanos no se habían encontrado con ningún escocés antes y tenían curiosidad. Este debía de ser un buen soldado, pensaron, un gigante musculoso con la mandíbula de un bulldog y

una cara tan roja y huesuda como sus rodillas. Más porque admiraban el aspecto del hombre que porque necesitaran información, Hicks se acercó y preguntó si había visto un cementerio militar en la carretera. El escocés asintió sacudiendo la cabeza.

—¿A qué distancia de aquí dirías que está?

—No sabría decirlo. No he llevado la cuenta de los kilómetros —contestó secamente, frotando su falda como si la tuviera metida en una tina.

—Bueno, ¿cuánto nos llevaría más o menos llegar caminado?

—Eso no puedo decirlo. Un escocés lo haría en una hora.

—Supongo que un yanqui puede hacerlo tan rápido como un escocés, ¿no es cierto? —preguntó Hicks jovialmente.

—No podría decirlo. Habéis tardado cuatro años en llegar hasta aquí, lo sé muy bien.

Hicks parpadeó como si le hubieran herido.

—Oh, si así es como te expresas...

—Así es como lo hago —dijo el otro amargamente.

Claude extendió la mano para advertir a Hicks.

—Vamos, Hicks. Así no conseguirás nada —subieron la calle muy desconcertados. Hicks continuaba pensando en las cosas que debería haber dicho. Cuando estaba enfadado, la frente se le hinchaba y se le ponía de color rojo oscuro, como la de un bebé—. ¿Por qué me ha llamado? —soltó.

—No veo cómo habrías salido parado de una discusión y desde luego no podrías haberle dado una paliza.

Se desviaron en el cementerio para esperar hasta que se pusiera el sol. Estaba sin vallar, limpio de hierbajos y un camino para carros lo atravesaba, bisecando el cuadrado. A un lado estaban las tumbas de los franceses, con cruces blancas; al otro, las tumbas de los alemanes, con cruces negras. Amapolas y acianos crecían sobre ellas. Los americanos lo recorrieron dando un paseo, leyendo los nombres. Por aquí y por allá había fotos de los soldados clavadas en su cruz, dejadas por algún compañero para perpetuar su recuerdo un poco más.

Los pájaros, que siempre vuelven a la vida al anochecer y al amanecer, comenzaron a cantar, regresaban a casa desde algún lugar. Claude y Hicks se sentaron entre los montículos y empezaron a fumar mientras el sol descendía. Filas de árboles muertos marcaban el rojo oeste. Era una zona inhóspita del país, incluso para chicos criados en la llana pradera. Fumaban en silencio, meditando y esperando la noche. En una cruz a sus pies, en la inscripción, solamente se leía: *Soldat Inconnu, Mort pour La France*, «Soldado Desconocido, muerto por Francia».

Claude estaba pensando que era un buen epitafio. La mayoría de los chicos sentía que en esta guerra eran desconocidos, incluso para sí mismos. Eran demasiado jóvenes, morían y se llevaban su secreto consigo: lo que eran y lo que podrían haber

sido. El nombre que destacaba era *La France*. Cuánto había llegado a significar ese nombre para él, desde que vio por primera vez el lomo de un montículo de tierra al amanecer desde la cubierta del *Anchises*. Era un nombre agradable para decir una y otra vez mentalmente, donde uno podía hacerlo tan apasionadamente nasal como le gustase sin ruborizarse.

Hicks también había estado perdido en sus reflexiones. Ahora rompía el silencio:

—De alguna forma, teniente, *mort* suena más a muerte que «muerto». Tiene un sonido como de ataúd. Y allí están todos «solos» y es todo la misma maldita estupidez. Míreles todos aquí colocados, negro y blanco, como un tablero de ajedrez. La siguiente pregunta es: ¿Quién los puso aquí y de qué ha servido?

—Yo qué sé —murmuró el otro ausente.

Hicks lio otro cigarrillo y permaneció sentado mientras fumaba, su cara rolliza arrugada con la seriedad y el esfuerzo de su actividad mental.

—Bueno —soltó por fin de repente—, será mejor que nos pongamos a andar. Esta claridad aguantará una hora, aquí siempre es así.

—Supongo que sí —se levantaron para marcharse. Las cruces blancas eran ahora violetas y las negras se habían fundido completamente con las sombras. Detrás de los árboles muertos al oeste, una larga mancha roja ardía aún. Al norte, los cañones resonaban tan fuertes como truenos—. Alguien está siendo atacado allá arriba. ¿Los búhos siempre ululan en los cementerios?

—Justo lo que me estaba preguntando, teniente. Es un sitio muy tranquilo, por lo demás. Buenas noches, chicos —dijo Hicks amablemente mientras dejaban las tumbas tras de sí.

Pronto estuvieron abriéndose paso entre los agujeros de los proyectiles y saltando por encima de las trincheras en la oscuridad; empezaban a sentirse alegres de volver con sus amigos y su propio pequeño grupo. Hicks rompió el silencio y le contó a Claude que Dell Able y él tenían intención de abrir un negocio juntos cuando regresaran a casa, iban a abrir un taller y una tienda de repuestos para coches. Por debajo de su conversación, en las mentes de ambos, permanecía la imagen de ese lugar solitario y la leyenda «*Soldat Inconnu, Mort pour La France*».

XI

Después de cuatro días de descanso en la retaguardia, el batallón fue al frente de nuevo en una nueva región, a unos diez kilómetros al este de la trinchera donde habían tomado el relevo antes. Una mañana el coronel Scott mandó llamar a Claude y a Gerhardt y desplegó los mapas sobre la mesa.

—Vamos a hacer limpieza ahí fuera, en el sector F6 esta noche para enderezar nuestra línea. Lo que nos estorba es ese pequeño pueblo en lo alto de la colina, donde las ametralladoras de los enemigos están fuertemente posicionadas. Quiero sacarlas de ahí antes de que llegue el batallón. No podemos prescindir de muchos hombres y no quiero enviar más oficiales de los que sea necesario, no servirá de nada si reducimos el batallón para la gran operación. ¿Creéis, muchachos, que os podéis hacer cargo con un centenar de hombres? La idea es que vayáis y estéis de vuelta antes de que dé comienzo nuestra artillería a las tres en punto.

A los pies de la colina donde se encontraba el pueblo había un profundo barranco y, desde este, una serpenteante corriente de agua que terminaba en la ladera. Trepano esta hondonada, los asaltantes podrían ser capaces de abalanzarse sobre el equipo de ametralladoras desde detrás y cogerlos por sorpresa. Pero primero debían atravesar campo abierto, de casi un kilómetro y medio de ancho, entre la línea americana y el barranco, sin llamar la atención. Estaba lloviendo ahora y podían contar con una noche oscura sin temor a equivocarse.

La noche llegó lo suficientemente oscura. La compañía cruzó este trecho sin provocar ningún disparo y se deslizaron dentro del barranco para esperar la hora del ataque. Un joven doctor de Pensilvania, que se unió al grupo a última hora, se había ofrecido voluntario para ir con ellos y dispuso un puesto de socorro al fondo del barranco donde dejarían las camillas. Recogerían a los heridos cuando regresaran. Todo lo que se dejara en esa zona quedaría expuesto al fuego de la artillería más tarde.

A las diez en punto, los hombres comenzaron a ascender el cauce, arrastrándose a través de charcos y pequeñas cataratas, produciendo un constante sonido de chapoteo, como los cerdos frotándose contra la pocilga. Claude, al frente de la columna, estaba justamente saliendo del barranco en la ladera sobre el pueblo cuando estalló una bengala y comenzó una lluvia de fuego procedente de los arbustos en el lado más empinado del cauce. Las ametralladoras estaban abriendo fuego sobre la línea expuesta que se arrastraba abajo. Los Hunos habían sido advertidos de que los americanos estaban atravesando la llanura y habían previsto por dónde accederían. Los hombres en el barranco estaban atrapados, no podían contraatacar de forma efectiva y las balas de las ametralladoras Maxim saltaban sobre las piedras a su

alrededor como si fuera granizo. Gerhardt corrió a lo largo del borde de la línea instando a los hombres a que no se quedaran atrás ni se dieran la vuelta, sino que salieran del barranco hacia el lado en pendiente y se dispersaran.

Claude con su grupo comenzó a regresar.

—¡Meteos entre la maleza y cogedlos! Nuestros compañeros no tienen ninguna oportunidad ahí abajo. Granadas mientras tengamos, después, bayonetas. Tirad de las anillas y no esperéis demasiado.

Ya estaban corriendo, cargando contra los arbustos. Los artilleros alemanes conocían la colina como la palma de su mano y, cuando las bombas empezaron a estallar a su alrededor, escaparon por senderos y madrigueras.

—¡No les persigáis por las rocas! —continuaba gritando Claude—. ¡Seguid recto hacia delante! Despejad todo hasta el barranco.

Cuando los alemanes se pusieron a cubierto, cesaron los disparos sobre el barranco y la columna que estaba detenida subió el empinado desfiladero, como un aluvión detrás de Gerhardt.

Claude y su grupo se encontraron de nuevo a los pies de la colina, al borde del barranco desde el que se habían puesto en marcha. Los constantes disparos sobre la colina por encima de sus cabezas les decían que el resto de los hombres había conseguido llegar. La forma más rápida de volver al campo de batalla era a través del mismo cauce que habían escalado antes. Se tiraron dentro y se pusieron en marcha. Claude, en la retaguardia, sintió cómo el suelo se elevaba bajo su cuerpo y fue arrastrado junto con una montaña de tierra y piedras hacia el interior del barranco.

Nunca supo si perdió el conocimiento o no. Le parecía seguir teniendo sensaciones continuas. La primera fue la de sentir que volaba en pedazos, la de hincharse hasta un tamaño enorme bajo una presión insufrible y después reventar. A continuación sintió que se encogía y un hormigueo, como si su cuerpo helado se estuviera descongelando. Después se hinchaba de nuevo y estallaba. Esto se repetía, no sabía con qué frecuencia. Pronto se dio cuenta de que estaba aplastado bajo un gran peso de tierra, su cuerpo, no su cabeza: sintió la lluvia cayendo sobre su cara. Su mano izquierda estaba libre y todavía unida a su brazo. La movió con precaución hasta su cara: parecía estar sangrando por la nariz y los oídos. Ahora empezaba a preguntarse dónde le habían herido, se sentía como si estuviese lleno de esquirlas de los proyectiles. Todo él estaba enterrado menos su cabeza y su hombro izquierdo. Una voz estaba gritando desde algún sitio más abajo.

—¿Alguno de vosotros sigue con vida?

Claude cerró los ojos frente a la lluvia que le golpeaba la cara. La misma voz se volvió a escuchar con un tono de paciente desesperación.

—Si queda alguien vivo en este agujero que hable. Yo mismo estoy malherido.

Debía de ser el nuevo médico, ¿no estaba su puesto de socorro en algún sitio aquí

abajo? Herido, dijo. Claude trató de mover sus piernas un poco. Quizá, si podía salir de debajo de la tierra, podría seguir de una pieza el tiempo suficiente como para llegar hasta el doctor. Empezó a retorcerse y empujar. La tierra húmeda le absorbía, era una tarea dolorosa. Se apoyó sobre sus codos pero seguía resbalándose hacia atrás.

—¿Soy el único que queda, entonces? —dijo la afligida voz abajo.

Por fin, Claude logró salir de esa especie de madriguera pero no fue capaz de ponerse de pie. Cada vez que lo intentaba, se desmayaba y parecía estallar de nuevo. Algo le pasaba en su tobillo derecho también, no podía apoyar su peso sobre él. Quizás había estado demasiado cerca del proyectil como para que le alcanzase, había escuchado a los muchachos contar casos así. Había explotado bajo sus pies y le había arrastrado hasta el interior del barranco, pero no había dejado ninguna metralla en su cuerpo. Si le hubiera alcanzado algo, hubiera sido tanto metal que no estaría aquí sentado especulando. Comenzó a arrastrarse hacia la pendiente a cuatro patas.

—¿Es el médico? ¿Dónde está?

—Aquí, en una camilla. Nos han bombardeado. ¿Quién es? Nuestros compañeros llegaron arriba, ¿no?

—Supongo que la mayoría sí llegó. ¿Qué ha pasado aquí abajo?

—Me temo que ha sido culpa mía —dijo la voz con tristeza—. Usé mi linterna y eso debió de darles la localización. Nos lanzaron tres o cuatro proyectiles justo encima. Los compañeros que habían resultado heridos en el barranco permanecían tendidos aquí abajo y yo no podía hacer nada a oscuras. Necesitaba tener alguna luz para poder hacer algo. Justo acaba de terminar de poner un entablillado cuando estalló el primer obús. Supongo que han terminado por ahora.

—¿Cuántos había?

—Catorce, creo. Algunos de ellos no estaban malheridos. Estarían todos vivos si yo no hubiera venido.

—¿Quiénes eran? Aunque no sabe nuestros nombres todavía, ¿verdad? ¿No vio al teniente Gerhardt entre ellos?

—Creo que no.

—¿Ni tampoco el sargento Hicks, el tipo gordo?

—Creo que no.

—¿Dónde está herido?

—En el abdomen. No puedo decirle más sin luz. He perdido mi linterna. Nunca se me ocurrió pensar que podría causar problemas; es una que uso en casa, cuando los bebés están enfermos —murmuró el doctor.

Claude trató de encender una cerilla sin éxito.

—Espere un momento, ¿dónde está su casco? —se quitó su sombrero metálico, lo colocó sobre el doctor y se las arregló para encender una cerilla debajo de él. El

hombre herido había aflojado ya sus pantalones y ahora se subía la camisa ensangrentada. La ingle y la parte izquierda del abdomen estaban desgarradas. La herida y la camilla sobre la que estaba tumbado mostraban una masa de sangre oscura y coagulada que parecía el enorme hígado de una vaca.

—Supongo que ahora me toca a mí —murmuró el doctor mientras se apagaba la cerilla.

Claude encendió otra.

—¡Ah, de ninguna manera! Nuestros compañeros estarán de vuelta enseguida y podremos hacer algo por usted.

—No servirá de nada, teniente. ¿Cree que podría quitarle el abrigo a alguno de estos pobres compañeros? Siento un frío terrible en mis intestinos. Tenía una botella de brandy francés, pero supongo que estará enterrada.

Claude se quitó su propio abrigo, cuyo interior estaba templado, y empezó a palpar el barro en busca del brandy. Se preguntaba por qué este pobre hombre no estaba gritando de dolor. Los disparos en la colina habían cesado, a excepción de algún chasquido ocasional de alguna Maxim, en algún lugar en las rocas. Su reloj marcaba las doce y diez; ¿podría haber salido algo mal allá arriba?

De repente, se oyeron voces por arriba, un estrépito de botas sobre el esquisto. Él empezó a gritarles.

—¡Ya vamos, ya vamos! —conocía la voz. Gerhardt y sus fusileros bajaban corriendo hacia el barranco con un grupo de prisioneros. Claude les gritó que tuviesen cuidado.

—¡No encendáis ninguna luz! ¡Han estado bombardeando aquí abajo!

—¿Estás bien, Wheeler? ¿Dónde están los heridos?

—No hay nadie herido, salvo el doctor y yo. Sácanos de aquí rápido. Yo estoy bien pero no puedo caminar.

Colocaron a Claude en una camilla y lo sacaron de allí primero. Cuatro grandes alemanes lo llevaban y Hicks y Dell Able les empujaban para que fueran corriendo. Cuatro de sus hombres levantaron al doctor y Gerhardt caminaba a su lado. A pesar de que tuvieron cuidado, el movimiento hizo que la sangre comenzara a brotar de nuevo y deshizo los coágulos que se habían formado sobre sus heridas. Empezó a vomitar sangre y a ahogarse. Los hombres pusieron la camilla en el suelo. Gerhardt levantó la cabeza del doctor.

—Se acabó —dijo en ese momento—, mejor trate de darse toda la prisa que pueda.

Cogieron la carga de nuevo.

—Los que le están llevando ahora no le estarán zarandeando —dijo Oscar, el piadoso sueco.

La Compañía B perdió a diecinueve hombres en el asalto. Dos días después la

compañía se retiró con un permiso de diez días. El esguince hacía que el tobillo de Claude fuera el doble de su tamaño natural, pero para evitar que le enviaran al hospital, tuvo que caminar hasta la estación terminal. El sargento Hicks le había conseguido un zapato gigantesco que encontró enganchado en la red de alambre de espino. Claude y Gerhardt se iban a ir juntos de permiso.

XII

Una noche otoñal lluviosa. Papa Joubert estaba sentado leyendo el periódico. Escuchó un fuerte golpeteo en la puerta de su jardín. Se quitó de un puntapié las zapatillas, se puso los zuecos que tenía para el barro, arrastró los pies por el jardín empapado y abrió la puerta que daba a la oscura calle. Dos altas figuras con rifles y petates aparecieron frente a él. Al instante siguiente ya los estaba abrazando, gritando a su mujer:

—*Nom de diable, Maman, c'est David, David et Claude, tous les deux!*

De pie bajo la luz de las velas aparecieron dos soldados con un aspecto lamentable, rebozados en barro, sus cascos metálicos brillando como boles de cobre, sus ropas dejando charcos de agua sobre las losas del suelo de la cocina. Madame Joubert les besó en sus húmedas mejillas y Monsieur, ahora que podía verlos, los abrazó de nuevo. ¿De dónde venían y cómo les había ido allí arriba con aquellos? Muy bien, como se podía ver. ¿Qué es lo que querían primero? ¿La cena quizá? Su habitación estaba siempre lista para ellos y las ropas que habían dejado estaban en el arcón grande.

David les explicó que sus camisas no habían estado secas ni una vez en cuatro días y que lo que más deseaban era estar secos y limpios. A la vieja Martha, ya en la cama, la hicieron ir a calentar agua. Monsieur Joubert subió la gran bañera arriba. Mañana para hablar, dijo; esta noche, para descansar. Los chicos le siguieron y comenzaron a quitarse sus húmedos uniformes para dejarlos en dos pilas empapadas sobre el suelo. Había un solo baño para los dos y lanzaron una moneda para decidir quién entraba primero en el agua templada. Monsieur Joubert, al ver el tobillo hinchado de Claude envuelto en vendas adhesivas, comenzó a reírse.

—¡Oh, veo que los *Boches* te hicieron bailar allí arriba!

Cuando estuvieron vestidos con sus pijamas limpios del arcón, Papa Joubert bajó sus camisas y calcetines para que Martha los lavara. Regresó con la gran fuente de carne sobre la que había una tortilla hecha con doce huevos rellena de beicon y patatas fritas. Madame Joubert subió la cafetera de tres pisos hasta la puerta y les gritó:

—*Bon appetit!*

El anfitrión sirvió el café y cortó la barra con su navaja. Se sentó para verlos comer. ¿Cómo habían encontrado las cosas entonces allí arriba? ¿Los *Boches* tan educados y agradables como siempre? Finalmente, cuando no quedaba ni una migaja, les sirvió a cada uno un vaso de brandy, «*pour cider la digestion*» y les deseó buenas noches. Se llevó la vela con él.

La felicidad absoluta, reflexionaba Claude, mientras el frío de las sábanas se

hacía más cálido alrededor de su cuerpo y aspiraba el viejo olor a lavanda de la almohada. ¡Sentir la calidez, estar tan seco, tan limpio, tan querido...! El viaje, visto desde aquí, parecía hermoso. Tan pronto como salieron de la región de los torturados árboles, vieron que la tierra en Francia se volvía dorada. A lo largo de los valles de los ríos, los álamos y chopos habían cambiado de verde a amarillo, coloreados uniformemente, como la llama de unas velas entre la neblina y la lluvia. A través de los campos, a lo largo del horizonte, corrían como antorchas pasadas de una mano a otra y todos los sauces junto a los pequeños riachuelos se habían vuelto plateados. Los viñedos estaban aún verdes, densamente manchados del color rojo sangre de sus ramas enroscadas. Todo regresaba a su mente en imágenes junto a su almohada en la oscuridad: esta hermosa tierra, esta hermosa gente, esta hermosa tortilla, los chopos dorados, los viñedos verde azulados, las húmedas hojas escarlata de las vides, las gotas de lluvia cayendo sobre el patio, la perfumada oscuridad... el sueño, más fuerte que todo lo demás.

XIII

El camino hacia el bosque estaba cubierto de hojas. Claude y David estaban tumbados sobre el seco y mullido brezo entre las rocas. Gerhardt, con el Stetson sobre los ojos, estaba probablemente dormido. Estaban teniendo un clima estupendo durante sus vacaciones. El bosque se alzaba ante este claro como un anfiteatro, con terrazas doradas de castaños de Indias y hayas. Las grandes castañas caían, aterciopeladas y marrones, como si las hubieran untado en aceite, y desaparecían entre las hojas secas del suelo. Pequeños tejos negros, que no habían sido visibles con el verde del verano, destacaban entre los rizados helechos amarillos.

A través del nido grisáceo de ramitas de las hayas, brillaban los rígidos arbustos de acebo.

Era muy de los Wheeler temer a la falsa felicidad, tener la cobarde sensación de que les estuvieran engañando. Desde que había regresado, Claude se había preguntado más de una vez si había dado demasiadas cosas por hechas y se sentía aquí más en casa de lo que tenía derecho a sentir. Los americanos, según había observado, eran propensos a ponerse cómodos, a confundir las buenas maneras con la buena voluntad. No tenía derecho a dudar del afecto de los Joubert, sin embargo, pues era genuino y personal, no una superficie en calma bajo la cual pudiera ocultarse una burlona sombra de desprecio... no era, en resumen, la traicionera «educación francesa» por la que uno no debía dejarse engañar. Simplemente el haber visto el cambio de estación en el campo le daba a uno la sensación de haber estado allí durante mucho tiempo. Y, de todos modos, él no era un turista, estaba aquí por cuestiones legítimas.

El tobillo del esguince de Claude estaba todavía bastante hinchado. Madame Joubert estaba segura de que no debía moverlo en absoluto, le rogaba que se sentara en el jardín todo el día y se lo cuidara. Pero el cirujano del frente le había dicho que si dejaba de caminar tendría que ir al hospital. Así que, con la ayuda del mejor bastón de madera de acebo de su anfitrión, cojeaba hasta el bosque cada día. Esta tarde se sentía tentado de ir incluso más lejos. Madame Joubert le había hablado sobre las cuevas al otro lado del bosque, cámaras bajo tierra donde la gente de campo había ido a vivir en los momentos de gran miseria, hacía tiempo, durante las guerras con los ingleses. Claude no podía recordar cuánto tiempo había pasado desde esas guerras con los ingleses, pero el tiempo suficiente como para hacer que uno se sintiese cómodo. En cuanto a él, quizá no volviese a casa jamás. Quizá, cuando este gran conflicto hubiese acabado, compraría una pequeña granja y se quedaría aquí para el resto de su vida. Era un proyecto con el que le gustaba jugar. No había ninguna oportunidad de llevar la vida que quería en casa, donde la gente siempre estaba

comprando y vendiendo, construyendo y tirando abajo. Había empezado a creer que los americanos eran un pueblo de sentimientos poco profundos. Así lo había descrito Gerhardt en una ocasión y, si era cierto, no había cura para ello. La vida era tan corta que no tendría ningún significado en absoluto a no ser que fuera continuamente reforzada con algo que perdurase, a no ser que las sombras de la existencia individual vinieran y se fueran por delante de un fondo que las mantuviese unidas.

Mientras estaba absorto en sus ensoñaciones de tener una granja en Francia, su acompañante se movió y se giró sobre su codo.

—Sabes que tenemos que reunirnos con el batallón en A... Deben de estar viviendo como reyes allí. Hicks se va a poner tan gordo que se acabará cayendo durante la marcha. El cuartel general debe de tener algo particularmente desagradable en mente: siempre ceban a la infantería justo antes de una masacre. Pero he estado pensando, tengo algunos viejos amigos en A... ¿Y si llegamos allí un día antes y conseguimos que nos inviten? Es un sitio antiguo y agradable y debo ir a verlos. El hijo fue compañero de estudios mío del *Conservatoire*. Lo mataron durante el segundo invierno de la guerra. Solía subir allí durante las vacaciones con él. Me gustaría volver a ver a su madre y a su hermana. ¿Tienes alguna objeción?

Claude no contestó inmediatamente. Permaneció tumbado mirando las hayas con los ojos entrecerrados, sin moverse.

—Siempre evitas ese tema conmigo, ¿verdad? —dijo en ese momento.

—¿Qué tema?

—Ah, todo lo que tenga que ver con el *Conservatoire* o tu profesión.

—No tengo ninguna profesión en este momento, no volveré a tocar el violín jamás.

—¿Quieres decir que no podrías recuperar el tiempo que vas a perder?

Gerhardt apoyó la espalda contra una roca y sacó su pipa.

—Eso sería difícil, pero otras cosas serán más duras. He perdido mucho más que tiempo.

—¿No podrías haber conseguido una exención de una u otra manera?

—Podría. Mis amigos quisieron hacerse cargo y hacer de mí un caso que sentara precedente. Pero no podría aguantarlo, no siento que fuera un violinista lo suficientemente bueno como para admitir que no era un hombre. A menudo deseo haber estado en París aquel verano en que estalló la guerra, entonces habría entrado en el ejército francés al primer impulso, con los otros estudiantes, y hubiera sido mejor.

David hizo una pausa y se quedó sentado dándole caladas a su pipa. Justo entonces un suave movimiento revolvió los helechos en la ladera. Una niña pequeña descalza estaba de pie allí, mirando a su alrededor. Había escuchado voces pero al principio no vio los uniformes que se mezclaban con el amarillo y marrón del bosque.

Entonces vio el sol brillando sobre dos cabezas, una cuadrada y de color ámbar, la otra de color bronce rojizo, larga y estrecha. Dio por sentado que serían amigables y bajó la colina, deteniéndose de vez en cuando para coger lustrosas castañas de indias y meterlas en un saco que llevaba a cuestas. David le preguntó a gritos si los frutos eran comestibles.

—*Oh, non!* —exclamó ella, su cara expresando el terror más vívido—, *pour les cochons!*

Estos americanos novatos deben de comer casi cualquier cosa. Los chicos se rieron y le dieron algunos centavos, «*pour les cochons aussi*». Se movía sigilosamente por el límite del bosque, rebuscando entre las hojas sus castañas y observando a los dos soldados.

Gerhardt vació su pipa con unos golpecitos y empezó a llenarla otra vez.

—Fui a casa a ver a mi madre en mayo de 1914. No estaba aquí cuando estalló la guerra. El *Conservatoire* cerró de inmediato, así que acordé una gira de conciertos por Estados Unidos ese invierno y me salió muy bien. Eso fue antes de que todos esos pequeños rusos fueran al frente, cuando el terreno no estaba tan abarrotado. Tuve una segunda temporada que fue bien. Pero cada vez me ponía más nervioso, solo una parte de mí estaba allí —fumaba pensativamente, sentado con los brazos cruzados, como si estuviera repasando una sucesión de eventos o estados emocionales—. Cuando sacaron mi número, me presenté para ver qué podía hacer para librarme, eché un vistazo a los otros tipos que estaban intentando librarse también y decidí no hacerlo. Nunca me he arrepentido. No mucho después mi violín se destrozó y mi carrera pareció irse al traste con él.

Claude le preguntó qué quería decir.

—Mientras estaba en Camp Dix, tuve que tocar en uno de los espectáculos. Mi violín, un Stradivarius, estaba en una cámara de seguridad en Nueva York. No lo necesitaba para ese concierto más de lo que podría necesitarlo ahora mismo, sin embargo, fui a la ciudad y lo saqué. Me lo llevé de la estación en un coche militar y un taxista borracho chocó contra nosotros. Yo no me hice nada pero el violín, que estaba sobre mis rodillas, se rompió en mil pedazos^[38]. En aquel momento no sabía lo que eso significaba, pero desde entonces, he visto tantas cosas hermosas y antiguas destrozadas... Me he convertido en un fatalista.

Claude observaba su cabeza mientras meditaba sobre el gris del pedernal.

—Debiste haberte mantenido alejado de todo eso. Cualquier hombre de armas te lo hubiera dicho.

David echó hacia atrás la cabeza contra la piedra y lanzó con indiferencia una de las castañas al aire.

—¡Ah, un violinista más o menos no importa! ¿Pero quién regresará jamás a lo que hiciese antes? Eso es lo que quiero saber.

Claude se sentía culpable, como si David hubiese adivinado qué apostasía había estado teniendo lugar en su propia cabeza durante esa tarde.

—No creerás que vamos a sacar de esta guerra aquello por lo que entramos en ella, ¿verdad? —preguntó de repente.

—En absoluto —contestó el otro con una fría indiferencia.

—¡Entonces ciertamente no veo para qué estás aquí!

—Porque en 1917 tenía veinticuatro años y era capaz de usar un arma. La propia guerra incitó a nuestra generación. No sé por qué, probablemente por los pecados de nuestros padres. Desde luego no para hacer del mundo algo más seguro para la democracia o cualquier retórica parecida. Cuando trabajaba de camillero, me tenía que decir a mí mismo una y otra vez que todo quedaría en nada pero que tenía que ser así. Algunas veces, sin embargo, pienso que algo debería... Nada que esperemos sino algo imprevisto —hizo una pausa y cerró los ojos—. ¿Recuerdas en las viejas historias de la mitología que cuando los hijos de los dioses nacían las madres siempre morían de agonía? Quizá es solo Sémele en quien estoy pensando. En todo caso, a veces me pregunto si los hombres jóvenes de nuestro tiempo tenían que morir para traer una nueva idea al mundo... algo olímpico. Me gustaría saberlo, creo que lo sabré. Desde que regresé aquí, he empezado a creer en la inmortalidad, ¿y tú?

Claude estaba confuso por esta pregunta sin pretensiones.

—Es difícil de saber, nunca he sido capaz de decidirme.

—¡Ah, no te preocupes por eso! Vendrá a ti, viene sola. No tienes que perseguirla. Yo llegué a ello casi de la misma manera que me solía pasar con todo lo relacionado con el arte: conociéndolo y viviendo de él antes de comprenderlo. Tales ideas me solían parecer infantiles —soltó Gerhardt—. ¿Y ahora ya te he contado lo que querías saber sobre mi caso? —bajó la mirada hacia Claude con un curioso brillo de diversión y afecto—. Voy a estirar las piernas. Son las cuatro en punto.

Desapareció entre los troncos de los pinos rojos, donde la luz del sol formaba un lago coloreado de rosa, como solía hacer en el verano... como haría en todos los años venideros, cuando ellos no estuvieran allí para verlo, pensaba Claude. Tiró del sombrero hasta que le cubrió los ojos y se durmió.

La niña, en el lindero del bosque de hayas, dejó su saco y bajó sigilosamente la colina. Se sentó en el brezo y encogió las piernas hasta ponerse los pies debajo, se quedó quieta durante largo rato mientras miraba con curiosidad la relajada y profunda respiración del soldado americano.

Al día siguiente era el vigésimo quinto cumpleaños de Claude y, para celebrarlo, Papa Joubert subió una botella de un viejo burdeos de su sótano, de una de las pocas docenas de las que se había provisto para las grandes ocasiones cuando era un hombre joven.

Durante esa semana de ocio en casa de Madame Joubert, Claude a menudo

pensaba que ahora estaba siendo compensado por ese periodo de feliz «juventud» sobre el que su vieja amiga la señora Erlich solía hablar y que él nunca había experimentado: estaba viviendo su juventud en Francia. Sabía que no volvería a pasarle nada como esto, los campos y bosques nunca volverían a enlazarse con este hechizo neblinoso. Mientras se acercaba a la calle del pueblo en la tarde púrpura, el olor a madera quemada de las chimeneas se le subía a la cabeza como una droga, abría los poros de su piel y a veces hacía que se le llenaran los ojos de lágrimas. La vida después de todo le había salido bien y todo tenía una noble relevancia. El estado de nervios en el que había vivido durante años ahora le parecía increíble, absurdo y pueril, cuando pensaba en ello. No se torturaba a sí mismo con recuerdos. Estaba empezando de nuevo.

Una noche soñó que estaba en casa, en medio de los campos arados, donde no podía ver otra cosa que no fueran los surcos marrones de tierra, extendiéndose en el horizonte de una punta a otra. Arriba y abajo se movía un chico con un arado y dos caballos. Al principio pensó que era su hermano Ralph pero, al acercarse, vio que era él mismo y le entró mucho miedo por ese joven. Pobre Claude, nunca, nunca saldrá de ahí, ¡se va a perder todo! Mientras luchaba por hablarle a Claude y advertirle, se despertó.

En los años en los que estuvo yendo a la Universidad en Lincoln, siempre estuvo en busca de alguien a quien pudiera admirar sin reservas, alguien a quien pudiera envidiar, emular, en el que querer convertirse. Ahora creía que incluso entonces debía de tener en mente la tenue imagen de un hombre como Gerhardt. Solo en tiempos de guerra sus caminos habían tenido la posibilidad de cruzarse o de que ellos tuviesen algo que hacer juntos... cualquiera de esos intereses que hace que los hombres se hagan amigos.

XIV

Gerhardt y Claude Wheeler se apearon de un taxi ante las puertas abiertas de una casa de tejado a cuatro aguas y aspecto sólido, con todas las contraventanas delanteras cerradas y las copas de muchos de los árboles asomando por encima de la pared del jardín. Cruzaron un patio adoquinado y llamaron a la puerta. Un viejo criado dejó entrar a los jóvenes y les llevó a través de un amplio recibidor hasta el salón, que daba al jardín. Madame y mademoiselle bajarían enseguida. David fue hasta uno de los amplios ventanales y miró al exterior.

—Lo han conservado, a pesar de todo. Siempre fue muy agradable estar aquí.

El jardín era espacioso, como un pequeño parque. En un lado estaba la pista de tenis; en el otro, una fuente con un estanque y nenúfares. La pared del norte estaba oculta tras unos viejos tejos; al sur, dos filas de plátanos, cortados de forma cuadrada, creaban un largo cenador. En la parte de atrás del jardín había unos estupendos y viejos tilos. Los caminos de grava se enroscaban alrededor de arriates de maravillosas flores de otoño. En la rosaeda, pequeñas rosas blancas estaban floreciendo todavía, aunque las hojas ya estaban rojas.

Dos mujeres entraron en el salón principal. La madre era bajita, rolliza y sonrosada, con rasgos muy marcados, casi masculinos, y el pelo blanco amarillento. Las lágrimas brillaron en sus ojos cuando David se inclinó para besar su mano y ella le abrazó y le dio un beso en cada mejilla.

—*Et vous, vous aussi!* —murmuró, tocando el abrigo de su uniforme con los dedos. Hubo tan solo un instante de debilidad. Ella se recompuso como un viejo general, pensó Claude mientras permanecía de pie observando al grupo desde la ventana, tiró de su hija hacia delante y le preguntó a David si reconocía a la niña pequeña con la que solía jugar. Mademoiselle Claire no se parecía en nada a su madre: esbelta, morena y vestida con un *costume de tennis* blanco y un sombrero verde manzana con lazos negros, tenía un aspecto muy moderno, informal y despreocupado. Estaba ya contándole a David que se alegraba de que hubiera llegado temprano, así podrían jugar un partido de tenis antes del té. *Maman* se llevaría su labor al jardín y les miraría jugar. Esta última sugerencia alivió el temor de Claude de que le dejaran solo con la anfitriona. Cuando David lo llamó y le presentó a las mujeres, Mademoiselle Claire le dio un rápido apretón de manos y dijo que le encantaría ponerle a prueba en la pista tan pronto como hubiese vencido a David. Encontrarían zapatillas de tenis en su habitación, una colección de zapatos para los pies de todas las nacionalidades: los de su hermano, algunos que su amigo ruso había olvidado cuando salió corriendo al ser movilizadado y un par que un oficial inglés había dejado recientemente cuando se alojó allí. Ella y su madre esperarían en el jardín.

Hizo sonar el timbre para llamar al viejo criado.

Los americanos se encontraron en una gran habitación en el piso de arriba donde dos modernas camas de hierro destacaban de forma evidente entre pesadas cómodas de caoba, escritorios y tocadores, sillones, alfombras de terciopelo y cortinas de brocado rojo pálido. David fue de inmediato al pequeño vestidor y empezó a ataviarse para la pista de tenis. Dos trajes de franela y una hilera de suaves camisas estaban colgados allí, de la pared.

—¿No te vas a cambiar? —preguntó al darse cuenta de que Claude permanecía de pie rígido junto a la ventana, mirando hacia el jardín de abajo.

—¿Por qué debería? —dijo Claude con desdén—. No juego al tenis, nunca he tenido una raqueta en la mano.

—Una pena. Solía jugar muy bien, aunque solo era una jovencita entonces —Gerhardt se fijó en sus piernas dentro de unos pantalones que eran unos cuantos centímetros cortos para él—. ¡Cómo ha cambiado todo y sin embargo cómo sigue siendo todo lo mismo! Es como cuando vuelves a un lugar en sueños.

—¡Yo diría que no te han dado demasiado tiempo para soñar! —comentó Claude.

—¡Afortunadamente!

—Explícale que no juego al tenis, ¿de acuerdo? Bajaré más tarde.

—Como quieras.

Claude se quedó junto a la ventana, observando la cabeza descubierta de Gerhardt y el sombrero verde de Mademoiselle Claire y su largo brazo bronceado que recorría a saltos la pista de tenis.

Cuando Gerhardt volvió para cambiarse antes del té, encontró a su compañero de pie delante de su bolsa, que estaba abierta, pero sin deshacer.

—¿Cuál es el problema? ¿Vuelves a sentirte neurótico?

—No exactamente —Claude se mordió el labio—. El hecho es que, Dave, no me encuentro cómodo aquí. La gente es estupenda, pero estoy fuera de lugar. Me voy a ir a buscar algún otro sitio donde quedarme y así te dejo que visites a tus amigos con tranquilidad. ¿Por qué me debería quedar? Está gente no lleva un hotel.

—Están muy cerca de hacerlo, por lo que me han estado contando. Han tenido una sucesión de escoceses e ingleses alojados aquí con ellas. Además les gustó, o al menos tienen las buenas maneras de fingir que así fue. Por supuesto, puedes hacer lo que quieras, pero herirás sus sentimientos y me dejarás en una posición incómoda con ellas. Para ser sincero, no veo cómo podrías irte sin ser claramente grosero.

Claude permaneció de pie mirando el contenido de su bolsa con actitud indecisa. Al captar un atisbo de su cara en uno de los grandes espejos, Gerhardt se dio cuenta de que parecía perplejo y abatido. Su arrebatado de mal humor murió y puso con suavidad la mano sobre el hombro de su amigo.

—¡Vamos, Claude! Esto es demasiado absurdo. Ni siquiera tienes que arreglarte,

gracias a tu uniforme, y no tienes que hablar, ya que se supone que no conoces el idioma. Pensé que te gustaría venir aquí, estas personas han pasado unos momentos tremendamente duros, ¿no admiras su coraje?

—¡Oh, sí, por supuesto que lo admiro! Aunque es incómodo para mí —Claude se quitó el abrigo y empezó a atusarse el pelo vigorosamente—. Supongo que siempre me han asustado más los franceses que los alemanes. Hace falta coraje para quedarse, supongo que lo entiendes: me gustaría salir corriendo.

—¿Pero, por qué? ¿Qué es lo que hace que quieras eso?

—¡Ah, no lo sé! Algo en la casa, en la atmósfera de la casa.

—¿Algo desagradable?

—No, algo agradable.

David se rio.

—¡Ah, lo superarás!

Tomaron el té en el jardín, una moda inglesa, un té inglés también, que, según les informó Mademoiselle Claire, habían dejado los oficiales ingleses.

En la cena presentaron a un tercer miembro de la familia, un niño con el pelo muy corto y grandes ojos negros. Se sentó a la izquierda de Claude, callado y tímido, con su chaqueta de terciopelo, aunque seguía la conversación con avidez, especialmente cuando se tocaba el tema de su hermano René, que había muerto en Verdún durante el segundo invierno de la guerra. La madre y la hermana hablaban de él como si estuviese vivo, sobre sus cartas y sus planes, y sus amigos en el *Conservatoire* y en el Ejército. Mademoiselle Claire le contó a Gerhardt las novedades sobre todas las estudiantes que había conocido en París: que esta estaba cantando para los soldados; que otra, mientras estaba cuidando a los enfermos en un hospital de París que fue bombardeado en un ataque aéreo, había sacado a veinte hombres heridos fuera del edificio en llamas, uno detrás de otro, sobre su espalda, como sacos de harina. Alice, la bailarina, había entrado en la Cruz Roja inglesa y había aprendido inglés. Odette se había casado con un neozelandés, un oficial del que se decía que era un caníbal, se sabía que su tribu se había comido a dos misioneras occitanas. Hubo muchas más cosas que Claude no pudo entender, pero comprendió lo suficiente como para ver que para estas mujeres la guerra era Francia, la guerra era la vida y todo lo que contenía. Estar vivo, ser consciente y tener las propias facultades era estar en la guerra.

Después de la cena, cuando entraron en el salón principal, Madame Fleury le preguntó a David si le gustaría volver a ver el violín de René y le hizo un gesto con la cabeza al niño. Este salió corriendo y regresó con el estuche, que colocó sobre la mesa. Lo abrió cuidadosamente y quitó el paño de terciopelo, como si esto fuera su ocupación particular, y entonces le dio el instrumento a Gerhardt.

David lo giró bajo la luz de las velas mientras le decía a Madame Fleury que hubiera reconocido en cualquier lugar el maravilloso Amati de René, de un tono casi

demasiado exquisito para un auditorio, como una mujer que es demasiado hermosa para un escenario. La familia permanecía de pie a su alrededor y escuchaba sus alabanzas con satisfacción. Madame Fleury le dijo que Lucien era *très sérieux* con su música, que su maestro estaba encantado con él y que cuando su mano fuera un poco más grande se le permitiría tocar el violín de René. Claude observaba al niño mientras este miraba el instrumento en las manos de David, en cada uno de sus grandes ojos negros se reflejaba la llama de una vela, como si un fuego constante estuviese realmente ardiendo dentro de ellos.

—¿Qué pasa, Lucien? —le preguntó su madre.

—Si Monsieur David fuera tan amable de tocar antes de que me vaya a la cama... —murmuró de manera suplicante.

—Pero, Lucien, ahora soy un soldado. No he practicado nada en absoluto durante dos años. El Amati va a pensar que ha caído en las manos de un *boche*.

Lucien sonrió.

—¡Oh, no! Es demasiado inteligente como para eso. Un poco, por favor —y se sentó en un taburete delante del sofá con una confiada anticipación.

Mademoiselle Claire se fue al piano. David frunció el ceño y empezó a afinar el violín. Madame Fleury llamó al viejo criado y le dijo que encendiera los troncos que había en la chimenea. Escogió el sillón a la derecha del hogar y le hizo un gesto a Claude señalando un asiento a la izquierda. El niño se quedó en su taburete al otro extremo de la habitación. Mademoiselle Claire empezó la introducción orquestal del *concerto* de Saint-Saens.

—¡Oh, ese no! —David levantó la barbilla y la miró con perplejidad.

Ella no respondió, pero siguió tocando, sus hombros inclinados hacia delante. Lucien subió las rodillas hasta ponerlas debajo de la barbilla y se estremeció. Cuando llegó el momento, el violín hizo su entrada. David lo había vuelto a colocar bajo su barbilla mecánicamente y el instrumento entró en esa contenida y amarga melodía.

Tocaron durante un buen rato. Al fin, David se paró y se secó la frente.

—Me temó que no puedo hacer nada con el tercer movimiento, de verdad.

—Yo tampoco, pero es lo último que tocó René en ese violín, la noche antes de irse después de su último permiso —ella comenzó de nuevo y David la siguió.

Madame Fleury estaba sentada con los ojos medio cerrados, mirando hacia el fuego. Claude, con la boca apretada, las manos sobre las rodillas, estaba observando la espalda de su amigo. La música era una parte de sus propias emociones confusas. Estaba dividido entre la admiración generosa y la amarga, amarga envidia. ¿Cómo sería hacer algo tan bien, tener una mano capaz de la mayor delicadeza y la precisión y el poder? Si le hubieran enseñado a hacer cualquier cosa, no estaría sentado ahí esa noche, un bloque de madera entre gente viva. Sentía que debían haber hecho de él un hombre, pero nadie se había tomado la molestia. Con los labios sellados, atado de

pies y manos. Si uno nace en este mundo como un oseño o un ternero, solo puede arañar o estropear las cosas, romper y destruir, eso es toda su vida.

Gerhardt envolvió el violín en su paño. El chico le dio las gracias y se lo llevó. Madame Fleury y su hija les dieron las buenas noches a sus invitados.

David dijo que estaba acalorado y sugirió salir al jardín para fumar antes de irse a la cama. Abrió uno de los grandes ventanales y salieron a la terraza. Las hojas secas crujían por los caminos; los tejos formaban una pared sólida, más negra que la oscuridad. La fuente debía de captar la luz de las estrellas: era lo único que brillaba, una pequeña y clara columna de centelleante plata. Los jóvenes paseaban en silencio hacia el final del camino.

—Supongo que volverás a tu profesión —comentó Claude con el tono poco natural con el que las personas a veces hablan de las cosas de las que no saben nada.

—No, por supuesto que no. Tenía que tocar para ellos. La música ha sido siempre como una religión en esta casa. Escucha —levantó la mano, a lo lejos las regulares explosiones de los grandes cañones sonaban en la noche tranquila—, eso es lo que importa ahora. Ha matado todo lo demás.

—No lo creo —Claude se detuvo durante un instante junto al borde de la fuente, tratando de reunir sus pensamientos—. No creo que haya matado nada. Solo ha esparcido las cosas —echó apresuradamente una mirada hacia la casa durmiente, el durmiente jardín, el claro cielo plagado de estrellas no demasiado lejos, sobre sus cabezas—. Son los hombres como tú los que se llevan la peor parte —soltó—. Pero para mí, yo nunca conocí nada por lo que mereciera la pena vivir, hasta que llegó esta guerra. Antes de eso, el mundo me parecía como una propuesta de negocio.

—Admitirás que es una forma costosa de proporcionar aventuras a los jóvenes —dijo David secamente.

—Quizás sí, es igual...

Claude siguió la discusión en su interior mucho después de que se hubiesen metido en sus lujosas camas y de que David se hubiera dormido. Ningún campo de batalla o país hecho añicos que hubiese visto era tan desagradable como sería este mundo si hombres como su hermano Bayliss lo controlaran todos juntos. Hasta que estalló la guerra, había creído que efectivamente lo harían, su adolescencia se había nublado y debilitado por culpa de esa creencia. Los prusianos lo habían creído también, aparentemente. Pero este evento había mostrado que quedaba una gran cantidad de gente que se preocupaba por algo más.

Los intervalos del distante fuego de artillería se hacían más cortos, como si los grandes cañones se estuvieran afinando, tosiendo para conseguir expulsar algo. Claude se incorporó en la cama y escuchó. El sonido de los cañones le había resultado agradable por primera vez, le había proporcionado una sensación de confianza y seguridad, esta noche sabía por qué. Lo que decían era que los hombres

aún podían morir por una idea y quemarían todo lo que habían construido para conservar sus sueños. Sabía que el futuro del mundo era seguro, los cuidadosos planificadores nunca serían capaces de meterlo en una camisa de fuerza, la astucia y la prudencia evitarían que se lo quedaran para ellos. Bueno, ese niño de abajo, con la luz de las velas en los ojos, cuando echara la última lágrima, como dicen, ¿podría «continuar» para siempre! Los ideales no eran cosas arcaicas, bellas e imponentes, eran las verdaderas fuentes de poder entre los hombres. Mientras eso fuera cierto, y ahora sabía que era cierto —había venido hasta aquí para descubrirlo—, no tenía nada que discutirle al Destino. Ni tampoco envidiaba a David. Él no cambiaría su propia aventura por el destino de nadie. Al borde del sueño la resplandeciente cara del peligro parecía brillar tenuemente, como la columna de la fuente, como la luna nueva, atractiva, medio apartada.

XV

Cuando Claude y David se reunieron con su batallón el veinte de septiembre, el final de la guerra parecía más lejano que nunca. El ejército americano no sabía que Bulgaria había caído y su conocimiento de los asuntos de Europa era tan escaso que esto, si se hubieran enterado, habría significado muy poco para ellos. El ejército alemán todavía tenía el norte y el este de Francia y nadie podía decir cuánta vitalidad quedaba en ese cuerpo en expansión.

El batallón entró en Arras en tren. El teniente coronel Scott tenía órdenes de dirigirse a la estación terminal y después avanzar a pie hacia el Argonne.

Los coches estaban abarrotados y el viaje en tren fue largo y agotador. Se bajaron del tren por la noche, bajo la lluvia, en lo que, según dijeron los hombres, parecía ser el punto de partida. No había ningún pueblo y la estación de tren había sido bombardeada el día antes por una flota aérea que había salido para hacer explotar la munición de la artillería. Un montículo de ladrillos y hoyos llenos de agua indicaban por dónde había pasado. El coronel envió a Claude con una patrulla para buscar algún lugar donde los hombres pudiesen dormir. La patrulla dio con un campo de fardos de paja y, al final del campo, se encontraron con una granja negra.

Claude subió y golpeó la puerta. Silencio. Continuó golpeando y gritando:

—¡Los americanos están aquí!

Se abrió una contraventana. El granjero sacó la cabeza y preguntó con brusquedad qué era lo que querían:

—¿Qué, ahora?

Claude le explicó con su mejor francés que un batallón de soldados americanos acababa de llegar y que si podrían dormir en sus campos si no destruían los fardos.

—Claro —contestó el granjero y cerró la ventana.

Esa única palabra, saliendo de la oscuridad en un lugar tan poco prometedor, provocó una gran alegría entre la patrulla, y entre los hombres cuando se les repitió.

—Claro, ¿eh? —continuaban riéndose por ello mientras batían los campos y escarbaban entre la paja. Aquellos que no pudieron meterse dentro de la paja se tumbaron sobre los rastrojos embarrados. Estaban dormidos antes de que pudieran lamentarse.

El granjero salió para ofrecerles su establo a los oficiales y para rogarles que bajo ningún concepto encendiesen una luz. No les habían molestado nunca ahí con bombardeos aéreos hasta el día anterior y debió de ser porque los americanos estaban viniendo y enviando su munición.

Gerhardt, que fue llamado para que hablara con él, le contó al granjero que el coronel debía estudiar su mapa y para ello el hombre les llevó abajo, al sótano, donde

dormían los niños. Antes de tumbarse en la cama de paja que su ordenanza le había hecho, el coronel seguía contando los nombres y los kilómetros con sus dedos. Para los oficiales como el coronel Scott los nombres de los lugares constituían una de las dificultades de la guerra. Su mente funcionaba despacio, pero siempre estaba centrada en su trabajo y podía estar sin dormir durante más horas seguidas que cualquiera de sus oficiales. Esa noche apenas se había tumbado cuando un centinela trajo a un mensajero con un comunicado. El coronel tuvo que ir al sótano de nuevo para leerlo. Tenía que encontrarse con el coronel Harvey en la granja Prince Joachim, tan pronto como fuera posible, al día siguiente por la mañana. El mensajero haría de guía.

El coronel se sentó con los ojos puestos en su reloj e interrogó al mensajero sobre la carretera y el tiempo que les llevaría cruzar el terreno.

—¿Cómo están los ánimos de los Fritz allí arriba, en general?

—Según lo que ocurra, señor. Algunas veces cazamos alguna patrulla nocturna de doce o quince y les enviamos a la retaguardia bajo la custodia de un solo hombre. En cambio, otras veces, un pequeño grupo de Heinies lucha como el diablo. Dicen que depende de qué parte de Alemania vengan, los bávaros y los sajones son los más valientes.

El coronel Scott esperó durante una hora y entonces fue zarandeando a sus oficiales para despertarlos.

—Sí, señor —el capitán Maxey se puso de pie de un salto como si le hubieran cogido en un acto vergonzoso. Llamó a sus sargentos y empezaron a sacudir a los hombres para que salieran de los fardos de paja y los charcos. En media hora estaban de camino.

Esta era la primera marcha del batallón por carreteras realmente malas en las que caminar era cuestión de fuerza y de mantener el equilibrio. Pronto entraron en calor, por lo menos, hizo que continuaran sudando. El peso de sus equipos se colocaba continuamente en el sitio equivocado. Sus ropas húmedas tiraban de ellos hacia atrás, sus mochilas se enroscaban y se les clavaban en los hombros. Claude y Hicks empezaban a preguntarse el uno al otro cómo debió de ser en el auténtico barro, arriba en Ypres y Passchendaele, dos años antes. Hicks había estado entrenando en Arras la semana anterior, donde muchos Tommies estaban «descansando» de la misma manera, y traía historias que contar.

El batallón llegó a la granja Joachim a las nueve en punto. El coronel Harvey no había subido todavía, pero el viejo Julio César estaba allí con sus ingenieros y tenía un desayuno caliente preparado para ellos. A las seis en punto de la tarde volvieron a coger la carretera de nuevo, marchando hasta el amanecer, con breves descansos. Durante la noche capturaron a dos patrullas de Hunos, un grupo de treinta hombres. En la parada para el desayuno, los prisioneros querían ayudar en algo, pero el cocinero dijo que estaban tan mugrientos que solo su olor haría que el estofado se

estropeará. Ellos mismos salieron en grupo fuera, a una buena distancia de la fila de la comida.

Fue Gerhardt, por supuesto, el que tuvo que ir a interrogarles. Claude se sentía mal por los prisioneros, estaban tan dispuestos a contar lo que sabían y muy ansiosos por resultar simpáticos; empezaron a hablar de sus parientes en América y dijeron alegremente que ellos mismos iban a ir allí, después de la guerra —¡parecían no tener ninguna duda de que todo el mundo se alegraría de verlos!

Le rogaron a Gerhardt que se les permitiese hacer algo. ¿No podrían cargar con el equipo de los oficiales durante la marcha? No, estaban demasiado llenos de chinches, relevarían al pelotón sanitario. Oh, estarían encantados de hacerlo, *Herr Offizier!*

El plan era llegar hasta la trinchera de Rupprecht y tomarla antes del anochecer. Fue fácil tomarla: vacía a excepción de las alimañas y los hombres descartados: una docena heridos y enfermos, abandonados por el enemigo para deshacerse de ellos, y varios jóvenes estúpidos que deberían haber sido encerrados en alguna institución. Los Fritz habían aprendido lo que significaba que sus patrullas no regresaran. Habían evacuado dejando tras de sí a los enfermos sin esperanza y toda la mugre posible. Los refugios subterráneos estaban bastante secos pero tan llenos de bichos que los americanos prefirieron dormir en el barro, al aire libre.

Después de la cena los hombres cogieron sus mochilas y comenzaron a aligerar su peso tirando lo que no era necesario y otro tanto que sí lo era. Muchos de ellos abandonaron los nuevos abrigos que se les habían proporcionado en la estación terminal; otros les cortaban la parte de abajo y los convertían en chaquetas. El capitán Maxey estaba horrorizado ante estos estragos, pero el coronel le aconsejó que cerrara los ojos.

—Tienen ante ellos un camino difícil, déjeles que viajen más ligeros. Si prefieren enfrentarse al frío, tienen derecho a elegir.

XVI

El batallón tuvo un descanso de veinticuatro horas en la trinchera Rupprecht y después continuaron durante cuatro días y cuatro noches, asaltando trincheras, capturando patrullas, durmiendo solo unas pocas horas, echados a los lados de la carretera mientras les preparaban la comida. Acosaban al enemigo después de que se retirara y se quedaron casi agotados. Lo que sí agotaron fueron sus provisiones. Durante la cuarta noche, cuando se encontraron con una granja que había sido un cuartel general alemán, los suministros con los que tenían que haberse encontrado allí no habían llegado y se fueron a la cama sin cenar.

La casa de esta granja, que por alguna razón los prisioneros llamaban la granja Frau Hulda, era un nido de cables telefónicos: cientos de ellos recorrían las paredes, en todas direcciones. El coronel cortó todos los que pudo encontrar y luego puso un guardia para vigilar al viejo campesino que había sido dejado al cargo de la casa, con la sospecha de que le estaba pagando el enemigo.

Al final el coronel Scott se metió en la cama del cuartel general, grande y llena de bultos, la primera que veía desde que había dejado Arras. No había dormido más de dos horas cuando un mensajero llegó con órdenes del coronel del regimiento. Claude estaba en una cama del desván entre Gerhardt y Bruger. Sintió que alguien le zarandeaba, pero resuelto a no ser molestado continuó durmiendo plácidamente. Entonces alguien le tiró del pelo, tan fuerte que se incorporó. El capitán Maxey estaba de pie sobre la cama.

—Vengan conmigo, muchachos, órdenes de los cuarteles generales del regimiento. El batallón tiene que dividirse aquí. Nuestra compañía tiene que continuar cuatro kilómetros esta noche y tomar la ciudad de Beaufort.

Claude se levantó.

—Los hombres están completamente agotados, capitán Maxey, y no cenaron.

—Sobre eso no se puede hacer nada. Dígales que tenemos que estar en Beaufort para el desayuno.

Claude y Gerhardt salieron hacia el granero y levantaron a Hicks y a su amigo, Dell Able. Los hombres estaban dormidos sobre la paja seca, por primera vez en diez días. Estaban exhaustos, perdidos en el tiempo y el espacio. Muchos de ellos ya estaban a cuatro mil millas de distancia, esparcidos entre pequeños pueblos y granjas en la pradera. Ofrecían un aspecto miserable mientras el grupo se iba reuniendo, dando tumbos en la oscuridad.

Después de que el coronel hubiese repasado el mapa con el capitán Maxey, salió y vio a la compañía reunida. No iba a ir con ellos, les dijo, pero esperaba que dieran lo mejor de sí mismos. Una vez en Beaufort, tendrían una semana de descanso,

dormirían bajo una colcha y vivirían entre la gente durante un tiempo.

Los hombres se pusieron en camino, algunos con los ojos cerrados, tratando de creer que aún estaban dormidos, tratando de volver a tener sus agradables sueños de nuevo mientras marchaban. No se despertaron del todo hasta que la avanzada dio el alto a una patrulla de Hunos y les envió hasta el coronel bajo la vigilancia de un soldado. Cuando habían avanzado dos kilómetros, se encontraron con que el puente había sido volado. Claude y Hicks fueron en una dirección a buscar un vado; Bruger y Dell Able en la otra, y el resto de los hombres se tumbaron a los lados de la carretera y se durmieron profundamente. Justo al amanecer llegaron a las afueras de un pueblo, silencioso y en calma.

El capitán Maxey no tenía información sobre cuántos alemanes podrían quedar en el pueblo. Lo habían ocupado desde el principio de la guerra y lo habían usado como un campamento de descanso. No había habido ningún enfrentamiento allí.

En la primera casa de la carretera, el capitán se detuvo y aporreó la puerta. Sin respuesta.

—Somos americanos y debemos ver a la gente de la casa. Si no abren, tendremos que echar la puerta abajo.

Una voz de mujer gritó:

—No hay nadie aquí. Váyase, por favor, y llévese a sus hombres. Estoy enferma.

El capitán llamó a Gerhardt, que empezó a darle explicaciones y a tranquilizarla a través de la puerta. Se abrió ligeramente y una anciana con un camisón se asomó a mirar y un anciano rondaba por detrás de ella. Ella miró asombrada a los oficiales, sin comprender. Eran los primeros soldados aliados que había visto jamás. Había oído a los alemanes hablar de americanos, pero pensó que era una de sus mentiras, según dijo. Una vez convencida, dejó que los oficiales entraran y contestó a sus preguntas.

No, no quedaban *Boches* en su casa. Habían recibido órdenes de marcharse dos días antes y habían volado el puente. Se estaban concentrando en algún lugar del este. No sabía cuántos quedaban aún en el pueblo, ni dónde estaban, pero le podía decir al capitán dónde habían estado. Sacó triunfante un mapa del pueblo, que según dijo, con una sonrisa cargada de significado, había perdido un oficial alemán, donde estaban marcados los alojamientos.

Con esto para guiarlos, el capitán Maxey y sus hombres continuaron subiendo la calle. Cogieron a ocho prisioneros en un sótano y a diecisiete en otro. Cuando los habitantes del pueblo vieron a los prisioneros amontonados en la plaza, salieron de sus casas y empezaron a dar información. Esta limpieza, comentó Bert Fuller, era como coger peces en el río Platte cuando las aguas estaban bajas, ¡simplemente sacándolos con un cubo! No había ninguna diversión en ello.

A las nueve en punto, los oficiales estaban reunidos en la plaza delante de la iglesia, comprobando en el mapa las casas que habían sido registradas. Los hombres

estaban bebiendo café y comiendo pan recién hecho en la panadería. La plaza estaba llena de gente que había salido a verlo con sus propios ojos. Algunos creían que la liberación había llegado y otros sacudían la cabeza y se contenían, con la sospecha de que fuera otro truco. Una multitud de niños estaba corriendo por todos lados, haciéndose amigos de los soldados. Una niña de rizos rubios y un limpio vestido blanco se había acercado a Hicks y estaba comiendo chocolate del bolsillo de él. Gerhardt estaba negociando con el panadero otra hornada de pan. El sol brillaba, para variar, todo tenía un aspecto alegre. Este pueblo parecía estar abarrotado de chicas, algunas de ellas muy hermosas y todas muy simpáticas. Los hombres, que tenían un aspecto tan demacrado y triste cuando les había sorprendido el amanecer a la entrada del pueblo, ahora empezaron a cuadrar los hombros y sacar pecho. Estaban sucios y cubiertos de barro, pero como Claude le comentó al capitán, realmente tenían el aspecto de hombres aseados.

De repente, un disparo resonó entre la charla y una anciana con una gorra blanca chilló y cayó sobre el pavimento, rodaba sobre sí misma soltando golpes de forma indecorosa con ambas manos y pies. Un segundo estadillo: la niña que estaba de pie junto a Hicks, comiendo chocolate, sacó las manos, corrió unos pasos y cayó, la sangre y el cerebro rezumando de su pelo dorado. La gente empezó a chillar y a correr. Los americanos miraban en un sentido y otro, preparados para ponerse a cubierto, pero sin saber dónde. Otro tiro y el capitán Maxey cayó sobre una rodilla, se puso rojo de ira y se levantó de un salto solo para volver a caer, blanco ceniciento, con la pernera del pantalón tiñéndose de rojo.

—¡Allí esta, a la izquierda! —gritó Hicks señalando. Lo veían ahora. De una casa cerrada, a cierta distancia, bajando una calle que salía de la plaza, estaba saliendo humo. Flotaba delante de una de las ventanas del piso de arriba. El ordenanza del capitán tiró de él hasta una vinatería. Claude y Gerhardt, seguidos por sus hombres, corrieron calle abajo y derribaron la puerta para entrar. Los dos oficiales fueron recorriendo las habitaciones del primer piso mientras Hicks y su amigo fueron directos a una escalera tras una puerta en la parte de atrás de la casa. Al llegar al pie de la escalera, fueron recibidos por una lluvia de disparos de rifle y dos de los hombres fueron abatidos. Cuatro alemanes estaban posicionados en lo alto de la escalera.

Los americanos no lograron saber si fueron sus balas o sus bayonetas las que llegaron antes hasta los Hunos, no fueron conscientes de haber estado subiendo hasta que estuvieron allí. Cuando Claude y David llegaron al descansillo, la brigada estaba limpiando sus bayonetas y cuatro cuerpos grises estaban apilados en una esquina.

Bert Fuller y Dell Able bajaron corriendo el estrecho vestíbulo y abrieron de golpe la puerta de la habitación en el piso que daba a la calle. Dos disparos y Dell Able regresó con la mandíbula destrozada y la sangre saliendo a chorros del lado

izquierdo de su cuello. Gerhardt lo cogió y trató de cerrarle la arteria con los dedos.

—¿Cuántos hay ahí dentro, Bert? —gritó Claude.

—¡No lo puedo ver. Tenga cuidado, señor! ¡No podrán cruzar esa puerta más de dos al mismo tiempo!

La puerta estaba aún abierta al final del pasillo. Claude bajó los escalones hasta que pudo mirar a lo largo del suelo del corredor, hacia el salón. Las contraventanas estaban cerradas allí dentro y la luz del sol entraba a través de los listones. En medio de la sala, entre la puerta y las ventanas, había un arcón muy alto con cajones y un espejo en la parte de arriba. En el estrecho espacio entre la parte de abajo de este mueble y el suelo pudo ver un par de botas. Era posible que hubiera un solo hombre en la habitación, disparando desde este fuerte móvil, aunque podía haber más escondidos en las esquinas.

—Hay un solo tipo ahí dentro, creo. Está disparando desde detrás de una gran cómoda en medio de la habitación. Vamos, uno de vosotros, tenemos que entrar ahí y cogerlo.

Willy Katz, el austriaco de la envasadora de Omaha, dio un paso al frente y se colocó a su lado.

—A ver, Willy, entraremos los dos ahí a la vez, tú salta hacia la derecha y yo iré a la izquierda y uno de nosotros le atravesará con la bayoneta. No puede disparar en las dos direcciones a la vez. ¿Estás preparado? Bien, ¡ahora!

Claude pensó que él estaba tomando la posición más peligrosa pero el alemán probablemente razonó que el hombre importante vendría por la derecha. Cuando los dos americanos cruzaban a toda velocidad la puerta, él disparó. Claude le alcanzó en la espalda con su bayoneta, debajo del omóplato, pero Willy Katz se llevó una bala en el cerebro, a través de uno de sus azules ojos. Se desplomó y nunca más se movió. El oficial alemán disparó su revólver de nuevo mientras caía gritando en inglés, un inglés sin acento extranjero:

—¡Cerdo, vuélvete a Chicago! —entonces empezó a asfixiarse con la sangre.

El sargento Hicks entró corriendo y le disparó al hombre moribundo en la sien. Nadie lo detuvo.

El oficial era un hombre alto, cubierto de medallas y condecoraciones, debió de haber sido muy atractivo. Su ropa y sus manos estaban tan blancas como si fuese a un baile. Sobre la cómoda había una lima, crema y un pulidor con los que había mantenido las uñas tan rosadas y suaves. Tenía un anillo con un rubí, bellamente tallado, en el dedo meñique. Bert Fuller lo desenroscó hasta sacarlo y se lo ofreció a Claude. Este sacudió la cabeza. Esa frase en inglés le había desconcertado. Bert le tendió el anillo a Hicks, pero el sargento tiró su revólver y soltó:

—¿Crees que voy a tocar algo suyo? ¡Esa preciosa niña y mi amigo... está peor que muerto, Dell está... peor! —les dio la espalda a sus compañeros de forma que no

pudieran verle llorar.

—¿Me lo puedo quedar yo, señor? —preguntó Bert.

Claude asintió con la cabeza. David había entrado y estaba abriendo las contraventanas. Claude estaba pensando que este oficial tenía un aspecto muy distinto al de los pobres prisioneros que habían sacado como renacuajos de los sótanos. Uno de los hombres cogió una estupenda bata de seda de encima de la cama, el otro señaló un joyero lleno de plata martillada. Gerhardt dijo que era plata rusa, este hombre debía de venir de la frontera del este. Bert Fuller y Nifty Jones estaban registrando los bolsillos del oficial. Claude los observaba y pensaba que lo estaban haciendo bien. No tocaron sus medallas, pero su pitillera de oro y el reloj de platino haciendo aún tictac en su muñeca no los iba a necesitar más. Alrededor del cuello, llevaba una delicada cadena de la que colgaba un guardapelo y dentro había un retrato, no de una hermosa mujer como el romántico Bert esperaba cuando lo abrió, sino el de un hombre joven pálido como la nieve con unos desdibujados ojos color azul nomeolvides.

Claude lo estudió mientras comentaba:

—Parece un poeta o algo. Probablemente un hermano pequeño que muriese al principio de la guerra.

Gerhardt lo cogió y lo miró con una expresión de desdén.

—Probablemente. Toma, deja que se lo quede, Bert —tocó a Claude en el hombro para llamar su atención sobre la incrustación en la empuñadura del revólver del oficial.

Claude se dio cuenta de que David lo miraba como si estuviera muy contento con él, parecía, de hecho, como si algo agradable hubiera sucedido en esa habitación, cuando, Dios lo sabía, no había sido así; una habitación en la que encontraron, al darse la vuelta, un enjambre de moscas negras que se estremecía con gula sobre las manchas que el cuerpo de Willy Katz había dejado en el suelo. Claude había notado más de una vez que cuando David tenía una idea interesante o sufría la fuerte punzada de un recuerdo, se convertía, durante un instante, en alguien bastante cruel. En ese momento tenía la sensación de que ese destello de buen ánimo de Gerhardt estaba de alguna manera conectado con él: ¿era porque había entrado con Willy? ¿Habría tenido David alguna duda de su coraje?

XVII

Cuando los supervivientes de la Compañía B sean viejos y estén hablando de los buenos tiempos se dirán los unos a los otros: «¡Ah, esa semana que pasamos en Beaufort!». Cerrarán los ojos y verán un pequeño pueblo sobre una pequeña loma, perdido en el bosque, cubierto de robles y castaños y nogales negros... enterrado en el color del otoño, las calles inundadas de las hojas del otoño, grandes ramas entrelazadas sobre los tejados de las casas, pozos de agua fresca que sabía a musgo y raíces de árbol. Verán figuras recorrer las calles de un lado a otro, ellos mismos jóvenes y bronceados y bien proporcionados, y a compañeros, muertos hace mucho pero todavía vivos en ese lejano pueblo. ¡Cómo desearán poder recorrer aquello de nuevo; noches y días en el barro y la lluvia arrastrando sus pies doloridos hasta el interior de sus viejos alojamientos en Beaufort! Hundirse en esas amplias camas de plumas y dormir durante un día entero mientras las ancianas les lavaban y secaban sus ropas; comer estofado de conejo y *pommes frites* en el jardín, estofado de conejo hecho con vino tinto y castañas. ¡Ah, ya no volverán aquellos tiempos!

Tan pronto como el capitán Maxey y los heridos comenzaron su largo viaje hasta la retaguardia, llevados por los prisioneros, toda la compañía se fue a dormir durante doce horas, todos menos el sargento Hicks, que se sentó en la casa que daba a la plaza, junto al cuerpo de su amigo.

Al día siguiente los americanos volvieron a la vida como si fueran hombres nuevos, hombres que acabaran de ser creados en un mundo nuevo. Y la gente del pueblo volvió a la vida... ¡Entusiasmo, un cambio, algo que anhelar por fin! Una nueva bandera llena de estrellas, *le drapeau étoilé*, ondeando junto a su bandera tricolor en la plaza. Al atardecer los soldados se pusieron en formación detrás de la bandera y cantaron *La bandera tachonada de estrellas*, el himno nacional, con las cabezas descubiertas. Los ancianos les observaban desde el vano de las puertas. Los americanos fueron los primeros en cantar *Madelon*^[39] en Beaufort. El hecho de que el pueblo no hubiese oído nunca esta canción, que los niños se pusieran a su alrededor suplicando que la cantaran «*Chantez-vous la Madelon!*» hizo que los soldados se dieran cuenta de lo tremendamente alejados y aislados del mundo que habían estado los habitantes de este pueblo. La ocupación alemana era como una sordera que nada podía atravesar salvo sus propias y arrogantes tonadas marciales.

Antes de que Claude saliera de la cama tras su primer sueño largo, un mensajero llegó de parte del coronel Scott notificándole que estaba al cargo de la compañía hasta nueva orden. Los prisioneros alemanes habían enterrado a sus propios muertos y habían cavado las tumbas para los americanos antes de que los enviaran a la retaguardia. Claude y David fueron alojados al final del pueblo, con la mujer que le

había dado al capitán Maxey la primera información, cuando entraron el día anterior por la mañana. Su anfitriona les contó, durante su almuerzo, que la anciana a la que dispararon en la plaza y la niña iban a ser enterradas esa tarde. Claude decidió que el funeral de los americanos fuera al mismo tiempo. Pensó en pedirle al sacerdote que dijera una oración ante las tumbas, así que él y David salieron bajo la brillante y susurrante luz del sol de otoño a buscar la casa del cura. Estaba junto a la iglesia, con un jardín de altos muros detrás. Sobre el tirador del timbre, en la pared de fuera, había un cartón que ponía: «*Tirez fort*», tirar fuerte.

El propio cura salió a recibirlos, un anciano que parecía tan débil como su timbre. Estaba de pie con su sayo negro, con las manos colocadas sobre su pecho para evitar que le temblaran y, de hecho, parecía muy mayor, deshecho, sin esperanza, como si estuviera harto de este mundo y hubiera acabado toda relación con él. En ninguna parte de toda Francia había visto Claude una cara tan triste como la suya. Sí, diría una oración. Era mejor tener un entierro cristiano y estaban lejos de casa, ¡pobres muchachos! David le preguntó si el mando alemán había sido muy opresivo, pero el anciano no dio una respuesta clara y sus manos comenzaron a agitarse de forma tan incontrolada sobre su sotana que se marcharon para librarle de la vergüenza.

—Parece que se le ha ido un poco la cabeza, ¿no crees? —comentó Claude.

—Supongo que la guerra le ha agotado. ¿Cómo podrá celebrar una misa con sus manos temblando de esa manera? —mientras atravesaban los escalones de la iglesia, David tocó el brazo de Claude y señaló a la plaza—. Mira, ¡todos los soldados tienen chica ya! ¡Algunos han salido con la gorra de faena! ¡Había supuesto que todos se habían deshecho de ella!

Aquellos que no tenían gorra llevaban el casco bajo el brazo, en una actitud de exagerada galantería, hablando con las mujeres, quienes parecían tener intereses en el extranjero. Algunas de ellas les dejaban llevar sus cestas. Un soldado le estaba dando una vuelta sobre su espalda a una jovencita que estaba encantada.

Después del funeral, cada hombre de la compañía encontró alguna comprensiva mujer con la que hablar sobre sus compañeros caídos. Todas las flores del jardín y coronas de flores en Beaufort habían sido llevadas y colocadas sobre las tumbas de los americanos. Cuando el pelotón hizo los disparos de homenaje y sonó la corneta, las mujeres y sus madres comenzaron a llorar. El pobre Willy Katz, por ejemplo, nunca hubiera podido tener un funeral así en South Omaha.

A la noche siguiente los soldados empezaron a enseñar a las chicas a bailar el *Pas Seul* y el *Fausse Trot*. Habían encontrado un viejo violín en el pueblo y Oscar, el sueco, rasgaba sus cuerdas. Bailaron cada noche. Claude vio que estaban pasando muchas cosas y les sermoneó en el desfile, pero se dio cuenta de que debería regañar también a los gorriones: este era un pueblo con varios centenares de mujeres y solo las abuelas tenían maridos. Todos los hombres estaban en el ejército, no habían vuelto

a casa de permiso desde que los alemanes tomaron el lugar. Las chicas habían estado encerradas durante cuatro años con jóvenes que las codiciaban incesantemente y a quienes debían burlar constantemente. La situación había sido intolerable, y prolongada. Los americanos se encontraron en la misma situación que Adán en el jardín.

—¿Sabía, señor —dijo Bert Fuller sin aliento mientras alcanzaba a Claude en la calle después del desfile—, que estas chicas encantadoras tenían que salir a los campos a trabajar, cultivando las cosas que se comían esos cerdos? Sí, señor, tenían que trabajar en los campos, con centinelas alemanes. ¡Salían por la mañana y volvían por la noche, como convictos! Seguro que está en nuestra mano hacer que se lo pasen bien ahora.

Uno no podía caminar por la noche sin encontrarse parejas rezagadas por las polvorientas calles y caminos. Los chicos habían perdido la timidez de intentar hablar francés. Afirmaban que podían arreglárselas en Francia con tres verbos y todos, felizmente, de la primera conjugación: *manger*, *aimer*, *payer*, comer, amar y pagar, ¡suficiente! Llamaban a Beaufort «nuestro pueblo» y a ellos los llamaban «nuestros americanos». Iban a volver después de la guerra y casarse con las chicas ¡y levantar una planta depuradora!

—¡*Chez moi*, señor! —le gritó Bill Gates a Claude y le saludaba con una mano ensangrentada mientras despellejaba conejos delante la puerta de su alojamiento—. ¡Las bajas de conejos están aumentando en el pueblo esta semana!

—Sabes, Wheeler —comentó David una mañana mientras se afeitaban—, creo que Maxey regresaría aquí caminando sobre una sola pierna si supiera de estas excursiones al bosque en busca de setas.

—Quizá.

—¿No piensas poner fin?

—¡Yo no! —dijo Claude agitado, llevando las comisuras de su boca hasta una sonrisa forzada—. Si las chicas, o la gente, vienen a quejarse, entonces intervendré. En otro caso, no. He reflexionado sobre ello.

—Ah, las chicas... —se rio suavemente David—. Bueno, el caso es adquirir cierto gusto por las setas. No las consiguen en su país, ¿verdad?

Cuando, después de ocho días, los americanos recibieron órdenes de marchar, la tristeza inundó cada casa. En su última noche en el pueblo, los oficiales recibieron apremiantes invitaciones para el baile en la plaza. Claude fue durante un rato y se quedó mirando. David estaba bailando todos los bailes, pero a Hicks no se le veía por ningún lado. El pobre había estado alejado de todo. Claude fue hasta la iglesia para ver si, abatido, estaba en el cementerio.

Allí, mientras lo recorría, Claude se detuvo a mirar una tumba apartada de las demás bajo una alheña, con hojas mustias y una pequeña bandera francesa encima. La

anciana con la que estaban les había contado la historia de esa tumba.

La sobrina del cura estaba enterrada allí. Era la muchacha más hermosa de Beaufort, al parecer, y tuvo una historia de amor con un oficial alemán que trajo la vergüenza al pueblo. Era un joven bávaro que se alojaba con esta misma anciana que les había contado la historia. Ella decía que era un joven agradable, guapo y amable, y solía pasar levantado la mitad de la noche en el jardín con la cabeza entre las manos, enfermo de nostalgia, enfermo de amor. Siempre estaba rondando a esta Marie Louise, nunca la presionó pero siempre estaba allí, como si brotara de la tierra que ella pisaba, según les había dicho la anciana. La joven odiaba a los alemanes, como el resto, y lo despreciaba. Fue enviado al frente y luego regresó, enfermo y casi sordo, tras una de las matanzas en Verdún, y se quedó durante mucho tiempo. Esa primavera, corría el rumor de que una mujer se encontraba con él por la noche en el cementerio. Los alemanes habían tomado la zona de detrás de la iglesia para hacer su propio cementerio y lindaba con la pared del jardín del cura. Cuando la mujer salía a los campos para plantar las semillas, Marie Louise solía escabullirse del resto para ir a ver a su bávaro en el bosque. Las chicas ya lo sabían con certeza por entonces y la trataban con desdén, pero nadie era lo suficientemente valiente como para decirle nada al cura. Un día, cuando estaba con el bávaro en el bosque, levantó el revólver del oficial del suelo y se pegó un tiro. Era una francesa de corazón, según dijo su anfitriona.

—¿Y el bávaro? —le preguntó Claude a David después. La historia se había vuelto tan complicada que no pudo seguirla.

—Él la justificó y sin demora cogió la misma pistola y se metió un tiro en la sien. Su ordenanza, situado al borde de los matorrales para vigilar, oyó el primer disparo y corrió hacia ellos. Vio al oficial coger la pistola humeante y apuntar hacia sí mismo. Pero el Kommandant no podía creer que uno de sus oficiales tuviera tales sentimientos. Abrió una *enquête*, una investigación, arrastró a la madre de la joven y al tío hasta el tribunal y trató de probar que había una conspiración entre ellos y la joven para que sedujera y matara al oficial alemán. Obligaron al ordenanza a contar la historia completa, cuándo y cómo empezaron a verse. Aunque no fue muy delicado con los detalles que estaba divulgando, se mantuvo fiel a su declaración de haber visto al teniente Muller dispararse a sí mismo, con su propia mano, y el Kommandant no pudo probar su versión. El viejo cura no supo nada de esto hasta que lo airearon en el tribunal militar. Marie Louise había vivido en su casa desde que era una niña y era como una hija para él. Tuvo un ataque o algo parecido y ha estado así desde entonces. Los amigos de la joven la perdonaron y cuando fue enterrada en una apartada tumba, junto al seto, empezaron a llevarle flores. El Kommandant puso un *affiche*, un cartel, prohibiendo a todo el mundo que decorase la tumba. Aparentemente, durante la ocupación alemana, nada causó más conmoción que la pobre Marie Louise.

Habría conmovido a cualquiera, reflexionó Claude. Solo estaba su pequeña y solitaria tumba y la sombra del seto de alheña cayendo sobre ella. Allí, a los pies del jardín del cura, estaba el cementerio de los alemanes, con pesadas cruces de cemento, algunas de ellas con largas inscripciones, versos de sus poetas y pareados sacados de viejos himnos. El teniente Muller estaba probablemente en algún lugar de por allí. Era extraño cómo su historia destacaba en un mundo de sufrimiento. Ese era un tipo de desgracia en la que nunca antes le había dado por pensar, pero debió de ocurrir lo mismo una y otra vez en el territorio ocupado. Nunca olvidaría las manos del cura, sus apagados ojos llenos de sufrimiento.

Claude reconoció a David cruzando la acera enfrente de la iglesia y regresó para encontrarse con él.

—¡Hola! Te había confundido con Hicks al principio. Pensé que podría estar por aquí —David se sentó sobre los escalones y encendió un cigarrillo.

—Lo mismo pensé yo. Salí a buscarlo.

—Ah, espero que haya encontrado algún hombre sobre el que llorar. ¿Te das cuenta, Claude, de que tú y yo somos los únicos hombres de la compañía que no se han comprometido? Algunos de los hombres casados se han comprometido dos veces. Menos mal que nos tenemos que retirar, si no, tendríamos amonestaciones y un gran número de bautizos de los que hacernos cargo.

—De todas maneras —murmuró Claude—, me gustan las mujeres de este país, las que he visto hasta ahora.

Mientras se sentaron a fumar en silencio, su mente regresó a la tranquila escena que había observado desde los escalones de esa otra iglesia, en su primera noche en Francia, la muchacha bajo la luz de la luna, inclinada sobre su soldado enfermo.

Cuando caminaban de vuelta cruzando la plaza haciendo crujir las hojas, el baile estaba terminando. Oscar estaba tocando *Home, Sweet Home* como el último vals.

—*Le dernier baiser* —dijo David—, el último beso. Bueno, mañana nos habremos marchado y lo más probable es que no volvamos a pasar por aquí.

XVIII

—Con nosotros siempre es un banquete o la hambruna —se quejaban los hombres cuando se sentaron junto a la carretera para masticar galletas al mediodía. Habían recorrido dieciocho millas esa mañana y aún les quedaban siete más para llegar. Les habían ordenado hacer las veinticinco millas en ocho horas. Ninguno había abandonado la fila todavía, pero algunos de los chicos parecían muy debilitados. Nifty Jones dijo que ya no podía más. El sargento Hicks estaba reconviniendo a los pusilánimes, sabía que si un hombre abandonaba la fila, le seguiría una docena.

—Si yo puedo, tú puedes. Es peor para un hombre gordo como yo. No es una marcha como para montar este alboroto. A ver, en Arras hablé con un joven Tommy de uno de esos batallones de compañeros que sufrió la masacre en el Somme. Su batallón recorrió veinticinco millas en seis horas bajo el calor de julio hacia una muerte segura. Eran todo chavales recién salidos del colegio, ninguno de ellos medía más de un metro sesenta y los llamaban los Bantam, por su estatura. Tendríaís que cambiaros por ellos, muchachos.

—No me cambiaría por nadie, pero no puedo ir más allá con estos —refunfuñó Jones, acariciándose los pies doloridos.

—¡Ah, vaya! Te vamos a subir al único caballo de la compañía. ¡Los oficiales pueden ir andando!

Cuando entraron en las líneas del batallón, había comida preparada para ellos pero muy pocos la quisieron. Bebieron y se tumbaron sobre los matorrales. Claude fue de inmediato al cuartel general y encontró a Barclay Owens, de los ingenieros, con el coronel, que estaba fumando y estudiando sus planos como siempre.

—Me alegro de verle, Wheeler. Sus hombres deben de estar en buena forma después de una semana de descanso. Déjeles dormir ahora. Tenemos que movernos de aquí antes de la medianoche para relevar a dos batallones de Texas en la trinchera de Moltke. Tomaron la trinchera con un gran número de bajas y están agotados. No podrían resistir un contraataque. Como es un punto importante, el enemigo tratará de recuperarlo. Quiero estar en posición antes de que salga el sol, para que no sepan que han entrado tropas nuevas. Como oficial de rango superior, está al cargo de la compañía.

—Muy bien, señor. Haré todo lo posible.

—Sé que lo hará. Dos equipos de ametralladoras van a ir con nosotros y en algún momento de mañana, un batallón de Missouri subirá como apoyo. Me hubiera gustado tenerles por aquí antes, pero recibí las órdenes para el relevo ayer mismo. Quizá tengamos que avanzar bajo el fuego de los proyectiles. El enemigo ha estado

sacando armamento bastante potente, quieren aislar esa trinchera.

Claude y David se metieron bajo los matorrales medio quemados de un agujero de proyectil reciente y se quedaron dormidos. Se despertaron al anochecer por un intenso fuego de artillería procedente del norte.

A las diez en punto, el batallón, después de una comida caliente, empezó a avanzar a través de un terreno casi infranqueable. Los cañones debían de haber estado disparando hacia el mismo sitio durante bastante tiempo. La tierra había sido trabajada y allanada hasta que estuvo blanda como la masa, aunque no había caído lluvia en una semana. Barclay Owens y sus ingenieros estaban montando un camino de traviesas que pudieran atravesar los carros con alimento y municiones. Caían a su alrededor grandes proyectiles a intervalos de doce minutos. Los intervalos eran tan regulares que había muchas posibilidades de continuar sin sufrir daños. Mientras la Compañía B superaba la zona de los proyectiles, el coronel Scott les adelantó, a pie, mientras su ordenanza guiaba su caballo.

—¿Sabe algo de esa luz de allí, Wheeler? —preguntó—. Bueno, no debería estar allí. Venga conmigo a ver.

La luz era una simple cerilla en la tierra, Claude no se había fijado en ella antes. Siguió al coronel y cuando llegaron hasta el destello encontraron a tres oficiales de la Compañía A agachados en el cráter de un proyectil cubiertos por una lámina de hierro.

—Apaguen esa luz —gritó el coronel bruscamente—. ¿Cuál es el problema, capitán Brace?

Un joven se levantó rápidamente.

—Estoy esperando el agua, señor. Viene en mulas, en tanques de gasolina, y no quiero alejarme de ellos. El terreno es tan malo aquí que es posible que los conductores se pierdan.

—No espere más de veinte minutos. Debe levantarse y ocupar su posición a tiempo, eso es lo más importante, con o sin agua.

Mientras el coronel y Claude se apresuraban para regresar y adelantar a la compañía, cinco grandes proyectiles silbaron sobre sus cabezas en una rápida sucesión.

—¡Corra, señor! —gritó el ordenanza—. Se nos están echando encima, han acortado el alcance.

—La luz allí atrás fue suficiente para que se hicieran una idea de dónde estábamos —refunfuñó el coronel.

El terreno siguió sin ser bueno durante más de un kilómetro y medio y entonces la avanzada alcanzó el cuartel general, tras la octava trinchera del gran sistema de trincheras. Era una antigua casa en una granja que los alemanes habían reconstruido reforzándola con cemento, forrándola por dentro y por fuera hasta que las paredes

tuvieron casi dos metros de grosor y eran casi a prueba de bomba, como un fortín. El coronel envió a su ordenanza a informarse sobre la Compañía A. Un joven teniente se acercó a la puerta de la casa.

—La Compañía A está preparada para entrar en posición, señor. Les he hecho avanzar.

—¿Dónde está el capitán Brace, teniente?

—Él y nuestros dos tenientes primeros han muerto, coronel, en el agujero. Un proyectil cayó en ese lugar apenas cinco minutos después de que ustedes hablasen con ellos.

—Eso es terrible. ¿Alguna otra baja?

—Sí, señor. Alcanzaron un carro de comida al mismo tiempo, el primero que pasaba por el nuevo camino de Julio César. El conductor murió y tuvimos que matar a los caballos. El capitán Owens casi se abrasa con el guiso.

El coronel llamó a los oficiales para que entraran uno tras otro y discutir sus posiciones con ellos.

—Wheeler —dijo cuando llegó el turno de Claude—, ¿conoce el mapa? Se ha percatado de ese afilado saliente en la curva de la trinchera frontal, en H 2, creo que lo llaman Boar's Head. Es una especie de punta de lanza que se extiende hacia el enemigo y será un sitio peligroso de mantener. Si meto a su compañía allí, ¿cree que su batallón podrá mantenerse firme en caso de un contraataque?

Claude dijo que eso creía.

—Es el punto más peligroso de mantener de toda la línea y puede decirles a sus hombres que les estoy halagando al ponerles allí.

—De acuerdo, señor. Se lo agradecerán.

El coronel arrancó con los dientes el extremo de un puro.

—Más les vale, ¡rayos! Si permiten que los Hunos entren y nos bombardeen, conseguirán echar abajo toda la línea. Le daré dos equipos de ametralladoras de Georgia para ponerlos en ese punto al que llaman Boar's Snout. Cuando vengan mañana los de Missouri, entrarán como su apoyo, pero hasta entonces tendrán que ocuparse del agujero ustedes solos. Tengo una extensión horrible de trinchera que proteger y no puedo dejarles más hombres.

Los hombres de Texas del batallón al que habían ido a relevar habían estado viviendo durante sesenta horas solamente de sus raciones de reserva y de lo que les pudieron quitar a los Hunos muertos. Sus provisiones habían sido bombardeadas por el camino y no había llegado nada hasta ellos. Cuando el coronel se llevó a Claude y a Gerhardt para inspeccionar el agujero que la Compañía B tenía que defender, encontraron un agujero revuelto, que parecía más bien un montón de basura que una trinchera. Los hombres que habían ocupado esa posición estaban demasiado débiles como para ponerse siquiera de pie. Todos sus oficiales habían muerto y estaba al

mando un sargento. Se disculpó por las condiciones del agujero.

—Lamento dejarles el agujero en estas condiciones, señor, pero lo hemos pasado mal aquí. Nos han estado bombardeando cada noche desde que les echamos. No podía pedir a los hombres otra cosa que no fuera que aguantasen.

—Está bien. Lárguese con sus hombres, ¡rápido! Mis hombres les darán algo de comida antes de que se vayan.

Los maltrechos defensores del saliente de Boar's Head pasaron tambaleándose a través de la oscuridad por donde estaban ellos hacia la trinchera de comunicación. Cuando el último hombre de la fila hubo salido, el coronel mandó buscar a Barclay Owens. Claude y David trataron de recorrer la zona a tientas para hacerse una idea de las condiciones en las que estaba el lugar. Lo peor que se habían encontrado hasta el momento era el olor fétido, pero era menos desagradable que las moscas: cuando sin darse cuenta tocaban un cadáver, nubes de húmedas y zumbadoras moscas volaban hacia su cara, dentro de sus ojos y su nariz. Bajo sus pies la tierra se movía como si hubiera una boa constrictor serpenteando por entre los cuerpos blandos ligeramente cubiertos. Cuando encontraron el camino para subir hasta el Boar's Snout, se toparon con una pila de cadáveres, una docena o más, lanzados uno sobre otro como sacos de harina, apenas discernible en la oscuridad. Mientras los dos oficiales estaban allí de pie, comenzaron a oírse fuertes sonidos sordos, como un líquido saliendo a borbotones, procedente de esta pila, primero de un cuerpo, después otro y otro: gases hinchándose en las licuadas entrañas de los hombres muertos. Parecían estar quejándose los unos a los otros, glup, glup, glup.

Los chicos volvieron con el coronel, que estaba en la entrada de la trinchera de comunicación, y le dijeron que no había mucho más sobre lo que informar excepto que se necesitaba con urgencia al pelotón encargado de los entierros.

—¡Lo suponía! —el coronel sacudió la cabeza. Cuando llegó Barclay Owens, le preguntó qué se podría hacer allí antes de que amaneciese. El valiente ingeniero se abrió paso a tientas como Claude y Gerhardt habían hecho, lo escucharon toser y darles manotazos a las moscas. Pero cuando regresó parecía bastante más alegre que desanimado.

—Deme un grupo de hombres para sacar a los heridos y con gran cantidad de cal viva y cemento puedo hacer que ese agujero quede como nuevo en cuatro horas, señor —declaró.

—He traído gran cantidad de cal pero ¿de dónde va a sacar el cemento?

—Los Hunos dejaron unos cinco sacos en el sótano, bajo su cuartel general. Por supuesto, podría hacerlo mejor si tuviese unas cuantas horas más para que se secara el cemento.

—Adelante, capitán —el coronel les dijo a Claude y a David que trajeran a sus hombres hasta la trinchera de comunicación antes de que hubiese luz y les tuvieran

preparados—. Dele una oportunidad al cemento de Owens, pero no deje que el enemigo les prepare ninguna sorpresa.

El bombardeo comenzó de nuevo al amanecer, fue más duro en la retaguardia y en una zona de tres millas por detrás. Evidentemente, el enemigo estaba seguro de lo que había en la trinchera de Moltke: quería cortarles el paso a los suministros y los posibles refuerzos. El batallón de Missouri no llegó ese día, pero antes del mediodía se presentó un mensajero de parte de su coronel con información de que se estaban escondiendo en el bosque. Cinco aviones alemanes habían estado sobrevolando en círculos el bosque desde el amanecer, enviando señales al cuartel general enemigo en Dauphin Ridge. Los de Missouri estaban seguros de que habían evitado ser detectados al tumbarse muy juntos bajo la maleza. Avanzarían por la noche. Sus soldados de comunicación irían detrás del mensajero y el coronel Scott se podría comunicar por teléfono con ellos en media hora.

Cuando la Compañía B entró en el Boar's Head a la una en punto de la tarde, se podía decir sinceramente que el olor preponderante era el de la cal viva. El parapeto estaba uniformemente reconstruido, el escalón de tiro había sido restaurado en parte y en el saliente de Boar's Snout había buenos emplazamientos para colocar las ametralladoras. Algunos recordatorios desagradables se podían encontrar todavía si uno los buscaba: en el Snout había una bota grande y gruesa enganchada rígidamente en un lado de la trinchera. El capitán Owens explicó que el suelo sonaba hueco allí y la bota probablemente llevaba hasta un refugio subterráneo donde un montón de Hunos habían sido enterrados todos juntos. Como tenía la presión del tiempo, había pensado que mejor no complicarse la vida. En una de las curvas de la zanja, justo en la parte de arriba de la pared de tierra, bajo los sacos de arena, sobresalía una mano oscura, los cinco dedos, muy separados, parecían raíces hinchadas de algún hierbajo nocivo. Hicks comentó que esto era asqueroso y durante la tarde hizo que Nifty Jones y Oscar escarbaran algo de tierra e hicieran un montículo sobre la garra. Pero hubo un bombardeo durante la noche y la tierra se desprendió.

—Mire —dijo Jones cuando despertó a su sargento—. Lo primero que he visto cuando ha salido el sol han sido los viejos dedos, agitándose con la brisa. Quiere aire, el Heinie quiere aire, no se va a quedar tapado.

Hicks se levantó y enterró la mano de nuevo él mismo, pero cuando pasó con Claude para la inspección antes del desayuno, los mismos dedos sobresalían de nuevo. La frente del sargento estaba roja e hinchada y juró que si encontraba al hombre al que le gustaba gastar bromas pesadas haría que se la comiera.

El coronel mandó llamar a Claude y a Gerhardt para que fueran a desayunar con él. Había estado hablando por teléfono con los oficiales de Missouri y habían acordado que debían permanecer donde estaban, entre la maleza, por el momento. Los continuos vuelos en círculo de los aviones sobre el bosque parecían indicar que

el enemigo estaba preocupado por una fuerza real de la trinchera de Moltke. Era posible que sus exploradores aéreos hubiesen visto a los hombres de Texas regresando, de otro modo, ¿a qué estaban esperando?

Mientras el coronel y los oficiales estaban desayunando, un cabo entró con dos palomas a las que había disparado al amanecer. Una de ellas tenía un mensaje bajo el ala. El coronel desenrolló la pequeña tira de papel y se la pasó a Gerhardt.

—Sí, señor, está en alemán, pero es algún código. Es una canción infantil alemana. Esos aviones de reconocimiento deben de haber dejado exploradores en nuestra retaguardia y están enviando sus informes. Por supuesto, ellos pueden conseguir más información sobre nosotros que los pilotos. Toma, ¿quieres estos pájaros, Dick?

El chico sonrió.

—¡Puede apostar por ello, señor! A lo mejor tengo la oportunidad de freirlas más tarde.

Después del desayuno el coronel fue a inspeccionar la Compañía B en el Boar's Head. Estaba especialmente contento con el lugar destinado a las ametralladoras en el saliente del Boar's Snout.

—Creo que tendrán un día tranquilo —les dijo a los hombres—, pero no puedo prometerles una noche tranquila. Tienen que mantenerse firmes aquí dentro, si los Fritz se hacen con este agujero, se harán con nosotros, supongo que lo entienden.

Tuvieron, de hecho, un día tranquilo. Algunos hombres jugaron a las cartas y Oscar leyó su Biblia. La noche también empezó bien. Pero a las cuatro quince todo el mundo se levantó por una alarma de gas. Lanzaron proyectiles de gas durante media hora exacta. Después se liberó la metralla, no el largo y zumbador silbido de los solitarios proyectiles, sino el redoble de las balas, constante y ensordecedor. Un centenar de tormentas eléctricas parecían bramar a la vez, en el aire y sobre el suelo. Bolas de fuego rodaban por todos lados. El alcance era un poco más largo para el Boar's Head, no se estaban llevando la peor parte, pero treinta metros atrás todo estaba destrozado. Claude no creía que pudiera quedar nadie vivo allí. Una sola ráfaga había matado a seis de sus hombres en la parte de atrás de la zanja donde estaban sacando tierra con las palas para mantener limpia la trinchera de comunicación. Los cuidados terraplenes del capitán Owens fueron gravemente bombardeados.

Claude y Gerhardt se estaban consultando el uno al otro cuando el humo y la oscuridad comenzaron a apoderarse del lívido color que anunciaba la llegada del amanecer. Llegó un mensajero del coronel, los de Missouri todavía no habían llegado y la comunicación telefónica con ellos se había cortado. Temía que los hubiesen perdido con el bombardeo.

—El coronel dice que tiene que enviar a dos hombres allí para traerlos, dos

hombres que puedan hacerse cargo si se ven obligados a tomar una decisión.

Cuando el mensajero gritó esta orden, Gerhardt y Hicks se miraron el uno al otro rápidamente y se ofrecieron voluntarios para ir.

Claude dudó. Hicks y David no esperaron su consentimiento, bajaron corriendo la trinchera de comunicación y desaparecieron.

Claude se quedó en el humo que lentamente se estaba poniendo cada vez más gris y les vio irse con una profunda punzada de desesperación que nunca había sentido. Solo un hombre desconcertado que no fuese apto para estar al mando de otros hombres hubiese permitido que su mejor amigo y su mejor oficial asumieran tal riesgo. Estaba allí de pie a cubierto, y sus dos amigos estaban volviendo a través de esa lluvia de acero hacia la zona desde la cual el batallón perdido había informado la última vez. Si les conocía bien, sabía que no iban a perder el tiempo siguiendo el laberinto de trincheras, probablemente estarían, incluso ahora, a campo abierto, corriendo en línea recta a través de la cortina de fuego del enemigo, saltando por encima de las trincheras.

Claude se dio la vuelta y regresó a la zanja. Bueno, pasara lo que pasase, había trabajado con hombres valientes. Había merecido la pena vivir en este mundo para haber conocido a estos hombres. Los soldados, cuando estaban en una situación difícil, a menudo hacían secretas promesas a Dios, y ahora se encontró a sí mismo ofreciendo sus condiciones: si se encargaba de que David volviese, él asumiría el precio, él lo pagaría. ¿Lo había comprendido?

Pasó una hora muy lentamente. Los nervios en tensión, esperando. Desde la parte de arriba de la trinchera de comunicación llegó un tren con municiones y café para el agujero. Los hombres pensaron que el cuartel general se las había arreglado muy bien para llevarles comida caliente a través de esa cortina de fuego. Les llegó un mensaje de mano del coronel: «Estén preparados para cuando cese la descarga».

Claude cogió la nota y se la enseñó al equipo de ametralladoras en el Boar's Snout. Al volverse, se encontró con Hicks, que llevaba solo la camisa y los pantalones y estaba tan mojado como si acabara de salir del río y salpicado de sangre. Su mano estaba envuelta en un andrajo. Acercó la boca al oído de Claude y gritó:

—Los encontramos. Se habían perdido. Están viniendo. Envíe un mensaje al coronel.

—¿Dónde está Gerhardt?

—Está viniendo, les está acompañando. ¡Dios, ha parado!

El bombardeo cesó con tal brusquedad que se quedaron pasmados. Los hombres en el agujero gritaron y se agacharon como si estuviesen cayendo desde cierta altura. El aire, que se estaba volviendo negro con el humo y sofocante con el olor de los gases y la pólvora ardiente, estaba tan quieto como la muerte. El silencio era como una pesada anestesia.

Claude volvió corriendo al Boar's Snout para ver si los equipos de ametralladoras estaban preparados.

—¡Despierten, muchachos! ¡Ya saben por qué estamos aquí!

Bert Fuller, que estaba despierto en el puesto de observación, bajó dejándose caer en la trinchera junto a él.

—¡Ya vienen, señor!

Claude le hizo una señal a las ametralladoras. Se abrió fuego a lo largo de toda la zanja. En un momento, se levantó una brisa y las espesas nubes de humo fueron empujadas hasta la retaguardia. Se subió al escalón de tiro para mirar detenidamente. El enemigo se estaba acercando en columnas de ocho en fondo, por la izquierda del Boar's Head, en largas filas ondeantes que se extendían hasta la trinchera principal. De repente, la avanzada se detuvo. Las filas de hombres que venían corriendo cayeron tras un pliegue del terreno cuarenta y cinco metros por delante y no reaparecieron inmediatamente. A Claude se le ocurrió que podrían estar esperando algo; tenía que ser lo suficientemente inteligente para saber el porqué, pero no lo era. El soldado de comunicaciones del coronel se le acercó.

—En el cuartel general hay un mensajero de los de Missouri. Llegarán en veinte minutos. El coronel les enviará aquí de inmediato. Hasta entonces, tendrá que arreglárselas para aguantar.

—Aguantaremos. Los Fritz se están comportando de un modo extraño. No entiendo sus tácticas...

Mientras hablaba, todo quedó explicado. El Boar's Snout quedó destruido con una explosión que dividió la tierra y subió como un volcán de humo y llamas. Claude y el mensajero del coronel salieron volando y cayeron bocabajo. Cuando se pusieron de pie, el Boar's Snout era un cráter humeante lleno de soldados muertos o moribundos. El equipo de ametralladoras de Georgia había desaparecido.

Era por esto por lo que la avanzada de los Hunos había estado esperando tras la cresta. La mina bajo el Boar's Snout se había hecho, probablemente, hacía mucho tiempo, en una operación durante los meses en los que los Hunos habían tenido la trinchera de Moltke sin que les molestaran. Durante las últimas veinticuatro horas, habían estado metiendo sus explosivos pensando que la guarnición de soldados más poderosa estaría situada allí.

Ahí estaban, venían corriendo. Dependía de los rifles. Los hombres que habían sido noqueados por el impacto volvían a estar todos de pie. Miraban a su oficial inquisitivamente, como si toda la situación hubiese cambiado. Claude sintió que se estaban ablandando ante sus ojos. En un momento, los bombarderos alemanes estarían sobre sus cabezas y ellos se vendrían abajo. Corrió a lo largo de la trinchera señalando los sacos de arena mientras gritaba:

—¡Depende de vosotros, depende de vosotros!

Los fusileros se recompusieron y empezaron a disparar, pero Claude tuvo la sensación de que eran flojos e inseguros, que sus mentes estaban ya de camino a la retaguardia. Si hacían algo, debía ser rápido, y su trabajo con el arma debía ser preciso. Solo un fuego fulminante podría contener... subió al escalón de tiro y salió al parapeto. Sucedió algo inmediatamente: tenía a sus hombres controlados.

—¡Aguantad! ¡Aguantad! —les gritó el alcance a los equipos de fusileros de detrás de él y pudo ver cómo los disparos surtían efecto. A lo largo de toda la línea alemana se tambaleaban y caían. Dieron un pequeño y brusco giro hacia la izquierda y les gritó a los fusileros que hicieran lo mismo, dirigiéndolos con la voz y con las manos. No era solo que desde aquí pudiera corregir el alcance y dirigir el fuego, es que los hombres detrás de él se habían vuelto como rocas. Esa hilera de caras abajo, Hicks, Jones, Fuller, Anderson, Oscar... sus ojos no se apartaban de él jamás. Con estos hombres, él era capaz de hacer cualquier cosa.

El flanco derecho de la línea alemana salió con un giro brusco, apenas veinte metros desde el maltrecho Boar's Snout, tratando de huir para refugiarse bajo aquella pila de escombros y cuerpos. Una rápida concentración de disparos de rifle los contuvo y la oleada volvió a salir hacia la izquierda. La presencia de Claude en el parapeto no había atraído en absoluto la atención del enemigo al principio, pero ahora las balas empezaron a sonar a su alrededor, dos repiquetearon en su casco y otra le alcanzó en el hombro. La sangre comenzó a gotear por su abrigo, pero no sentía debilidad alguna. Solo sentía una cosa: que estaba al mando de unos hombres estupendos. Cuando David llegara con los refuerzos podría encontrarlos muertos, pero los vería a todos allí. Estaban ahí para quedarse hasta que les llevaran a la tumba. Eran mortales pero invencibles.

Los veinte minutos del coronel debían de haber pasado casi, pensó. No podía apartar los ojos del frente lo suficiente como para poder mirar el reloj de su muñeca... Los hombres detrás de Claude le vieron tambalearse como si hubiese perdido el equilibrio y estuviera tratando de recuperarlo. Entonces se precipitó bocabajo fuera del parapeto. Hicks le cogió del pie y tiró de él hacia abajo. Al mismo tiempo, los de Missouri subieron corriendo y gritando por la trinchera de comunicación. Pusieron sus ametralladoras encima de los sacos de arena y entraron en acción sin ningún movimiento innecesario.

Hicks, Bert Fuller y Oscar llevaban a Claude hacia el Boar's Snout para dejar espacio al apoyo que estaba entrando a raudales. No estaba sangrando mucho. Les sonrió como si les fuera a hablar, pero sus ojos habían perdido ligeramente el color. Bert abrió su camisa de un tirón, había tres claros agujeros de bala. Cuando volvieron a mirarle, la sonrisa había desaparecido... La esencia de lo que era Claude se había desvanecido. Hicks limpió el sudor y el humo de la cara de su oficial.

—¡Gracias a Dios que nunca se lo dije! —dijo—. ¡Gracias a Dios!

Bert y Oscar sabían qué quería decir. Gerhardt había volado por los aires a su lado cuando corrían a través de la cortina de fuego del enemigo para encontrar a los de Missouri. Estaban corriendo juntos cruzando el campo abierto sin poder ver demasiado por el humo. Tropezaron con una sección de alambrada abandonada sobre una vieja trinchera. David dio un giro hacia la derecha y le hizo señales a Hicks para que lo siguiera. No estaban ni a diez metros el uno del otro cuando impactó el proyectil. Entonces el sargento Hicks corrió solo.

XIX

El sol está muy bajo, un barco está subiendo lentamente el estrecho con la corriente. Las cubiertas están llenas de hombres bronceados. Se amontonan sobre la superestructura como abejas en un enjambre. Tienen una actitud relajada, de no hacer nada. Algunos parecen pensativos, algunos bastante satisfechos, algunos están melancólicos y muchos indiferentes mientras observan cómo se acerca la orilla. No son los mismos hombres que salieron de allí.

El sargento Hicks estaba de pie en la popa, fumando, reflexionando, observando el brillo del rojo atardecer sobre las aguas turbias. Ha pasado más de un año desde que zarpó hacia Francia. El mundo ha cambiado en ese tiempo y él también.

Bert Fuller se abrió paso a empujones hasta el sargento.

—El doctor dice que el coronel Maxey se está muriendo. No vivirá para salir del barco, mucho menos para salir en el desfile de mañana en Nueva York.

Hicks se encogió de hombros, como si la neumonía de Maxey no fuera asunto suyo.

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Hemos dejado mejores oficiales que él allí.

—No digo que no. Pero es una lástima cuando le gustaban tanto estos jaleos. Ha estado enviando cables sobre ese desfile durante semanas.

—¡Ja! —Hicks levantó las cejas y miró de reojo con desdén. Entonces, mientras miraba el agua reluciente entrecerrando los ojos, farfulló—, ¡Coronel Maxey, en cualquier caso! ¡Coronel por lo que Claude y Gerhardt hicieron, supongo! —Hicks y Fuller habían estado ayudando a mantener la noble fortaleza de Ehrenbreitstein. Han permanecido siempre juntos y suelen estar discutiendo y gruñéndose el uno al otro cuando están fuera de servicio. Aun así, permanecen juntos. Son los últimos de su grupo. Nifty Jones y Oscar, solo Dios sabe por qué, han seguido en el mar Negro.

Durante el año que estuvieron en el valle del Rin, Bert y Hicks solo se habían separado una vez y fue cuando Hicks obtuvo un permiso de dos semanas y, a costa de un perseverante y fatigoso viaje, se fue a Venecia. No tenía un pasaporte adecuado y los cónsules y oficiales a quienes había recurrido en sus dificultades le rogaron que se conformara con algo que estuviese más cerca. Pero dijo que él iba a Venecia porque siempre había oído hablar de ella. Bert Fuller se alegró de recibirlo de vuelta en Coblenza y le dio una «fiesta del vino» para celebrar su regreso. Esperan no perderse de vista el uno al otro: aunque Bert vive en el Platte y Hicks en el Big Blue, las carreteras entre ambos ríos son excelentes.

Bert es el mismo chico agradable que era cuando salió de la cocina de su madre, sus problemas más serios han sido sus frecuentes compromisos matrimoniales. Pero la cara redonda y regordeta de Hicks ha adquirido una expresión ligeramente cínica,

un aspecto bastante fuera de lugar allí. Los azares de la guerra han herido sus sentimientos... no es que haya querido alguna vez algo para sí mismo. La forma en que los relucientes honores en el ejército recaen sobre las cabezas equivocadas y en que las hojas de palma y las cruces florecen en los torsos que no las merecen ha desequilibrado, como él dice, su brújula unos cuantos grados.

Lo que Hicks más había deseado en este mundo era montar un taller y una tienda de repuestos con su viejo amigo Dell Able. Beaufort acabó con todo eso. Tiene intención de fundar una especie de tienda, a modo de homenaje, con el cartel «Hicks y Able» sobre la puerta. Quiere remangarse y mirar la lógica y la belleza de los interiores de los automóviles durante el resto de su vida.

Mientras el barco entra en el North River, las sirenas y los silbatos de vapor a lo largo de todos los muelles comienzan a sonar con su agudo saludo a los soldados que regresan. Los hombres se cuadran y se sonríen de manera cómplice los unos a los otros, algunos parecen algo aburridos. Hicks enciende lentamente un cigarrillo y lo contempla con una expresión que después desconcertará a sus amigos cuando llegue a casa.

Junto a los bancos del Lovely Creek, en el lugar donde comenzó, la historia de Claude Wheeler aún continúa. Para las dos ancianas que trabajan juntas en la granja, su recuerdo siempre estará allí, más allá de todo lo demás, en el punto más alejado de la consciencia, como el sol de la tarde en el horizonte.

La señora Wheeler recibió la noticia de su muerte una tarde en la sala de estar, la misma sala de estar donde él se había despedido de ella. Estaba leyendo cuando sonó el teléfono.

—¿Es esa la granja de los Wheeler? Es la oficina de telégrafos de Frankfort. Tenemos un mensaje del Departamento de Guerra —la voz dudó un instante—, ¿no está el señor Wheeler ahí?

—No, pero me puede leer el mensaje a mí.

La señora Wheeler dijo «Gracias» y colgó el auricular. Regresó a tuestas hasta su silla sin hacer ruido. Pasó una hora sola, sin nada más en la habitación salvo él, salvo él y el mapa, que era el final de su camino. En algún lugar entre esos nombres desconcertantes, había encontrado su sitio.

Las cartas de Claude continuaron llegando durante semanas después, luego llegaron las cartas de sus compañeros y de su coronel para contarle todo.

En los oscuros meses que siguieron, cuando la naturaleza humana le parecía más horrible de lo que nunca antes le había parecido, esas cartas eran el consuelo de la señora Wheeler. Cuando leía los periódicos, solía pensar en el pasaje sobre el mar Rojo de la Biblia, parecía como si un diluvio de crueldad y codicia hubiese estado retenido el tiempo suficiente para que los chicos fueran para allá y entonces hubiese barrido y engullido todo lo que quedaba en casa. Cuando ve que lo único que ha

salido de todo ello es el mal, lee las cartas de Claude una y otra vez, y se tranquiliza. Para él la llamada fue clara, la causa era gloriosa. Ni una duda ensució su reluciente fe. Ella adivina muchas cosas que él no escribió. Sabe qué leer entre esos pequeños destellos de entusiasmo. Lo plena que debió haber sido su vida antes de poder permitirse ir tan lejos, ¡él, que tenía tanto miedo a que le engañasen! Murió creyendo que su país era mejor de lo que es y Francia, mejor que cualquier otro país. Y esas eran hermosas convicciones con las que morir. Quizá había estado bien tener esa visión para después no ver nada más. Ella había temido que se despertara, a veces incluso duda de si él habría sido capaz de soportar esa última y desoladora decepción. Uno por uno los héroes de esa guerra, los hombres de una deslumbrante camaradería, dejan prematuramente el mundo al que habían regresado. Aviadores cuyas hazañas eran relatos asombrosos, oficiales cuyos nombres hacían que la sangre de los jóvenes corriera más deprisa, supervivientes de peligros increíbles, uno a uno se quitan la vida silenciosamente. Algunos lo hacen en oscuros alojamientos, otros en su oficina, donde parecían llevar sus negocios como cualquier otro hombre. Algunos se tiran por la borda y desaparecen en el mar. Cuando la madre de Claude escucha estas cosas, se estremece y presiona sus manos con fuerza sobre su pecho, como si lo tuviera a él ahí. Siente como si Dios le hubiese salvado de algún sufrimiento espantoso, de algún final espantoso. Porque mientras lee, piensa que esos asesinos de sí mismos eran todos muy parecidos a él, eran los que habían albergado excesivas esperanzas, los que para hacer lo que hicieron tenían que albergar excesivas esperanzas y creer fervientemente. Y descubrieron que habían esperado y creído demasiado. Pero uno que ella conocía, que malamente podía haber soportado la desilusión... estaba a salvo, a salvo.

Mahailey, cuando estaban solas, a veces se dirigía a la señora Wheeler como «madre». «Ahora, madre, suba arriba *yéchese* y descanse.» La señora Wheeler sabe que en ese momento ella está pensando en Claude, está hablando por Claude. Cuando están trabajando sentadas a la mesa o inclinadas sobre el horno, algo les recuerda a él y piensan en él juntas, como una sola persona: Mahailey le dará suaves golpecitos en la espalda y dirá: «No preocuparse, madre, verá a su chico allá, más arriba». La señora Wheeler siempre siente que Dios está cerca, pero a Mahailey no le preocupa ningún conocimiento de los espacios interestelares y, para ella, Él está incluso más cerca, justo encima de sus cabezas, no mucho más arriba de los fogones de la cocina.



WILLELLA SIBERT CATHER. (Virginia, 1873 - Nueva York, 1947). Narradora estadounidense cuya obra revela gran sensibilidad poética y poder descriptivo al evocar sus recuerdos de infancia en Nebraska, la dura lucha contra la naturaleza de los inmigrantes colonizadores y los conflictos entre la ciudad y el campo. Famosa por sus novelas, en las que retrata la vida cotidiana de personajes corrientes de los Estados Unidos, empleando para ello un lenguaje igualmente cotidiano. Sus maestros fueron Flaubert y Henry James, mientras que sus preferencias literarias se dirigían hacia Hawthorne, Turguénev, Mérimée, Conrad y Stephen Crane. Entre sus obras destacan *Mi Antonia* o *El canto de la alondra*. También escribió algunos de los mejores relatos de la literatura norteamericana, como *El caso de Paul*.

Notas

[1] *Bidding the eagles of the west fly on.* Verso del poema «Bryan, Bryan, Bryan, Bryan» escrito en 1919 por Vachel Lindsay. (*N. de la T.*) <<

[2] YMCA: *Young Men's Christian Association*, en español: Asociación Cristiana de Jóvenes, aunque se la conoce, incluso en el ámbito hispanohablante, por sus siglas. (N. de la T.) <<

[3] *Schweizerkase*: queso suizo. (N. de la T.) <<

[4] En alemán: «Teje, teje, hija mía». (*N. de la T.*) <<

[5] *Hechos de los Apóstoles*, 13,35. (N. de la T.) <<

[6] *Mateo*, 5,5. (N. de la T.) <<

[7] El nombre de la señorita Millmore, Peachy, «melocotón», y su apariencia «pelo dorado, mejillas sonrosadas» justifican el apodo. (*N. de la T.*) <<

[8] En la mitología griega, Hipólito, hijo de Teseo, gran cazador y atleta, detestaba la mera idea de mantener una relación con una mujer, ya que lo consideraba una fuente de enfermedad. Aquí el personaje de Claude parece sentir la misma animadversión por las mujeres. (*N. de la T.*) <<

[9] El *May Festival*, «Festival de mayo», es un festival de música coral que se realiza en Cincinnati en primavera. (N. de la T.) <<

[10] Claude Melnotte es uno de los personajes de la obra *The Lady of Lyons* (1838), de Edward Bulwer-Lytton, en la que se basa la ópera *Leonora*, de William Henry Frym: la primera gran ópera escrita en Estados Unidos. (N. de la T.) <<

[11] «¡Jas es una cruz con la que cargo!», en alemán. (*N. de la T.*) <<

[12] *Wiener-Schnitzel*: filete al estilo Viena. (N. de la T.) <<

[13] *Ever thicker, thicker, thicker, / froze the ice on lake and river; / ever deeper, deeper, deeper, / fell the snow o'er all the landscape.* Estos versos pertenecen a «The Famine», parte del poema *The Song of Hiawatha*, escrito en 1855 por Henry Wadsworth Longfellow. (N. de la T.) <<

[14] Nydia es un personaje de la novela *Los últimos días de Pompeya* de Edward Bulwer-Lytton y *Diana o Cristo* es una pintura de Edwin Long. (N. de la T.) <<

[15] La P. E. O. es una hermandad de mujeres que nació en 1869, cuando siete alumnas se reunieron para promover el aprendizaje a través del arte, la naturaleza, los libros y la sociedad. En la actualidad son más de doscientos mil miembros y tienen que jurar que no revelarán el significado de las siglas. (*N. de la T.*) <<

[16] La palabra *clod* en inglés significa coloquialmente «zoquete, zopenco». (N. de la T.) <<

[17] La *Young People's Society of Christian Endeavour* era una sociedad aconfesional para jóvenes clérigos que se fundó en Maine en 1881 y llegó a tener medio millón de miembros. (N. de la T.) <<

[18] El *Prohibition Party*, fundado en 1869, y la *Anti-Saloon League*, en 1893, fueron algunas de las principales organizaciones que se oponían a la venta, fabricación y transporte de alcohol en Estados Unidos. (N. de la T.) <<

[19] Hace referencia a la Biblia (Mateo, 12,10-14). (*N. de la T.*) <<

[20] Referencia a la Primera Epístola a los Corintios 15,50-54. (*N. de la T.*) <<

[21] *Die Wacht am Rhein* o *The Watch on the Rhine* es un himno patriótico alemán escrito en 1840 que fue bastante popular durante la Primera Guerra Mundial y que se ordenó tapar con una hoja en blanco en las partituras de las escuelas de música de algunos estados como Ohio (un ejemplo de las restricciones que se llevaron a cabo por todo el país en aquel momento). (N. de la T.) <<

[22] *Non, jamais je ne regarde les femmes*: «No, nunca me fijo en las mujeres». (N. de la T.) <<

[23] *Jung frau*: «mujer joven» en alemán. (N. de la T.) <<

[24] *Thou, too, sail on, O Ship of State, / humanity, with all its fears, / with all its hopes of future years, / is hanging breathless on thy fate.* Versos del poema «The Building of the Ship» de Henry Wadsworth Longfellow, publicado en 1854 en *The Seaside and the Fireside*. (N. de la T.) <<

[25] Lo que sufre este personaje es «afasia» y, debido precisamente a este trastorno, lo llama «anestesia». (*N. de la T.*) <<

[26] Referido al dios Plutón de la mitología romana (el equivalente de Hades en la griega), que gobernaba junto a su mujer Proserpina el inframundo. (*N. de la T.*) <<

[27] *Boche* es uno de los términos peyorativos utilizados para referirse a los alemanes. Viene del francés *caboché* (en inglés *cabbage*), «repollo». (N. de la T.) <<

[28] Juego de palabras intraducible entre *measles* («sarampión») y *German measles* («rubeola») relacionado con el origen alemán del personaje. (N. de la T.) <<

[29] *Lieutenant* en inglés británico se pronuncia «leftenant» y en el americano, «lutenant». (N. de la T.) <<

[30] Posiblemente quería decir «Donjuán». (*N. de la T.*) <<

[31] En alemán: «¡Mi pobre madre!». (N. de la T.) <<

[32] *Un Crime d'Amour* (*Un crimen de amor*), novela escrita por Paul Bourget (1852-1935) en 1886. (N. de la T.) <<

[33] *Sammie*, de «Tío Sam», era el término común empleado en Europa para nombrar a los soldados americanos. (*N. de la T.*) <<

[34] *Tin hat* («sombrero de hojalata») era la expresión coloquial que los soldados utilizaban para referirse al casco Brodie, ya que estaba hecho de un metal tan fino que no pensaban que realmente les sirviera de protección. (*N. de la T.*) <<

[35] *Tommies* era el nombre coloquial con el que se denominaba a los soldados británicos, especialmente durante la Primera Guerra Mundial. Fue popularizado por Rudyard Kipling en su poema «Tommy» en 1892. (N. de la T.) <<

[36] Batallón de compañeros (*Pals Battalion*): unidades del Ejército Británico formadas por hombres procedentes de la misma región, del mismo vecindario o de una misma asociación que se alistaban con la promesa de servir junto a sus compañeros o vecinos y no asignados en los regimientos regulares del Ejército. (*N. de la T.*) <<

[37] *Chasseurs d'Alpins* es el cuerpo de infantería de montaña de élite del ejército francés. Fue creado a finales del siglo XIX y durante la Primera Guerra Mundial, fueron entrenados para misiones de montaña. Llevan una característica boina como parte del uniforme. (N. de la T.) <<

[38] Al parecer, la autora comentó en una ocasión que el personaje de Gerhardt estaba en gran parte basado en el violista David Hochstein of Rochester (1892-1918) cuyo violín quedó destrozado en un accidente de tráfico. (*N. de la T.*) <<

[39] *Quand Madelon*, con letra de Louis Bousquet y música de Camille Robert fue publicada en 1918 y pronto se convirtió en una de las canciones más populares de la guerra. Poco después, Alfred Bryan sacaría una versión inglesa, *Madelon*. (N. de la T.) <<